gustavo sorá

editar desde la izquierda en américa latina

la agitada historia del fondo de cultura económica y de siglo xxi





gustavo sorá

editar desde la izquierda en américa latina

la agitada historia del fondo de cultura económica y de siglo xxi





Índice

Agradecimientos

Gustavo Sorá

EDITAR DESDE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI


XXI
siglo veintiuno
editores

▪

Sorá, Gustavo

Editar desde la Izquierda en América Latina: La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2017.

Libro digital, EPUB.- (Metamorfosis)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-629-798-1

1. Edición de Libros. 2. Industria de Edición. 3. Industria Cultural. I. Título.

CDD 070.41

▪

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de portada: Peter Tjebbes

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: diciembre de 2017

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-798-1

Nota del editor

Este libro constituye un aporte a la historia de la edición en Iberoamérica, un campo en expansión desde hace años. Por tratarse de una obra que involucra la historia de nuestra editorial, cabe mencionar que el equipo de Siglo XXI Argentina acompañó y cuidó con profesionalismo las sucesivas etapas de trabajo a partir del manuscrito original, sin interferir de ningún modo con el análisis pormenorizado que despliega el autor y con las conclusiones que plantea.

Como sucede con todos los libros que publica, la editorial no necesariamente comparte todas las afirmaciones del autor ni se hace responsable de ellas, ya que su función es la de dar a conocer trabajos e investigaciones que considera enriquecedores del debate en nuestro medio.

A Marian

Introducción

Unidad y fragmentación de la cultura iberoamericana

Estas páginas de historia social, de sociología teórica, de conclusiones de moral, de práctica política y económica no nos llevan, en el fondo, más que a plantearnos una vez más, bajo nuevas formas, cuestiones antiguas pero siempre renovadas.

Marcel Mauss, Ensayo sobre el don

Entre 1950 y 1980, ser editado por el Fondo de Cultura Económica o por Siglo XXI infundía prestigio intelectual y reconocimiento internacional. Dichas empresas culturales de origen mexicano estimularon creencias sobre el valor trascendente de la integración de los espacios de producción intelectual en lenguas castellana y portuguesa. Guiadas por misiones éticas para establecer un repertorio común de textos e ideas entre lectores de la vasta geografía cultural iberoamericana, asentaron patrones de acción intelectual y empresarial que se tornaron modélicos. Además, los fenómenos de mercado que impulsaron las ediciones del Fondo de Cultura Económica (en lo sucesivo, FCE o Fondo) y Siglo XXI tuvieron su ciclo de auge durante esas décadas. Como busco demostrar en este estudio sociológico y antropológico, tanto sus fundaciones como sus desarrollos fueron –antes que resultado de planes ideados de antemano por editores ejemplares o visionarios– respuestas a toda suerte de obstáculos (políticos, financieros, morales) para los anhelos de autonomía y grandeza cultural ideados en cada país de la región. Obstáculos que se han multiplicado con la globalización: concentración financiera; transformaciones en las tecnologías de comunicación; alteraciones profundas de los contextos ideológicos, políticos y económicos. El doble movimiento de unificación y fragmentación del espacio editorial iberoamericano articula mi estudio.

El FCE se fundó en 1934 como un fideicomiso apoyado por organismos del Estado mexicano y, a partir de 1939, multiplicó la publicación de los libros clave para la formación de las modernas ciencias sociales y humanas. En varias oportunidades eso implicó importantes empresas de traducción: la Paideia de

Werner Jaeger, la Introducción a las ciencias del espíritu de Wilhelm Dilthey, El capital de Karl Marx, Economía y sociedad de Max Weber, la versión abreviada de La rama dorada de James Frazer; obras de autores como Karl Mannheim, John Maynard Keynes, Ernst Cassirer, Johan Huizinga, Ralph Linton o Paul Sweezy.[1] Dicho sustrato de referencias universales acercó a los lectores en lengua castellana a las restantes tradiciones intelectuales de Occidente y con los debates en boga en los foros académicos de las grandes metrópolis. También actualizó un sistema de producción de valores, de “medición” y sentidos prácticos, que alteró los asuntos intelectuales y sopesó el estado de la cuestión (cómo pensar y escribir) entre académicos y escritores de la región. El catálogo del FCE objetivó esa matriz simbólica y práctica, universal y particular, especialmente desde mediados de los años cuarenta, cuando fueron lanzadas las colecciones Biblioteca Americana y Tierra Firme. En ellas, autores hispanohablantes publicaron estudios que expresaban lo mejor del género que, por virtud o por defecto, cultivaban: los ensayos de interpretación nacional y americana.

Ya en los años cincuenta, el FCE se tornó una empresa de gran porte y en símbolo de la cultura mexicana. La colección Letras Mexicanas, iniciada en 1952, incorporó al catálogo funciones de estabilización del canon de la moderna literatura nacional (con Alfonso Reyes, Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes como principales nombres de continuidad generacional), y con Breviarios (1948) y Popular (1959) la editorial apuntó a la formación de un público de masas. La diferenciación de las ciencias sociales y las humanidades fue acompañada por la incesante traducción de autores clásicos y de avanzada, así como por la promoción de exponentes iberoamericanos, cada vez más refinados con los métodos y las técnicas de unas ciencias sociales en tren de profesionalización universitaria.

Además de la selección y comunicación de ideas por su significación, belleza o trascendencia, los contenidos de un catálogo decantan los acuerdos y desacuerdos entre múltiples agentes situados dentro y fuera de una editorial. En aquellos productores de libros que privilegian la acumulación de capital simbólico por sobre la veloz rotación de dinero, los destinos del emprendimiento se solapan con la trayectoria del director y de los intelectuales más influyentes en su entorno. En cuanto a la historia del FCE, se ha ponderado la acción de los exiliados españoles (Garciadiego, 2016: 105), así como de su primer director, Daniel Cosío Villegas (Krauze, 1984, Zaid, 1985). Sin descuidar estas presencias, mi estudio se concentra en la posición y los aportes de quien sucedió

a Cosío a partir de 1948: Arnaldo Orfila Reynal. Su figura, como ninguna otra, objetiva la comprensión de los hitos de internacionalización de la empresa, el establecimiento de las rutas y estaciones (sucursales) que unieron el espacio iberoamericano del libro.

En un primer momento, Orfila dirigió la sucursal Buenos Aires, fundada en 1945. Para Cosío y los americanistas de su entorno –como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o Jesús Silva-Herzog–, la Argentina era el otro "extremo de América" desde donde avanzar hacia los restantes países del continente y dar un salto que ningún editor de este lado del Atlántico había dado: instalarse en la Península Ibérica y competir con el mercado español.[2] Cuando Cosío dejó la dirección del FCE para migrar a los Estados Unidos e iniciar su proyecto intelectual monumental historia del México moderno, comenzó la gestión del editor platense. Entre muchas innovaciones de contenidos y de estructura empresarial, el FCE fundó entonces las sucursales de Santiago de Chile (1954), Lima (1961) y Madrid (1963).

Orfila permaneció en la empresa como director gerente hasta noviembre de 1965, cuando lo despidieron en el contexto de una "guerra fría cultural" que, desde mi punto de vista, representa un cisma en la historia de la cultura en México (véase el capítulo 5). Líder de la Reforma Universitaria en su juventud y militante socialista, abrazó la Revolución Cubana desde el asalto al cuartel Moncada (1953) como una intensa causa personal. Tras la asunción del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964), el gobierno mexicano giró hacia la derecha y no toleró que el FCE, por entonces un símbolo de la cultura mexicana a escala internacional, sesgara su catálogo con los ideales de "un extranjero comunista". Orfila era reconocido como un riguroso administrador y como intelectual comprometido con la emancipación de las culturas oprimidas de América Latina. Eso se notó en la activa corriente de indignación despertada por su alejamiento del FCE y en los apoyos que recibió de "un ejército de quinientos intelectuales", movilizado a lo largo y ancho de las Américas y parte de Europa. Entre carteos de trinchera y rituales de comensales, dicha colectividad encargó a Orfila proseguir y profundizar la misión libraria y emancipatoria, con la creación de una nueva editorial: así nació Siglo XXI, empresa que comenzó sus labores en 1966. Su plan acaparó el deseo de los productores intelectuales del continente, tanto de agentes consagrados (por ejemplo, Miguel Ángel Asturias y Rodolfo Mondolfo) como de aquellos con proyección vanguardista (por ejemplo, Fernando Henrique Cardoso y Fernando del Paso), y ensayó nuevas alternativas para el trabajo triangulado entre México, Buenos Aires y Madrid.

Desde los primeros meses, Siglo XXI planificó formas de instalar sus representaciones en el exterior. Orfila pidió consejo a colegas reconocidos, que estaban al frente de las pocas editoriales que desde América Latina trabajaban con red de sucursales en el extranjero. Gonzalo Losada, por ejemplo, desaconsejaba insistir en la quimera de implantarse en distintos países. En una carta del 9 de enero de 1969, y como evidencia de las inestabilidades para construir un mercado editorial transnacional, le expresaba a Orfila:

Lo que más nos abruma es la sangría que representan las sucursales que tienen que trabajar en países con inflación, soportando las consecuencias. De cualquier manera, 1968 comercialmente ha sido bastante bueno y confío que en 1969 iremos superando algunas de las dificultades.

La unidad era más un fin ideológico, una obstinación ética, que un desarrollo natural de los mercados.[3] Anhelos como esos, descabellados a veces, subsistieron en las décadas recientes. En algunos casos, como rémora nostálgica de proyectos ya míticos; en otros, como plan comercial. Hoy como ayer, la producción simbólica se ve condicionada por relaciones culturales internacionales en extremo desiguales. Entre intelectuales y editores de América Latina se quebró la creencia sobre el valor trascendente que representaría la unificación de las culturas nacionales para realizar ideales de emancipación y grandeza cultural.

Estructura e historia

Como anhelo colectivo, la unidad cultural de Iberoamérica es simultáneamente la realidad más esquiva, el dilema permanente. Por utopía o por crudo interés mercantil, representa el objetivo de no pocos editores de libros en lengua castellana; no así para sus pares lusófonos.[4] Algunos creen alcanzarla. Sólo existe como totalidad en la dimensión del mito. En las tramas de la historia, en la tristeza de los trópicos, todo parece fragmentario. En ciertos períodos, sin

embargo, la unidad de las culturas nacionales de este continente simbólico avanzó por vastos territorios unidos por rutas y canales comunicativos, que trazaban editores idealistas y ambiciosos. Gregorio Weinberg, entre ellos, lo evaluaba a la distancia: "Para nuestra colección americana hicimos un libro sobre la filosofía en Bolivia. ¿Se imagina algo así hoy en día [2005]?" (Sorá, 2010c).

El enfoque sostenido en este estudio prioriza el clásico tema de las relaciones entre historia y estructura. El pensamiento y las acciones de los productores de libros en Hispanoamérica pendulan entre el potencial de llegar a quinientos millones de lectores y el repliegue interno, en mercados divididos, separados y de extensiones limitadas. El ideal y la realidad demarcan los extremos de la oscilación histórica editorial en esta geografía cultural, sitúan a quienes participan en los mercados del libro. Sutiles intérpretes hicieron la arqueología de algunos tramos. Jean-François Botrel (2003), por ejemplo, interpretó "el sueño americano de los editores españoles" que despertó a mediados del siglo XIX en José Gaspar Maristany y José Roig Oliveras, Francisco de Paula Mellado y Ángel Fernández de los Ríos. Impresores y libreros –catalanes los dos primeros, madrileños los segundos– buscaron instalarse en Buenos Aires para "hacer la América". Fracasaron en el intento de competir con Garnier, Appleton, Ollendorf, Jackson, editores europeos y estadounidenses que obturaban el negocio del libro al sur del río Grande. La caída de esos emporios culturales metropolitanos, que editaban en múltiples lenguas y para decenas de países, recién se produjo durante la Primera Guerra Mundial.

Con la voz del modernismo y la lenta diferenciación de editores en un puñado de capitales, en la década de 1920 el tema de la unidad retorna y demarca el verdadero inicio de una historia de la edición en América Latina. Saturnino Calleja en España, Manuel Gleizer en la Argentina, Julio Torri en México, José Bento Monteiro Lobato en Brasil pensaron los intereses y la razón de ser de un editor, lo que, por sobre todo, implicaba diferenciar esta nueva figura de la del librero o impresor. Al lanzar una publicación, estos conocedores del mercado del libro se guiaban por las lógicas comerciales de las reducidas clientelas o por la acción de autores dispersos que incluso podían contratar la salida de colecciones completas, como el caso de José Ingenieros y La Cultura Argentina (1915-1925) o la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana (1928-1937). Hacia 1930, se multiplicaron los personajes que sólo se dedicaban a seleccionar obras de cierta tipología, identificables en un catálogo de editor: libros para ser impresos y vendidos por otros especialistas. Ellos tuvieron la posibilidad de

imaginar y realizar un área cultural, un sistema de mercados nacionales con fronteras por las cuales circulasen los libros.

El tema de la unidad de la lengua y la cultura, de los mercados del libro en lengua castellana, fue asunto diplomático, académico, periodístico, no sólo de los empresarios interesados en expandir negocios para la producción y comercialización de impresos. José Antonio Millán (2015) publicó un sumario con decenas de nombres y acontecimientos que refieren a este problema. El título de su breve artículo lo expresa sin ambages, citando a George Bernard Shaw: “Separados por un mismo idioma: el mercado del libro en español”. El tema se anuncia en el Congreso Literario Hispanoamericano realizado en Madrid en 1892, enmarcado en las celebraciones del cuarto centenario del “descubrimiento” de América. Millán data la creación de políticas diplomáticas, de emprendimientos bibliográficos, de acuerdos postales, de ensayos y colecciones, de escenarios de polémicas y enfrentamientos. Llega hasta diagnósticos recientes del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc), con constataciones alarmantes sobre la fragmentación, la separación y la desigualdad interna del mercado de libros en castellano. Cuando arriba al presente se lamenta:

Amazon, Google, Apple… ¿la circulación de los libros españoles acabará pasando por el meridiano de Seattle? […] ¿Es posible que aparezca un auténtico mercado común digital del libro en español, y que pueda estar en nuestras manos? Tal vez sea demasiado tarde para ello, y sólo nos quede la oportunidad de ocupar nuevos nichos: por ejemplo, una alianza digital de los editores independientes de un lado y del otro del Atlántico (Millán, 2015: 8-9; los destacados me pertenecen).

Argumentos o lamentos como esos aparecen a lo largo de la historia en la voz de escritores durante eventos eruditos o ferias internacionales de libros. En los primeros queda expuesta España, con sus instituciones de control idiomático; en los segundos, los mercaderes de libros, a menudo tratados como capitalistas sin patria ni alma en la era de los grandes conglomerados de industria cultural. No es raro que en los testimonios citados en este libro resuenen sentidos propios de la religión. La amenaza de la fractura da lugar a verdaderas sociodiceas (a escala

de la edición). Intereses de mercado irritan la moral y provocan reacciones políticas. El libro es vehículo y fin de la civilización moderna, en sus sucesivas y cambiantes acepciones. Por eso es objeto de culto y también de control, sometido a censura y vigilancia.

Advierto que no seguiré toda la historia de la unidad y la fragmentación del espacio editorial iberoamericano. Como propone Claude Lévi-Strauss, deslindo ciertos niveles: así, procuro comprender su vitalidad y opacidad, sus efectos y límites, su poder y fuerza inercial. Con todo, no desisto de la necesidad de ir más allá de los sujetos y de la historia para dilucidar por qué los actores del mundo del libro son como son y tienen tan poco margen para eludir los condicionamientos de las estructuras sociales y simbólicas cristalizadas en cada región y a escala del continente cultural. Explicito los hechos, las hipótesis y los métodos que tomo como punto de partida en mi indagación del problema general.

América Latina, Iberoamérica y otras escalas del campo editorial en castellano

La lengua castellana es el principio de unificación de las editoriales que observamos en este trabajo. Las estructuras que configuran las relaciones de oposición entre tales empresas de producción cultural pueden representarse como campos de distintas escalas según el alcance de las acciones de un agente particular. Una editorial puede acotar sus posibilidades e intereses de trabajo a una ciudad o región, aunque, en primera instancia, las reglas de ingreso y las condiciones de reproducción en un espacio editorial son nacionales. Estructura social, formas de los Estados, leyes, monedas, sistemas de enseñanza, de creencia, de intercambio son algunas de las dimensiones que, además de modelar una lengua, definen un campo editorial nacional.

La lengua castellana, evidencia conspicua de una historia cultural compartida por muchos países, incita a algunos editores a trascender el mercado nacional para exportar producción propia o incluso instalar filiales en otros campos. Si los españoles siempre desearon conquistar los mercados librarios de América

Latina, muchos latinoamericanos también desearon vender o trabajar en España. Las alianzas y colisiones que son producto de la competencia internacional generan un campo editorial transnacional que podemos calificar como hispanoamericano. Su geografía cambia en escalas de dimensiones variables; es inestable, no está resguardada por instituciones. Tiene prácticas muy concretas, pero reglas difusas.[5] Si bien pocos agentes de un mercado nacional pueden lanzar apuestas más allá de las fronteras, hablamos de un campo transnacional ya que los efectos allí generados inciden de manera directa o indirecta en todos los agentes.[6]

En distintas épocas, Portugal y Brasil han sido campo de acción de editoriales de España, la Argentina y México: como veremos en un testimonio de António Cândido en el capítulo 3, la formación de literatos, humanistas y científicos sociales en Brasil, hasta los años sesenta, fue surtida en buena proporción por traducciones al castellano; El Ateneo abrió una sucursal en Río de Janeiro para sus libros técnicos en los años treinta; el FCE siempre tuvo buenas ventas en Brasil e instaló una sucursal en San Pablo en 1991. Muchas veces Orfila meditó sobre abrir canales comerciales en ese mercado para Siglo XXI y hasta instalar una filial; en 1998, en Frankfurt fue notorio el lamento de los editores portugueses por el monopolio español de su mercado. El campo editorial iberoamericano es nítido si consideramos los procesos de fusión de capitales en el auge del neoliberalismo, cuando grupos “españoles” compraron grandes empresas en todos los países del área (también, como acabo de mencionar, en Portugal y Brasil).

La historia de trasfondo de este estudio es social: señalo que las distintas culturas nacionales están hechas con la colaboración de extranjeros, con ideas, prácticas y materiales que provienen del exterior.[7] Exilios, migraciones de variada índole trazaron cuadros de trabajo e interacciones en que lo local se funde con lo foráneo. Algunos ejemplos son los españoles y argentinos en la historia editorial de México: Ángel Rama y su Biblioteca Ayacucho, Víctor Landman y la fundación de Gedisa, etc. Esto no implica hacer tabla rasa de las diferencias nacionales, postular sin crítica el triunfo de la hibridación, sino comprender qué significa cada cuadro social en cada contexto significativo y qué efectos generan (o no) las diferencias nacionales. Cuando el 8 de noviembre de 1965 no hubo razón jurídica para justificar la cesantía de Orfila como director del FCE, las autoridades del gobierno mexicano no tuvieron más argumento que decirle que su desplazamiento se debía a que él era extranjero.

Las relaciones transnacionales entre editores tienen un componente nuclear económico, pero los intereses de esta índole son sublimados por la racionalidad simbólica de la dominación económica.[8] La política aparece como lenguaje autorizado que recubre a la economía de los intercambios, y la arena de los conflictos suele ser política. Eso es nítido en las distintas alianzas ensayadas por editores de América Latina para protestar y actuar contra el neocolonialismo de los editores españoles. Estos últimos, siempre protegidos por políticas de Estado, racionalizaron con cuidado la implementación de normativas para su fin mercantil primario: la dominación de los mercados editoriales en ambas orillas del Atlántico. Aquellos aunaron sus fragilidades bajo posturas latinoamericanistas o americanistas a secas. Desde el punto de vista de los agentes aquí descriptos en detalle, el americanismo es el horizonte moral que subordina las otras categorías espaciales consideradas. Eso no resulta contradictorio con el afán (consumado) de instalar filiales en la “madre patria”.

Propongo ahora una hipótesis primaria: los estudios sobre el libro y la edición en Hispanoamérica no pueden recortarse por culturas o mercados nacionales. Deben combinar escalas locales, nacionales y transnacionales. Los editores y las editoriales iban más allá de las fronteras de la nación. En la Argentina, sus emprendedores eran extranjeros (o no) que buscaron desplazarse hacia otros mercados del continente, incluso al brasileño en ciertos casos exitosos como El Ateneo y el FCE, o no concretados como Siglo XXI (Sorá, 2011a).

A diferencia de Brasil, donde en 1982 apareció una monumental historiografía de la edición escrita por Laurence Hallewell, bibliotecario británico, en la Argentina los estudios al respecto eran limitados, como la pionera historia de Jorge Rivera (1985) o el inicial trabajo de Leandro de Sagastizábal (1995). ¿Archivos, legitimación académica del tema? A inicios de este siglo no existían en absoluto.[9] Hacia finales de los años noventa, en mi desordenado archivo sobre la edición en la Argentina asomó un caso que atrapó mi atención. Era un editor llamado Arnaldo Orfila Reynal, respecto de quien sólo podían hallarse notas periodísticas, entre las que se destacaba una entrevista en Todo es Historia. A tal punto no era un personaje registrado por la historia argentina que en esa nota (Gálvez Cancino, 1994), el nombre de Arnaldo aparece como “Alejandro”.

En el medio editorial internacional, sin embargo, Orfila gozaba de enorme

reputación. Alfred Knopf o Peter Weidhaas (2007: 80) lo exaltaban como el mayor editor de América Latina.[10] Su lugar como director del FCE y luego como fundador de Siglo XXI le daba un potencial comparable con el de José Olympio o Gaston Gallimard, editores centrales en la consagración de cánones de literatura y de pensamiento social en Brasil y Francia.

En síntesis, este libro trata sobre teatros, actos, personajes, dramas y comedias de la unidad cultural de un continente a partir de la vida de dos editores y de unas editoriales singulares. Es importante insistir sobre estos recortes y formas de interrogación para que no se busquen aquí totalidades esquivas como las historias del FCE y Siglo XXI, quizá ni siquiera sobre la trayectoria de Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal (tanto más específicamente en el segundo caso). Orfila y aquellas editoriales no son metas, sino medios para otros fines de conocimiento. Así, puedo conocer un sistema de agentes de variado tipo (editoriales, editores, libreros, intelectuales, políticos) mutuamente inteligibles, y cuestiones sobre las culturas contemporáneas que no se limitan a las prácticas de la edición de libros.

La unidad de los capítulos es cronológica y teórica, pero no fáctica. Las secciones siguen acontecimientos no estrictamente enlazados.[11] Cada segmento es resultado de la formulación de distintos problemas sociológicos, presenta hechos y estrategias de análisis diferentes. Los cambios de escala buscan una exposición más llevadera, al enriquecer la observación de múltiples planos, desde los proyectos de expansión internacional y la gestión de negocios millonarios hasta las decisiones en la hechura de un libro.

Una “cena de negros”

En el caso de Cosío, hombre insignia de la creación del FCE en 1934, y director fundador hasta 1948, me animó la intención de comprender cómo pensó su itinerario vital en sus Memorias, publicadas en 1975, poco antes de morir. Allí, se regocijaba al mirarse como un intelectual independiente que no vendió su alma al diablo, postura liberal que le permitió juzgar sin tapujos el estilo personalista de los gobernantes mexicanos. Hasta alcanzar esa posición, vivió y sufrió los múltiples vaivenes de la historia política y cultural de México desde el

gobierno de Álvaro Obregón Salido, hacia 1920. Fue producto y productor de los procesos de diferenciación de las instancias (académicas, políticas, económicas, científicas, burocráticas) decisivas en la esfera del poder. La edición fue apenas una de las siete "casacas" que vistió a lo largo de su camino. Entre finales de la triunfante posición del intelectual independiente, sus aventuras como editor no valieron más que tres páginas de sus memorias.

Luego de presentar a un fundador es lógico describir la institución, hasta la afirmación de los géneros y las estrategias de trabajo que modelaron el perfil de su producción. Me siento muy identificado con Robert Darnton (2008: 158) cuando dice: "No puedo entusiasmarme con ningún tipo de historia que esté vacía de seres humanos". Como quizá diría también Darnton, me interesa mucho más la gente que está detrás de los libros que esos objetos en sí. No me parece tan significativo comprobar si el libro es un fin de la civilización, si es noble o plebeyo, como comprender su peso específico para modelar culturas y revelar estructuras sociales desde hace más de dos mil años.

El FCE nació tras el intento de profesores de Economía como Cosío, Manuel Gómez Morin o Emigdio Martínez Adame de editar una colección de traducciones: formar a los expertos que el Estado precisaba para encarrilar los rumbos del México revolucionario.[12] Buscaron hacerlo por medio de Espasa-Calpe, quizá la editorial de mayor prestigio cultural en lengua española en los años treinta. La respuesta de José Ortega y Gasset, el juez de las decisiones en la casa madrileña, fue lapidaria: "El día en que los latinoamericanos tuvieran que ver algo en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española 'se volvería una cena de negros'" (Cosío, 1976: 146). Los economistas mexicanos no tuvieron más remedio que crear su propia editorial. En los inicios se restringieron a un interés académico.

Pero la Guerra Civil fragmentó la edición en España y fertilizó el territorio para que proyectos de edición de libros "hicieran la América" en capitales dinámicas como Buenos Aires, México y Santiago de Chile. El FCE fue una de las tantas editoriales que diversificaron sus áreas de interés y su expansión geográfica, proceso que dinamizó una meteórica evolución. Sin embargo, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, todo parecía volver a fojas cero. Los editores españoles, apoyados por la dictadura de Francisco Franco, volvieron a levantar las banderas de la "natural" soberanía de su acción cultural sobre las antiguas colonias. Esto puso en armas a los editores a la otra orilla del Atlántico y alertó sobre la necesidad de aliarse, reconocerse, hacerse oír en congresos y publicar

panfletos en los que, por primera vez, pensaron su profesión y las limitaciones de su accionar. Cosío fue un artífice central de la formación de una alianza de editoriales americanas y expresó su repudio frente al avasallamiento español en punzantes artículos (reunidos en Extremos de América, de 1949, cuyo título dice todo respecto del imperativo de urgente unidad de los productores culturales del continente). La unidad no es un ideal per se; fue y es una respuesta ante la fragmentación, condición inherente a la dominación del imperialismo cultural metropolitano, como si ningún país de América Latina, de manera aislada, pudiera enfrentar los males figurados por los intelectuales sobre los problemas americanos, desde José Martí hasta José Enrique Rodó. Con el neoliberalismo y la expansión de los grandes grupos editoriales, la crítica a la "dominación española" retornó y es un dilema recurrente en las últimas dos décadas entre los editores latinoamericanos. La "cena de negros" simboliza, como diría Marcel Mauss, una de esas cuestiones antiguas siempre renovadas.

A contrapelo de cualquier historia oficial, sumo al intelectual Norberto Frontini, un intermediario cultural sin puesto editorial. Ese abogado de izquierdas gozó de cierto prestigio social, político e intelectual en la Buenos Aires de los años treinta. Sin un sueldo, movido por convicción ideológica, con el desinterés de un "delegado apostólico" –así lo definió Cosío Villegas en alguna carta–, se ofreció para viajar a Brasil y a otros cinco países de América donde implantar el programa de la colección Tierra Firme, una enciclopedia del continente planificada por el director del FCE hacia 1941 (y lanzada en 1944). A partir de la correspondencia entre Frontini y Cosío, trazo la irradiación continental de la editorial gracias a la colección más decisiva en los años cuarenta para la imaginación de una comunidad espiritual entre escritores, académicos y lectores de la región.

Tierra Firme me parece una unidad de observación riquísima. Para la palabra escrita, es decisivo cómo esta se presenta al público. Ahí interviene el editor. Las posibilidades para que una obra y un autor alcancen reconocimiento como cosa y figura representativas de una colectividad dependen de su inclusión en catálogos, en colecciones, en exhibiciones y otras formas de clasificación y publicidad que orientan apropiaciones y apreciaciones. Al menos una colección deja una huella material. No es el caso de los "Frontini", las poblaciones de mediadores, desde asesores eruditos hasta aplicados tipógrafos, por los que se canalizan, se hacen públicas y se reconocen las ideas. Frontini y Tierra Firme explican muy bien la arbitrariedad de la producción de cultura en las sociedades de clases y el carácter social de la creación simbólica. Allí restituimos una singular oposición binaria, a

veces caracterizada como “internalismo” (textual) - “externalismo” (social), con el ánimo de trascenderla y lograr comprender la cultura, no desde el fin de los hechos consumados, como cuando interpretamos la obra de un autor o las ideas de una época, sino desde los opacos procesos de creación y elaboración, antes y después que un libro sale a luz, trayecto analítico e historiográfico.

Los acontecimientos obligan a conocer en detalle la trayectoria de Orfila. ¿Quién fue? ¿Cómo devino protagonista del FCE en su “edad de oro”? ¿Por qué, tanto en ese sello como en Siglo XXI, lo animaba un sentimiento misional para contribuir con sus libros a la emancipación cultural del continente? Para ensayar respuestas a tantas preguntas, una de mis claves de interpretación –y no solo en el caso de Orfila– es el weberiano tema de la “vocación”, que permite fundamentar individualidades y la fuerza con que intervienen en los mercados culturales. “Vocación” es vector de “diferenciación”, argumento de realización de la vida en sociedad; conlleva éticas de tipo ascético, infunde la creencia en lo que se es, orienta, da sentido a las acciones en el mundo.[13]

Vocación y posición de los productores culturales

Resulta difícil expresar en nuestra lengua los sentidos del término alemán Beruf: tanto “vocación” como “profesión”. En su introducción al número 200 de Actes de la Recherche en Sciences Sociales, Gisèle Sapiro (2013) caracteriza la imposición de lo que denomina “modelo de la vocación” como principio moral central en la diferenciación de las modernas prácticas artísticas e intelectuales. Estas se piensan (y se defienden de las amenazas rutinizantes y estandarizadoras del mercado) como territorio privilegiado de la individualidad y de la subjetividad. El “tipo ideal” del artista moderno comenzó a ser racionalizado por el Romanticismo, al imponerse la ideología del carisma, la figura del genio como “creador increado” y el privilegio de la forma sobre la función de las obras. Las obras legítimas, fines en sí, son aquellas que exigen desconexión con intereses ajenos (sociales) a las búsquedas estilísticas y formales de los productores de bienes simbólicos. Libertad, imprevisibilidad, don (carisma), originalidad son valores asociados al modelo vocacional en este ámbito.

Los modos de inculcar esos ideales se revelan en las representaciones de sí de cada productor. Por eso se tornan vectores eficaces para diferenciar el poder propiamente simbólico con el que cada artista o intelectual (editor o científico, etc.) interviene en su específico espacio de producción.

Es tarea del analista restituir la expresión de tales esquemas de pensamiento en cada productor cultural; es objetivo del sociólogo comprender la vocación como sentido práctico, restituir las razones y condiciones de su manifestación, así como las dimensiones negadas por los creadores: incorporación de las vocaciones por herencia familiar, por trayectos de formación educativa, por crisis y reconversiones, por alianzas y enemistades; en definitiva, por razones históricas y sociales. Como estructura estructurante, la vocación encamina la construcción del sentido práctico de los agentes, su habitus. En los productores culturales, dinamiza la comprensión de su diferencial efecto en campos específicos; vale decir, es relativa a las posiciones de los agentes en los espacios de relaciones objetivas (estructuras estructuradas) que delimitan su accionar.

En los años cuarenta, para abrazar el trabajo de editor con “devoción apasionada” (otro de los signos weberianos), Orfila interrumpió su trabajo como químico, ciencia en la que en 1922 se doctoró por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Decía que su vocación como editor había nacido durante su militancia cultural en la escuela secundaria: el Nacional de La Plata, retratado en aquellos tiempos como un Óxford local. La correlativa dedicación a tareas de intermediación cultural es uno de los nudos para interpretar la trayectoria de Orfila. Potentes energías reorientadas hacia el oficio de editor, práctica incorporada lentamente hasta su reconocimiento como líder de dos de los emprendimientos más ambiciosos en la unificación simbólica de los problemas sociales y políticos americanos. ¿Cuáles fueron las fuentes de tamaño poder? o, en palabras de Weber (1985: 59), “¿Qué clase de persona es preciso ser para verse autorizado a tocar la rueda de la historia?”.

La explicación de por qué fue él se detiene en el movimiento estudiantil reformista que eligió a Orfila como representante argentino al Primer Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en México en septiembre de 1921. Allí conoció a Cosío, al dominicano Pedro Henríquez Ureña. Estos antecedentes conducen a un hecho nodal: la instalación de la sucursal porteña del FCE, el 1º

de enero de 1945. Fue un hito que iluminó los posibles contornos de un espacio editorial iberoamericano. Esta decisión dinamizó un proceso de emancipación cultural que se aceleró al compás de las crisis políticas de finales de los años treinta. A partir de entonces, Tor, Claridad, El Ateneo, Losada, Sudamericana y otras editoriales argentinas comenzaron a exportar su producción. Lentamente se armó un tejido en que, a los argentinos, se sumaron los mexicanos del FCE, inicio de un sistema de producción que quebró la posición monopólica española.

Este acontecimiento es significativo asociado a un conjunto de hechos generales y específicos. Entre los primeros, convergieron entretanto dos procesos correlativos, irreversibles: la diferenciación de la edición como profesión que pasó a ocupar una posición central en el sistema del libro y la internacionalización de los mercados, factor gradualmente determinante. Entre los segundos, los editores latinoamericanos aunaron esfuerzos, realizaron diagnósticos, exploraron perspectivas críticas para definir su oficio, todo lo cual suponía visualizar y atacar las barreras a un equilibrio en las prácticas de producción e intercambio.[14]

La Argentina despuntaba por entonces como potencia cultural. En tanto intelectual, economista y diplomático, Cosío interpretaba que era necesario articular con aquel mercado, antes de que avanzara sobre el mexicano. El plan fue un éxito para el FCE. Entre 1948 y 1952, cuando Orfila fue confirmado como gerente general de la casa matriz, no se comprende su posición sin la presencia de personas que lo rodearon. Y al migrar Orfila para ocupar de manera provisoria el lugar de Cosío, la sucursal argentina quedó a cargo de Delia Etcheverry. Las mujeres son protagonistas en este tramo del estudio.

Veremos también que la actriz clave en la rama porteña pasó a ser María Elena Satostegui, la primera esposa de Orfila. Así como Frontini, fue una trabajadora sagaz, enérgica, eclipsada, que lideró la instalación de las sucursales del FCE en Santiago de Chile (1954) y en Madrid (1963). Satostegui y Orfila se separaron a inicios de los años cincuenta, momento en que retornamos a México y entra en escena Laurette Séjourné, segundo vínculo conyugal de Orfila hasta su muerte, decisiva en ciertas líneas de los catálogos del FCE y de Siglo XXI, y en la radicalización política de Orfila.

Semejante giro ideológico se expresó al compás del afianzamiento de Orfila en su puesto mexicano. El Fondo creció como empresa (y fue incisiva su política para llegar al lector popular). Fue reconocido como un ministerio de Cultura,

como una usina sin precedentes para la exposición internacional de las grandezas de México. Todo eso granjeó un fuerte reconocimiento internacional, hizo de Orfila una persona influyente, poderosa y temida. Sin ataduras de origen en la estructura social mexicana, seguro de un habitus de político cultural asentado desde su juventud, Orfila cultivó un perfil esquivo para las expectativas de cierta élite del poder mexicano y se valió de sus libertades para que el FCE se constituyese en una voz fuerte del tercermundismo. Los posicionamientos políticos de Orfila y Séjourné se manifestaron primero de manera sobria, lenta, con el sigilo que demanda la exposición pública de un agente cultural en el campo de poder. Con el avance de la Guerra Fría, los dos denunciaron al imperialismo y defendieron causas revolucionarias, hasta volverse un enlace externo significativo para el triunfo de la Revolución Cubana, su posterior defensa y difusión.

Como ya anticipé, el 8 de noviembre de 1965 Orfila Reynal fue despedido como director del FCE. En la editorial, el Estado tenía una función tutelar, pero ninguna injerencia en el catálogo. Los éxitos de las gestiones de Cosío y Orfila lograron que el Fondo prescindiera del sostén financiero estatal. Con la expulsión de Orfila se disolvió la Junta de Gobierno, directorio que, casi sin alteraciones desde 1934, formaba un sustrato de legitimación simbólica, al estar ocupado por prestigiosos intelectuales americanistas como Martínez Adame y Silva-Herzog. El FCE pasó a ser una editorial gubernamental. En su faz positiva, la crisis quebró el lugar cuasi monopólico del FCE como la editorial de México y, por ende, se dieron condiciones para que este mercado comenzara a ganar contornos de campo, en que otros sellos –como Joaquín Mortiz y Era– podían proyectarse más que la empresa estatal. En ese escenario nace Siglo XXI. Su catálogo, como veremos, fue político, líder en la renovación de las ciencias sociales y humanas, mientras estas se consagraban como un asunto cultural y político de peso. La literatura, decisiva en sus inicios, desplegó allí un capítulo significativo de la consagración del boom de la narrativa latinoamericana. En el capítulo 6 analizo una expresión de esta última apuesta en la producción de La vuelta al día en ochenta mundos de Julio Cortázar. Sobre la base de “las ochenta cartas” que cruzaron para realizar y lanzar ese título, interpreto el tipo de vínculos y el tenor de los desafíos culturales que llevaron a que Siglo XXI fuera una editorial fundamental en la cultura iberoamericana de los años setenta.

De ahí en más, analizo el nuevo sistema de interdependencias en que pasó a desenvolverse la vida de Orfila. Describo catálogos pero sin perder el foco axial de este estudio. Dedico tanto o mayor espacio a las sucursales de Madrid y

Buenos Aires, abiertas casi en simultáneo. Estas conjugaron el tacto empresarial y la ambición política de Orfila con los proyectos de aliados de años previos, que lo siguieron en esta nueva etapa, y de jóvenes agentes que encarnaban los nuevos frentes de vanguardia política e intelectual. Eran tiempos de revoluciones y Siglo XXI se erigió en emblema.

La editorial fue fracturada a fuerza de golpes de Estado y de mercado. Hacia el final, doy mayores detalles sobre la rama argentina. Entre 1971 y 1976, era vista como la más dinámica del conjunto. Entre otros proyectos, allí se gestó la Biblioteca del Pensamiento Socialista, bajo la coordinación de José Aricó. La sucursal de Buenos Aires fue allanada y clausurada por un comando del terrorismo de Estado, apenas una semana después del fatídico golpe militar.

Siglo XXI "desapareció" en la Argentina. Pero, a la par del presente milenio, reapareció allí de un modo paradojal, fragmentada en dos editoriales homónimas. Sin la amalgama de Orfila, líder carismático retratado por Jorge Tula como paterfamilias, con el paso de los años Siglo XXI de México y de España habían separado sus rumbos. En 2000 llegaron a competir en el mercado argentino, fundando cada una su propia sucursal. Como una isla de historia (Sahlins, 2008), como un caso en escala para indagar cuestiones generales, Siglo XXI internalizó el proceso colectivo de unidad y fragmentación. A partir del pasado reciente, Siglo XXI Editores Argentina, sello de este libro, está presente con gran vitalidad en el campo editorial. Siglo XXI Iberoamericana se diluyó cuando en 2010 la matriz española fue adquirida por el Grupo Akal. Renovando antiguas cuestiones, en la Argentina y en México, Siglo XXI cambia y continúa como un sello independiente que ha repensado, no sin conflictos, los fundamentos para reencontrar su huella en una historia general en la larga duración.

▪

[1] Javier Garciadiego (2016) ha realizado una historia intelectual del repertorio de traducciones editadas por el FCE en la década de 1940.

[2] En las páginas que siguen aclaro el uso que hago de las denominaciones "América", "América Latina", "Iberoamérica", "Hispanoamérica" y afines.

[3] Durante esos años, el gobierno de facto de la Argentina estableció fuertes

trabas a la importación de libros, tal como México había hecho a inicio de la década de 1950, a la par de Chile y España. Durante la Guerra Fría, la censura de impresos fue generalizada en casi todos los países.

[4] Como se verá a lo largo del libro, Brasil ha sido un territorio significativo para los productores de libros en castellano, tanto como mercado de exportación como de cultura que traducir. Lo mismo puede decirse de Portugal con relación a España. En sentido inverso, Hispanoamérica no ha tenido una significación equivalente para los productores de libros e ideas en Brasil.

[5] Sobre la raigambre nacional de los posicionamientos e intereses que se expresan en las disputas del campo de poder internacional, véase Dezalay y Garth (2016).

[6] Una aplicación de la "teoría del campo" de Pierre Bourdieu a las dimensiones transnacionales figura en Sapiro (2013).

[7] Una sociología histórica y cultural de las relaciones nacional-extranjero figura en Miceli (2003).

[8] Sobre las relaciones entre economía y cultura en los mercados de bienes simbólicos, véase Bourdieu (1977).

[9] En la actualidad, felizmente, disfrutamos de un espacio de especialización en el que confluyen docenas de jóvenes investigadores y al que contribuimos a forjar con José Luis de Diego, Horacio Tarcus, Leandro de Sagastizábal, Margarita Pierini, Graciela Batticuore, Ana Mosqueda y otros colegas de diversa procedencia geográfica y disciplinar. Jalones de ese crecimiento son el libro organizado por De Diego (2009) y el coloquio argentino de estudios sobre el libro y la edición que realizamos en La Plata y Córdoba, en 2012 y 2016.

[10] La editorial Alfred Knopf fue fundada en Nueva York en 1915 y es reconocida por la calidad literaria de su catálogo y el diseño de sus ediciones en tapas duras (hardcover). Entre 1973 y 2003, Peter Weidhaas fue director de la Feria de Frankfurt, que bajo su gestión consolidó su posición como centro neurálgico del mercado editorial internacional (Sorá, 2011b).

[11] Esto es especialmente notorio en el caso del FCE. No cabe esperar aquí una historia pormenorizada de sus distintas etapas.

[12] Una historia institucional del FCE puede encontrarse en abundante material producido por la propia editorial en cada conmemoración: por ejemplo, Díaz Arciniega (1994), Chumacero (1980), Krauze (1984). Por lo general, es una historia escrita en la continuidad, la exaltación, sin conflictos, dispuesta para custodiar el panteón, cuidar un patrimonio cultural mexicano. Los lectores que busquen trazar los hitos de la editorial, la secuencia y el índice de sus libros y colecciones podrán consultar con cautela esa bibliografía fuente.

[13] Los sentidos con que me apropio de la noción de “vocación”, de otras nociones o de conceptos de mi perspectiva analítica, centrada en la teoría de los campos propuesta por Bourdieu (quien es crítico de varios alcances y usos de la “vocación” o del “llamado”), se despliegan a lo largo del libro, en la medida en que la interpretación de los datos lo requiera.

[14] La red internacional de conexiones entre libreros iberoamericanos es el tema de la tesis doctoral de Juan David Murillo Sandoval. Sobre su original producción editada véase, por ejemplo, Murillo Sandoval (2016).

1. Tierra firme para un intelectual

La trayectoria de Daniel Cosío Villegas, como miniatura mexicana[15]

Alguna vez se hará la historia de la actividad editorial del México independiente; pero aun sin ella, es clara la impresión de que no era gran cosa.

Daniel Cosío Villegas, Memorias

Hasta la Revolución de 1910, la vida intelectual en México no formaba un campo. Era dominada por los "científicos", grupo de pensadores positivistas ligados al régimen de Porfirio Díaz (1876-1911). Gabino Barreda (Puebla, 1818–Ciudad de México, 1881) y luego Justo Sierra monopolizaron las instancias de legitimación de toda actividad de pensamiento y escritura. Barreda fue médico, filósofo, político. A mediados del siglo asistió a cursos dictados por Auguste Comte en París y regresó convertido al positivismo, doctrina que promovió como método para la enseñanza elemental en el país. Al crearse la Escuela Nacional Preparatoria en 1868 fue nombrado primer director. Luego fundó la Sociedad Metodófila, el Partido Positivista, bases institucionales para doctrinas que lo promovieron en una secuencia de altos puestos dirigentes hasta culminar su carrera como embajador en Alemania. Justo Sierra (Campeche, 1848 - Madrid, 1912) fue abogado, poeta, novelista. Inició su vida política como diputado y terminó como embajador en España. Promovió la obligatoriedad de la educación primaria, la fundación de la Universidad Nacional (1901) y, hacia 1892, encendió la polémica tras defender la doctrina de la "dictadura ilustrada". Las acciones de Barreda y Sierra para promover un sistema de enseñanza nacional respondían a los resortes sociales y políticos de una sociedad estamentaria.[16] A inicios del siglo XX, sólo un quinto de la población estaba alfabetizada y era abismal la distancia entre la capital y el interior en la concentración de recursos culturales. La universidad había sido creada, pero no pasaba de un conjunto de escuelas de formación superior dispersas.

A inicios de siglo, alentado tanto por la circulación internacional de ideas críticas

como por las barreras a su ascenso social, un grupo de discípulos de "los científicos" promovió embates contra el positivismo. Los lugares que forjaron la legitimación de esta formación intelectual fueron la Sociedad de Conferencias (1906-1909) y el Ateneo de la Juventud (1909-1913). Al frente de este último estaba Antonio Caso, y el secretario general era Pedro Henríquez Ureña. Las otras dos figuras destacadas fueron Alfonso Reyes y José Vasconcelos. En el plano de las ideas, los ateneístas propiciaron un movimiento de restauración filosófica que abarcaba desde el neohelenismo hasta el modernismo, alimentado por la recepción entusiasta de autores como Friedrich Nietzsche y Henri Bergson.

Entre otros intereses de esa generación del novecientos, Jorge Myers (2006) destaca la recuperación de "lo cultural" como legítimo objeto de estudio y las preocupaciones sobre la identidad nacional e iberoamericana. Estas experiencias de vitalismo cultural fueron truncadas hacia 1913, cuando el levantamiento de Victoriano Huerta inició la larga etapa de guerra civil entre fracciones revolucionarias. Algunos de sus miembros se plegaron en las luchas, otros se exiliaron. La excepción fue Caso, que se refugió en la enseñanza en la Facultad de Filosofía y gestó otros grupos de estudio. Hacia 1915, alrededor de su figura, se configuró un grupo de discípulos que retomó el proyecto ateneísta. Se autodenominaron "los Siete Sabios". El profetismo que animaron era impulsado por la sensación de desolación ante las consecuencias de la violencia política, y frente al vacío cultural abierto por la dispersión de los ateneístas. La relación entre Revolución y juventud fue decisiva para que se percibieran retrospectivamente como la "Generación de 1915".

Este capítulo indaga las Memorias (1976) de Daniel Cosío Villegas (1898-1976), un discípulo de los Siete Sabios. Mi retrato del retrato deriva de un interés inicial por el papel de Cosío como fundador y director del FCE entre 1934 y 1948. Así hilvana en sus memorias las relaciones entre revolución, cultura y juventud: "Vimos brotar ante nuestros propios ojos, frescos y vírgenes, las grandes lacras que ponía al descubierto esa Revolución". Los hechos les impusieron la urgencia, no de escribir acerca de la Revolución, tarea que habría parecido "ocio despreciable", sino de hacer algo para sanar los males de la patria, para servir a México.

En esa trampa ilusoria caímos todos, pero yo más tontamente si se quiere, pues

mientras Manuel Gómez Morin, Vicente Lombardo Toledano, Alberto Vázquez del Mercado, [Narciso] Bassols y [Miguel] Palacios Macedo llegaron a ocupar posiciones en el gobierno que podían seguir alimentando semejante quimera, yo nunca tuve ni remotamente un pedazo de tierra firme donde apoyar una acción cualquiera (Cosío Villegas, 1976: 194).

La apuesta de Cosío fue la creación de instituciones académicas y culturales que, en el largo plazo, lo forjasen como una figura de intelectual independiente, capaz de pensar y escribir sobre la política mexicana y la significación de la Revolución. Hasta racionalizar y encarnar dicha figura, Cosío ensayó múltiples alternativas de formación y trabajo. Se recibió de abogado y trabajó como empleado judicial; se doctoró en Economía; fue diplomático, editor, politólogo, historiador, periodista. Tantas alternativas sensibles en la estructuración del campo de poder permiten leer las Memorias como un movimiento histórico rico, desde el difuso estado de la vida social en la década de 1910 hasta el despliegue de un amplio rango de funciones y posiciones en la política, las ciencias sociales, la edición y las instituciones de enseñanza superior.

Pero en los géneros del yo, especialmente en las memorias, no pueden pasarse por alto los silencios, aquellas experiencias de vida que el autor esquiva, archiva o borra en la escritura, para que el lector no las conozca o las aminore en relación con los perfiles que le interesa iluminar. De las restantes prácticas culturales que Cosío transitó a lo largo de su vida, no hay en las Memorias más de tres o cuatro páginas dispersas acerca de eventos y anécdotas de su actividad como editor. Ante esa evidencia, mi actitud fue develar signos vacantes e interrogar esa laguna: los contornos de su labor como productor de libros y de revistas aparecen como contracara de las demás esferas de actividad. La historia, la diplomacia, la economía, la política, la edición deben ser pensadas, así, como recíprocas transformaciones. A pesar de que la edición suele resultar soslayada, como si fuera la faz negativa del poder simbólico, no nos queda duda de que en ese territorio Cosío comenzó a pensar cómo alcanzar tierra firme. Como veremos más adelante, esa era una idea fuerza de su pensamiento y se materializó en una colección del FCE. Allí apareció Extremos de América (1949), que reunió discursos y ensayos en los que Cosío pensó cómo la edición de libros era un terreno estratégico para enfrentar el colonialismo español que obstaculizaba la emancipación cultural americana, combate que convocaba a una imperiosa alianza entre las culturas nacionales del continente.

Cultura y política

Emprender la crítica a próceres culturales como Barreda y Sierra, al positivismo, que en México alcanzó estatuto de ideología de Estado, conllevaba enormes recursos, pretensiones, energías. Esta revuelta cultural fue antesala de la revolución política. A lo largo de este estudio veremos que el FCE es, para México, el ápice de ese movimiento: su génesis fue a inicios del siglo XX, con el espíritu crítico y los afanes políticos de un pequeño cenáculo de intelectuales. Su crisis estalla a mediados de los años sesenta. Por entonces, la editorial era dirigida por Orfila, un extranjero de izquierda. Pero nada es evidente en la correspondencia entre producción simbólica y administración del poder. El presente estudio privilegia la excavación y la interpretación de este tipo de relaciones.

Inicio y fin

Memorias comienza (con el relato de una infancia feliz) en Colima. Luego despliega cuadros de creciente intensidad dramática, debida a la mudanza de la familia hacia Toluca, contracara de Colima, cuando Daniel tenía 8 años. Allí se vivía en un ambiente "igualitario y democrático", y en aquella, en uno estamentario, de grupos y clases separadas de modo tajante. En ninguna de esas ciudades había librerías, y la cultura no era un bien de distinción. Esa ausencia denotaba un aislamiento profundo entre la capital y el interior, el estado de fragmentación de una república y de un Estado aún por construir.

El padre de Daniel era funcionario postal, administraba giros económicos y trataba a miembros de la élite local:

Yo, después de todo, era hijo de un modesto empleado federal, cuyo sueldo nada significaba al lado de las grandes fortunas de los salineros, de los ganaderos, de los grandes tenderos españoles y de los ferreteros alemanes. Y sin embargo mi padre jugaba frontón con don Enrique de la Madrid… Yo trabajaba los fines de semana en el cinematógrafo (Cosío Villegas, 1976: 15; el destacado me pertenece).

Estas relaciones –al igual que las referencias a la vivienda, a las amistades de los hermanos, a las costumbres hogareñas– denotan ciertas propiedades de los Cosío como miembros de una clase media empeñada en buscar condiciones de ascenso social para los hijos. Así lo demuestra la inscripción de Daniel para cursar la escuela primaria en el selecto colegio Enrique Rébsamen y la secundaria en el Instituto Científico y Literario, institución de cierta reputación nacional como uno de los pocos colegios del interior que podían preparar a sus alumnos para cursar carreras universitarias en la capital. De ese contacto con las élites sociales de provincia, entre las cuales "los Cosío" eran los más pobres, Daniel rescata en sus memorias el aprendizaje del francés y la tutela educativa con que contó.

Todo cambió hacia junio de 1914, cuando fue general el miedo ante el asedio de Toluca por parte de los revolucionarios. "El temor había aumentado al grado de que los varones de las familias toluqueñas resolvieron contratar un tren especial hacia la capital. Y esta vez, la nuestra formó parte de las 'familias'" (1976: 34). Daniel "descubrió la cultura" en la ciudad de México. (Ese centro narrativo es expuesto por la máxima oposición entre violencia política y redención cultural.) Allí cursó los dos últimos años de la secundaria. El descubrimiento de la librería Porrúa es recordado como el ingreso a otra dimensión, como si la relación con los libros fuera el más puro resguardo ante la inseguridad política, una alternativa de salvación. De ahí en más, su vida giró en torno a la enseñanza universitaria, a la producción de impresos y a la escritura, siempre en fricción con la política.

La gradual apropiación de la cultura dotó a Cosío de pertrechos para controlar los desvaríos de la política. Hay alusiones a la actitud que pudo haber tomado Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República desde diciembre de 1964 hasta noviembre de 1970, para mejorar los servicios de "inteligencia".[17] Unas líneas más arriba advertía, acaso como explicación de las anomalías de su gobierno, que "este caballero es el único que se ha permitido el lujo de llegar a la presidencia sin haber pasado antes por mis clases" (1976: 307). Al final de sus Memorias, y de su vida, Cosío se miraba no como un consejero de príncipes, sino como un intelectual de espíritu liberal, clásico, crítico, influyente en la opinión pública: "En cuanto a la posibilidad de influir con los políticos, me basta decir que, a pesar de haber sido discípulos míos, todos los presidentes de la República, desde Ávila Camacho a López Mateos, nunca recibí de ellos un favor o una distinción" (1976: 307). Cosío torna la necesidad en virtud, destaca hasta qué punto esa negación de prebendas o favores de la política es basamento para su autorrepresentación como intelectual independiente, manifestación del poder simbólico de una posición que tributó como pocas a la siempre conflictiva autonomía del campo intelectual en México.[18]

Su relación con los presidentes de la República y con la alta burocracia de Estado en tanto intelectual es el centro del interés retrospectivo con que Cosío organizó sus memorias entre 1975 y 1976. Todo pasa o es descripto como si su encumbramiento como intelectual independiente del poder recién hubiera sido alcanzado en el último decenio de su vida. La historia fue la disciplina más eficaz para pensar con distancia crítica el sistema político mexicano y el perverso "estilo personalista" de ejercer el poder que adquieren sus gobernantes.

La escritura y la revolución o el intelectual como transformación del político

Quizá de joven, Cosío fantaseó con llegar a presidente de la República. En la compilación de sus textos organizada por Gabriel Zaid (1985: xii), se reproduce una anécdota:

Alguna vez, en 1923 o 1924, saliendo de una larga conversación con el Maestro, Cosío le dijo a su compañero Andrés Henestrosa: “¿Sabes quién va a ser el próximo presidente de México? [José] Vasconcelos. Me dijo que [Álvaro] Obregón habló con él para dejarlo como sucesor. Y ¿sabes quién va a seguir después?, Cosío Villegas. Me dijo que, al terminar su presidencia, me la deja”.

Anhelos de este tipo eran alimentados entre los Siete Sabios. ¿Cómo llegó Cosío a participar en esa formación intelectual? Sin describir esquemas de pensamiento y acción que movilizaba al iniciar los estudios de abogacía, Cosío relata que a los pocos meses de iniciarse en la universidad fue nombrado por sus pares como representante en la Sociedad de Alumnos de la facultad. Allí trabó amistad con el presidente, Manuel Gómez Morin, alumno de quinto año, y con el secretario general, Narciso Bassols, alumno de tercer año. Poco después, también con Miguel Palacios Macedo, el presidente de la Federación de Estudiantes de la capital. Los tres frecuentaban el grupo de los Siete Sabios, aquel círculo animado por Antonio Caso, el único profesor de la Facultad de Filosofía que vivía de (por, para) la enseñanza universitaria. En la segunda mitad de los años diez, era el más activo de los ateneístas en la cultura nacional, en la medida que sus otros pares, como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Vasconcelos o Martín Luis Guzmán habían abandonado la capital para unirse a la Revolución o radicarse en el extranjero para aguardar mejores tiempos.

No traté ni hice amistad con los Siete, pero sí con cinco de ellos: el propio

Manuel, Vicente Lombardo Toledano, Alberto Vázquez del Mercado, Alfonso Caso y Teófilo Olea y Leyva. […] Los unía una visión muchísimo más amplia de la que tenía el estudiante ordinario, porque sentían la necesidad de adquirir, más que el saber profesional, una buena cultura, lo cual suponía incursionar seriamente por los campos de la filosofía, de la historia y de las letras. […] En fin, advirtieron el gran vacío intelectual que exhibía el grupo revolucionario victorioso y creyeron poderlo llenar en beneficio del país (1976: 50).

Al concluir el primer año de Abogacía, Cosío pasó de la Sociedad de Alumnos de la facultad a jefe del Departamento de Acción Social de la Federación. Desde esa plataforma experimentó por primera vez el contacto con un presidente de la República. Venustiano Carranza impulsó el nombramiento de representantes de la cultura (Alfonso Reyes, Amado Nervo, etc.) para ocupar estratégicos puestos diplomáticos como política "inteligente" para repeler agresiones norteamericanas. Cosío consiguió una audiencia con Carranza con el fin de ampliar esa acción mediante el nombramiento de agregados estudiantiles. El presidente aceptó la idea y así Carlos Pellicer, José Norma, Luis Padilla Nervo y otros estudiantes participaron en misiones culturales de la política exterior mexicana.

Las materias que en el primer año de estudio atrajeron el interés de Cosío fueron Filosofía y Sociología. Había asistido ya a los seminarios de filosofía de Antonio Caso, desde 1915, cuando eran dictados como cursos de verano en la Universidad Popular de Plaza del Carmen. Luego siguió las lecciones del "maestro" en cursos libres en la Escuela de Altos Estudios. Poco después de la asunción de Vasconcelos como ministro de Educación, en 1921, Caso lo sustituyó como rector de la universidad. Así fue que el "maestro" delegó en Cosío, notable alumno, la responsabilidad de su curso de Sociología en la facultad, a pesar de estar cursando recién el segundo año de Derecho. Al pedir una licencia, Vicente Lombardo Toledano le delegó, a su vez, su curso de Ética en la Escuela Nacional Preparatoria.

Durante 1921 Cosío fue presidente de tres federaciones de estudiantes: una regional (DF), otra nacional y una internacional. Este último nombramiento llegó al final del Congreso Internacional de Estudiantes, realizado en la ciudad de México como parte de los festejos por el centenario patrio. El sentimiento profético que circundó al Congreso motivó el tejido de alianzas interamericanas

de impacto visible en proyectos como el APRA peruano y el reformismo platense. (Orfila estuvo presente en ese congreso como delegado de los estudiantes reformistas de la Universidad de La Plata. Como veremos más adelante, allí nació su amistad con Cosío y con Henríquez Ureña, entre otros, alianzas que subyacen a su carrera como protagonista de la historia del FCE.)

Cosío parecía acumular como nadie los factores para devenir un cuadro político nacional preponderante. Pero esa posibilidad fue alterada durante el mismo año de 1921, por la muerte de su padre. Daniel era el mejor posicionado entre los cinco hermanos para asumir la autoridad familiar y ser el sostén de su madre, por lo que tuvo que trabajar mientras estudiaba. Para ello, le sobraban las amistades y los contactos que trabó dentro del pequeño grupo de intelectuales que trashumaba entre la Facultad de Derecho, la Porrúa y la Secretaría de Educación.

Ese año, Cosío estudiaba Derecho, enseñaba Sociología y Filosofía, trabajaba en el entorno de Antonio Caso en la Facultad de Derecho y de José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública. Y Vasconcelos le ofreció colaborar en un trabajo que lo introdujo en su primera experiencia editorial: una colección de autores clásicos del pensamiento universal. Vasconcelos había iniciado ese proyecto, pero Julio Torri fue el coordinador editorial. Cosío fue un auxiliar que sintió allí por primera vez “el gusto por editar”. La “colección de Vasconcelos” lanzó diecisiete títulos, de autores como Esquilo, Eurípides, Platón, Dante y Goethe. La significación de este emprendimiento, sin embargo, no derivó tanto de los autores incluidos, sino del impresionante salto en las tiradas y en la intención de iniciar en la lectura a sectores hasta entonces excluidos de la educación y el consumo de bienes simbólicos. En ediciones rústicas de tapas verdes, cada libro tuvo una tirada de cincuenta mil ejemplares y fue distribuido gratis “entre obreros y campesinos”. Junto con esos títulos, se repartieron libros de lectura escolar, de historia y geografía (Acevedo Escobedo, 1962: 417). El siguiente testimonio jocoso de Orfila induce a pensar aquella iniciativa como un peculiar experimento romántico:

Tengo tan presente una vez que, seríamos 8 o 10 personas en su despacho, de pronto, por una puerta lateral entra Julio Torri y le dice a Vasconcelos: “Oye, Pepe, acabo de regresar de Puebla y sabes qué”. “¿Qué?”, contesta Vasconcelos. “Hubo una magnífica cosecha de maíz en todo el estado”. “Bien, ¿y qué con eso?”. “Pues que me han informado que la cosecha se debe no tanto a las lluvias

que hubo, sino a que todos los campesinos se leyeron el Plotino”. Todos reímos, pues era fama que a Plotino no lo entendía nadie (Orfila Reynal, en López López, 1993: 41-42).

Con el ascenso de Vasconcelos “comenzaron a llegar los ‘dispersos’: Pedro Henríquez Ureña, Diego Rivera, Martín Luis Guzmán, Salomón de la Selva”, entre otros. Aquel lugar de trabajo fue un observatorio del renacimiento cultural mexicano. Allí convivió con todos esos baluartes culturales del México moderno. Cosío recupera el vínculo con Henríquez Ureña como el inicio de su vocación de escritor. Con sus consejos escribió Miniaturas mexicanas. Henríquez Ureña celebró el manuscrito y se lo pasó a Alfonso Reyes, quien quiso rebautizar al autor como Daniel Cosío.[19]

Al pasar Vasconcelos a la Secretaría, Caso asumió como rector de la universidad. Bajo su gestión se creó un Departamento de Extensión Universitaria, dirigido por Henríquez Ureña. El dominicano le encargó a Cosío algunas tareas, como un curso para extranjeros cuyo fin era atraer la simpatía de estudiantes estadounidenses hacia ese nuevo México. Hacia 1923, Vasconcelos comenzó a preparar su proyección como presidenciable y el clima de trabajo se tornó incierto. Por eso, Cosío pidió un puesto en la Cancillería a su amigo Genaro Estrada Félix. La diplomacia sería, de ahí en más, una actividad paralela a los trabajos académicos y culturales, esencial desde el punto de vista económico, social y político. Cosío la sostuvo hasta su completa dedicación a labores intelectuales en la década de 1960. Como si no hubiera realizado suficientes trabajos, en 1924 fue invitado a ser concejal de la ciudad de México. No había asumido por medio del voto y la desazón en la política lo llevó a pedirle a Enrique Delhumeau, padrino de aquella experiencia, que lo ubicara en un trabajo en que pudiera ejercer la profesión de abogado. Delhumeau le ofreció el puesto de agente del Ministerio Público (en el fuero penal, Juzgado 2) y luego pidió el pase al Tribunal Superior de Justicia. Cosío se recibió de abogado en 1925.

El tránsito entre tantas actividades en la primera mitad de los años veinte era un hecho generalizado, que evidenciaba la inestabilidad de los primeros gobiernos que encauzaron institucionalmente la Revolución, pero también era un caso particular: nuestro autor transmite el estado de ansiedad que sufría por encontrar un lugar en el entramado social y sostener a su familia, junto con Emma Salinas. Daniel conoció a Emma durante su campaña para presidente de la Federación de

Estudiantes. Ella era representante estudiantil de la Escuela Normal para Señoritas y apoyó la candidatura de Cosío. Era hija de un abogado veracruzano, indicio de que la alianza podía consolidar el ascenso social de los Cosío, ahora bajo la autoridad de Daniel.

Pese a la multiplicidad de actividades del joven Cosío entre la academia y la política, el centro de su labor gravitaba en la Facultad de Derecho. Cuando Manuel Gómez Morin asumió la dirección de esa facultad en 1925, le solicitó que modificara su curso de sociología teórica y lo orientara a uno de sociología aplicada a los problemas de México. Fruto de este cambio fue la edición de Sociología mexicana, el segundo libro de Cosío. Al final de ese año se recibió e inició una experiencia que acentuaría sus apuestas en la academia y la cultura: viajó a Harvard para iniciar estudios de posgrado en Economía. En tanto experiencia de reconversión (según la definición de Pierre Bourdieu), debe explicarse como producto del achicamiento de las perspectivas de éxito de los proyectos de "los ateneístas" y sus continuadores en el poder cultural.

En esa fase crítica, signada por el fracaso del proyecto de Vasconcelos, algunos migraron a otros puestos dirigentes. En su caso, fue nombrado en la Secretaría de Hacienda, donde creó un departamento técnico y promovió el interés por el problema agrario. Cosío hizo suya la prédica que propagaba Gómez Morin: "México precisa economistas".

La oportunidad para estudiar en Harvard también estuvo ligada a cierta señora White, estadounidense, quien había sido alumna de Cosío en el curso para extranjeros que dictó en 1925. Viuda de un reconocido profesor de Harvard, White gestionó los fondos necesarios, que aun con dificultades le permitieron a Cosío encaminar también la vida junto a Emma. Más tarde obtuvo una beca Rockefeller y prosiguió estudios en Wisconsin y Cornell, las universidades más destacadas en economía agraria.

Sus competencias en economía y estadística, raro capital para la época, fueron aprovechadas por la Cancillería mexicana. En 1927 Cosío fue invitado a representar al país en una conferencia sobre estadísticas de la Sociedad de las Naciones. Se trataba de una misión de envergadura si se considera que estaba en juego la posible incorporación a la organización internacional, que México había rechazado como emblema de la Doctrina Monroe. Así solían ser los encargos que, a intervalos hasta los años sesenta, le realizó la cartera de Relaciones Exteriores.

Cosío aprovechó el viaje a Europa para rematar su formación en la London School of Economics y en la École Libre des Sciences Politiques de París. Su plan era instalarse en la Ciudad Luz por un largo período: "¡Tocaba el cielo en París!". La asistencia a una clase magistral de Henri Bergson en la Sorbona es contada como una "experiencia reveladora". Pero el sueño fue breve. A los pocos meses recibió la noticia de que Antonio Castro Leal (uno de los Siete Sabios) había asumido la Rectoría de la Universidad y lo invitaba a ocupar la Secretaría General. Bassols, a su vez, había sido nombrado director de la Escuela de Derecho y Ciencias Sociales. Ante tal panorama de demorado triunfo de su grupo de referencia, retornó a México con premura; parecían dadas las condiciones para promover la enseñanza de la economía.

La Escuela de Economía fue fundada en 1929. La Gran Depresión acentuó la creencia sobre estos profesionales como salvadores previsores. Entre los mentores del proyecto de facultad, Cosío parecía destacarse por la solidez de su formación de posgrado. Entre los obstáculos para formar economistas mexicanos, sobresalía la predominancia de estudiantes que trabajaban y no sabían inglés, lengua en que estaba escrito el 80% de la bibliografía especializada. La revista El Trimestre Económico y el FCE se originaron de esa constricción, y es importante subrayar que su fundación en 1934 no respondió a un plan racional, sino que fue consecuencia de una contradicción, de límites y condicionamientos, entre los cuales era evidente la falta de editoriales en México e Hispanoamérica dispuestas a invertir en una colección de traducciones de economía. Si bien Cosío fue director del FCE entre 1934 y 1948, no hizo de esa actividad una práctica de dedicación exclusiva, como más tarde decidiría su sucesor, Orfila Reynal. En los primeros años de existencia el sello tuvo una producción irregular: por un lado, cumplió la función práctica de auxiliar las demandas de la formación de expertos; por otro lado, debía enfrentar la relativa ausencia de editores profesionales y de un medio idóneo en el México de la década de 1930.

Recién en 1938 el FCE comenzó a planificar un catálogo sensible a una política cultural que trascendiera los fines de una disciplina. La editorial abrió el catálogo a títulos de todas las ciencias sociales y humanas. En los primeros años de la década siguiente, el americanismo irrumpió en el plan de publicaciones con inusitada fuerza. No fue casual que hacia 1939 el Fondo se tornara el núcleo de residencia y actividad de intelectuales españoles cobijados por el gobierno de Lázaro Cárdenas en "el exilio republicano". Cosío fue un mediador central en esa acción final de la alianza política entre México y la República española. Por

circunstancias de los encargos diplomáticos e invitaciones académicas, se encontraba en Europa cuando el gobierno de Cárdenas propuso un plan de "salvación" a un grupo de intelectuales y científicos amenazados por la Falange. José Gaos, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría, Enrique Díez-Canedo y otros fueron recibidos en la Casa de España, institución creada con el fin de acoger a "los transterrados" y dirigida por Alfonso Reyes y Cosío. La Casa funcionó en el predio del FCE y hacia 1940 se transformó en El Colegio de México (Colmex).

Bajo la tutela de Reyes y Cosío, también máximos dirigentes del Colmex durante largos años, los exiliados retribuyeron con traducciones, libros y enseñanza, y propiciaron significativas condiciones para la diferenciación de las ciencias sociales y las humanidades en todo el continente. Fueron "los maestros" de una élite académica que dominaría la fase de profesionalización de las disciplinas humanísticas y sociales en la universidad entre 1950 y 1960, con nombres como Leopoldo Zea y Pablo González Casanova. Cosío fue el mayor gestor de esas iniciativas.

A diferencia de la dirección del FCE y la diplomacia, actividades paralelas, el Colmex le ofrecía otras monedas: estabilidad laboral, formación de discípulos, honor; capitales que, a su vez, demandaban permanente dedicación. Allí, Cosío impulsó innumerables proyectos, como la revista Historia Mexicana (1951) y el Centro de Estudios Internacionales (1958). Si bien el Colmex, más que el FCE, le brindó un centro de acción institucional, no dejaba de transitar entre disciplinas académicas, "casacas" que probaba sin vestirlas definitivamente. La carga de la dedicación a la labor diplomática y a la gesta de instituciones generó, con el tiempo, un malestar que quedó plasmado en las Memorias: la falta de condiciones para escribir, para cultivar una obra y granjearse el reconocimiento como intelectual:

Todo eso no significa que yo me sustrajera a lo que solía llamarse solemnemente el "imperativo moral" de hacer algo en beneficio de la Nación, sólo que desvié el campo de operación a las "empresas culturales", de las que he hablado: las revistas El Trimestre Económico, Historia Mexicana y Foro Internacional, así como el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. […] Igual en el Fondo que en El Colegio, miraba con mis propios ojos a la gente que escribía: desde luego, los colaboradores de esas tres revistas, y después, a los autores de los libros que publicaban el Fondo y El Colegio. Esto, por supuesto, me hizo

sentir más y más que yo había escrito y publicado poco, malestar vago este que afloraba de vez en cuando de modo visible (1976: 194-195).

Parecía tenerlo todo, pero no lo que él veía en otros y pasó a desear. Aun así, hizo grandes esfuerzos para escribir y publicar. En 1947 apareció La crisis de México, un ensayo en que Cosío reflexiona sobre los hombres y las obras de la Revolución, y se pregunta si el país no había entrado en una etapa que no pocos comenzaron a llamar "neoporfirismo". En 1949 y en su colección Tierra Firme, publicó Extremos de América, libro que reúne conferencias y discursos de variado origen como "representante" diplomático, del mercado editorial, del sistema académico. En cada capítulo destellan ideas lúcidas, pero el conjunto evidencia la dispersión de focos de acción, la heterogeneidad del "proyecto creador", la ausencia de obra. El primero de esos libros es un típico ensayo de interpretación nacional. El segundo revela la posición múltiple de Cosío y la fragilidad correlativa para expresar algún proyecto autoral.

Si bien la situación de Cosío ya no era como la de los años veinte, en la primera mitad de los años cuarenta se constata una relativa homología, si se piensa este período como de desorden, de fuerte superposición y colisión de planos, de posibilidades de acción y de intereses. Si bien el autor describe esa etapa como de ebullición, mi hipótesis se delinea a partir de la analogía en la salida elegida a este nuevo atolladero: la Fundación Rockefeller, los Estados Unidos, la reconversión intelectual hacia la historia. Las fundaciones Ford y Rockefeller eran bien conocidas por Cosío, ya que a ellas recurrió para sostener no pocos programas de desarrollo del Colmex. Pero en esta circunstancia cambió de posición: pasó de la gestión y mediación de fondos institucionales o para otros, a la posición de beneficiado. El subsidio que obtuvo en 1948 lo obligaba a una dedicación plena; por eso pidió licencia como director del FCE.

Pasó largas temporadas en Washington y Nueva York, donde diseñó e inició el proyecto de una ambiciosa historia del México moderno. Y si bien al restablecer su actividad en el Colmex no se dedicó en exclusivo a la historia, las disposiciones adquiridas en esa etapa lo llevaron a cultivar una primera nueva acción profesional: la constitución de un equipo de colaboradores, discípulos motivados a la estructuración de una carrera académica sostenida. Algunos de ellos fueron Pablo González Casanova, Enrique López Lira, Luis González, Moisés González Navarro, Francisco Calderón, Guadalupe Monroy, Emma

Salinas. La estabilidad de un proyecto colectivo bajo su dirección y el resultado de una obra impresa colosal y de fuerte impacto público explican la elección de la historia.[20] Historia Moderna de México, diez volúmenes publicados entre 1956 y 1972, explora las causas de la Revolución en múltiples planos. Cosío tal vez no llegó a ser el historiador de la Revolución, pero generó condiciones sin igual para que eso fuera posible como emprendimiento colectivo y profesional.

Recién a mediados de los años cincuenta, su trayectoria unió la acción en la Revolución y el pensamiento sobre la Revolución: conforme a una hipótesis que ya mencioné, los males de la Revolución y los desvaríos de la política habrían sido contrarrestados por la cultura, y en especial por los intelectuales, si estos se hubieran hecho sentir antes.

Como pionero en la gesta de condiciones institucionales para la autonomización de la cultura, el relato de su propia historia deviene ejemplar. Pero en ese relato, la tensión, el deseo están situados sobre la escritura, la autoría, que sólo cultivó en los últimos tramos de su vida. La memoria de su prolongada actuación como editor ocupa un par de páginas; el comentario sobre textos y proyectos de pensamiento, decenas y decenas.

Como Gilberto Freyre (Sorá, 2001) y tantos otros ensayistas latinoamericanos desfasados en ciertos aspectos de su trayectoria con relación a los procesos de especialización académica, Cosío reafirma en las Memorias la intención de ser recordado apenas como intelectual, simplemente como escritor.

A lo largo del texto casi no se menciona a literatos y académicos. En escena entran sus pares de generación, los políticos, sobre todo presidentes de la República, y en un plano de fondo, la familia. Sobre sus compañeros de viaje en la juventud, concluye que sus valorables aportes fueron en tanto cuadros de la política. Sólo él habría alcanzado la tierra firme de un intelectual. En el prólogo a Ensayos y notas I (1966), buscó “explicar por qué resulta pobre la obra escrita de casi todos los miembros de la ‘Generación de 1915’”:

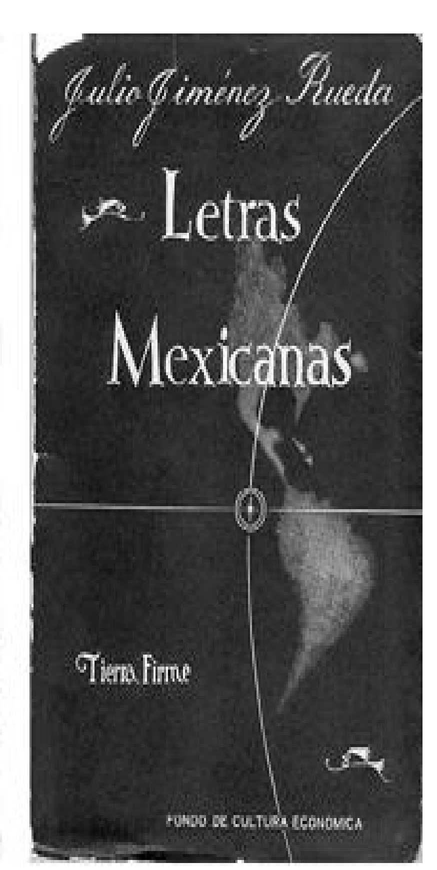
Es posible que hasta los últimos años de sus vidas Gómez Morin y Lombardo Toledano aún creyeran que seguían “haciendo algo” con su actividad política, si bien estoy seguro, consideraban poco menos que desesperada su situación. Pero de tiempo atrás el desencanto se había implantado en Alberto Vázquez del

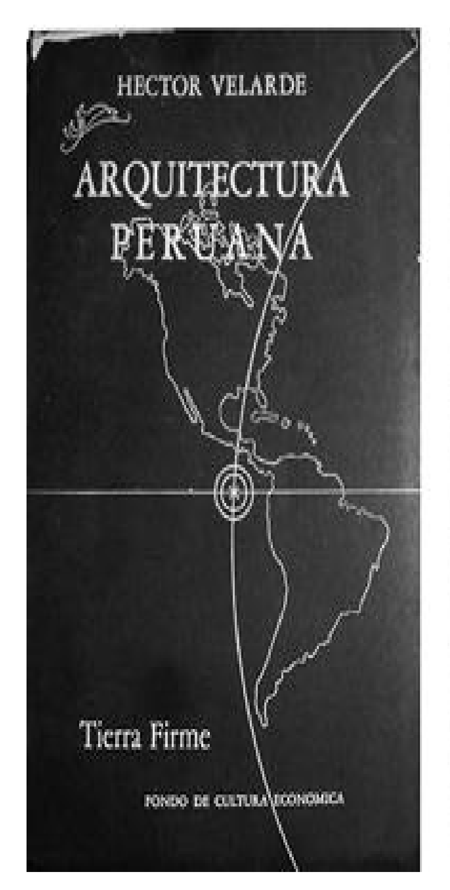
Mercado, y por eso se dedicó a publicar libros de derecho, y en Bassols, que intentó el periodismo. Sólo Palacios Macedo, también definitivamente desilusionado, ha guardado un silencio que legítimamente puede llamarse sepulcral. Optó por dedicarse a la enseñanza de la economía, pero sin publicar sobre esa materia ni un solo renglón. En mí, además, no operó para entrar y permanecer en la vida pública el deseo o la ambición de poder, manifiesta muy claramente en Vicente Lombardo Toledano, y todavía en un grado más acusado en Bassols y Palacios Macedo (1966: 194).

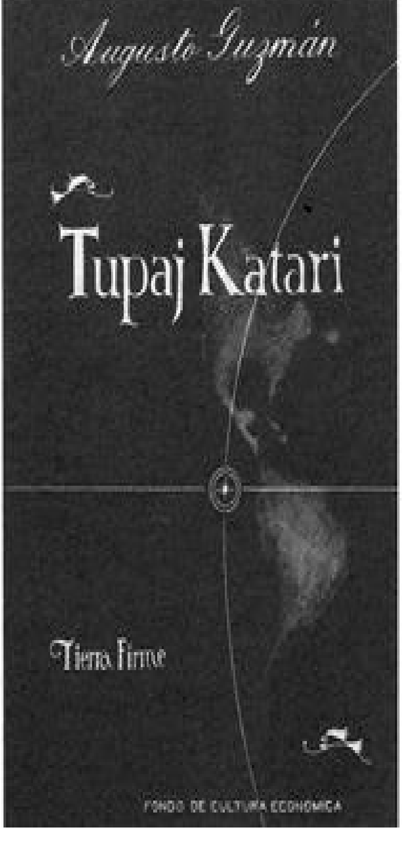
Daría la sensación de que sólo él se hubiera salvado entre los profetas del 1915, como si recién en los últimos años de vida hubiera tomado conciencia de lo que le permitieron la historia y la independencia intelectual. El libro apareció en 1976, el mismo año de su muerte, por la editorial Joaquín Mortiz.[21] "Al término de la jornada", con claridad y aparente desinterés, se asegura un lugar como intelectual. Tal vez por eso en las Memorias Cosío no oculta su satisfacción y sosiego, como si hubiera cumplido con la oportunidad de unirlo todo, desde el primer al último libro, y ofrecerse como una ejemplar miniatura mexicana.

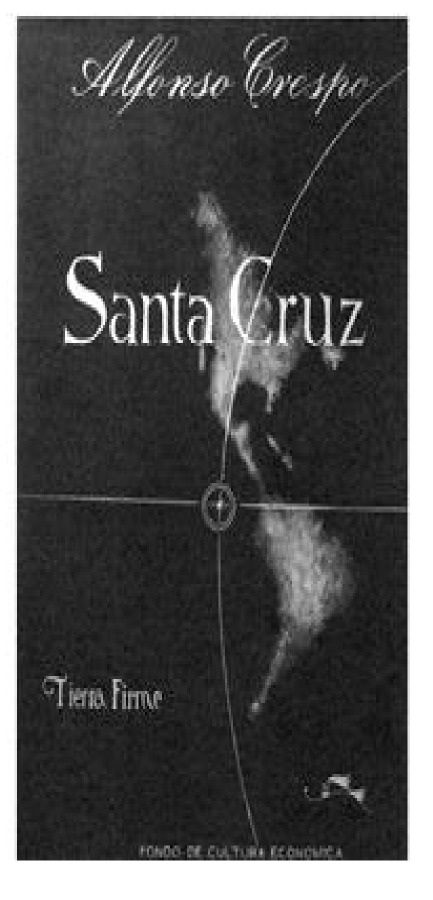

RICARDO DONOSO
ALESSANDRI
AGITADOR Y
DEMOLEDOR
★ Cincuenta años de
historia política de Chile
I
Tierra Firme
FONDO DE CULTURA ECONOMICA


PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
HISTORIA
DE LA CULTURA
EN LA
AMERICA HISPANICA
Tierra Firme
FONDO DE CULTURA ECONOMICA


Julio Jiménez Rueda
Letras
Mexicanas
Tierra Firme
FONDO DE CULTURA ECONOMICA


HECTOR VELARDE
ARQUITECTURA
PERUANA
Tierra Firme
FONDO DE CULTURA ECONOMICA


Augusto Guzmán
Tupaj Katari
Tierra Firme
FONDO DE CULTURA ECONOMICA


Alfonso Crespo
Santa Cruz
Tierra Firme
FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Cubiertas de libros de la colección Tierra Firme en sus primeras etapas.

▪

[15] Miniaturas mexicanas fue el primer libro de Daniel Cosío Villegas (1922). Por sinécdoque, su trayectoria permite restituir aspectos decisivos de la diferenciación de las esferas de la cultura y de la política en México.

[16] Jorge Myers (2006) resume la vida intelectual de ese período: "Hasta 1911, el campo intelectual mexicano operó como un 'porfiriato de los bienes simbólicos', en cuyo seno Sierra era su –por cierto, más benévolo que el original– Porfirio Díaz".

[17] Las implícitas advertencias de Cosío sobre la "inteligencia" del período Díaz Ordaz podrían aludir al modo grotesco y violento con que el gobierno de dicho presidente realizó actos de represión en el contexto de la Guerra Fría. Entre otras atrocidades, Ordaz fue responsable de la masacre de estudiantes en la Plaza de Tlatelolco, en 1968.

[18] Meyer (2001: 20) analiza la crítica de Cosío al poder gobernante y, en especial, su enemistad con Luis Echeverría: "La angustia, disgusto y decepción de Cosío Villegas con la vida cívica del México de su tiempo surgió de constatar que a menos de tres lustros de haber concluido el gobierno del general Lázaro Cárdenas, el país estaba ya dominado por un 'neoporfirismo'".

[19] Las circunstancias de la edición de Miniaturas abre lugar en las Memorias al primer comentario de Cosío sobre la edición en México, que elegimos como epígrafe de este capítulo. Hago una breve reseña de CVLTVRA en el capítulo siguiente.

[20] Sobre la labor de Cosío como historiador, véase Garciadiego (2001).

[21] La editorial Joaquín Mortiz (Anderson, 1996, Díez-Canedo, 2015) fue fundada en 1962 por Joaquín Díez-Canedo, hijo del renombrado intelectual y diplomático español "transterrado", cuando dejó el cargo de jefe de producción del FCE. Cosío reivindicó a Enrique Díez-Canedo como uno de los principales articuladores de los transterrados. En cierta medida podríamos pensar que en

1976 el hijo de Díez-Canedo rescató a Cosío al asegurarle la publicidad y prolongación de su vida como "memorias".

2. Antecedentes, inicios y perfil del Fondo de Cultura Económica

El hecho de que Nueva España fuera la principal colonia de la corona española tuvo su correlato en la rica historia de la imprenta antes de la emancipación mexicana. De eso también resulta que los historiadores del libro y la edición en México, hasta muy recientemente, hayan fijado la mirada en el brillo de aquellos tiempos, con notables aportes, como los de Laura Suárez de la Torre (2001) y Carmen Castañeda (2002). Los obstáculos para que en el siglo XIX el libro fuera esgrimido como instrumento civilizador remiten a cierta continuidad de lógicas “cortesanas” o dictatoriales en la administración del poder, factor responsable de la fuerte conflictividad política y la exclusión de la mayoría de la población de la alfabetización y la lectura. La Revolución de 1910 tardaría un par de décadas en invertir ese rumbo, y la editorial FCE materializa de forma nítida esta transformación. En ese contexto, ¿es posible considerar que fue la primera editorial moderna de México? En el sentido de emprendimiento que, con el tiempo, propició una amplia organización, sustentada en una clara diferenciación de funciones técnicas y profesionales, con racionalidad económica y producción orientada hacia espacios de concurrencia a escala nacional e internacional. Para percibir la diferencia generada por el FCE, es necesario considerar factores genéticos y sistémicos.

En las primeras décadas del siglo XX, existieron varios proyectos que dinamizaron la producción y circulación de impresos en esta región. Fueron de corta duración, centrados en lógicas comerciales de librerías e imprentas o en intereses de intervención pública de intelectuales, ya sea desde plataformas institucionales estatales (ministerios, sistema de enseñanza) o desde ámbitos privados (ateneos, revistas y grupos intelectuales). Si bien no fueron obra de editores de nítido perfil, de dedicación exclusiva a la actividad de seleccionar obras, es necesario trazar un breve panorama de estos emprendimientos, ya que los agentes reunidos en la creación del FCE y en el establecimiento de un mercado mexicano de libros gestaron sus primitivas disposiciones y competencias como editores.

Hacia 1912, sólo existían tres editoriales y cuatro libreros-editores. En 1914 se fundaron dos sellos a partir de librerías que irían a asentarse como editoriales "modernas": Porrúa Hermanos y Andrés Botas. En 1921, el 72% de la población era analfabeta; en 1934, aún el 62% sufría esa condición (Meyer, 2000: 152). Sin embargo, sería imposible pensar en un terreno editorial yermo si consideramos las pretensiones de legitimación de los agentes de los círculos intelectuales derivados del ateneísmo. Tengamos en cuenta el axioma que indica que en la sociedad de clases no existe la producción colectiva de valores culturales sin hechos públicos y publicados, lectores e impresos. En las historias de la cultura en México durante los primeros veinte años de la Revolución, o hasta la fundación del FCE, hay un fenómeno que eclipsa otras experiencias: "la colección de clásicos de Vasconcelos", ya aludida.

Genética de la edición

Nos interesa conocer editoriales como FCE y Siglo XXI por sus cualidades intrínsecas (catálogos, innovación, duración, irradiación), pero tanto más por permitirnos comprender la construcción histórica y social del mercado cultural mexicano e iberoamericano. Para eso, debemos explicitar parámetros básicos de interpretación.

En Occidente se imprimen libros desde los tiempos de Gutenberg. Pero no era una práctica propulsada por lo que hoy en día entendemos como editores, sino por instituciones de poder religioso o secular. La librería se afirmó y articuló espacios de mercado a partir del siglo XVII europeo. Y recién hacia mediados del siglo XIX la edición se diferenció de las prácticas de impresión y librería que hasta entonces regulaban la lógica de producción de impresos.

En la Argentina, Brasil y otros países de América Latina, podemos observar la década de 1920 como una época en que surgen editores en sentido estricto; esto es, profesionales que centran su actividad en la selección de textos identificables con un programa estético, intelectual y comercial, manifiesto en su catálogo.

La diferenciación de las prácticas y los objetos del multiforme mundo de la

cultura escrita deviene eje central de una historia sociológica del libro y la edición. Así, nuestro método de trabajo incluye como especialidad primaria algo que podemos llamar genética de la edición: el estudio de estos procesos revela formas y alcances del poder económico y cultural de cada segmento del circuito en determinada formación social.

Si el libro es un bien simbólico, de doble faz (simbólica y económica), la edición es una práctica que se define en un mercado (que es, por sobre todo, un espacio de intercambios económicos). Las dimensiones de ese espacio denotan características basales del mercado. Anclada en territorios urbanos, la edición puede limitarse a una ciudad o extenderse hacia una región, una nación o un espacio internacional. La construcción de cualquier mercado (local, nacional, internacional) es un hecho colectivo que insume tiempo para la imposición de reglas, valores y términos de los intercambios, para la edificación de instituciones y leyes específicas. Tempranos experimentos como la colección de clásicos de Vasconcelos tuvieron ambiciones nacionales, pero en momentos en que no existían estructuras de mercado capaces de sostener ese tipo de aventuras en el tiempo. Los mercados, por entonces, eran regionales, con excepcionales incursiones hacia otros territorios en el país o el exterior. En el caso de México, no es válido hablar de un campo editorial nacional hasta la década de 1940.

Antes que la colección de clásicos de Vasconcelos, la iniciativa de CVLTVRA debe ser considerada como la primera usina de experimentación editorial de los ateneístas, de sus discípulos, de los agentes que impulsarían la fundación del FCE. Freja Cervantes Becerril ha realizado un minucioso estudio de CVLTVRA. Este sello apareció en 1916 con el lema “Selección de buenos autores antiguos y modernos”. Iniciada por el escritor Julio Torri y por Agustín Loera y Chávez, bibliófilo y bibliógrafo, se extendió hasta 1923. En esos siete años aglutinó los deseos de expresión editorial de los ateneístas y los Siete Sabios. Funcionó como cenáculo de unificación social cuando las instituciones de enseñanza y producción cultural eran inestables por la violencia política: fue otra variación de la formación cultural ya retratada y su función decisiva fue su efecto en la diferenciación de la edición mexicana. Recién en 1921 CVLTVRA saltó al estatuto de editorial y al final de su ciclo llegó a publicar ochenta y siete títulos. El proyecto contemplaba el lanzamiento quincenal de obras literarias, prologadas, anotadas y presentadas por colaboradores. Si bien las ediciones

fueron rústicas y de bolsillo, portadas e interior aparecían ilustrados por artistas de vanguardia como Diego Rivera y Jorge Enciso. Los ejemplares se vendían por suscripción y en librerías. Primero en la Librería Biblos de Francisco Gamoneda y, cuando esta quebró, en la de los hermanos Porrúa.

Al igual que la Biblioteca del diario La Nación en la Argentina de inicios del siglo XX, es posible afirmar que en el plano literario CVLTVRA representó el primer proyecto mexicano para la sistemática difusión combinada de un canon de literatura universal y un elenco representativo de creadores nacionales, en busca de una tradición y un horizonte de legitimación colectivo. Entre los primeros no sólo se tradujo a Goethe y Andersen; también a Oscar Wilde y André Gide. Entre los segundos, a sor Juana Inés de la Cruz e Ignacio Altamirano, junto con José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Alfonso Caso y Pedro Henríquez Ureña. No olvidemos que CVLTVRA editó Miniaturas mexicanas, el primer libro de Cosío. La significación de este proyecto fue la intención de alcanzar a un público lector que pudiera extenderse más allá de los círculos de relaciones personales que gravitaban alrededor de la Escuela Nacional Preparatoria y la universidad. Formato, diseño, presentación, prólogos manifestaban la intención pedagógica de la colección. Pero este anhelo chocó ante la pequeñez de las comunidades de lectores y la escasez de canales de distribución. Pese a que algunos títulos fueron reimpresos, las tiradas no superaban los trescientos ejemplares. Los efectos de este proyecto se observan en otros frentes.

Freja Cervantes y Pedro Valera Puertos (2016) advierten la significación del espacio editorial articulado por CVLTVRA como refugio de las élites intelectuales en el tiempo de fuerte turbulencia política que medió entre El Ateneo y los Siete Sabios. La autora dispone un escenario de relaciones y creaciones que dieron lugar a la diferenciación de Julio Torri como aquel que encarnó una nítida vocación de editor. Hacia mediados de 1919, a CVLTVRA se sumó un grupo formado por Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Carlos Barrera y otros que habían creado la Editorial México Moderno. Así como Torri luego llegó a ser editor de la colección "de Vasconcelos", Castro Leal fue el primero en cuidar las ediciones del FCE. Cervantes y Valera Puertos esclarecen tanto la envergadura del impacto cultural de la colección como la significación del proyecto como espacio de sociabilidad para una fracción dominante de la vanguardia intelectual, en el pasaje de las décadas de 1910 a 1920. Hacia sus últimos años, en CVLTVRA también se iniciaron "benjamines" como Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet y Salvador Novo. Nos interesa delinear ese proceso

para conectar períodos, proyectos, escenarios culturales y políticos en los que se gestaron editores y editoriales de un mercado de dimensiones nacionales, que sólo iría a ser realidad hacia mediados de siglo, con la afirmación y expansión del FCE.

Cervantes y Valera Puertos no dan motivos del cese del proyecto CVLTVRA–Editorial México Moderno. Observamos que su fin de ciclo coincidió con la puesta en marcha de la colección de clásicos del pensamiento universal impulsada por José Vasconcelos en su período como secretario de Educación del gobierno de Álvaro Obregón. Además de esa colección, la Secretaría de Relaciones Exteriores también inició un programa de publicaciones (Acevedo Escobedo, 1962: 415 y ss.).[22] A pesar de los ideales y de los esfuerzos de CVLTVRA y de la colección de Vasconcelos, el acotado mercado editorial mexicano siguió dominado hasta mediados de los años treinta por editoriales españolas y francesas. Es decir, por intereses que no se correspondían con los proyectos y deseos de publicación de los intelectuales mexicanos.

Un factor decisivo en la colección de Vasconcelos fue la reafirmación del Estado como el principal agente que intervino (e interviene) en la gesta del mercado mexicano de libros. Esa acción puede remontarse a 1916, cuando el gobierno de Venustiano Carranza creó los Talleres Gráficos de la Nación (Acevedo Escobedo, 1962: 417). Imprentas e iniciativas editoriales de organismos estatales se multiplicaron de ahí en más, desde las carteras de Educación hasta la de Relaciones Exteriores (Torres Vargas, 1995: cap. 2). Junto con las iniciativas particulares mencionadas, en la década de 1920 el Estado produjo colecciones y ediciones tendientes a la unificación simbólica de México: libros de temas históricos, bibliografías, rescates literarios, enciclopedias y toda suerte de impresos que sirvieran para “interpretar la nación”.[23]

Inicios del FCE y composición de su catálogo

Como vimos, la fundación del FCE en 1934 no surge de una simple “toma de conciencia”, como pretende la visión hagiográfica, sino de una doble constricción. Por un lado, de la necesidad de surtir las demandas para la formación de profesionales en ciencias económicas. Ello suponía la oferta de lecturas en castellano para un nuevo tipo de alumnado y también la disposición de un periódico especializado que transmitiera estándares de trabajo modernos y forjara legitimidad científica internacional. La otra barrera que “obligó” a la creación de una editorial fue la ausencia de empresas en México e Hispanoamérica dispuestas a invertir en una colección académica sobre una disciplina en tren de diferenciación. Hacia 1934, Cosío y Emigdio Martínez Adame trabajaban en la Secretaría de Hacienda, que acababa de implementar una ley de fideicomiso, dispositivo equivalente al trust sajón, que habilitaba la aplicación de fondos públicos a fines no lucrativos. Por eso convocaron a Gonzalo Robles, otro aliado del grupo que dirigía el Banco Hipotecario Nacional, quien coordinó la implementación de un fideicomiso para habilitar la creación de una editorial con el aporte de varias entidades financieras.

Según Cosío, el nombre “Fondo” fue el simple derivado de la traducción de trust, una suerte de “fideicomiso para la implantación de una cultura económica”. Es difícil avanzar en la arqueología del sentido atribuido por los protagonistas en la orteguiana “cena de negros”. Pero no hay duda de que la palabra trust terminó por irradiar todos sus posibles sentidos anglosajones en el destino de la editorial: confianza, creencia, crédito, responsabilidad. Por sobre todas las traslaciones, recordemos la especificidad de la idea de “fondo” en la jerga editorial: edición de obras perdurables con las que se identifica un catálogo; privilegio de las decisiones culturales por sobre la rentabilidad económica de corto plazo.

El cuadro jurídico del fideicomiso exigía la conformación de una junta de gobierno. En términos formales, ello implicó colectivizar la toma de decisiones y controlar los rumbos del emprendimiento. Al igual que en cualquier organización, los efectos jurídicos, económicos y políticos de este cuadro organizativo fueron determinados por el componente social. La primera junta del

FCE reunió a Gonzalo Robles, Manuel Gómez Morin, Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Adolfo Prieto y Cosío Villegas. Morin y Prieto fueron sustituidos poco después por Enrique Sarro y Jesús Silva-Herzog. Ellos trabajaron a la par durante veinte años. La estabilidad de este grupo, sostenida por estrechos lazos de amistad, garantizó la construcción de un esprit de corps, también prohijado por la gestión de Orfila Reynal. Otro miembro fue Eduardo Suárez, el ministro de Hacienda (de hecho, cada titular de esa cartera es miembro de la junta). Si bien la editorial creció gracias al éxito de sus decisiones culturales, de mercado, es necesario decir que casi siempre tuvo crédito "fácil" (trust-fondo) de recursos públicos. El fideicomiso implicó el compromiso de apoyo gubernamental, pero la independencia en la toma de decisiones productivas.

Resulta ineludible anticipar un cuadro sintético de las primeras etapas, según los modos de producción de la editorial, en la configuración del catálogo. Podemos delimitar el primer período del FCE entre 1934 y 1938. En los cinco primeros años de actividad, el Fondo tuvo una producción reducida, limitada a los intereses originales de sostener la formación de economistas. La escasa producción permite que la presentemos por completo.

En esos años lo estable fue editar El Trimestre Económico con una regularidad de cuatro números por año, en tiradas de mil ejemplares. La revista tuvo reconocimiento internacional y en el mediano plazo devino un catalizador del prestigio académico que pretendían los economistas del FCE.

Los libros publicados se restringen a "material didáctico" para estudiantes y expertos. Predominan autores contemporáneos anglosajones y los traductores son, en su mayoría, los miembros del círculo social que rodeaba al FCE, unidos por la huella de los Siete Sabios. El cuidado de las primeras ediciones estuvo a cargo de Antonio Castro Leal.[24] Cosío aparece más nítidamente "al cuidado de las ediciones", hacia 1937. Las tiradas eran de dos mil ejemplares. Se utilizaban diversas imprentas (La Nación, Mundial) y hacia el final de este período aparece la Gráfica Panamericana, que luego sería asociada como taller exclusivo para la fabricación de los materiales del FCE.

Cuadro 2.1. Ediciones del FCE entre 1934 y 1938

	Autor	Título
1934	AA.VV.	El Tri
1935	William P. Shea	El dól
Harold Laski	Karl Marx	Salva
1937	Gustavo [Karl Gustav] Cassel	Pensa
Henri Sée	Orígenes del capitalismo moderno	Make
George D. Cole (PyD)*	La organización política. Doctrinas y formas	Alfon
1938	Angelo Aldrighetti	Técni
Arthur Birnie	Historia económica de Europa	Danie
Maurice Dobb	Introducción a la economía	Anton
Hubert Henderson	Las leyes de la oferta y la demanda	Danie
Dennis Holme Robertson	Dinero	Julio
Barret Whale	El comercio internacional	Eduar
Rajani Palme Dutt (PyD)*	Dos décadas de política mundial	
Aníbal Ponce (PyD)*	Dos hombres: Marx, Fourier	

* Colección de Política y Derecho.

En este período los libros de economía dieron lugar a una colección de Política y Derecho: expresión “natural” del cuadro tradicional hasta los años treinta, en que se diferenciaron las prácticas económicas. En años posteriores, el catálogo varió no tanto en función de abstractas necesidades científicas o culturales, sino a partir de las personas que en efecto pasaron a gravitar en las decisiones de la editorial.[25]

El segundo período se despliega entre 1939 y 1948, cuando es nítida la impronta de los exiliados republicanos españoles, que intervinieron en todas las facetas del trabajo, como consejeros, autores, editores, traductores, diagramadores, correctores, directores de colecciones, etc. “Los transterrados” también fueron decisivos en el Colmex. La simbiosis entre ambas instituciones fue producto de las personas que las dirigieron entonces: Cosío Villegas y Alfonso Reyes.[26] En esta etapa también sobresale la expansión americana de la editorial, con la fundación de una sucursal en Buenos Aires el 1º de enero de 1945.

En 1939, el volumen de ediciones se amplió notablemente, con el inicio de líneas que a partir de entonces definirían el catálogo: se multiplicaron las colecciones académicas hacia todas las ciencias sociales y humanas, y se combinaron con colecciones de ensayos sobre problemas de América. Este crecimiento, o la conciencia sobre el logro de un ritmo y éxito constantes con las ediciones, en una gestión ya claramente liderada por Cosío, se reflejó en el lanzamiento de un Noticiero Bibliográfico, del cual se editaron ciento treinta y nueve números hasta 1942.

Cuadro 2.2. Ediciones del FCE en 1939

Sección	Autor

Economía	Clarence Haring
Henri Pirenne	Historia económica y social de la Edad Media
Jesús Silva-Herzog	Historia del pensamiento económico-social
John Strachey	Naturaleza de la crisis
Domingo P. de Toledo y Jiménez	México en la obra de Marx y Engels
Alexander M. Carr-Saunders	Población mundial
Sociología	Marcel Prenant
Historia*	Armand Cuvillier
José Valadés	Topolobampo, la metrópoli socialista de Occi
Política y Derecho**	René Carré
Mario Pugliese	Instituciones de derecho financiero
El Colegio de México	Enrique Díez-Canedo
Juan de la Encina	El mundo histórico y poético de Goya
María Zambrano	Pensamiento y poesía en la vida española

* Dirigida por Silvio Zavala y Agustín Millares Carlo.

** Dirigida por Manuel Pedroso.

La sección de Economía cambia su perfil. Se observa la irrupción de perspectivas históricas que demarcan el pasaje de una técnica auxiliar del derecho y el Estado hacia una ciencia tanto técnica como de raíz humanística. Crece la proporción de autores franceses. Luego de una primitiva acumulación de señales interanacionales consagradas a la legitimación de saberes universitarios, la aparición de Silva-Herzog como autor de un título de sesgo universalista en esta sección manifiesta el tipo de pretensiones de intervención de la élite cultural y dirigente nacional.[27] Los traductores aún provienen del entorno social de los fundadores, lo que revela una inversión personal –o no profesional– en la implantación del catálogo.

La colección de Sociología inició con un título sobre racismo, tema obligado en la agenda pública del momento.[28] También fueron lanzadas las colecciones de libros de historia y del Colmex. En las nuevas series aumenta el número de autores hispanoamericanos, de los que se editan obras que abren panoramas para pensar asuntos propios de la cultura nacional o iberoamericana. Los libros de El Colegio de México muestran a las claras los aportes de los exiliados españoles o el aprovechamiento del gran prestigio de ensayistas, poetas y críticos como María Zambrano, Enrique Díez-Canedo, José Gaos, José Medina Echavarría, León Felipe y otros que trasladaban a su nueva residencia modos de producción cultural internacionalizados y aún sin arraigo en la escena local.

Como veremos más adelante, los transterrados también motivaron la división de intereses del FCE entre la promoción de las modernas ciencias sociales y humanas y los problemas americanos. Los primeros libros del Colmex fueron de teatro y poesía, y un año después aparece la colección Tezontle, iniciada con el libro La rama viva de Francisco Giner de los Ríos. En los años cuarenta, los libros del Colmex y los de Tezontle se diferenciaron menos como colecciones que como sellos paralelos. Eso resguardaba la identificación del catálogo del FCE como especializado en ciencias humanas y sociales. La apuesta por esta

área de conocimiento es síntoma de la competición internacional que surge de manera correlativa a la nacionalización del mercado editorial:

En 1938 y en la Argentina se fundó la editorial Losada y se estableció Espasa-Calpe, ambas con pretensiones continentales –lo que incluía a México–. […] Ante la inminencia de que las editoriales argentinas invadieran el campo cultivado por el FCE, quedaban dos posibles soluciones: “reiterar todos los esfuerzos en la misma dirección” o ampliar las actividades mediante nuevas secciones afines a la economía. […] Cosío restringía la oferta al campo de las ciencias sociales […] porque en él no había competencia, pues las editoriales argentinas y chilenas (las españolas que inundaban el mercado casi desaparecieron a partir de 1938) se ocupaban de literatura, de la que había “cierto hastío”, según el director. Un punto más a favor: ante la competencia, la calidad del papel e impresión de los libros del FCE no tenía rival (Díaz Arciniega, 1994: 83-84).

William P. Shea

EL DOLAR PLATA

Fondo de Cultura Económica

1935

KARL MARX

por

HAROLD J. LASKI

Fondo de Cultura Económica

1935

Publicaciones iniciales del Fondo. Portadas de El dólar plata de William P. Shea y de Karl Marx de Harold Laski, 1935.

Es muy posible que la "novedad del FCE" haya tenido gran éxito en el dinámico campo académico e intelectual argentino hacia finales de los años treinta. Si bien Losada (así como sus pares Su-damericana y Emecé) concentró su producción en literatura, también inició colecciones de sociología, filosofía y otras humanidades. Sin embargo es posible pensar un "pacto" de división del trabajo internacional de edición, manifiesto por el acuerdo de mutua distribución entre los dos sellos, firmado hacia 1943. No es un dato menor recordar que, en la Argentina, Losada era la editorial más prestigiada entre los inmigrantes españoles, no todos ellos republicanos en el exilio.

Con la llegada de los transterrados, Cosío les delegó buena parte de las tomas de decisión sobre los contenidos académicos y las operaciones técnicas de la empresa. Concentró fuerzas en el armado de colecciones de ensayos americanos y en los años cuarenta ya se lo observa como mentor de la conquista de un mercado internacional: la Argentina resultaba una plaza estratégica, y no sólo por el achicamiento del mundo durante la guerra europea. Aquí me limito a postular que los efectos positivos de esa "alianza al sur" se personificaron en Arnaldo Orfila Reynal, cuya gestión como director gerente del FCE recorta el tercer período de su historia, entre 1949 y 1965.

La gestión de Orfila Reynal como director del FCE

Al arribar a México en 1948, Orfila no era cualquier persona. Hacía veintisiete años que conocía a los actores del núcleo programático de la editorial y había actuado como una suerte de embajador cultural de México en el Cono Sur. Si bien en la Argentina desde joven realizó labores editoriales, allí su actividad se dispersaba entre la militancia político-cultural y la gestión de emprendimientos lácteos. Orfila no era economista como Cosío, pero tenía experiencia en la administración de empresas y trabajaba codo a codo con su esposa, María Elena Satostegui, que era contadora. Así, creció la valoración del nuevo gerente como portador de una rara combinación de aptitudes técnicas, financieras y de marcada personalidad intelectual y política. A tal punto la vida de Orfila se condensó en una sola actividad que el propio predio del FCE pasó a ser literalmente su casa: el director gerente residió en un departamento en la sede de la editorial, costumbre que mantuvo hasta el final de su vida.

Durante la gestión de Orfila, el FCE observa un fuerte crecimiento y profesionalización de la organización empresarial. A lo largo del período, la editorial llegó a contar con una planta de más de cien empleados, y hacia 1956 se superó el techo de cien novedades por año. Si ya antes de la gestión de Orfila el Fondo era reconocido como una escuela de formación profesional, eso se acentuó con talleres como el dictado en 1956 por el tipógrafo holandés Alexandre Stols.

En enero de 1954, la editorial se trasladó a una nueva sede, en Avenida de la Universidad 975. El amplio predio de moderna arquitectura contó con librería. Y en septiembre de ese año comenzó a editarse La Gaceta, periódico cultural del sello, que pervive en nuestros días[29].

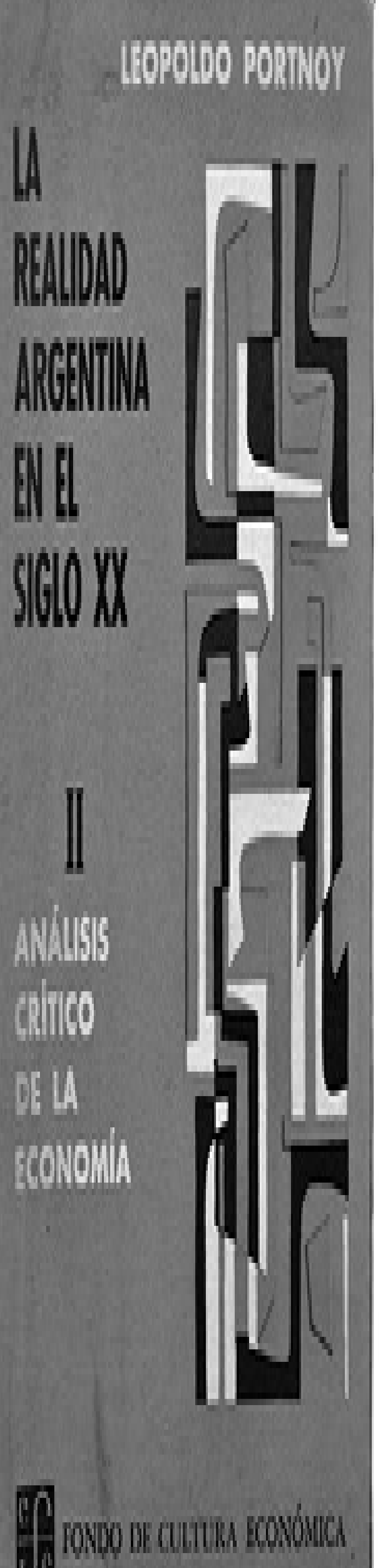
Como house organ, en La Gaceta se reseñan los principales títulos editados y se anuncian hitos en el cronograma y la evolución de la empresa. Pero es también una revista intelectual, en que colaboran muchos autores de la casa. La lectura de los números publicados durante la gestión de Orfila permite comprobar la significación personal que tuvo para él: la impregnó de sus ideas profesionales y políticas, volviéndola además una tribuna de expresión de la cultura argentina.

Un análisis bibliométrico demostraría la privilegiada atención que se daba a ese país, tanto en notas sobre la sucursal y los problemas mercadológicos, como en artículos de fondo sobre asuntos intelectuales que reflejaban filiaciones e intereses del director gerente. Ezequiel Martínez Estrada y Francisco Romero fueron las firmas más recurrentes en las páginas de La Gaceta; Alejandro Korn, el tema más celebrado.

En el plano operativo, hacia 1957 comenzaron a imprimirse en la Argentina los títulos de autores de ese país, especialmente los reunidos en la colección Tierra Firme. El impulso de Orfila para hacer de su posición exterior una tribuna de acción cultural en su país natal acentuó el reconocimiento allí, coronado cuando la Universidad de Buenos Aires lo contrató durante tres meses, aquel año, para proyectar la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba).[30] La creciente significación de la sucursal argentina como plaza estratégica para las políticas del FCE se materializó en la adquisición de un nuevo predio, sito en el 2064 de la avenida Córdoba e inaugurado en 1958.

Un último capítulo de la presencia argentina en el catálogo del FCE durante la gestión de Orfila fue el lanzamiento de la colección La Realidad Argentina en el Siglo XX, que apareció en 1961 con sus tres únicos títulos: La política y los partidos de Alfredo Galletti, Análisis crítico de la economía de Leopoldo Portnoy y Argentina en el mundo de Sergio Bagú. Veremos que esta colección, al igual que gran parte de las apuestas de Orfila a lo largo de su labor como editor, se ligaron a sus propias experiencias y redes de relaciones sociales.


ALFREDO GALLETTI
LA REALIDAD ARGENTINA EN EL SIGLO XX
I
LA POLÍTICA
Y LOS PARTIDOS
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA


LEOPOLDO PORTNOY
LA REALIDAD ARGENTINA EN EL SIGLO XX
II
ANÁLISIS CRÍTICO DE LA ECONOMÍA
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA


SERGIO BAGÚ
LA REALIDAD ARGENTINA EN EL SIGLO XX
III
ARGENTINA EN EL MUNDO
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Portadas de la serie La realidad argentina en el siglo XX, publicada en 1961 por la sucursal porteña del FCE.

Cabe señalar que en La Gaceta los “problemas americanos” también adquieren gran volumen de notas y significación, en cierta continuidad con las políticas impulsadas por la gestión de Cosío. Pero el americanismo de Orfila produjo, además, un marcado giro hacia la militancia a favor de la Revolución Cubana. En el viaje a México del presidente cubano Osvaldo Dorticós y su comitiva, en junio de 1960, una de las primeras acciones de política exterior de la Revolución, la visita a la sede del FCE fue un hito central, retratado en La Gaceta como “una fiesta de solidaridad americana”. Más adelante retomo este y otros asuntos significativos. Sobre la proyección internacional del FCE durante la gestión de Orfila, hay otros dos hechos fundamentales: la apertura de las sucursales de Chile (1954) y de España (marzo de 1963).

En relación con el catálogo, en los años cuarenta la editorial había alcanzado notoriedad continental como productora de traducciones imprescindibles para la renovación de las ciencias sociales y humanas,[31] y como medio de expresión del ensayo sobre los problemas de América. En los primeros años bajo la dirección de Orfila, el catálogo se abrió en dos marcadas direcciones: la promoción de obras literarias de autores mexicanos y la búsqueda del lector masivo que surgía en gran parte del continente gracias a la ampliación de la alfabetización, de la matrícula universitaria, y a la profesionalización de las ciencias sociales. Expresión de la primera apuesta fueron las colecciones Letras Mexicanas, donde aparecieron libros emblemáticos de la vanguardia literaria de los años cincuenta,[32] y Vida y Pensamiento de México. La segunda apuesta fue plasmada en las colecciones Breviarios (1948) y Popular (1959). Esos proyectos guiaron la definitiva consagración del FCE como empresa cultural estratégica para la divulgación internacional de las grandezas culturales de México y del continente.[33]

El testimonio de Martí Soler, uno de los más estrechos colaboradores de Orfila desde finales de los años cincuenta,[34] dinamiza la interpretación: “Mi opinión personal acerca de Orfila es que fue un gran administrador que supo rodearse de grandes editores”.[35] Para él, los Breviarios pudieron haber sido planificados

por Cosío al final de su gestión y Letras Mexicanas habría sido un plan del gerente de producción Joaquín Díez-Canedo. Y los principales diseñadores del catálogo durante la gestión de Orfila fueron Díez-Canedo, Alí Chumacero y Laurette Séjourné.[36] Soler y otros retratan a Orfila como un gran administrador, alguien muy riguroso que se posesionaba del lugar de trabajo, se vinculaba personalmente con los empleados y controlaba el ritmo de las labores diarias.

Sobre la función autor y la posición editor

Como "obrero" de la edición, Martí Soler señala que Orfila fue un gran gestor al rodearse de grandes editores y colaboradores. Así, además de descubrir o atraer firmas autorales, cuenta con respaldo para tomar decisiones en el espacio de trabajo cotidiano de una empresa y en función de los presupuestos de mercado. En la visión dominante, sería esperable hablar de función editor, ya que se supone que este es un auxiliar del autor, le es funcional. Desde un punto de vista sociológico, propongo la noción posición editor, ya que ayuda a comprender cómo este creador de cultura –Bourdieu (1967) diría "creador de creadores"– se define en la intersección entre ambos procesos.

Alrededor de Orfila giró un amplio repertorio de obras de gran prestigio simbólico, una red transnacional de intelectuales y lectores que se reconocieron como comunidad en buena medida gracias a proyectos como los del FCE. Sello y empresa, emblema y maquinaria laboral impecable que abrió mercados con audacia intelectual y riesgos de mercado sólo posibles, en aquellos tiempos, por el resguardo estatal. Esto tornó a Orfila un hombre poderoso, incontrolable para los gobernantes de México.

Hacia finales de los años cincuenta, gozaba de condiciones y libertad, autoridad

y prestigio para editar sin reparos títulos que expresaron su radicalización política. Lentamente, traspasó los límites de lo aceptable para ciertos guardianes de la cultura mexicana y portavoces de los valores de Occidente.

A pesar de los condicionamientos que suponían la consagración de la editorial como un símbolo de la cultura nacional y su apreciación como aparato de la burocracia estatal, Orfila imprimió su marca personal al FCE. Con el paso de los años, acentuó la identificación del catálogo con sus propios ideales culturales y políticos. Por un lado, remarcó la continuidad con el perfil del americanismo que compartía con Cosío, Silva-Herzog y los demás intelectuales ligados al FCE. Por otro lado, sin embargo, abrió el catálogo a la expresión del pensamiento crítico que a finales de la década de 1950 emanaba de tres fuentes que, como mínimo, cuestionaban duramente el humanismo tradicional y el pensamiento liberal: ciencias sociales (modernizadas con posturas “científicas”), tercermundismo, Revolución Cubana.

En esos años se observa una acentuada crítica de Orfila al reformismo y la tradición socialdemócrata del Partido Socialista argentino. Según testimonios de personas próximas al editor, una razón central fue el papel desempeñado por Laurette Séjourné. La segunda compañera del editor era una moderna arqueóloga que anteponía al texto de sus trabajos citas de Marx y Georges Canguilhem, y seguía el día a día de la vanguardia intelectual europea. Todos los años, la pareja realizaba un viaje a la Argentina y otro a Francia, donde entablaron vínculos de amistad o de alianza estratégica con editores como François Maspero, y escritores e intelectuales como Claude Lévi-Strauss y Jacques Lacan.

[22] Anticipo un dato que pone en evidencia cuestiones de edición y unidad cultural americana. En la revista Valoraciones, años veinte en la ciudad de La Plata, se publicitaban los libros de algunos de esos sellos. Interpreto este dato en el capítulo 4.

[23] Por ejemplo, impresos del Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia. Destaco la mención que realiza Acevedo Escobedo (1962) de El libro y el Pueblo, órgano del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación, que apareció entre inicios de los años veinte e inicios de la década de

1930.

[24] Antonio Castro Leal, uno de los Siete Sabios, se formó en jurisprudencia y obtuvo el doctorado en Filosofía por la Universidad de Georgetown de Washington. Fue rector de la Universidad Nacional entre 1928 y 1929, antes de que esta lograra su autonomía. A mediados de los años treinta, ocupó el cargo de primer director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Al igual que la mayoría de los miembros de aquella cofradía, durante el resto de su carrera ocupó altos puestos dirigentes.

[25] Véase en Garciadiego (2016) una historia intelectual de la formación del catálogo del FCE en los años cuarenta.

[26] Es muy vasta la bibliografía sobre los exiliados republicanos en México; no me detengo en su desplazamiento a ese país. Sobre "los españoles del Fondo", véase Max Aub (1980: 189 y ss.).

[27] Silva-Herzog contaba con una maestría en Economía por la Universidad de Yale. Junto con Cosío, participó en la creación de la Revista Mexicana de Economía (1928), de la Escuela de Economía y del Instituto de Investigaciones Económicas (1929). Años después crearía Cuadernos Americanos, revista intelectual de gran prestigio en el continente.

[28] Según FCE (1980), la colección Sociología pasó a ser dirigida por el español José Medina Echavarría en 1941, año en que aparecieron obras de prolongado éxito en la editorial: Ideología y utopía de Karl Mannheim (trad. de Salvador Echavarría), Historia de la cultura de Alfred Weber (trad. de Luis Recaséns Siches), Raza: ciencia y política de Ruth Benedict (trad. de Ernestina de Champourcin) y La propaganda política de Frederick Bartlett (trad. de Francisco Giner de los Ríos). Con la traducción y edición de Economía y sociedad de Max Weber en 1944, se comprobaría el prestigio acumulado del FCE.

[29] La Gaceta, tabloide de doce páginas con reseñas de libros publicados por la editorial, incluye notas sobre vida intelectual, académica, literaria y política. No existía un periódico similar en América Latina. El renombre de la editorial y las alternativas de anticipación intelectual que proponía ampliaron su circulación al continente entero.

[30] Gonzalo Álvarez (2015) ha realizado un minucioso trabajo de

reconstrucción de la presencia de Orfila en la fundación de Eudeba.

[31] Entre ellas, se destaca la publicación de los más conspicuos representantes de la sociología alemana: a Economía y sociedad se suman Ideología y utopía de Karl Mannheim (1941) e Historia de la cultura de Alfred Weber (1941). También vieron la luz decenas de libros de autores contemporáneos como John M. Keynes, Paul Sweezy, Ernst Cassirer, Erich Fromm, Maurice Dobb, Martin Heidegger, Levin Schücking, Ralph Linton. Predominaron traducciones de autores fundadores de las disciplinas sociales y humanas: economía clásica (también El capital de Karl Marx en tres tomos, en 1946), antropólogos como James Frazer, filósofos como Wilhelm Dilthey, etc.

[32] El ensayista Carlos Monsiváis (1993: 28) afirmó que Letras Mexicanas fue el medio más importante para "la fijación del canon" de la literatura mexicana moderna.

[33] En 1955, el escritor Juan José Arreola sintetizó esa consagración del siguiente modo: "México se ha dado cuenta de que el Fondo, como la pintura y las películas, lleva su nombre a todas partes del mundo en la etiqueta prestigiosa de los libros que se dividen ya en series numerosas" (cit. en Díaz Arciniega, 1994: 127).

[34] Martí Soler trabajó junto a Orfila desde los 25 años, cuando en 1959 ingresó al sector de producción del FCE, como auxiliar de Joaquín Díez-Canedo. Luego comandó esa área estratégica en Siglo XXI. Se casó con Elsa Cecilia Frost, subgerente de producción del FCE y amiga personal de la segunda mujer de Orfila, Laurette Séjourné.

[35] Entrevista a Martí Soler, realizada en la ciudad de México, en febrero de 2007.

[36] Joaquín Díez-Canedo estuvo a la cabeza del área de producción del FCE hasta 1962, cuando fundó su propia editorial, Joaquín Mortiz. Alí Chumacero, quien hasta entonces se desempeñaba como una de las principales figuras del departamento técnico, lo reemplazó. Si Letras Mexicanas iluminó la vanguardia literaria de México de la década de 1950, Joaquín Mortiz –catálogo reconocido como de refinado gusto– hizo lo propio durante la década siguiente (Anderson, 1996).

3. Misión de la edición para una cultura en crisis

El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme

[Pedro] Henríquez Ureña ha hecho esta observación concreta: "Hasta 1936 Madrid era el centro, puramente cultural, en que se apoyaba la unidad del idioma español en América; ahora esta dirección cultural está repartida entre México y Buenos Aires como centros principales de producción editorial". Sentado este hecho y admitida la importancia del libro en el orden de las actividades intelectuales en la América hispánica, debemos reconocer que el Fondo de Cultura Económica ocupa lugar privilegiado; pues, cumpliendo ese requisito de empresa editorial que le es inherente, supera a todos los otros focos de cultura de América Latina, y sin duda del mundo, en cuanto es un instituto editorial de instrucción superior y popular a un tiempo, y en cuanto no lo accionan resortes mercantiles.

Ezequiel Martínez Estrada, "El Fondo, instituto editorial de instrucción superior y popular", La Gaceta, 1959

Tierra Firme es una colección del FCE que influyó en la sensibilización hacia "los problemas de América". Representó, especialmente en su primera década de existencia, uno de los proyectos más significativos en la construcción de una enciclopedia del continente, de una cultura americana. Ideada por Cosío y propulsada gracias a una extensa red de intelectuales del continente entero, se inició en 1944 con la publicación de Tupaj Katari, obra del boliviano Augusto Guzmán que retrata la epopeya de la resistencia aymara. Siguió con títulos como Este pueblo de América de Germán Arciniegas, Interpretación del Brasil de Gilberto Freyre y La música en Cuba de Alejo Carpentier. La ambición del plan era manifiesta en la pretensión de publicar trescientas obras originales sobre el continente y de traducir al (y desde el) portugués y al inglés los principales títulos. Representaba una inversión millonaria a pérdida, de lucro "apenas" simbólico. La gran mayoría de los textos de la colección fueron redactados por demanda de los editores, tarea que implicó viajar, debatir e imponer ideas, sumar

a intelectuales de todos los países de América Latina donde, dispersas, bullían utopías americanistas. De este modo, Tierra Firme encaminó la difusión continental de la empresa editorial como un todo y generó, lentamente, un proceso de unificación simbólica del mundo intelectual y editorial de esta parte del continente.

Según Hanns-Albert Steger (1995: 144), el llamado a reflexionar "inserto en el contexto" fue liderado por José Gaos, quien sostuvo ese postulado filosófico desde sus tiempos de colaboración con José Ortega y Gasset. Lo infundió a sus propios discípulos mexicanos, como Leopoldo Zea Aguilar, e incentivó la búsqueda de lo singular de la cultura americana. En pocos años, el americanismo marcó el horizonte de las políticas culturales del FCE y del Colmex. Tierra Firme hizo su geografía americana en paralelo con otros emprendimientos intelectuales, entre los cuales se destacó la revista Cuadernos Americanos. Su primer número apareció en 1941 y fue dirigida por Jesús Silva-Herzog hasta su muerte, en 1987 (Weinberg, 1995). El FCE la distribuyó internacionalmente y contribuyó en la confección de cada número: Cosío y, más tarde, Orfila solicitaban artículos, organizaban la distribución, captaban suscriptores, pagaban a los colaboradores. En carta del 13 de marzo de 1942, Cosío pidió a José Luis Romero un libro para Tierra Firme y le presentó la revista: "Por cierto, ¿ha visto usted por ahí Cuadernos Americanos? Véalo y escríbanos para ellos un artículo". Cuadernos Americanos también publicó libros afines a los de Tierra Firme, por lo que ambos proyectos deben ser pensados a la par.

Las colecciones Biblioteca Americana y Tierra Firme, aparecidas a mediados de los años cuarenta, coronaron esa apuesta. La primera buscaba recuperar la "literatura prehispánica", las "letras coloniales", "obras maestras de la erudición hispanoamericana"; libros presentados con estudios escritos por "especialistas de las ideas", de las "letras clásicas", de la "historia del arte" y de las independencias republicanas (Bataillon, 1980: 161 y ss.). Se inició con la primera edición en castellano del Popol Vuh, siguió con Sor Juana Inés de la Cruz, Antonio Vieira, Bolívar, Sarmiento, Mansilla, Darío, etc. La segunda colección buscó revivir "el olvidado sueño de un humanismo continental" que permitiera "encararnos con nuestros problemas específicos" (Picón-Salas, 1980: 164 y ss.). Con la selección de referencias elementales para un patrimonio de ideas del continente, Biblioteca Americana reinventaba una tradición. Tierra Firme, por su parte, con el criterio de edición de "obras originales", movilizaba el pasado desde el presente y posicionaba a sus autores en la vanguardia. La colección fue gestada en un período en que la civilización occidental estaba en

juego, y esa crisis propiciaba sociodiceas para replantear el Nuevo Mundo y exigía un nuevo tipo de intelectual. No fue la única de su tipo en la historia cultural hispanoamericana. Pero el tiempo y el lugar de los cuales fue producto la destacó como ninguna en su eficacia para seducir y sumar a intelectuales actuantes en los diferentes países, para profundizar la conexión entre ellos y promover un sentimiento de unidad continental rara vez alcanzado entre las utopías del americanismo (Myers, 2006).

Como expresa la visión de época de Martínez Estrada, esa unidad generada por la edición giró sobre dos polos, ya que los proyectos americanistas mexicanos fueron dinamizados desde la Argentina. La Biblioteca Americana fue planificada, en sus veintiséis números iniciales, por Henríquez Ureña, a la vez que dirigía el Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires (FCE, 1980: 17-24). En el otoño de 1941, para dar inicio al plan de Tierra Firme, Cosío organizó una reunión en Buenos Aires con treinta y dos “intelectuales suramericanos”, de la cual participaron, entre otros, Martínez Estrada y Romero.

Sobre el suelo fértil para el surgimiento de profecías que generaba la guerra, Cosío llamaba “delegados apostólicos” a los colaboradores de Tierra Firme como Norberto Frontini, quien a su vez le respondía que el plan de la colección le interesaba “patrióticamente y como ciudadano de Iberoamérica” (correspondencia Cosío–Frontini, 2 de julio y 15 de agosto de 1941). Frontini realizó viajes de representación y se gestaron experiencias y horizontes estéticos e ideológicos que guiaron la planificación de una colección que buscaba fundar una especie de primera enciclopedia del continente. Ese material anticipa las idas y vueltas en la fabricación de ciertos libros canonizados del pensamiento latinoamericano, permite recuperar autores y títulos que finalmente no salieron a la luz, así como un amplio espectro de problemas e individuos centrales para la ensayística y la historiografía continental. La envergadura de tales proyectos rara vez volvió a ser igualada y, por ello, su indagación permite pensar la índole de factores que, en diferentes contextos y momentos, dinamizaron u obstaculizaron la circulación de ideas y la construcción de redes de productores culturales.

Aquí condenso información mínima para comprender el escenario que hizo posible la proyección del FCE a escala continental, lo cual supuso no sólo un mercado para la venta de los libros, sino un esfuerzo concomitante de promover redes intelectuales y creencias sobre la necesidad de hacer de América Latina un problema histórico, sociológico y político primordial. Tierra Firme fue el vector de ese proceso. El estudio de su puesta en marcha permite comprender las

condiciones materiales, morales y afectivas de un gran proyecto intelectual, en un momento clave para la consagración del editor como posición y función arbitral de los juegos de la cultura en América Latina.

Cándidas memorias

Para un hombre de mi generación, este es el momento de recordar cuánto le debemos al Fondo. En las décadas de 1930, 1940 y aun 1950, contábamos con poca bibliografía en el sector de las ciencias humanas, aparte de estudios específicos sobre el Brasil. Por eso, muchas de las grandes obras de cultura nos fueron proporcionadas por editoriales de lengua española, como Losada, Espasa-Calpe de Buenos Aires, pero sobre todo por el Fondo de Cultura Económica, que nos aportó los grandes textos de filosofía, sociología, economía, antropología, historia, teoría del arte y de la literatura. Eran obras de Max Weber, Mannheim, Toënnies [sic], Dilthey, Cassirer, [Emil] Ermatinger, Alfonso Reyes y tantos otros. Son inolvidables las tapas coloridas de los libros: verdes, rojas, amarillas, azules, rosadas, blancas. Formaban una suerte de gran arcoíris cultural que unía simbólicamente a los países de América Latina (Cândido, 1991).

António Cândido invita a pensar, en primer lugar, en la escasez de libros de ciencias sociales traducidos al portugués antes de los años cuarenta. Ya abundaban los ensayos sobre Brasil, pero el saber “universal” llegaba sin traducción al portugués. En segundo lugar, cómo la imbricación de las distintas culturas nacionales de América Latina fue acentuada desde la Guerra Civil Española y durante la Segunda Guerra europea, gracias a los proyectos de un pequeño conjunto de editoriales argentinas y mexicanas. En un momento de progresiva institucionalización de la vida universitaria, las nuevas generaciones intelectuales del continente parecen haberse formado con ciertas experiencias de lectura común: colecciones literarias de editoriales argentinas (como la célebre Austral de Espasa-Calpe) y libros de ciencias sociales del FCE. Digamos, una cierta división del mercado continental entre argentinos y mexicanos en el dominio en la edición de literatura y ciencias sociales en cada polo. Por tratarse de un caso extremo por diferencia de lengua, la confirmación de este hecho en Brasil bastaría para verificar la sintonía de experiencias culturales en otros países e introduce, además, la cuestión de la traducción. Cândido rememora un episodio que abrió el terreno de indagación de este capítulo:

Quiero mencionar un recuerdo especial que de manera indirecta me sitúa en el origen de las actividades del Fondo en Brasil: en enero de 1943 estuvo aquí el abogado argentino Norberto Frontini, en misión encomendada por su amigo Daniel Cosío Villegas, para estimular la producción de obras brasileñas destinadas a la colección Tierra Firme, ese gran logro de fraternidad y conocimiento continental. […] De mí quería que lo acercase a Mário de Andrade y a los profesores franceses de la Facultad de Filosofía. A [Pierre] Mombeig, Frontini le insistió que escribiera un libro de geografía, pero Mombeig alegó que no tenía tiempo ni disposición. Frontini insistió con vehemencia y le dijo que no se trataba de querer o no querer, de tener o no tener tiempo: era un deber, pues estaba en juego el entendimiento, el conocimiento mutuo de los países de América Latina. Y concluyó: "¡Hay que hacerlo!". Pero nada consiguió. […]Con Mário, […] a cuya casa lo llevé, tuvo mejor suerte. […] Él no tomó la tarea, pero mostró interés y señaló a su discípula Oneyda Alvarenga para hacer el libro solicitado. De hecho, Oneyda produjo el clásico Música popular brasileña. […] Como el viaje de Frontini es poco conocido, pensé que valdría la pena evocarlo en este momento (Cândido, 1991; los destacados me pertenecen).

La presencia de Roger Bastide o Pierre Mombeig en San Pablo ratifica en qué medida las ciencias sociales eran, en América Latina, un producto de importación para traducir (la sustitución demoraría al menos una década más). Haciendo de la necesidad virtud, a los intelectuales del continente les restaba el ensayo de interpretación nacional o americanista, y Tierra Firme, aún vigente, representa una evidencia patente de esta afirmación. Si bien no puede atribuirse a la sola propuesta de Frontini y de la colección la escritura de textos como Historia económica del Brasil de Caio Prado Júnior, se trata de un elemento significativo (desconocido, negado) para pensar las relaciones internacionales en la génesis de ideas y obras representativas de las historias culturales nacionales (Miceli, 2003, Thiesse, 2010 [1999]). De hecho, ese título no fue incluido en la colección y Caio Prado no fue traducido por el FCE. Lo relevante es la noticia de una red de nombres unidos detrás de los proyectos del Fondo. El viaje de Frontini a Brasil fue realizado dos años después del viaje de Cosío a Buenos Aires, cuando comenzó a proyectar al FCE como empresa americanista, internacional.

Alianza al sur

Frontini firmó un contrato con Tierra Firme para un libro sobre la ciudad de Buenos Aires, y también publicó en Cuadernos Americanos. Fue abogado y tuvo cierta participación en la vida literaria y artística local desde los años veinte. A partir de 1924, formó parte del comité de redacción de la Revista Jurídica y de Ciencias Sociales, órgano de difusión del centro de estudiantes de la Facultad de Derecho de la UBA, que funcionó entre 1919 y 1938. La sincronía de los estudios jurídicos y la participación en proyectos editoriales ligados a la renovación "social" de los saberes jurídicos son índices de la homología de posiciones que lo acercó a Cosío. Su participación en la cultura estuvo subordinada al trabajo en su estudio jurídico y, a pesar de la publicación de algunos textos, Frontini no dejó huellas como intelectual. En 1945 formó parte de la dirección de la revista literaria Latitud, junto con Jorge Thénon, Enrique Amorim, Leopoldo Hurtado, María Rosa Oliver, Antonio Berni, Horacio Coppola y Luis Falcón. Su actuación en la cultura también se extendió a las artes plásticas y al cine. En los años cincuenta, firmó un par de artículos en Sur.

Cosío llegó a Buenos Aires en el otoño de 1941 para promover la difusión continental de la labor del Fondo y asentó un contrato de mutua distribución con la editorial Losada, por cuatro años. Además, atrajo la colaboración de escritores argentinos y sudamericanos. Data de entonces el origen de Tierra Firme.

Frontini cumplió un importante rol en la recepción porteña de Cosío. Meses antes, había sido al revés: el editor había recibido al abogado argentino en México, donde estableció vínculos con diversas figuras del medio artístico y, al regresar, participó en la organización de una muestra de pintores mexicanos en Buenos Aires. El huésped se trasladó de esa capital –donde tuvo encuentros con escritores e intermediarios de la cultura– a Santiago y luego a Lima. Frontini le indicó nombres de representantes de la cultura en Chile y Perú que podían ayudarlo en la planificación de la colección. En Chile, le sugirió visitar a Arturo Serrano (poeta español), a Luis Alberto Sánchez (peruano deportado), a Vicente Salas Viu (Facultad de Bellas Artes), y en Perú, a Manuel Checa (secretario de Haya de la Torre), a Ernesto Vivanco (secretario de la Corte Suprema), a Ricardo Elias (abogado), a Luis Larco. No cabe duda de que el vínculo entre Cosío y

Frontini ya era estrecho: el primero encabezaba las cartas con un “ilustre Che”.

Frontini asumió de ahí en más una informal función como representante del FCE en la región. Cosío le delegó, en primera instancia, la tarea de ratificar los compromisos iniciales aceptados por varias decenas de escritores argentinos para realizar trabajos originales para Tierra Firme. La nómina de candidatos era extensa.

Como muestra el cuadro 3.1, sólo algunos de esos proyectos fueron publicados. Hasta poco antes del lanzamiento de la colección en 1944, se debatió la idea de coeditarla con Losada. En la Argentina, se mencionaba al “gringo” Attilio Rossi como posible diagramador.[37]

Al mismo tiempo que se definía el elenco de autores y temas argentinos, se ideó un plan uruguayo, compuesto de doce volúmenes, a cuyo frente quedó Clotilde Luisi de Podestá. Alberto Zum Felde, Justino Zavala Muniz, Carlos Sabat Ercasty, Antonio Grompone, Luisi fueron algunos de los autores que comprometieron obras. El trabajo de Luisi fue seguido de cerca por Frontini, a quien Cosío le pasaba instrucciones. En Chile, el proyecto quedó a cargo de Amanda Labarca, con la colaboración de dos amigos de Frontini: Norberto Pinilla y Humberto Fuenzalida.

Entre la dimensión intelectual, que supone el debate de ideas, y la económica, que marca la evolución de los mercados editoriales, se debe pensar en la dimensión jurídica de las relaciones entre productores de textos y de libros. El envío de contratos a cada autor de las listas marcaba un umbral en el desarrollo del proyecto, fijando títulos de los libros, plazos de entrega, formas materiales de los manuscritos y de las ediciones, tiradas, regalías. En un momento de escaso desarrollo institucional de unas universidades rara vez autónomas, la publicación de obras representaba una fuente de ingresos y los autores parecían estar bien preparados para lidiar con los editores. Muchos discutían las condiciones: exigían mayores beneficios o plazos de entrega, evidencia de la creciente profesionalización de la actividad. Frontini intervenía, Cosío les respondía que el 10% de regalías que establecía el FCE estaba en sintonía con el estándar internacional, y era un monto mayor al aplicado en los Estados Unidos.

Negociar y entenderse: la edición como una forma de gobierno

La preparación de Muerte y transfiguración de Martín Fierro de Martínez Estrada permite entrever las tensiones entre autor y editor, descubrir lo que estaba en juego detrás de los contratos e iluminar la emergencia del editor como especialista que concentra un poder particular para organizar la vida intelectual.

Cuadro 3.1. Autores y temas argentinos propuestos entre 1940 y 1943 para su edición en Tierra Firme del FCE

Autores
José Luis Romero
Raimundo Lida
Luis Aznar
Raúl C. Migone y Marcelo E. Aberasturi
Bernardo Canal Feijóo
Aníbal Sánchez Reulet
Roberto Giusti
Luis Podestá Costa
Jorge Luis Borges
Alfonso de Laferrère
Rodolfo Puiggrós
Diego Luis Molinari

Juan Álvarez
Francisco de Aparicio
Geo Dorival
Carlos Vega
Julio Rinaldini
Enrique Anderson Imbert
Ricardo Caillet-Bois
Victoria Ocampo
María Rosa Oliver
Ezequiel Martínez Estrada
Emilio Ravignani
Eugenio Pucciarelli
Norberto Frontini
Autores argentinos no considerados en la primera lista y editados en Tierra Firm
Carlos Sánchez Viamonte, Historia institucional argentina, 1948 (2ª ed. en 1957)

A mediados de 1941, Martínez Estrada se comprometió a escribir un libro sobre Leopoldo Lugones y otro sobre José Hernández. En agosto, Cosío le envió los contratos y le recalcó el perfil de los textos esperados: una extensión máxima de doscientas cincuenta páginas "a renglón abierto": "Ambos tomos son del corte habitual de Vida y obra, […] un esquema biográfico, una descripción del medio y época, un relato de la obra y una apreciación de esta. Esperamos que los dos volúmenes puedan sernos entregados en un plazo de seis a ocho meses" (carta de Cosío a Martínez Estrada, 28 de agosto de 1941). El autor respondió un mes después que no había recibido los contratos, pero que ya trabajaba en los dos textos y esperaba satisfacer las expectativas del editor. Hacia marzo de 1942, Cosío le reclamó por su silencio sobre las cláusulas y el 12 de mayo Martínez Estrada le respondió con fuertes expresiones, que pusieron en riesgo la relación. Allí afirmaba que las condiciones eran

poco alentadoras. De las cláusulas estas: la que toma porcentaje en las traducciones que yo pudiera conseguir; las excesivas seguridades con que la Editorial se precave contra mí; la prohibición de que pueda yo publicar ni un capítulo de la obra; y, en fin, y sobre todo, que tal como he planeado mi "Martín Fierro", necesitaría más de quinientas páginas para agotar definitivamente el tema (si nunca pudiera volver a ocuparme de él).

El autor se sentía decepcionado; estado de desánimo que le hizo traspapelar gran parte del material:

Difícilmente me ocupe ya de él: no tengo ganas ni tiempo. En cuanto al "Lugones", con doscientas cincuenta páginas habría tenido suficiente. Pero tampoco vale la pena. […] No crea usted que desconozca lo que pudo haber de honroso en que su Empresa tomara mi nombre, casi desconocido, con otros ilustres, para editar esas obras. Por eso le ruego que no interprete mi decisión de no participar en su meritísima obra como resultado de ínfimas reflexiones.

Cosío respondió inmediatamente, con "pena inmensa" por el mensaje de Martínez Estrada, pero dispuesto a resolver todos los inconvenientes: "El hecho mismo de que le escriba a usted enseguida puede ya revelarle hasta qué punto nos sentimos abiertos a examinar las objeciones a nuestro contrato, al que no hemos podido ni querido darle otro sentido que el de una norma para negociar y entenderse". Cosío redobló su valoración del autor al afirmar que estimaba esa colaboración "casi como ninguna otra". Respondió a cada una de las objeciones.

En primer lugar, se refirió al porcentaje por traducciones: este era un modo de cubrir el riesgo asumido por una editorial al lanzar una obra inédita. El editor que publica una traducción compra un texto ya reconocido, de comprobado éxito en otro mercado. "Esta es una razón muy importante" –proseguía Cosío–,

que explica por qué los editores de América y España han vivido de publicar traducciones. Ahora bien, quiero decirle […] que nuestra casa arriesga en la colección de trescientos libros de obras originales americanas, colección de la que formarían parte sus dos tomos, […] la modesta suma de un millón de pesos argentinos.

A pesar de ello, Cosío expresó que el FCE estaría dispuesto a ceder su porcentaje. Además, señaló que la prohibición de publicar capítulos como artículos de periódicos obedecía a una defensa del carácter inédito de las obras, así como a una actitud para transformar los hábitos del escritor americano. Igualmente, lo autorizaba a publicar "alguna vez un capítulo". Por último, le escribió:

¿Usted necesita 500 páginas para el "Martín Fierro"? Tampoco es imposible: haremos dos tomos, o un "número doble". […] Tome usted en cuenta esto más: es la primera vez que se intenta en nuestros países una gran colección de libros que saque a flote cuanto de mejor tienen ellos. Los riesgos nuestros son inmensos y nuestras probabilidades de éxito financiero son muy inciertas y pocas. Nuestro móvil y nuestra meta es hacer una obra que nuestros países reclaman y merecen, pero que nadie emprende. ¿Sería posible que dejemos de contar con una ayuda de la importancia de la suya? Sólo le ruego que me

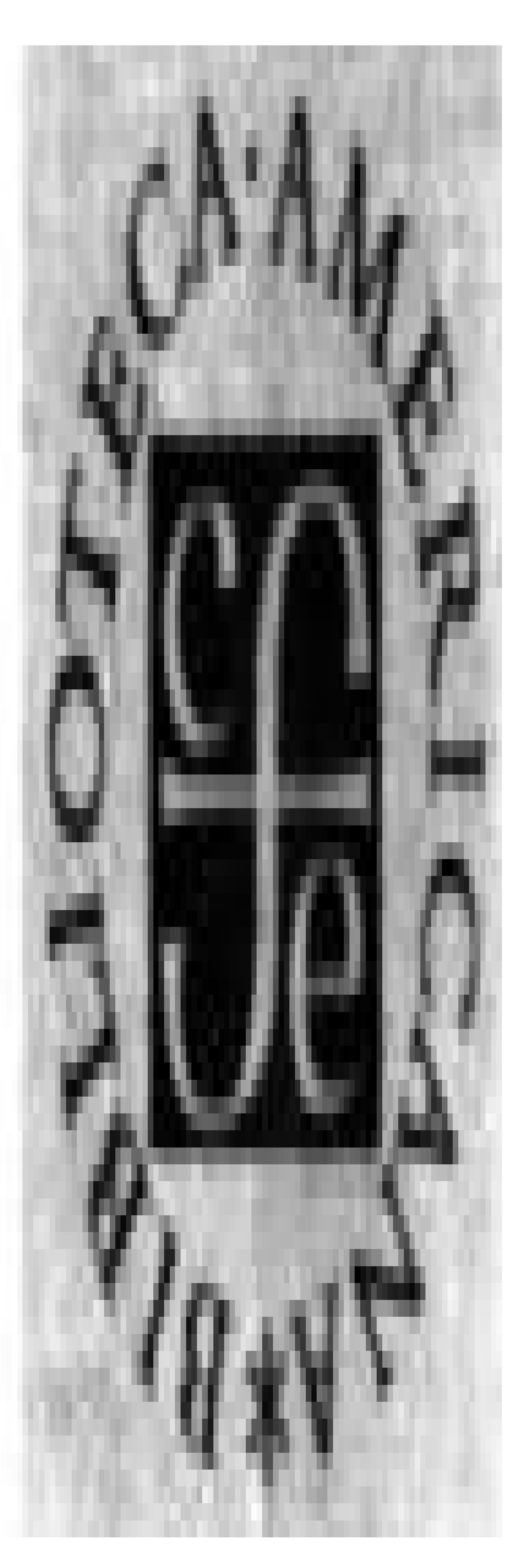
conteste y que guarde el secreto de todas las concesiones que estoy dispuesto a hacer en su caso, porque, de lo contrario, perdería el gobierno de la colección toda (los destacados me pertenecen).

Martínez Estrada recién confirmó la continuación del proyecto en noviembre de 1943:

Siempre pienso en cómo cumpliré sin mayores demoras ya mi compromiso de un "Martín Fierro", y espero que ha de ser pronto. […] Hacia mediados de 1944 podré mandarle los originales. Tengo con usted un compromiso de carácter moral y espiritual que me aflige cada vez que pienso cuán gentil ha sido usted y cuán mal me he portado yo. Pero si usted supiese las mil cosas absurdas que se me atraviesan en el camino, todo me lo perdonaría.

Los tiempos y las formas de la comunicación entre Cosío y Martínez Estrada ejemplifican cómo la cultura legítima(legitimada) es el lugar por excelencia de la denegación de la economía, y cómo su eficacia sólo acepta el lenguaje del honor (Bourdieu, 1977, Elias, 1991). Los mensajes se trasladaron de las valoraciones simbólicas a los condicionamientos económicos, pero luego se reencauzaron en la retórica de la creación artística, lugar del desinterés indispensable para cerrar el contrato y lanzar un libro como Muerte y transfiguración de Martín Fierro, hacia fines de 1948. Las situaciones de crisis entre productores culturales hacen emerger el fundamento económico de los intereses que en igual medida constituyen la naturaleza de los bienes simbólicos. Sólo una empresa financiada con recursos públicos podía asumir tamaño riesgo.

Tierra Firme



Logos de dos colecciones del FCE que pensaban la región: Tierra Firme, iniciada por Daniel Cosío Villegas, y Biblioteca Americana, ideada por Pedro Henríquez Ureña. Década de 1940.

Una enciclopedia de nuestra cultura

En noviembre de 1941, Frontini se ofreció para ampliar su trabajo de representante hacia Perú y Bolivia, adonde iría un par de semanas hacia fin de año en plan de turismo. Cosío aceptó de inmediato y le ofreció ayuda material para la prolongación del viaje durante quince días. Antes de partir, le recordó el espíritu y el perfil de Tierra Firme:

Se pretende […] una colección de libros de todos los países de América, que […] represente una especie de enciclopedia de nuestra cultura. En cada país pedimos una serie de tomos con temas uniformes, o idénticos, con la esperanza [de] que, una vez publicados, […] pueda procederse a hacer otros que representen síntesis. […] Los temas son, unos de carácter general, otros de carácter concreto. […] La extensión máxima […] es la de 250 páginas escritas a máquina, a doble espacio. […] Deben ser escritos en un lenguaje llano, y en un estilo literario tan atractivo como sea posible, sin aparato documental o erudito alguno y el autor debe […] reconocer que sus lectores ignoran antecedentes o consecuentes de lo que él habla. Los términos de nuestro contrato los conoce usted ya, así como el plazo de 10 a 12 meses. […]

[Señalo] el método […] que usted me vio usar en Buenos Aires: conversar aisladamente con personas de buena fe y de significación intelectual en cada país, […] llegar […] a una lista tentativa de candidatos para cada tomo. Ninguna sugestión puedo hacer, por desgracia, sobre las personas con quienes se podría hablar en Bolivia y en el Perú. […] Ojalá tomara usted esta gestión con el mismo entusiasmo con que me hizo el favor de ayudarme en Buenos Aires. Ya sabe usted que la empresa, más que de una importancia comercial, lo es moral (carta de Cosío a Frontini, 11 de diciembre de 1941; los destacados me pertenecen).

El viaje se extendió entre el 1º de enero y el 10 de marzo de 1942. Frontini viajó con su hijo Federico y con Berni, quien luego proseguiría su itinerario hacia

México. La complicidad entre Frontini y Cosío se acentuaba. Al final de su vinculación con el FCE, que coincide con la fundación de la sucursal argentina y el nombramiento de Orfila como gerente, Frontini imaginaba escribir una sociología del escritor americano. Los juicios sobre las virtudes y los defectos de los autores aparecían en cada carta. Desde Cuzco, el 25 de enero le envió a Cosío la primera lista de autores bolivianos: "He debido rehacer la lista […] más de diez veces, pues en Bolivia faltan precisamente los auténticos escritores y sobran, como en todas partes, macaneadores". Al recibirla, Cosío tomó conciencia de los peligros que encerraban las arbitrarias circunstancias que se daban en cada capital para componer una comunidad de autores representativos. El 11 de febrero, el editor agregaba su crítica opinión sobre el mundo intelectual: "Espero que haya usted acertado en todo; y el espero sólo tiene el sentido de mi propia experiencia: la inmensa dificultad de guiarse entre la selva de sugestiones, juicios, compadrazgos, etc., y aun la de juzgar la capacidad del autor teniéndolo enfrente de carne y hueso".

La conciencia sobre la magnitud del proyecto de Tierra Firme se acentuó al viajar. Las dificultades de comunicación y traslado, el extrañamiento en cada ámbito nacional visitado, el deslumbramiento y los fracasos vividos forjaban una vocación de misión y profetismo:

5 de marzo. A bordo del Arica, frente a Antofagasta: […] Lo que prometió ser viaje de seis días a Valparaíso será de 11. Menuda broma. El buque en calma y manos a la obra. […] Después de dos meses de agitación consecutiva, el mar me ha hundido en un "nirvana" del que a duras penas salgo. Pero el deber se impone. […] Debo confesarle que he encontrado una estupenda buena voluntad y un afán de colaborar en la obra proyectada que nos crea una responsabilidad de padre y señor mío. O esta biblioteca sale a la luz o yo me suicido. O me suicidan moralmente los amigos peruanos.

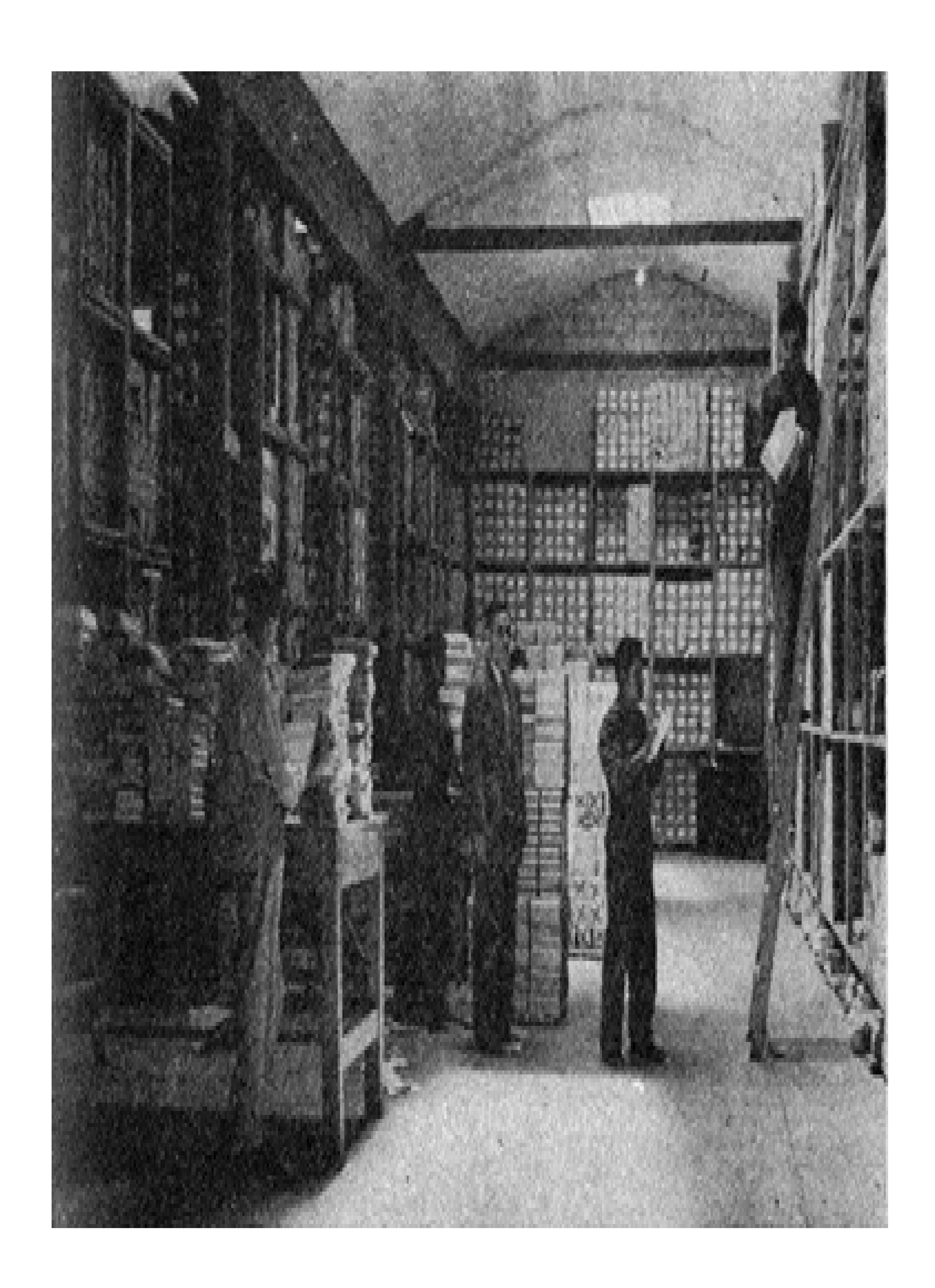
Esa sensación se correspondía con la naturaleza del interés generado por los autores peruanos:

Las felicitaciones para la editorial han sido numerosas. El Diario de Comercio

quiso dedicarle una extensa nota. La atajé a tiempo. No sea cosa que […] los aprovechadores […] echen todo a perder. Les recomendé un silencio absoluto hasta que las cosas estén listas. Naturalmente que el propósito de la editorial corrió como reguero de pólvora y hasta el presidente quedó enterado. Tengo entendido que nos ofreció gentilmente su colaboración –la que hubiese considerado necesaria– y en forma muy disimulada me lo hizo saber un amigo para sonsacarme si deseaba ver al presidente. Le dije que por lo que hacía al plan no, pero que no estaba de más entrevistarlo por pura cortesía. […] En realidad, ¿qué me importan estos presidentes fraudulentos? […] Respecto a las instrucciones, he debido crear un tipo de lector que denominé "de mentalidad virgen", en estado de inocencia. Me salieron al paso los energúmenos escoleros para significarme qué tanto valía, como el niño en edad escolar. La cosa se fue precisando y al final ya estaba saturado de repetir la fórmula, no obstante haber introducido cincuenta variantes.

Hacia el final, Frontini le recomendaba a Cosío que entrara en contacto con el doctor Antenor Fernández Soler, quien lo ayudó en el armado de la lista peruana: "Es hombre de gran influencia y puede mover gente como quiera. […] Consultaré con Amanda Labarca en Santiago sobre el estado del plan en Chile" (en todos los casos, los destacados me pertenecen).

La contención del aparato erudito, la escritura depurada, la búsqueda de un público lector socialmente distante abonaban la consagración del ensayo como el género de escritura idóneo para pensar lo local. Tales formas nacían de los condicionamientos de naturaleza editorial, eran impuestas por especialistas que podían no ser autores, pero sí autoridades del "juego de las reglas" de la escritura. Aquí, la edición aparece como un poder decisivo. Además, las representaciones del público esperado se engarzaban en el ideal progresista, en sintonía con las experiencias de educación popular que habían vivido Cosío, Orfila y otros actores del entorno del FCE. Las consignas eran marcadas en clave social, el fundamento del proyecto era político. Sin embargo, no se optaba por nuevos escritores, periféricos, "vírgenes" como los lectores, sino que en cada país se contactó a las figuras más renombradas de los medios académicos, literarios, políticos. El campo de posibilidades se acotaba a sectores de élite.







Distintas escenas del trabajo en FCE México, publicadas en su Catálogo General 1955. La bodega (o depósito), la librería y el departamento técnico.

En Perú, el propio presidente de la República se interesó por la presencia de Frontini. En cada nación, el plan era arrastrado por el magnetismo de los intereses intelectuales dominantes. En los casos de mayor éxito, como el plan de Brasil, se logró guiar el proyecto a través de intelectuales con indiscutible compromiso social. En todos los casos, sin excepción, Tierra Firme, enciclopedia del continente nuevo, fue producto de una evolución marcada por cerradas disputas simbólicas.

Frontini no era el único interlocutor de Cosío, así como Cosío no era el único agente del FCE con poder de toma de decisiones. Las listas de Frontini eran sometidas al escrutinio de autoridades sobre cada país, por lo general asentadas en México. En abril de 1942, por ejemplo, el editor recibió la opinión de Felipe Cossío del Pomar, redactada en carta con membrete de la Escuela Universitaria de Bellas Artes de Guanajuato. En ella, el consultor efectuó fuertes críticas al plan de Perú por hallarlo un “sin plan”: “He leído detenidamente el vasto programa del joven (lo supongo) ‘planeador’”. En un anexo, Del Pomar detalló observaciones y objeciones a cada autor y tema de la lista de Frontini.

El reconocimiento y la difusión continental del FCE, además, tampoco fueron el producto natural del encuentro entre buenos autores y textos con editores y lectores que despertaban a un nuevo humanismo. El viaje y la interacción personal del director del Fondo y de sus “representantes” personificaban una acción publicitaria que sustituía las escasas o inexistentes sucursales y empresas especializadas en la distribución internacional de publicaciones. Sólo la acción personalizada del editor podía garantizar el “gobierno” sobre las obras.

¿Traducir a Brasil?

Al igual que a finales de 1941, en noviembre de 1942 Frontini le comunicó a Cosío que pasaría sus vacaciones en el exterior, y se puso a disposición del editor mexicano para ampliar su colaboración: “Lo que quiera del Brasil: ananás, libros o alguna negrita engraçadinha”. También le informaba que, del mismo modo que en el viaje a los países andinos, no quería resarcimiento por los gastos. A cambio, le solicitó ayuda para la esposa del artista español Antonio Rodríguez Luna y su hijo, que estaban en México desde 1939: “Pedirles cualquier trabajo y pagarles con generosidad”. Esta vez, Frontini se mostraba más preparado, y desde Buenos Aires se anticipó a las actividades con ayuda de dos amigos brasileños: un pintor y un escritor. Antes de partir, le indicó a Cosío que se comunicara con él a través de la embajada argentina de Río de Janeiro y consultara a Alfonso Reyes. Advertido por las repercusiones y los equívocos durante el viaje andino, el editor le pidió: “Explore lo más posible, pero sin comprometerse en ningún caso”. Esto generó malestar y desentendimiento entre ellos. En la visión de Frontini, su empeño en el contacto y trato personal con autores obligaba a cierto compromiso por parte de la editorial hacia los candidatos. Amparado por la distancia física y el poder de decisión, Cosío y el FCE operaban con independencia en la aceptación de las propuestas, en la confección de los contratos y en el rechazo de manuscritos que no se ajustaran al perfil de la colección.

A pesar del resquemor, el plan de Brasil fue un rotundo éxito: en un mes y medio de trabajo, entre Río de Janeiro y San Pablo, Frontini redactó una lista con treinta y ocho temas. Una razón central fue la decisiva participación del escritor y líder comunista Astrojildo Pereira, no sólo durante ese viaje, sino durante los años que mediaron entre el lanzamiento de la propuesta y la publicación de los primeros libros de autores de ese país. El 28 de enero de 1943, desde el Hotel Riviera de Río, pleno de entusiasmo, Frontini le escribió a Cosío una extensa carta con una primera lista.

Cuadro 3.2. Autores y temas brasileños propuestos para su edición en

Tierra Firme del FCE

Autores	Temas
Sérgio Buarque de Hollanda	Historia de Brasil.
José Honório Rodrigues	La dominación holandesa.
Rubens Borba de Moraes	Los bandeirantes.
Luiz Camillo de Oliveira	La “civilización” del oro.
José Wanderley de Araújo	Pedro II y su época.
Pierre Mombeig	Geografía.
Caio Prado Júnior	Historia económica.
Sergio Millet	El café.
Octávio Malta y O. de Mello	Industrialización.
Edgarde de Castro Rebello	Historia de las ideas políticas.
Sin candidato	Política internacional.
Astrojildo Pereira	Gregôrio de Matos Guerra.
Afonso Arinos de Melo Franco	Tomás António Gonzaga.
Francisco de Assis Barbosa	Hipólito da Costa.
Otávio Tarquínio de Sousa	José Bonifacio.
Carlos Drummond de Andrade	Castro Alves.
José Barreto Filho	Machado de Assis.
Álvaro Lins	Euclides da Cunha.
Lúcia Miguel Pereira	José de Alencar.
Rachel de Queiroz	Nísia F. Brasileira Augusta.
Vianna Moog	Mauá.
Hermes Lima	Ruy Barbosa.

Carlos Chagas	La medicina experimental.
Arthur Ramos	Poblaciones.
Edison Carneiro	La República de Palmares.
Gilberto Freyre	La aclimatación humana. Folclore lit
Josué de Castro	El problema de la alimentación.
Vinicius de Moraes	La ciudad de Río de Janeiro.
Mário de Andrade	La ciudad de San Pablo.
José Jardim	La ciudad de Recife.
Godofredo Filho	La ciudad de San Salvador.
Heloisa Alberto Torres	Etnografía y arqueología.
Oneyda Alvarenga	Música popular.
Sin candidato	Arte colonial.
A. Machado y Roberto Navarro	Artes plásticas contemporáneas.
Luiz Heitor Correa de Acevedo	Música contemporánea.
Manuel Bandeira	Poesía.
Prudente de Morais Netto y Pedro Dantas	Prosa literaria.

Alfonso Reyes halló la lista muy acertada. Posteriormente, Cosío la cotejó con Renato de Mendonça, escritor-diplomático asentado en México. Después de esa triangulación, redujo el conjunto a veintitrés nombres. En sus enunciados, Frontini deslizaba representaciones de sentido común sobre Brasil como país idílico (sus cartas abundan en comentarios sobre exuberancia del paisaje y sexualidad) y desconocido, lo cual acrecentaba el sentimiento de su labor como una misión:

El plan ha sido estimado y comprendido en su más íntimo sentido. La necesidad de sustituir los monólogos de los pueblos latinoamericanos por un diálogo frecuente y provechoso que supere el tratadismo diplomático es cada día más urgente. Los brasileños [...] lo están comprendiendo con rapidez. Brasil es un difícil problema y su soledad –desconocimiento de los demás y particularmente argentino– dentro del continente está llena de peligros. Debemos prepararnos para establecer entendimientos esenciales entre ese país, lleno a su vez de complicaciones, y los de origen español. El después de la guerra es para nuestros países cada vez más sombrío. El propósito de la editorial ha sido, por eso mismo, muy bien visto.

En sus cartas sobre el plan brasileño, Frontini observó la vida intelectual en el continente: “Oiga usted: [¿]por qué no me pide un volumen con este título? ‘Psicología del escritor americano’… ¡Ay, mi dios! ¡Qué de grandes pequeños hay en este mundo! […] El año que viene pienso hacer vacaciones en China. ¿Tiene algo proyectado para allá?”. Sobre Brasil, remarcaba la orientación sociológica de los escritores, la cual consideraba un “desvío” y relacionaba con tres factores: la mentalidad modernista, la situación de opresión política del Estado Novo y la influencia cultural estadounidense. Pensaba también que la mayor parte de los escritores era “autodidacta” por el escaso desarrollo de universidades y el estado de censura interna. “Hay sin embargo serios estudios objetivos, de fundamentación poco menos que incontrovertible y de sesuda interpretación científica”. Por lo demás, la actuación como representante de la editorial lo impulsaba a realizar apreciaciones sobre el mercado editorial y a sugerir acciones profesionales para Cosío y el FCE: “[¿]Conoce Ud. las

publicaciones de la Brasiliana y de la José Olympio?”. Le advertía que en Brasil no veía libros del Fondo y le sugería una alternativa: establecer un acuerdo comercial con la librería de Olympio de Río de Janeiro, a la cual estaban estrechamente ligados muchos de sus colaboradores durante su viaje (Sorá, 1999, 2010a).

Finalmente, Frontini le transmitió a Cosío una inquietud: daba por sentado que los libros de autores brasileños serían editados en portugués y preguntaba: “¿También serán traducidos al castellano? Y las obras de los otros países escritas en castellano, [¿]se publicarán en portugués? Ustedes verán, el brasileño lee bien el castellano”. Esta última tendencia (que en la historia se refleja por una relativamente escasa traducción de autores hispanoamericanos en Brasil) esfumó el intento por traducir la colección al portugués. De manera correlativa, las barreras de los hispanohablantes al portugués multiplicaron los proyectos de traducción de autores brasileños al castellano (Sorá, 2003a): aparte de los títulos editados por Tierra Firme, hasta 1956 el FCE había publicado cuatro libros de autores brasileños en la Biblioteca Americana (El sertanero de José de Alencar, Cartas de Inglaterra de Rui Barbosa, Canaán de Graça Aranha y Memorias póstumas de Blas Cubas de Joaquim Machado de Assis), uno en la sección Antropología (El maguey y el pulque en los códices mexicanos de Oswaldo Gonçalves de Lima), tres en Sociología (Sociología de la educación de Fernando de Azevedo, Las culturas negras en el Nuevo Mundo de Arthur Ramos y Pontes de Miranda de Djacir Menezes), dos en Tezontle (El amanuense Belmiro de Cyro dos Anjos y Angustia de Graciliano Ramos), y otros dos libros estaban en preparación para Tierra Firme: La marcha hacia el oeste de Cassiano Ricardo y Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil de João Cruz Costa.

ARTE

Y SOCIEDAD

por ROGER BASTIDE



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

MEXICO - BUENOS AIRES

Desde épocas tempranas el FCE presentó las obras de destacados antropólogos, a veces integradas a la sección de sociología. Portada de Arte y sociedad de Roger Bastide, 1948.

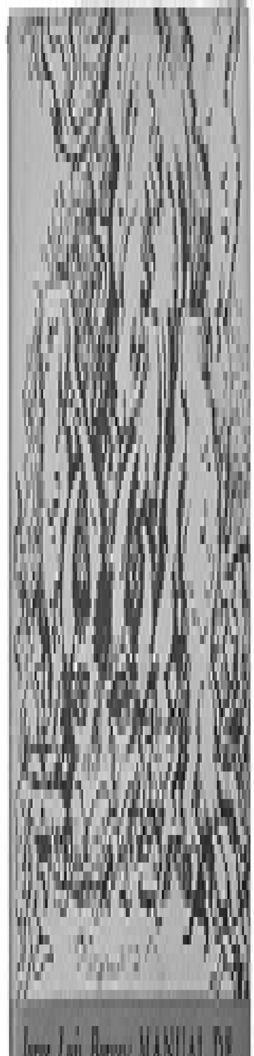
El "desinterés" de Frontini le granjeó, poco a poco, cierta notoriedad como agente cultural internacional. De Brasil le pedían artículos sobre la Argentina, en la Argentina, sobre los otros países. La aventura como representante-viajero del Fondo lo dotó de un capital de vínculos que fue bien utilizado a la hora de dirigir la sección internacional de la revista Latitud. En 1943, la correspondencia entre Frontini y Cosío manifiesta un creciente disenso entre ambos. El editor le endilgaba la responsabilidad por el fracaso del plan argentino y de la sociedad con Losada. Frontini sostenía que eso había sido producto de la no formalización de su labor como representante del Fondo, lo cual le restaba autoridad de negociación. Hacia mediados de año, Cosío dejó de escribir y Frontini guardó silencio. Recién retomó contacto desde Quito, adonde se dirigió en las vacaciones de 1944, es decir, una vez en viaje. Cosío respondió con un telegrama enviado a Quito, que nunca llegó a destino: allí le rogaba iniciar un plan ecuatoriano para Tierra Firme. A pesar de todo, meses después Frontini le sugirió el nombre del sociólogo Manuel Benjamín Carrión (entonces embajador en Colombia, amigo de Germán Arciniegas) para que se ocupara de esa tarea.

A finales de 1944, Cosío le envió a Frontini los primeros títulos editados de la colección. Este lamentó la ausencia de autores argentinos y volvió a ponerse a disposición del editor para relanzar el acuerdo con Losada y el plan de aquel país. Cosío, sin alternativas, le ofreció "facultades amplias". Mientras el entendimiento renacía, Frontini sufrió un serio accidente automovilístico, que lo paralizó varios meses. Cuando se recuperó, volvió a ser requerido por Cosío para asesorar al Fondo en un proyecto para el cual ya no sería útil: la creación de la sucursal argentina. El abogado realizó un minucioso estudio de los requisitos administrativos para la instalación de la filial. Durante algunos años pasó a ser un consejero jurídico del gerente Arnaldo Orfila Reynal. Cuando este se trasladó a México, también lo asesoró sobre su separación con María Elena Satostegui.

* * *

Al privilegiar una etnografía histórica de las relaciones sociales transnacionales que forjaron la evolución del FCE y su poder cultural continental, en este capítulo relegué la consideración de las dimensiones estructurales que llevarían a pensar las apuestas de cada editorial como relativas al conjunto de las que compiten en un mercado nacional o el delimitado por los hablantes de una lengua. Algunas de estas relaciones, sin embargo, aparecieron al caracterizar alianzas y tensiones entre intelectuales y editores argentinos y mexicanos, mexicanos y españoles, que ampliaron las fronteras del mundo del libro en castellano. Para eso era preciso quebrar la hegemonía española, tema que Cosío trató en Extremos de América. Allí, el fundador del FCE declara que, en esta tierra, finalmente, apareció el editor profesional, capaz de hacer pública y democratizar una cultura universal. Como una respuesta a la irritante ofensa de Ortega y Gasset, quince años después, en ese libro se notan huellas de la consolidación de un espacio editorial y lingüístico hispanoamericano, donde México y la Argentina pasaron a disputar la primacía española como polos productores de cultura impresa. Desde entonces, Iberoamérica señala la escala ineludible a la hora de pensar la edición en lengua castellana.

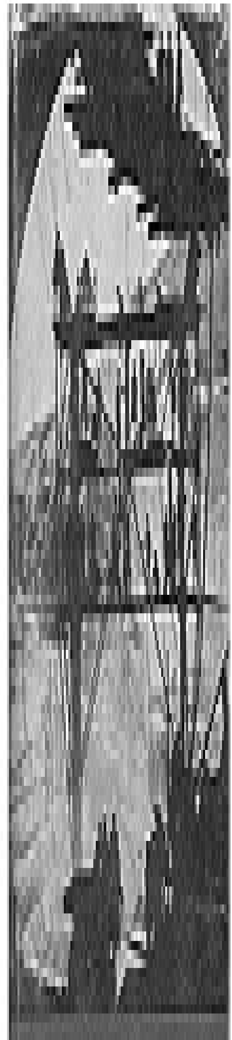
Al trasladarse a los Estados Unidos en 1948, Cosío propuso a Orfila como director de la casa matriz en México. La postulación era un reconocimiento a la extraordinaria labor que había realizado como gerente de la sucursal Buenos Aires. Mientras Cosío renovaba el pedido de licencia en el FCE, Orfila cumplía su rol como director interino. Cuando aquel quiso retomar el puesto en 1952, la Junta de Gobierno lo impidió y confirmó al argentino como director. Por entonces, el crecimiento empresarial del Fondo y la profesionalización del oficio de editor ya no daban lugar a la ambivalencia entre la escritura, la edición y la política de figuras como Cosío. Orfila era un editor de tiempo completo.


Jorge Luis Borges MANUAL DE
ZOOLOGIA FANTASTICA
BREVIARIOS


LA EDAD MEDIA
BREVIARIOS


C. Lévi-Strauss El totemismo
en la actualidad


C. M. Bowra HISTORIA DE LA
LITERATURA GRIEGA
BREVIARIOS


INTRODUCCION A LA
CONOMIA CONTEMPORANEA
BREVIARIOS

Sobrecubiertas de la colección Breviarios que, iniciada en 1948 por Orfila, fue uno de sus mayores éxitos como editor. “Los Breviarios, inspirados en colecciones francesas de divulgación, y orientados por Alfonso Reyes, pronto se convierten en un recurso indispensable” (Monsiváis, 1993).

Alrededor de Cosío y de Orfila giran algunos de los eventos más conspicuos de la construcción de una cultura americana, una realidad posible tras las aventuras editoriales que lideraron.

[37] Attilio Rossi (1909-1994) fue uno de los artistas gráficos más renombrados del continente. En 1933 fundó y dirigió la revista Campo Grafico, un medio que alteró los patrones del diseño impreso en Italia. Se exilió en la Argentina entre 1935 y 1950. Allí fue director artístico de Espasa-Calpe y de Losada, para las cuales diseñó logos emblemáticos como los de la colección Austral.

4. Química de la edición

Vocación, linaje y alianzas de Orfila

Mi vida no ha tenido la suficiente trascendencia como para que pueda interesar que se reseñe. Mi mayor mérito –que ha sido fortuna para mí– ha consistido en que pude cumplir una vocación.

Orfila, “Informe personal”, diciembre de 1979

La [vocación] de químico la he olvidado totalmente, no me acuerdo de la fórmula del agua siquiera.

Orfila, en diálogo con Alejandro López López, 1993

¿Qué clase de persona es preciso ser para verse autorizado a tocar la rueda de la historia?

Max Weber, La política como vocación, 1921

Arnaldo Orfila Reynal nació en La Plata el 9 de julio de 1897. Fue el primer hijo de Jacinto Orfila y Lucinda Reynal. Tuvo una hermana menor, Nilda, que ejerció la docencia, colaboró en tareas relacionadas con las actividades de su hermano y participó en ámbitos culturales y políticos que él animaba.[38] Nova Ramírez (2013: 27) afirma que la vocación de Orfila Reynal se inició en “la imprenta de su padre, La Minerva”. Lamentablemente, no cita fuentes que corroboren ese dato, que podría ser muy significativo.[39] Jacinto Orfila es citado por Ignacio Orzali (1893: 188) como director del diario El Argentino de Chascomús y en un sitio web sobre masonería figura como integrante de una logia, de la misma ciudad bonaerense, desde 1877.[40] En 1878, esta sociedad dio inicio a su órgano de prensa, Los libres del Sud, que con posterioridad fue rebautizado

como El Argentino. En el acta de casamiento de Arnaldo, su padre figura apenas como "empleado". Sea como fuere, veremos unas páginas más adelante que Orfila anudaba el origen de su vocación de editor a experiencias culturales y políticas vividas en el colegio secundario y no a su relación de filiación.

Jacinto Orfila aparece como un ser esquivo en las memorias de su hijo. Las residencias que habitó Arnaldo hasta casarse abonan la inferencia de que los Orfila Reynal eran una familia de clase media que migró, como tantas otras, a la moderna ciudad capital de provincia, que prometía condiciones para iniciar experiencias de ascenso social "de cero".[41]

Como muchos editores de fuerte identidad, Orfila se refería a sus editoriales como "casas" y generaba un clima "familiar" de trabajo, en el que él era, en palabras de Jorge Tula (véase el capítulo 8), un paterfamilias. Ello es correlativo a dos fuertes improntas en su trayectoria social: nunca fue propietario de una vivienda y no tuvo hijos.[42]

¿Qué decía Orfila al relatar el inicio de su vocación de editor?

Creo que fue una vocación, yo diría, desde la infancia. Cuando estaba en el primer año de la secundaria, […] fundé un periódico en el Colegio Nacional de La Plata y fui delegado al centro de estudiantes. […] El Colegio Nacional de La Plata era el colegio modelo en aquel momento. Acababa de inaugurarse en el año que yo entré, en 1910. Es decir, que me parece que ya tenía una vocación de proyectar labores culturales a los demás. […] No elegí la química por vocación y por eso la abandoné (Schavelzon, 1998: 1-2).

Me volqué a la acción social por los caminos culturales: revistas, director de una escuela para 500 obreros cuando cursaba mi cuarto año de secundaria, participante activo en el gran movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba de 1918. Tuve la satisfacción de ser uno de los 35 o 40 delegados que en aquella ciudad con tanta historia, discutiera y proclamara el proyecto de Ley de Reforma Universitaria (Orfila, 1979).[43]

La Plata, sus ámbitos académicos, culturales y políticos marcaron el habitus de Orfila. Después del Colegio Nacional, referencia primordial, la química, carrera

universitaria que siguió, no cuajó en vocación, pero fue el momento en que Arnaldo fue marcado por la Reforma Universitaria.

Huella de La Plata y del Colegio Nacional

El Colegio Nacional de La Plata fue fundado como “colegio secundario provincial para varones” en 1885, tres años después de la fundación de la ciudad (Ricci, 2000), y pasó a depender de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) desde 1905, aunque la definitiva incorporación a la estructura de esta es de febrero de 1907. El colegió funcionó en edificios provisorios mientras se construía un monumental predio con fachada de cien metros, en la calle 1, entre la 48 y la 50. Este fue inaugurado en 1910, el año en que ingresó Orfila; de ahí que nuestro protagonista afirmara que había formado parte de la primera cohorte del colegio tras su refundación.[44]



Alumnos de la cohorte de 1910 en el interior del gimnasio.Fuente: UNLP, Colegio–Proyecto del Ing. Miguel Olmos, La Plata, 1910. Álbum institucional de fotografías en gran formato.

No faltó quien retratara la institución como el núcleo de un Óxford americano (Gómez Carrillo, 1963: 103) por su perfil educativo y las ínfulas de distinción que lo rodeaban. Hugo Biagini lo describe con expresiones de aquellos tiempos:

Los Lugones, los Levene y los Sabato no vacilaron en comparar aventajadamente dicha casa de estudios con beneméritos claustros como Óxford, Salamanca o Heidelberg, mientras que otros personajes se refirieron a una ciudad destinada a convertirse en la metrópoli universitaria de Sudamérica, en capital de la cultura docente, en el Boston de nuestro propio hemisferio. Asimismo, el devenir de la universidad platense haría que esta fuese asociada con el rol que cumplió la de Charcas durante la Colonia, en cuanto polo de atracción para la juventud americana (Biagini, 2001: 9).

El Nacional de La Plata fue un medio fértil para cosechar amistades entre hijos de las élites. Allí, los alumnos adquirían inflexiones, modales, etiqueta y se abocaban a múltiples actividades de formación cívica, preparaciones para intervenir entre la clase dirigente. En su testimonio, Orfila subraya la realización de un periódico en primer año y en cuarto, su nombramiento como “director de una escuela para quinientos obreros”. Estas experiencias calaron la memoria de Orfila sobre las raíces de su vocación. Sólo en la Memoria de la UNLP de 1914 encontramos un comentario de Donato González Litardo, director del Colegio Nacional, sobre “cursos nocturnos para gente del pueblo”:[45]

Es realmente gratificante este esfuerzo de los alumnos, quienes guiados tan sólo por el deseo de combatir la ignorancia y dar clases a los que no tienen un poco de luz espiritual, dedican parte del tiempo que les queda para atender sus tareas

de estudiantes y en el momento que más lo necesitan, varias horas por noche, para transmitir lo que han aprendido a los que desean aprender (UNLP, 1914: 45-46).

Esos cursos de extensión se realizaron en 1912 y 1913. Según Orfila (1948: 66), fueron retomados en 1915, al ser fundada la Asociación de Ex Alumnos. Sin alcanzar un grado de institucionalidad, la acción se inscribía en el ideal de las universidades populares.[46]

La UNLP fue proyectada no sólo como institución integral (articulación vertical de todos los niveles educativos) y experimental, sino también con explícita voluntad extensionista. Como luego quedará de manifiesto en la revuelta reformista, las autoridades dedicaron poca atención a la conexión universidad-sociedad, y fueron los estudiantes quienes tomaron cartas en el asunto. En 1914, Litardo le informaba al presidente de la UNLP que "la asociación de ex alumnos formula anualmente un programa de diez a doce conferencias públicas, de extensión universitaria, a cargo de los señores profesores". Una vez egresado, Orfila participó en esta asociación en el momento en que ganó notoriedad con la publicación de su revista Atenea.[47]

En 1915, Orfila ingresó a la licenciatura en química de la Universidad de Buenos Aires, se recibió de doctor en química por la UNLP en 1922 y abandonó esta profesión hacia los años cuarenta. Según su testimonio (Schavelzon, 1998), la elección de la carrera derivó de una oportunidad educativa. Durante el último año en el secundario, Arnaldo fue el segundo alumno electo por votación para obtener una beca para estudiar química en los Estados Unidos. Aun decepcionado por no haber logrado el estímulo que ambicionaba, parece haber sido un acontecimiento significativo, relacionado tanto con la elección de la carrera como con el deseo de migrar. Si bien podía cursar esos estudios en la UNLP, eligió hacerlo sesenta y cinco kilómetros al norte, en Buenos Aires, donde parece haber disfrutado intensamente de la bohemia. En segundo año regresó a La Plata y a su universidad.

La química, sin embargo, era una herencia familiar en los Orfila. Más allá de la conjetura sobre la dedicación a la actividad gráfica de Jacinto, Tatiana Coll, ahijada de Arnaldo,[48] confirmó que también fue químico. La pista más llamativa me fue señalada por Martí Soler, gran aliado de Orfila en batallas

editoriales, al agregar que el abuelo de Arnaldo es reconocido en Europa como pionero de la toxicología, y que en París existe un museo con su nombre.

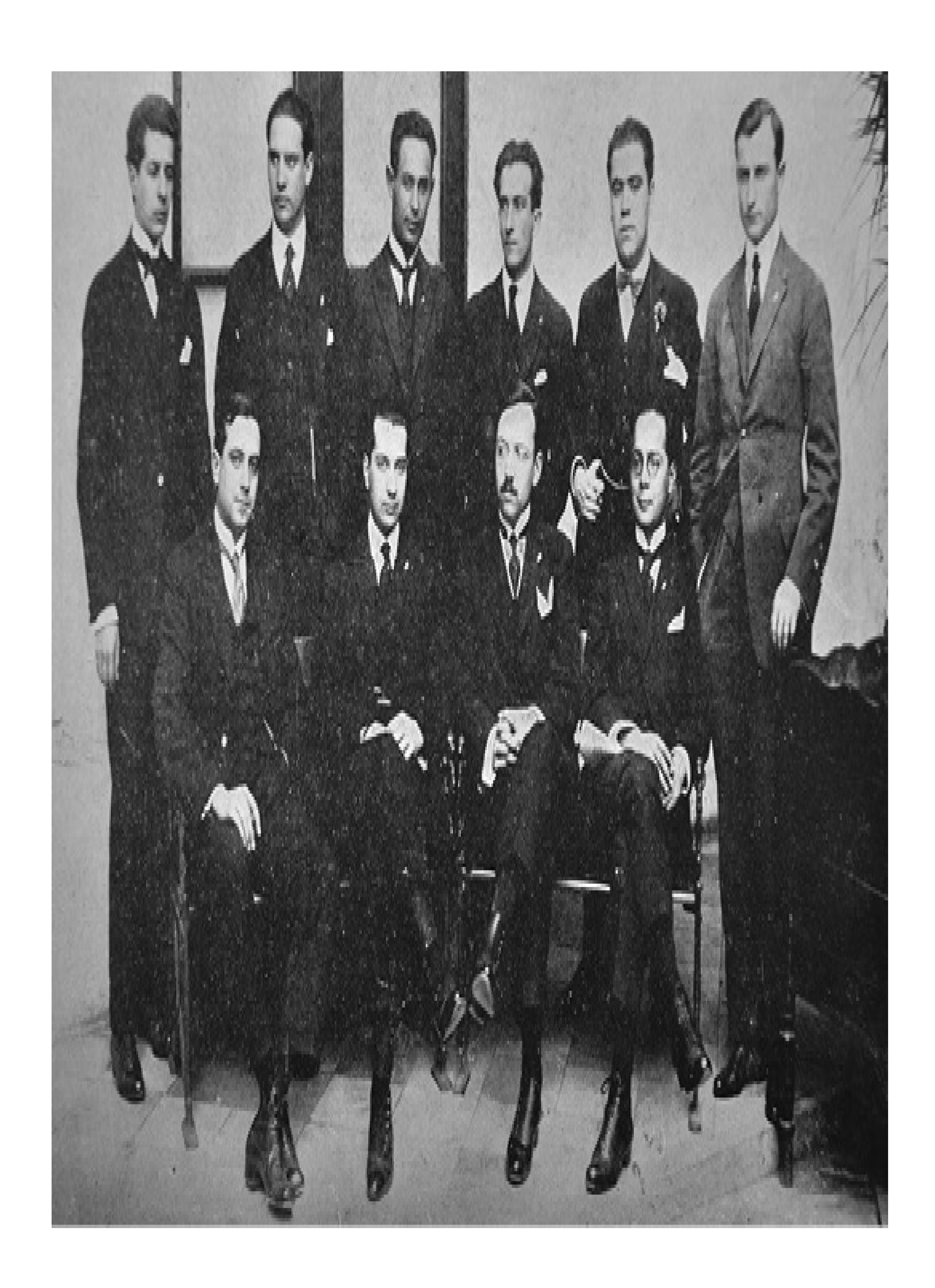
Mateo Orfila Rotger

Nació en las Islas Baleares en 1787, de madre inglesa y padre propietario de una pequeña flota mercante. Estudió medicina, química y mineralogía en Valencia, Barcelona y París, donde estableció su residencia definitiva. En 1814 y 1817 aparecieron dos libros de su autoría (Traité des poisons y Eléments de chimie médicale). Ingresó como profesor a la Facultad de Medicina de la Universidad de París en 1819, al ganar el concurso de la cátedra de Medicina Legal. En 1923 también ocupó la cátedra de Química. Entre 1831 y 1848, fue decano de esa facultad, miembro del Consejo Real de Instrucción Pública y de numerosas sociedades científicas francesas y extranjeras. Formó parte del círculo cortesano de la monarquía de Orleáns y se dice que fue médico de cabecera de Luis Bonaparte. Fue condecorado con la Legión de Honor. Murió en París en 1853.

Difícil es pensar que Orfila haya omitido referirse a ese notable antepasado, por lo que algo crítico debió mediar entre uno y otro. La adhesión al socialismo y el abandono de la química constituyeron rupturas con aquel linaje. En la UNLP profundizó la militancia estudiantil como uno de los líderes de las huelgas de 1918 y 1919. En abril de 1918, participó en la creación de Atenea y en julio viajó al congreso reformista de Córdoba como miembro del consejo directivo de la Federación Universitaria de La Plata (FULP).

Líder reformista

Con respecto a los múltiples efectos derivados de la irrupción de la Reforma Universitaria en el país, me interesa resaltar aquí la significación de los congresos de estudiantes como rituales de institución para la afirmación de liderazgos. Orfila ya formaba parte de la conducción de la FULP, y en Córdoba alcanzó un reconocimiento nacional.



Delegados de la FULP en el congreso reformista de Córdoba. Orfila es el segundo en la fila de arriba, de derecha a izquierda. Fuente: La Voz del Interior, 2 de agosto de 1918.



Delegaciones de estudiantes de las universidades de Córdoba, La Plata, Buenos Aires, Tucumán y Litoral en el congreso reformista. Orfila es el quinto de derecha a izquierda, en la segunda fila.

Fuente: Del Mazo (1941: t. I).

A inicios de 1920, tras cursar quinto año de química, Orfila fue expulsado de la universidad por su activa participación en la crisis de la UNLP desatada entre octubre y diciembre de 1919.[49] Justo en esos años, la falta de profesionales en química y farmacia dio lugar a la promulgación de un decreto que permitía que alumnos con cierto número de materias aprobadas pudieran abrir emprendimientos industriales y comerciales. Así, Orfila se lanzó a la vida profesional sin estar aún recibido. Un colega y él compraron una farmacia en un pueblo de la provincia de Buenos Aires.[50] El capital para el emprendimiento, de cinco mil pesos, habría sido aportado por el padre de su colega, un ministro. Orfila vivía en la trastienda de la farmacia, lo que luego fue, como bien interpretó Schavelzon (1998: 20), “una constante en su vida”. Inspirados por el doctor Emilio Aráoz Alfaro, al poco tiempo instalaron un laboratorio de lácteos medicinales, productos muy en boga en la época. El negocio anduvo bien los primeros años, lo que les permitía viajar los fines de semana hacia La Plata y Buenos Aires. De sus memorias sobre cafés, ambientes culturales y cabarets, podemos inferir que no lo pasaban nada mal.

Una noche de agosto de 1921, durante el intervalo de un concierto, Orfila fue interpelado por un compañero de apellido Guerrero, quien le informó que en una asamblea universitaria habían propuesto su nombre para ser delegado al Congreso Internacional de Estudiantes que se realizaría en México. Al finalizar el concierto, aceptó su nominación y cuarenta y ocho horas después se embarcó en un buque petrolero rumbo a México, junto con cuatro delegados más. Otros dos representaban a la UNLP: Héctor Ripa Alberti (humanidades), presidente de la delegación, y Enrique Dreyzin (agronomía). Pablo Vrillaud (abogacía) era delegado por la UNL y Miguel Bonchil (abogacía), por la UBA. Tras treinta días de viaje, los estudiantes argentinos arribaron a ls ciudad de México el 18 de

septiembre, veinticuatro horas antes del inicio del evento.

En el Primer Congreso Internacional de Estudiantes estuvieron representados dieciséis países: Argentina (cinco delegados), Alemania (cuatro), China (uno), Costa Rica (dos), Cuba (uno), Estados Unidos (diez), Guatemala (tres), Honduras (dos), Japón (uno), México (cinco), Nicaragua (tres), Noruega (uno), Perú (dos), República Dominicana (uno), Suiza (uno) y Venezuela (uno). Lo coordinaba una mesa directiva de cinco miembros, en la cual participaba Ripa Alberti. Entre los delegados había individuos que luego serían personalidades destacadas en la vida intelectual de sus países, como Miguel Ángel Asturias (Guatemala) o Raúl Porras Barrenechea (Perú).

Los fines políticos apuntaron a tres cuestiones: la multiplicación de la integración americana fruto de los movimientos reformistas que eclosionaron en la década de 1910, la tracción de la opinión pública norteamericana para ablandar el bloqueo a México por el vecino del norte y la instauración de una organización internacional sustentable. La segunda dimensión es evidenciada por la presencia de diez delegados por los Estados Unidos, entre los que predominaban los latinoamericanos: por las universidades lo hicieron Francisco Gómez Palacios (Pensilvania) y Henríquez Ureña; Carlos Soto por la Sociedad Ariel de Nueva York, y José A. Reyes, Gabino A. Palma y Óscar Vargas por la Liga Panamericana de Nueva York. Los cuatro estadounidenses representaban sus respectivas universidades: Anna Wellnitz (Columbia), elegida para la mesa directiva del congreso, Hugh Rose (Stanford), Chas Allen (Cambridge) y Byron Cummings (Tucson). En ese conjunto, Henríquez Ureña tenía una posición ambigua. Por un lado, en Minnesota era profesor y no estudiante, por otro, representaba a Santo Domingo, donde no cumplía funciones académicas. Otros treinta estudiantes participaron como miembros adherentes, la mayoría de ellos mexicanos, como Manuel Gómez Morin, Vicente Lombardo Toledano y Eduardo Villaseñor, tres de los agentes decisivos en la fundación y evolución del FCE.



Participantes del Primer Congreso Internacional de Estudiantes.

Fuente: Del Mazo (1941: t. II, 89).

Al final del cónclave se eligió un comité ejecutivo de la Federación Internacional de Estudiantes que se reservó un estricto control del grupo organizador: Cosío fue nombrado secretario general; Henríquez Ureña y Gómez Morin, delegados. Con independencia de los logros y fracasos de la asociación internacional, el congreso fue un éxito completo para los organizadores si tenemos en cuenta los decisivos efectos que tuvo en el tejido y refuerzo de una red de nuevas élites dirigentes que triunfarían no sólo en el plano de los proyectos de educación y cultura. Nació allí una internacional en los términos de un concreto sistema de relaciones sociales entre aliados, situados en distintas latitudes de Occidente. Al igual que las actividades de extensión entre los alumnos del Colegio Nacional, el gremialismo de los estudiantes universitarios era, en última instancia, una escuela de formación para el campo del poder. De ahí que su significación profunda surja al observarlo como proceso diacrónico, a partir de sus efectos en las posiciones que iban a ocupar los líderes juveniles.

Las estrechas dimensiones del cenáculo dirigente mexicano, así como el marco de los festejos por el Centenario, permitieron a los delegados argentinos aproximarse a la élite gobernante como quizá nunca lo habrían hecho en su país. Días después del congreso, la embajada argentina realizó una cena en honor al presidente mexicano, a la cual fueron invitados los representantes juveniles. Allí, Álvaro Obregón los invitó a que se sumaran a un tren especial para recorrer México durante treinta días.

Conocer a un presidente

¿Qué significaba sentarse a la mesa de Álvaro Obregón? Este tipo de relaciones en el ápice del poder revela competencias y disposiciones de los individuos. Así, podría postularse cierta homología en el origen social de Cosío y Orfila: clases medias con reservas de capital para promover cierta movilidad social ascendente en algunos herederos. Eso se había objetivado en la posición relativa de los colegios secundarios a que asistieron. Orfila socializó con hijos de la burguesía y de la pequeña burguesía ascendente, aunque eso no significara escalar posiciones hacia el poder, como en el caso de Cosío. Sin embargo, los nuevos aspirantes disponían de una amplia gama de recursos políticos y culturales para expresarse como fracciones dinámicas de la esfera pública.

En el inusual viaje ferroviario, los argentinos –los únicos invitados, marca de su reconocimiento como aliados estratégicos– ocuparon el vagón presidencial junto a Ramón del Valle-Inclán y los más estrechos colaboradores de José Vasconcelos: Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, el pintor Roberto Montenegro y los estudiantes Daniel Cosío Villegas y Carlos Pellicer.

Pensamiento y aprendizaje socráticos, introspección y espiritualismo, lucha de generaciones, pacifismo, heroísmo. La reunión de estudiantes en México selló la legitimación de las amplias consignas y posturas intelectuales relativas a la Reforma Universitaria. En el plano institucional, se fundó una federación cuya presidencia retuvo el protagónico Cosío, como vimos. También se convocó a un segundo congreso, en Buenos Aires en 1922, y los representantes argentinos asumieron la misión de propagarlo a escala internacional.

El 25 de noviembre arribaron en el barco Yucatán a Nueva York, procedentes de Veracruz y después de una escala en La Habana. Durante el viaje prosiguieron su relación con Ramón del Valle-Inclán, que también había tomado ese vapor. El frente estadounidense era celosamente trabajado por la acción política de los estudiantes mexicanos. La escala allí de los argentinos fue breve y no sé cuáles fueron los efectos de su misión. Ripa Alberti y Bonchil regresaron a la Argentina por la costa del Pacífico. En Lima, fueron invitados por los seguidores de Manuel González Prada, y después pasaron a Bolivia y a Chile para difundir el ideario estudiantil internacionalista. Orfila, Dreyzin y Vrillaud, por su parte, continuaron viaje hacia Europa. Visitaron París, Roma, Milán, Madrid y Lisboa.

En París hablaron en la Sorbona ante doscientas personas, incluidos estudiantes, profesores y el rector de la universidad. También fueron recibidos en la embajada por el ministro Federico de Alvear. Desayunaron con Marie Curie en su departamento junto a la Torre Eiffel, y Orfila visitó a Angelina Beloff, personaje de la vanguardia artística local.[51] En Italia quedaron perplejos ante el crecimiento del fascismo, y allí vieron a Errico Malatesta. En Madrid, Arnaldo conoció a Alfonso Reyes, embajador mexicano por entonces, a quien le llevó cartas de Vasconcelos y de Torri. En esta ciudad, el contacto con grupos estudiantiles y culturales fue muy intenso. Un medio fértil parece haber sido la peña de "los Ramones", denominada así en homenaje al amigo Valle-Inclán. También visitaron al grupo de la peña del Pombo, ligada a Ramón Gómez de la Serna. Allí, Orfila se relacionó con Enrique Díez-Canedo, luego transterrado en México, productor editorial del FCE en los años cuarenta. En el trayecto de regreso hicieron contactos en Río de Janeiro.

Según Orfila (1979: 2), el Congreso de Buenos Aires no se realizó por las alteraciones que provocó el cambio de gobierno nacional. Pero en 1922 llegó a la ciudad Obregón para estrechar relaciones con Yrigoyen y extender los frutos de las incipientes relaciones culturales. La comitiva era presidida por José Vasconcelos y la formaban, entre otros, Henríquez Ureña, Pellicer, Montenegro y Julio Torri. Henríquez Ureña disertó en el Colegio Nacional sobre "La utopía de América", reflejo del carácter propagandístico de la misión mexicana.[52]

La utopía de América

"Está México ahora en uno de los momentos activos de su vida nacional, momento de crisis y de creación. Está haciendo la crítica de la vida pasada; está investigando qué corrientes de su formidable tradición lo arrastran hacia escollos al parecer insuperables y qué fuerzas serían capaces de empujarlo hacia puerto seguro. Y México está creando su vida nueva, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización. […] Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son la cultura y el nacionalismo. Pero [...] no los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX. No se piensa en la cultura

reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de diletantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivan las flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: aprender no es sólo aprender a conocer sino igualmente aprender a hacer. No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. Y no se piensa el nacionalismo político, […] se piensa en otro nacionalismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo cuando se traducen en arte y pensamiento, el que humorísticamente fue llamado, en el Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México, el nacionalismo de las jícaras y los poemas. […] Para hablar de México como país de cultura autóctona, no pretendo aislarlo de América: creo que, en mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres, aunque no toda ella alcance la riqueza de las tradiciones mexicanas. […] Nuestra América debe afirmar la fe en su destino, en el porvenir de la civilización" (Henríquez Ureña, 1992: 3-5). [53]

Propaganda que situaba a la cultura en primer plano, a partir de un esfuerzo colectivo de síntesis filosófica para refundar, desde México, la tradición americana en molde modernista. En "La utopía de América", Henríquez Ureña enlazaba la centralidad de México como usina de un utópico programa cultural, cuya genealogía demarcaba la extensa tradición del helenismo y el hispanismo traducidos a la singularidad americana por Martí, Rodó y una relectura de la historia en clave de unidad continental. En este sentido, la dispersión del discurso de Ureña se enlazaba con conocidos antecedentes, pero en aquel contexto ganó un cariz programático para inflamar la misión profética que estudiantes como Cosío y Orfila hacían suya.

Un cónsul de México entre las vanguardias

Tras ser readmitido en la universidad, Orfila obtuvo el doctorado en 1922, según ya mencioné. Dos años después, con su colega vendieron la farmacia y los recursos sólo alcanzaron para cubrir las deudas. No hay un registro claro sobre la actividad laboral de Orfila en La Plata hasta mediados de los años cuarenta, cuando se dedicó a los trabajos de mediación cultural. Ciertamente, siguió con la fabricación de derivados lácteos. Según Carlos Rocca (1998), en La Plata dirigió un laboratorio junto con técnicos alemanes, e introdujeron procedimientos de pasteurización que fueron utilizados por los productos Víctor y Don Julio. Según Pablo Patrizzi y Pedro Abdala, sobrino y cuñado de María Elena Satostegui respectivamente, en los años cuarenta Orfila era dueño de la fábrica de dulce de leche Dumilco, situada cerca de su domicilio, en la Diagonal 78.[54]

Hasta su migración a México en 1948, y en paralelo a sus actividades profesionales, la vida de Orfila fue demarcada por la participación en formaciones culturales y la militancia política. Durante los años veinte y treinta, participó en el grupo Renovación, y en 1937 fue uno de los fundadores de la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), y su secretario general hasta 1948. Renovación y la UPAK, así como el Colegio Nacional, fueron los ámbitos culturales platenses en que Orfila modeló su habitus.

La ciudad de La Plata era fértil para el surgimiento de grupos como ese. Por lo demás, los núcleos de Renovación y la UPAK estaban formados por ex compañeros de colegio y de militancia universitaria de Orfila, como Aníbal Sánchez Reulet, Juan Manuel Villarreal, Guillermo Korn, Luis Aznar y Rafael Alberto Arrieta. Una expresión elocuente del sistema de relaciones que rodeó a Orfila decantó en Universidad “nueva” y ámbitos culturales platenses, un libro-monumento que, hacia 1963, reseña eventos, grupos e instituciones en un trabajo de actualización de la tradición y los linajes del reformismo. Las representaciones de la ciudad son filigrana de varios capítulos:

La Plata resulta una ciudad de sentido y dimensiones humanas; tiene un ritmo de

civitas; contiene ella un nutrido contingente de funcionarios, empleados, profesionales, pequeños comerciantes, estudiantes, que impiden que el linaje, los vínculos de sangre, los apellidos añejos constituyan por sí, como acaece en otras ciudades, categorías valiosas. Hijos de inmigrantes, de profesionales, de obreros, resultan la leva de su democrática Universidad y aquel contingente de personas modestas –que constituyen su nervio motor– le otorgan un tono, quizás pacato aunque digno, de auténtica sencillez. Resulta así (y por supuesto lo era más aún en tiempos de Korn) una ciudad acogedora, sin ofrecer grandes atractivos, aunque sin escatimar sus bellezas (Galletti, 1963: 69).

Alfredo Galletti fue el sucesor de Orfila en la dirección de la UPAK en 1948 y, como vimos, autor convocado por el FCE hacia 1961. La idea de "Universidad nueva", que da título al libro, marcó las bases del programa con que el ministro de Instrucción Joaquín V. González proyectó la UNLP hacia 1905: una universidad "científica y experimental". Luego fue la fórmula retomada durante la presidencia de la UNLP de Alfredo Palacios, a inicio de los años cuarenta. Aun como grupo heterogéneo en edades, ubicación espacial e ideologías, los autores resultaron los guardianes del reformismo platense y las representaciones de universidad y ciudad modernas: además de Galletti y Orfila, escribieron Raúl Castagnino, Mario Teruggi, Emilio Azzarini, Eduardo Szelagowski, Rafael A. Arrieta, Luis Aznar, Guillermo Korn, Juan Carlos Ghiano y otra docena de firmas. La lectura de la ciudad de Galletti se replica con variantes como anclaje de un espíritu democrático que refrenaba "el peso de los apellidos" y alentaba la profusión de experimentos de cultura moderna.

Renovación, órgano de prensa de la FULP,[55] ya en su nombre se valía de un lema de los reformistas platenses; y reformista fue el programa que el grupo cultural homónimo alentó. En 1918, la palabra apareció por primera vez como emblema de una de las troupes que animaban los desfiles y las actuaciones en los festivales estudiantiles de primavera: la Compañía de Teatro Renovación.

En julio de 1923, Héctor Ripa Alberti reunió en su casa a Guillermo Korn Villafañe, hijo del renombrado médico psiquiatra y filósofo Alejandro Korn, y a Luis Aznar, para proponer que Renovación se expresara en una revista de cultura. Fue el puntapié inicial de Valoraciones. Humanidades, Crítica y Polémica. La posición de Orfila no resaltó entre los escritores y actores reconocidos de las vanguardias. Sin embargo, en el grupo y en Valoraciones se

acentuó su posición de mediador cultural, función esencial para definir la categoría editor. Así lo interpretó Luis Aznar (1963: 249), uno de los fundadores de la revista: “El doctor Arnaldo Orfila Reynal fue el animador de los distintos aspectos del grupo Renovación, y quien le procuró contactos más variados y provechosos” (los destacados me pertenecen). Orfila comenzó a afirmar su rol de informal cónsul de la cultura mexicana en la Argentina, por lo que me detendré en detalles de la vanguardista revista platense.

En Valoraciones se expresa una postura juvenilista, a juzgar por la exaltación del “estudiante” como figura perenne para combatir a los sectores decadentes, vetustos, aristocráticos que encarnaban la crisis de Occidente y que ellos enfrentaron con la Reforma Universitaria. Uno de los líderes indiscutibles de los reformistas platenses era Ripa Alberti. A diferencia de Arnaldo, era profesor de la facultad de Humanidades, había publicado dos libros de poesía (Soledad y Reposo musical) y varios trabajos de crítica literaria que le granjearon reconocimiento como una de las figuras promisorias de las letras argentinas. Orfila era un “protoeditor”, si el neologismo vale para acentuar su función como mediador entre personas que escriben, aunque eso no llegaba a validarlo como autor.

México fue el principal país de referencia para la proyección americanista de Valoraciones. El pedido de colaboraciones a figuras de la cultura mexicana fue una constante. La revista reprodujo cuadros de Diego Rivera y muchas de sus viñetas, que marcaron su estilo gráfico, fueron iconografías prehispánicas mesoamericanas. Allí se cuela la indudable colaboración de Orfila. El vínculo con México se afianzó aún más en 1924, cuando Henríquez Ureña se radicó en la Argentina gracias a gestiones realizadas por Orfila.

En México, Pedro Henríquez Ureña se desempeñaba como un intelectual de primera fila en el entorno de José Vasconcelos, secretario de Educación. Hacia 1924, su proyecto fue interrumpido por la violencia política tras el levantamiento delahuertista, y Henríquez Ureña se vio obligado, una vez más, al exilio. Por eso le escribió a Orfila para que lo ayudase a migrar a la Argentina. Por intermedio de Rafael Arrieta, su corresponsal le consiguió tres cátedras en el Colegio Nacional de La Plata, adonde el dominicano llegó con su mujer y su hija recién nacida,[56] y a los pocos meses obtuvo cargos en la Universidad de Buenos Aires, por lo que fijó residencia en la capital. Cada día viajaba a La Plata en tren, transporte donde murió de un ataque al corazón, una tarde de 1946. Un escalón debajo de Alejandro Korn y en igual grado que Alfonso Reyes, Henríquez Ureña

fue para Orfila un vínculo decisivo: “Pedro fue uno de mis grandes amigos, guía intelectual y espiritual. […] Conversábamos, discutíamos, nos impulsaba grandemente a la tarea que estábamos haciendo” (AA.VV., 1993: 49).

Conforme a la sociabilidad intelectual de la época, las revistas eran instrumento de publicidad, plataforma programática y recurso de las alianzas y disputas por la distinción cultural. En las páginas de Valoraciones, por ejemplo, se publicitaban publicaciones de las vanguardias literarias e intelectuales de la época: Inicial, Martín Fierro, Proa, Sagitario, Alfar, Plural, Estudiantina, etc. Las firmas autorales, los tópicos, los estilos gráficos se solapaban.

Además de los contactos individuales, pronto se establecieron vínculos con grupos afines. Inicial, Martín Fierro, Proa. Evar Méndez, Brandan Caraffa, Homero Guglielmini, Oliverio Girondo, Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges condescendían con los provincianos neokantianos y presuntamente almafuertistas, a los que destinaban (honor insigne) sus más agudos ovillejos y epitafios (Aznar, 1963: 251).

Los pequeños grupos intelectuales dependían de su capacidad de generar revistas que además, como las librerías y los cafés, los situaban en el espacio cultural urbano, regional, nacional o internacional.

En 1924, Renovación amplió su proyecto a la edición de libros y ladeó la revista con la publicación de traducciones inéditas de Henri Barbusse, Romain Rolland, Leonid Andréiev, Antón Chéjov, Mahatma Gandhi y Roberto Bracco. El cuarto número de Valoraciones fue dedicado a la obra de Kant, como celebración del segundo centenario de su nacimiento.

A partir del número 6, la revista pasó a ser dirigida por Alejandro Korn. Daba la sensación de que el reformismo se alejaba del núcleo de acción estudiantil con la adultez de sus protagonistas, quienes todavía eran jóvenes como para buscar hombres ejemplares. Sin ambages, ellos se reconocían como los “discípulos” de Alejandro Korn.

Mientras Valoraciones establecía un horizonte de afirmaciones estéticas e intelectuales entre las élites letradas del país, con ramificaciones americanas, la

Compañía de Teatro Renovación orientaba su accionar al terreno de la educación popular:

Hacíamos revistas orales. Salíamos al campo. Íbamos a los pueblos y nos presentábamos ante doscientos campesinos, pueblerinos. Primero les leíamos un editorial; luego venía un dibujante y hacía caricaturas, después un poeta que decía sus versos. El grupo teatral salía a representar en el campo, un poco como lo que después hizo García Lorca en España con las carretas (Schavelzon, 1998: 3).

De modo opuesto y complementario a Valoraciones, este frente de acción cultural cumplía una de las principales proclamas y demandas del reformismo: la extensión universitaria.

Los discípulos de Alejandro Korn: entre la universidad y la política

En retrospectiva, Orfila destaca en primer plano la figura de su principal maestro:

La filosofía misma empezó a marcar nuevos rumbos, con nuestro maestro. […] Hay muchos marcos en mi formación, pero el más importante es la presencia de Alejandro Korn. […] Su grupo no pasaba de 15 personas que convivíamos con él. Nos íbamos al café Victoria (calles 7 y 49, pleno centro de La Plata) a las cinco de la tarde, porque a esa hora iba él. Nos sentábamos en su mesa hasta las ocho. A veces se ponía furioso porque llegaba y no había nadie. […] Luego, la llegada de Pedro Henríquez Ureña. […] Su residencia en La Plata atra[jo] a mucha gente de Buenos Aires. Don Alfonso Reyes iba todos los sábados y convivía con nosotros (Schavelzon, 1998).

Durante la crisis política abierta en 1930 por el golpe militar y la proscripción de Yrigoyen,

orientados por el mismo maestro Korn, ingresamos al Partido Socialista un grupo de universitarios e intelectuales argentinos que buscábamos el camino para cumplir nuestra función política (Orfila, 1979).

Así, la formación filosófica intelectual y del idealismo de las vanguardias pasó a la acción política y social. Eso difuminó el accionar de Renovación, pero revitalizó las posibilidades de expresión pública: en el seno del PS los reformistas “neokantianos” hallaron suelo fértil para intentar que sus ideales se volvieran legislación.[57]

Orfila –a diferencia de Guillermo Korn, Carlos Sánchez Viamonte o Luis Aznar– no ocupó cargos políticos. La preeminencia de sus labores culturales en el seno del PS es correlativa a su exclusión de las listas de candidatos. Trabajó en publicaciones de la Juventud Socialista y colaboró con Mario Bravo en un proyecto de renovación de La Vanguardia, el ya longevo órgano de prensa partidario. Otra actividad fue la gesta de la Agrupación Camarada, para "estimular la labor de los jóvenes –obreros y estudiantes–" (Orfila, 1963: 332). El grupo, creado en 1936, llegó a editar un periódico homónimo.

Esta experiencia fue efímera por un hecho que trastocó la misión de los reformistas socialistas, la muerte del doctor Korn, que coincidió con situaciones políticas críticas: en el plano interno, por la gobernación del conservador Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, signada por el fraude electoral sistemático, y en el plano externo, por la Guerra Civil Española. Tras un largo duelo colectivo, durante 1937 los integrantes de Renovación emprendieron un proyecto de propósitos culturales, políticos y sociales: la UPAK, cuyas actividades se iniciaron al año siguiente. En 1978, al opinar sobre el plan de creación de una fundación o institución cultural para homenajear al recientemente fallecido José Luis Romero, Orfila recordó las bases de aquella universidad popular:

Si […] cuando [murió] el viejo Korn se nos hubiera ocurrido crear el Instituto de Estudios Filosóficos sobre su obra, estoy seguro [de] que a los pocos meses nos [habríamos] decepcionado por la imposibilidad de cumplir nuestro propósito. En cambio, la UPAK se impuso una obra amplia, abierta, no específica; fue un homenaje constante durante más de una década (carta de Orfila a "Tito", 31 de agosto de 1978).

Desde su fundación, la UPAK funcionó en la Casa del Pueblo, sede del PS platense, en la calle 49, entre la 9 y la 10. Galletti (1963) y Orfila (1963) reseñaron los centenares de cursos y conferencias dictados durante su primera década de existencia. También describieron las bases de la institución, su organigrama y proyectos de extensión técnica y pedagógica destinados a los obreros y demás habitantes de las barriadas pobres, para lo cual se organizaban misiones culturales en localidades periféricas como Los Hornos. Había, además,

un coro, un grupo de teatro, un club de madres y otro de niños. Estimaban que veinte mil personas habían participado en las actividades iniciales de la UPAK (Orfila, 1963: 339).

El ejemplo de la España en guerra

El año en que la UPAK inició su programa, Orfila viajó a España durante tres meses como “corresponsal de guerra” de La Vanguardia, experiencia que dejó una huella en su percepción de la política y del poder de la cultura. Esto es manifiesto en “Las reformas culturales de la España en guerra”, artículo publicado en el nº 105 de la Revista Socialista, que –con una impronta espiritualista, religiosa– retrata la política republicana como epopeya para fundar un mundo nuevo. Exalta la fusión entre acción militar –tratada como defensa– y redención cultural, virtud de “ordenación espiritual y mental de las masas”, “heroísmo razonado”.

Tras Guernica, el retroceso republicano es visto como producto de una invasión extranjera para destruir lo mucho que se había avanzado. Eso incita a caracterizar “la nueva mística española”: “Una de las reivindicaciones que exigía la masa era su derecho al saber, al libro, a la cultura”. Orfila destaca el trabajo de las brigadas volantes contra el analfabetismo.También se refiere a las escuelas de cuadros, entre otros ejemplos que el Partido Socialista debía imitar. Casi como un calco de lo que luego se realizaría en la UPAK, los temas registrados avanzan hacia las escuelas de oficios y las misiones pedagógicas en favor de la cultura popular, los grupos teatrales, las bibliotecas vivientes, la difusión de las letras y la pintura clásicas y el fomento de la buena música como instrumentos para la “educación estética popular”, “menos pervertida porque está virgen de la acción perniciosa del arte comercial de cuarto orden, […] por ello escucha con más placer y atención a los clásicos. […] [Actuemos] con sentido, con calidad, con dignidad” (Orfila, 1938).

Cuadro 4.1. Conferencias dictadas en la UPAK sobre "problemas argentinos", 1938-1943

Temas	Disertantes
Economía	
Desarrollo económico e industrialización	Profesor Max Birabent, ingeniero J
Servicios eléctricos, ferrocarriles, petróleo	Ingeniero Carlos Bianchi, ingenier
Regulación económica y nacionalismo	Carlos Sánchez Viamonte, doctor J
Empréstitos y capitales extranjeros	Doctor Manuel Ramírez, profesor I
Economías regionales / economía azucarera	Ingeniero José Gilli, ingeniero Die
Economía agraria y régimen de la tierra	Bernardo Canal Feijóo, doctor Ber
Educación	
Enseñanza primaria, media y especial	Profesor José Lunazzi, P. Henrique
Orientación artística	Francisco Romero, doctor Alfredo
Función social de la universidad	Julio V. González, Gabriel del Maz
Problemas sociales	
Vivienda obrera	Profesora María L. Alberti, doctora
Infancia	Profesora Amalia Lucas
Migración	Profesor Cabrera Domínguez, arqu

Algunos de los temas suscitaban proyectos de leyes, como si la UPAK fuese una usina en apoyo de los legisladores del partido. En ese contexto, Orfila estudió el problema del petróleo. Este tema y los programas políticos para la emancipación energética y la nacionalización de las compañías productoras de energía se plasmaron en la Comisión para el Aprovechamiento de las Fuentes de Energía del país (1942-1943). La elección de Alfredo Palacios como presidente de la UNLP en 1941 reflejaba el poder amasado por las derivas del grupo Renovación.[58]

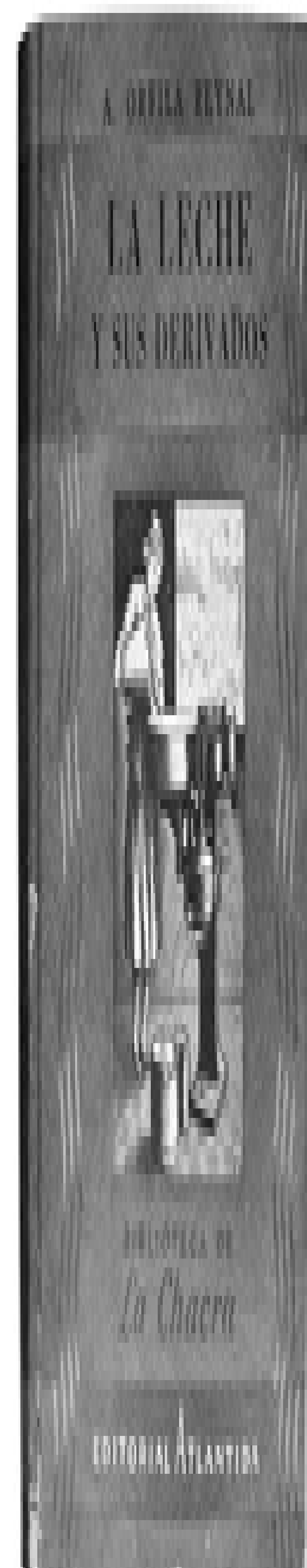
Si bien la UPAK no se orientaba a la educación superior, después del golpe militar de 1943, y más aún durante el primer gobierno de Juan D. Perón, se hizo nítido su parentesco con el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), en el sentido de funcionar como institución de retaguardia para cobijar a los cesanteados de la universidad y a agentes de proyectos culturales igualmente perturbados por los enfrentamientos políticos. Así lo expresaba Orfila (1948: 64): "Parlamento, universidad, periodismo, escuelas, bibliotecas, museos, institutos de estudio, cayeron en la batalla y sobre ellos flamea ahora triunfante el pabellón negro de la incultura. […] Esta obra nuestra es un poco obra de muchos de ellos". Los cursos y las conferencias del CLES y de la UPAK reiteraban nombres y temas. Cada intelectual mexicano que llegaba al país dictaba su conferencia en esta última. Las dos instituciones fueron clausuradas por el gobierno peronista en 1950.

Transmutación del químico en editor: primeros pasos

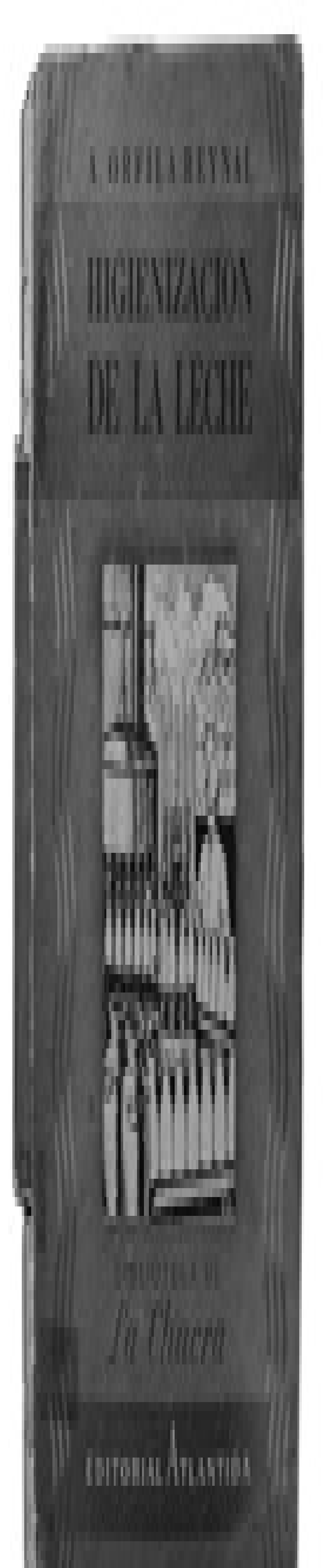
Con el inicio de los años cuarenta, se volvió nítido el tránsito gradual de Orfila de la actividad como químico a la de editor, en tres etapas: los periódicos culturales y políticos del reformismo y del socialismo, el inicio de trabajos en empresas del mercado editorial y el nombramiento como gerente de la primera sucursal del FCE en el extranjero. En esta última (1948), comenzó su dedicación exclusiva a las labores editoriales, y en 1952 inicia (de modo paulatino) la traducción de sus ideales culturales y políticos en la publicación de libros.

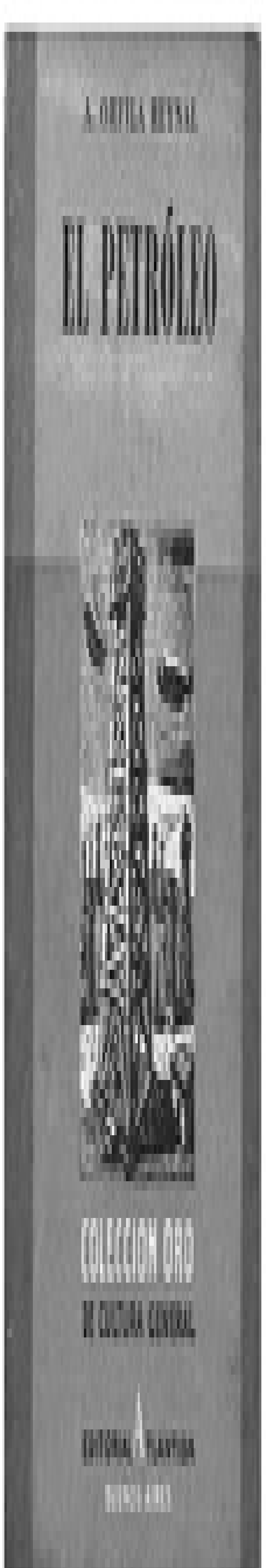
Posiblemente haya sido hacia 1939 cuando Orfila ingresó a trabajar en el sistema profesional del mercado editorial. Por los canales del PS y sus escenarios culturales, en un primer momento se vinculó a la editorial Claridad, donde, entre otras tareas, fue corrector para la colección Autodidacta. Si bien no hay suficiente información para calibrar el alcance del medio editorial, Orfila ya estaba inserto en las dinámicas de ese pujante espacio, a juzgar por el pasaje a un puesto mejor rentado, como colaborador de la editorial Atlántida. Sin un sustrato ideológico afín como Claridad, Atlántida era una gran empresa de difusión cultural. Allí se le encargó participar en la escritura de los títulos de difusión pedagógica, ya mencionados.

Orfila debía escribir un promedio de quince páginas diarias, y con esa actividad complementó su sustento material en los primeros tiempos de vida en común con María Elena Satostegui, con quien contrajo matrimonio el último día de 1940. Así, ingresó verdaderamente al trabajo profesional en el mercado editorial. Estas dos experiencias son importantes para no dejar apenas en el idealismo del reformismo, del americanismo, de la amistad y del cultivo del pensamiento de vanguardias la comprensión de su elección como director de la sucursal argentina del FCE.


A. ORFILA REYNAL
LA LECHE
Y SUS DERIVADOS
La Chacra
EDITORIAL ATLANTIDA


A. ORFILA REYNAL
LA LECHE
Y EL TAMBO
La Chacra
EDITORIAL ATLANTIDA


A. ORFILA REYNAL
HIGIENIZACION
DE LA LECHE
La Chacra
EDITORIAL ATLANTIDA


A. ORFILA REYNAL
EL PETRÓLEO
COLECCION ORO
DE CULTURA GENERAL

Portadas de libros escritos por Orfila para las colecciones Oro y Biblioteca de La Chacra, de Editorial Atlántida, 1944-1945.

Los conocimientos de química aplicada y las experiencias de trabajo de Orfila en la industria lechera quedaron plasmados en tres títulos de la Biblioteca de la Chacra de Atlántida; y en su Colección Oro publicó un título sobre el petróleo. Además, firmó tres artículos editados por los canales comunicacionales del Partido Socialista: “Las reformas culturales de la España en guerra” en la Revista Socialista (IX, 105) en febrero de 1938, “Preparemos al Partido para el futuro inmediato” en La Vanguardia el 1º de mayo de 1942 y “El socialismo y la cultura popular” en el Anuario Socialista en 1948. Por último, fue autor de Alejandro Korn, argentino ejemplar, folleto publicado en 1943 por la sede Bahía Blanca del CLES.

Estas publicaciones señalan la contigüidad e interdependencia entre la figura (acaso borrosa) de autor y la de editor: difícilmente se comprenda una sin pensarla como reverso de la otra.

La sucursal argentina del FCE

La primacía de la sede porteña del FCE, cuya actividad se inició el 1º de enero de 1945, obedeció al polo cultural de la ciudad y su influencia como metrópoli continental. La segunda sucursal fue la de Santiago, creada en 1954 como estrategia para eludir el proteccionismo chileno a la importación de libros. Luego siguieron las de Lima (1961) y Madrid (1963), esta última con el claro objetivo de contrarrestar las barreras de la censura franquista, secundada por libreros y editores. Posteriormente, el Fondo abrió sucursales en Caracas (1974), Bogotá (1975), San Diego (1990), San Pablo (1991), Guatemala (1995) y Quito (2015).

La fundación de la sucursal argentina representa un hito en la construcción del mercado del libro latinoamericano y en la afirmación de la actividad editorial como profesión autónoma. Da cuenta de ello la sincronía de esa expansión con la realización de los primeros congresos de latinoamericanos del sector, celebrados en Santiago (1946) y Buenos Aires (1947). En estos eventos, Cosío fue el principal representante del mercado mexicano y se destacó como "intelectual" de los problemas del libro: su argumento de batalla tenía un fuerte tono crítico contra lo que avizoraba como una nueva embestida española sobre sus mercados "coloniales". "España contra América en la industria editorial", tituló un artículo, que publicó en el primer número de Cuadernos Americanos en 1947 (Zaid, 1985: 27 y ss.).

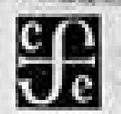
Al confirmar el potencial estratégico de una sucursal al sur del continente, Cosío encargó la elección de un representante a Henríquez Ureña y a Alfonso Reyes. La respuesta no podía ser mejor: "Arnaldo está disponible". La asunción del puesto en la filial del Fondo en enero de 1945 obligó a Orfila a trabajar diariamente en la ciudad de Buenos Aires. No abandonó la dirección de la UPAK, pero, de la intensa labor objetivada en las decenas de cartas diarias del fondo "sucursal Buenos Aires" en los archivos del FCE, queda en claro que mes a mes las tareas se multiplicaron y pueden resumirse en dos áreas: la economía y la política del libro. La actividad central era la venta de libros de la editorial, por lo que buena parte del trabajo era consumido en las artes comerciales: publicidad, administración, ventas, envío periódico de balances. La inestabilidad cíclica de la economía argentina obligaba a dedicar energía al cálculo de

aumentos de precios y al sostenimiento de plazas de ventas. A comienzos de 1948, trabajaban nueve personas en la sede porteña; por su parte, los corredores de ventas no cobraban un sueldo, sino comisiones.

De la nómina de personal se desprende que, como gerente de la sucursal, Orfila percibía un sueldo que equivalía a US$112,[59] y a ello se sumaba el 5% sobre las ventas. María Elena Satostegui, la contadora, cobraba la mitad.

En el listado aparecen tres figuras decisivas en la historia de la edición en la Argentina, para quienes la sucursal del FCE fue un basamento de sus carreras. En primer lugar, Isay Klasse, que a inicios de los años cincuenta adquirió autonomía en el rubro de la distribución de libros, sector que dominó con la fundación de la empresa Tres Américas, la mayor de su tipo en Latinoamérica hasta los años setenta. Klasse tuvo una destacada acción gremial en la Cámara Argentina del Libro e introdujo en el país el sistema ISBN, surgido en Alemania. En segundo lugar, Alberto Burnichon, un actor de peso entre los intelectuales dedicados al comercio del libro en el interior del país, especialmente en Córdoba y el Noroeste. En posición relegada vemos a Norberto Pérez, como cadete.

PANUCO 63 - MEXICO 10 D.F.
MEXICO



INDEPENDENCIA 802 BUENOS AIRES
ARGENTINA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

NOMINA DEL PERSONAL DE FONDO DE CULTURA ECONOMICA- Sucursal Buenos Aires

febrero 19 de 1948

Nombre	Cargo	Sueldo	Comisiones
Arnaldo Orfila Reynal	Gerente	500.oo	5% sobre ventas
María Elena S.de OrfilaReynal	Contadora	250.oo	———
Sara Arín	Cuenta-correntista,Secret.	180.oo	Participac.en 1% s/ventas
Nelly Irigoyen	Facturista,control exp.	120.oo	" " " "
Elena AF.de Mentaberry	Encargada fichero stock	120.oo	" " " "
Isay Klase	Corredor y cobrador	———	3% sobre ventas netas Capital 0.5 % " cobranzas que efectú
Israel Gotermann	Encargado depósito y exped.	240.oo	Particip.en 1% s.ventas
Norberto Peres	Cadete	80.oo	" " "
Alba Noya	Encargada limpieza	45.oo	———
	Agentes en interior		
Lorenzo Bitáno	Agente en Córdoba	———	5% sobre importe neto pedidos ventas en Córdoba ciudad. 5% id.id.en Pcia Santa Fe
Mario Lopez Dabat	" Pcia.Santa Fé	———	
Alberto Burnichon	" Tucumán	———	50% sobre importe las ventas efectuadas a precio fuerte a reparticiones oficiales que él atiende.Actúa ahora como librero y vende a particulares con el descuento normal que se da a los demás librer

Nómina del personal de la sucursal argentina del FCE (o “Casa de México”), con mención de los respectivos sueldos, febrero de 1948.

Fuente: Archivo FCE.

El accionar de la sucursal –encargada de la distribución en Uruguay y Chile– tejió una red institucional para proyectos de política cultural a escala continental. Cosío y Orfila debatían sobre estrategias para penetrar, desde la Argentina, en el “tan endiablado país brasileño” (carta de Cosío a Orfila, 28 de marzo de 1948). Se promocionaban proyectos o entidades colinderas con el FCE, como las ediciones del Colmex y los Cuadernos Americanos. Por un lado, se ampliaba y administraba el caudal de suscripciones de esa revista entre una extensa comunidad de lectores en el Cono Sur y, por otro, se solicitaban artículos y se pagaban las colaboraciones de autores argentinos. Como vimos en el caso de la organización de la colección Tierra Firme, la sucursal también se embarcó en el seguimiento de la producción de libros de autores sudamericanos. Orfila prolongó el trabajo inicial de Frontini al proponer una docena de proyectos de títulos para aquella colección.

Hacia 1947, el trabajo de Orfila se concentró en Edhasa, emprendimiento realizado con Antonio López Llausás [Antoni López Llausàs](Sudamericana), Armando y Mauricio Braun Menéndez (Emecé), que buscó quebrar el bloqueo franquista, para así combatir también por el mercado editorial español, caracterizado por su desleal competición con sus pares latinoamericanos. Al respecto, era constante el malestar en el intercambio epistolar entre Cosío y Orfila, quien relataba con detalle los dilemas que enfrentaba Edhasa y daba material para que su corresponsal redactara síntesis políticas concisas:

España está absolutamente decidida a no resolver [este problema] mientras no sienta una presión demasiado fuerte [que] sólo puede ejercerse a través de los gobiernos argentino y mexicano y de las organizaciones gremiales de editores y libreros de la América Latina. Los editores argentinos […] se han colocado

desde hace tiempo en el supuesto de que el gobierno de Perón nada haría contra el régimen de Franco por las relaciones políticas que los ligan. No me cabe la menor duda de que tienen razón; pero […] no los acompaño […] en la renuncia total que han hecho a explorar ese camino, […] pues el régimen de Perón no puede dejar de desconocer que una situación de esas está dañando intereses económicos argentinos importantes, y que en la conducta de España hay hasta un dejo de burla que puede tomar un cariz nacional. Me doy cuenta, por supuesto, de que el acercamiento de la Cámara Argentina del Libro con las nuevas autoridades del país no es nada fácil. […] Yo estoy acechando una oportunidad propicia para presentar ante el presidente de la República o el ministro de Hacienda […] el problema (carta de Cosío a Orfila, 10 de marzo de 1948).

Ante la inacción de otros colegas, y siempre apoyado en su interlocución privilegiada con Orfila, Cosío decía: “Soy una de las poquísimas personas que tienen desde hace tiempo muy arraigada la convicción de que sólo contando con el mercado español las editoriales latinoamericanas podrán asegurarse una vida indefinida y estable” (carta a Orfila, 7 de abril de 1948).

Cosío fue reconocido como el portavoz de los editores latinoamericanos. Sus discursos públicos denunciaban la barrera española, las dificultades para lograr una movilización colectiva de los profesionales, el fracaso de sus esfuerzos y la falta de apoyo de los gobiernos. Meses después de esas opiniones traspasó a Orfila la dirección de la casa matriz del FCE. Para el mexicano, la elección del “querido Che” respondía tanto a sus afinidades personales como a la aprobación con nota sobresaliente de Orfila como administrador experto en asuntos editoriales. Como vimos, su plan era dedicarse a la historia del México moderno con una beca Rockefeller, para luego retomar el cargo de dirección en el Fondo. El reemplazo de Orfila sería, así, temporario. Para la sucursal argentina, Orfila eligió a Delia Etcheverry, camarada socialista y amiga de María Elena Satostegui.

Etcheverry nació en San Andrés de Giles en 1898, hija de Primitiva Barca y Juan B. Etcheverry –comerciante y luego diputado provincial por el radicalismo de Mercedes–, y murió en La Plata en 1981. En 1919, obtuvo su título de profesora de enseñanza secundaria, normal y especial en la UNLP, donde había iniciado un acercamiento al socialismo. Fue una de las primeras egresadas de Ciencias de la Educación de aquella universidad, carrera iniciada en 1914, pionera en su tipo a

escala internacional. Ejerció la docencia tanto en barriadas populares de Berisso y Ensenada como en la Escuela Nacional de Comercio y el Liceo Víctor Mercante. En 1918, participó en la fundación de la Unión Feminista Nacional, liderada por Alicia Moreau de Justo. La formalización del ingreso de Etcheverry al PS data posiblemente de 1934. Allí, fue parte del grupo inicial de la UPAK, donde sobresalió como líder de un Club de Madres integrado por ciento cincuenta mujeres.

Al año de iniciar sus actividades como gerente de la sucursal argentina del FCE, Etcheverry se doctoró en Letras (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación [FaHCE]–UNLP) con una tesis sobre el teatro moderno francés, bajo la dirección de José María Monner Sans. Como veremos, en la década que dedicó a la gerencia, su proyección académica y política quedó relegada. Que una mujer con tan extraordinarios capitales haya aceptado ese puesto revela que la sucursal posibilitaba visibilidad social y congregación cultural. También demuestra el lugar aún subordinado de las mujeres en el medio académico y en la política. ¿Por qué el lugar de Orfila no fue ocupado por Carlos Sánchez Viamonte, Juan Manuel Villarreal u otro de los varones ligados a las vanguardias culturales americanistas y las misiones políticas afines? Una explicación a grandes rasgos apuntaría que, al aproximarse a los 50 años, la mayoría de ellos ocupaba posiciones estables como intelectuales, profesionales o políticos. A pesar de sus credenciales, Delia no era docente en la UNLP o una autora consolidada en el campo intelectual. Las mujeres tuvieron un rol activo en el socialismo en proyectos principalmente pedagógicos y culturales. Sólo en 1951 Delia fue candidata a senadora por la provincia de Buenos Aires, en una posición lejana para ser efectivamente electa.

La profesionalización de las ciencias sociales y humanas permitió explotar su vocación académica, y las encrucijadas políticas y culturales abonaron su participación en proyectos de vanguardia. En clara ruptura con el PS argentino, Delia, al igual que Orfila, apoyó la Revolución Cubana. En los años sesenta, acentuó su rol protagónico en el movimiento feminista, promovió grupos de renovación pedagógica junto con las hermanas Olga y Leticia Cossettini, y hacia 1978 fue una de las fundadoras de la sección platense de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Desde los años sesenta, fue constante su participación en foros de América Latina y Europa. Hacia 1957, otros proyectos más tentadores la alejaron de la gerencia de la sucursal del FCE.[60]

Libros son amores

Orfila y Satostegui se separaron –de hecho– en 1951. Aun así, hasta la muerte de ella, ocurrida en Buenos Aires el 17 de octubre de 1985, fueron aliados incondicionales. Ella, la mayor de cinco hermanos, nació en Ensenada en 1916. Los Satostegui vivían en la calle 47 y 122, en el barrio obrero El Dique, localizado en el límite urbano con La Plata, indicio de una posición social relativamente inferior a la de la familia Orfila Reynal, que María Elena compensaba con una “fuerte personalidad”. Silveria Izco, su madre, era vasca, emigró a la Argentina con 15 años y fue ama de casa. Gregorio Satostegui, su padre, nació en la Argentina en 1890 y trabajó en empresas de tranvías y luego como empleado del Ferrocarril del Sur, en la estación de cargas Sola, en el sur porteño. En asuntos políticos, Gregorio era radical. En el acta de casamiento, el domicilio de María Elena era en el nº 806 de Diagonal 78: para entonces, los novios eran vecinos.

La unión fue resistida por la familia de ella (su padre era apenas unos años mayor que el novio). Los familiares con que dialogué la retrataron como privilegiada “por mayorazgo”: fue la única que cursó estudios terciarios y toda la energía de los Satostegui fue depositada en su carrera –se graduó en la Escuela Superior de Contabilidad de la UNLP– o absorbida por el éxito de su trayectoria. Mientras estudiaba, trabajaba como empleada de la universidad para sostenerse. No sabemos si su militancia en el socialismo fue anterior o posterior al inicio de su relación con Orfila. Tampoco sabemos si entró como contadora a la lechería de Orfila y así se conocieron, o si lo hicieron en el escenario de la UPAK, donde María Elena participaba con una hermana. Luego del empleo en la UNLP, trabajó como contadora en los emprendimientos lácteos de su marido y, años más tarde, en el FCE.

Los hermanos de María Elena posiblemente no concluyeron la educación secundaria. Jorge, el segundo, nació en 1919 y vivió en relativa dependencia de la trayectoria de la hermana mayor. Inició su vida laboral como empleado de la “fábrica de dulce de leche de Orfila”. Hacia 1953, cuando María Elena organizó la sucursal chilena del FCE, se trasladó a Santiago y trabajó como empleado de la editorial. Delia Esther, la tercera, fue empleada en la Unión Telefónica, hasta

que contrajo matrimonio con Patrizzi, un comerciante de Lobos. “Cachito”, el hermano menor, era autista y vivía con sus padres.

En la década de 1950, María Elena tenía propiedades: un chalet en un barrio platense (33, entre 8 y 9) adonde fueron a vivir sus padres, más una casa cerca de la rambla de Mar del Plata, ciudad donde también veraneaban sus amigas. Estas formaban parte del entorno del socialismo: Delia Etcheverry, las hermanas Mallo, Micha Villarreal.

La migración parece haber sido vivida por Orfila como un renacer. En las cartas a sus amigos, expresa júbilo, sosiego y gran vitalidad:

Mucho me agrada saber de sus noticias e imaginará el apetito que siempre tengo por las cartas de mis amigos, pues, como siempre, parece poca la información que uno recibe de la vida y del medio que dejó y que, aunque no la añoro con pena, siempre le interesa a uno seguirla en sus vaivenes. No puedo negarles, que con mucho egoísmo, muchas veces me siento contento en el exilio, desde luego que voluntario y confortable. No piensen ustedes que este ensayo de soltería semestral que he llevado con tanto heroísmo es lo que contribuye a hacerme tan grata la vida en total libertad, como creo que no se vive en muchos países del mundo; todo esto pienso que ha de embellecerse o por lo menos mejorarse con el cambio de organización doméstica que me amenaza para dentro de breves días (lo de “amenaza” es una forma de decir, como cualquiera otra) (carta de Orfila a Alfonso Kuntz y señora, 22 de diciembre de 1948; los destacados me pertenecen).

El tono jocoso y ambiguo de las primeras impresiones de Orfila en México trasluce su regocijo por alejarse y abrirse a nuevas experiencias. La idea laxa de exilio remite al peronismo y el cimbronazo que produjo en el PS. México es sentido como cobijo, descanso, tierra fértil para volver a comenzar y demostrar su capacidad como editor. En el plano de las ideas, le sirvió para canalizar inquietudes intelectuales, principalmente el ideario americanista.

Con todo, la migración también desestabilizó a la pareja. María Elena pasaba algunos meses del año junto a Arnaldo, pero no se radicó en la capital mexicana. En sus propios términos, el desenlace fue “amigable”, o al menos sucedió en una

controlada transición, si tenemos en cuenta que no impactó en las relaciones laborales. Delia Etcheverry parece haber desempeñado un papel significativo como mediadora. Cuando María Elena regresó a Buenos Aires en 1951, retomó su trabajo contable en la sucursal del FCE. Si hasta entonces su relación laboral con Orfila había sido de subordinación, esta se equilibraría con el correr de los años, en especial al suceder a Etcheverry como gerente, en 1957. Durante su gestión, hacia finales de los años cincuenta, la sucursal argentina compró un importante local en la avenida Córdoba 2064, y en 1963 construyó un edificio propio, de tres pisos, en Suipacha 617; en la planta baja se instaló la librería.

En 1962, Satostegui fue la encargada de organizar administrativamente una sucursal del FCE en España, como ya había hecho en Chile.[61] Compró un local y contactó a las personas que integrarían el plantel. El hombre clave fue Javier Pradera.

La segunda esposa de Orfila, Laurette Séjourné, nació el 19 de octubre de 1911 en Perugia, como Laura Valentini Corsa (según Martí Soler, el apellido era Bianchi). Lo único que sabemos de su padre es que adhirió al fascismo. Laurette posiblemente abandonó la familia a inicios de los años veinte, cuando la ideología del Duce tomó la vida social del país. Fue a Francia. Séjourné era el apellido de su primer marido, cineasta, con quien se casó a fines de los años treinta. En ese medio se relacionó con Jean Cocteau, André Breton y otros exponentes del surrealismo. El matrimonio duró apenas un par de años y en 1941 Laurette migró a México, huyendo de la guerra. Para entonces, adhería a la izquierda. Victor Serge fue su segundo esposo. La vida del famoso escritor y revolucionario bolchevique no resultó fácil en México, adonde arribó un año después del asesinato de León Trotsky. En la capital mexicana vivía con carencias, fue asediado por la policía secreta estalinista y atacado por izquierdas y derechas.[62] Poco sabemos sobre la vida de Laurette “a su lado”.

Orfila posiblemente la conoció en los primeros años de su vida en México. Ella había enviudado el 17 de noviembre de 1947, y poseía una tienda de antigüedades junto con Josefina Oliva de Coll, amiga íntima y compañera de estudios y campañas antropológicas. El local estaba en la calle Río Sena, en la colonia Cuauhtémoc, cerca del Paseo de la Reforma y de la Columna de la Independencia. Era un sitio inmejorable para que lo frecuentasen intelectuales. La Casa del FCE estaba en la calle Pánuco, a pocas cuadras de allí.

Tatiana Coll cuenta:

Él fue a conocer a la francesita, le compra unas antigüedades y al final la invitó a cenar. Laurette decía que Arnaldo le pegó la engañada de su vida porque esa noche la dedicó a escuchar todo lo que ella le contaba sobre antropología –en ese momento realizaba excavaciones y mil cosas–, y que nunca más en su vida la escuchó tan atentamente. La conquistó por completo”.[63]

Laurette, afiliada al PC mexicano, en varias etapas de su vida apoyó a movimientos sociales atentos a la situación del indio, el lugar de la mujer, la alfabetización o la pobreza. Fascinada por la historia precolombina y por las configuraciones culturales del México de su tiempo, estudió antropología en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Se especializó en arqueología y a mediados de los años cuarenta participó en las excavaciones dirigidas por Manuel Gamio en Teotihuacán. Publicó una docena de libros internacionalmente reconocidos por sus aportes para entender el pasado indígena mesoamericano. Realizó campañas arqueológicas y trabajo de campo etnográfico en Oaxaca, Chiapas y Amecameca, pero no ocupó puestos en el sistema académico y científico institucional.

Obra de Laurette Séjourné

Palenque, una ciudad maya, trad. de Ernestina de Champourcin, México, FCE, 1952.

Supervivencias de un mundo mágico (imágenes de 4 pueblos mexicanos), trad. de A. Orfila Reynal, ilustraciones de Leonora Carrington, México, FCE (Tezontle), 1953.

Pensamiento y religión en el México antiguo, trad. de A. Orfila Reynal, México, FCE, 1957. Otras versiones: Burning Water, Thought and Religion in Ancient

Mexico, Londres, Thames & Hudson, 1957, y *La pensée des anciens Mexicains*, París, Maspero, 1966.

Un palacio en la ciudad de los dioses, Teotihuacán, México, INAH, 1959.

El universo de Quetzalcóatl, trad. de A. Orfila Reynal, prefacio de Mircea Eliade, FCE, 1962.

El lenguaje de las formas en Teotihuacán, ed. de la autora, 1966.

Arqueología de Teotihuacán: la cerámica, México, FCE, 1966.

Arquitectura y pintura en Teotihuacán, México, Siglo XXI, 1966.

Teotihuacan, métropole de l'Amérique, París, Maspero, 1969.

Arqueología e historia del Valle de México, vol. 1: *Culhuacán*, México, INAH-SEP, 1970 (luego reeditado por Siglo XXI); vol. 2: *De Xochimilco a Amecameca*, México, Siglo XXI, 1983.

Antiguas culturas precolombinas, México, Siglo XXI, 1971.

La mujer cubana en el quehacer de la historia, México, Siglo XXI, 1980.

El pensamiento náhuatl cifrado por los calendarios, México, Siglo XXI, 1981.

Teotihuacán, capital de los toltecas, trad. de Guadalupe Sánchez Nettel, México, Siglo XXI, 1994.

Cosmogonía de Mesoamérica, México, Siglo XXI, 2004.

La centralidad que alcanzó Orfila en los escenarios de la cultura mexicana hizo que sus actividades absorbieran buena parte del modo de vida de Séjourné. Ellos vivieron en “departamentos” sitos en las instalaciones del FCE y más tarde en Siglo XXI. Laurette contribuyó extensamente en el trabajo como editor de su marido, y seleccionó y cuidó de los autores europeos, en especial de los franceses.



Retrato de Orfila en su escritorio de Siglo XXI México. Década de 1970. “Sin alardes, Orfila se propuso ser un editor moderno, […] cuyo proyecto exige anticiparse a las demandas” (Monsiváis, 1983).

Si bien la pareja cultivó un estilo de vida austero, gozó de condiciones materiales para realizar sus proyectos. Los sellos “de Arnaldo” garantizaron la difusión de los trabajos de Laurette, quizá mayor o cuando menos equivalente a la de los principales autores de la historia y la arqueología de Mesoamérica. Laurette escribía en francés y construyó una amplia obra como arqueóloga. El propio Orfila figura como traductor de sus primeros libros editados por el FCE. Martí Soler, quien realizó el diseño de esos trabajos en Siglo XXI, [64] agrega que en dicha tarea también colaboró Nilda Orfila Reynal. Josefina Oliva de Coll aparece en un título como colaboradora y traductora. Los textos de Séjourné asentaron importantes conclusiones. Fue la primera en postular que Teotihuacán no tenía relación con los aztecas. También amplió la comprensión de Quetzalcóatl y su centralidad en la cosmología tolteca. A partir de los años ochenta, algunos temas que ella abordó con gran competencia fueron tomados por portavoces de la new age, apropiación que acentuó su exclusión del mainstream académico mexicano.

Libro en tránsito editorial de una arqueóloga distinta

El colofón de la primera edición de El lenguaje de las formas en Teotihuacán está fechado en julio de 1966, cuando Siglo XXI aún no había divulgado sus primeros títulos. Todas las marcas materiales remiten a una primera “edición de autora”. Pese a las inferencias tipográficas, no hay rastros de Siglo XXI en los paratextos, aunque en la página de legales la propietaria de derechos menciona Gabriel Mancera 65 (su domicilio, en la editorial misma).

La mirada política de Séjourné también influyó en la radicalización hacia la izquierda de Orfila. Las opiniones de este sobre la política argentina quizá no variaron sustantivamente: reafirmó su antiperonismo y con el paso del tiempo se tornó escéptico del rumbo político en su país natal. Una anécdota cuenta que hacia 1958 hizo una apuesta con el Che Guevara sobre la figura de Arturo Frondizi, en quien este último depositaba esperanzas. Meses después del triunfo revolucionario en Cuba, y de regreso de la famosa cumbre de Punta del Este, el Che recibió a Orfila en su despacho de ministro de Economía y, al abrir la puerta, lo primero que le dijo fue: “Me jodiste con lo de Frondizi”. Como veremos en el capítulo 5, hasta el final de sus vidas, Laurette y Orfila fueron fervientes embajadores de la Revolución de 1959.

Algunos testimonios describen la relación de la pareja con admiración, por la complementariedad de las dos personalidades y por el mutuo respeto y apoyo al trabajo del otro. Más allá de las extensas relaciones asociables a las posiciones de Orfila, su círculo de amistades en México parece haber tenido centro en las redes de exiliados. El ritmo diario de actividades en la residencia del matrimonio demostraba una perseverante rutina: Séjourné trabajaba preferentemente en el departamento, mientras Orfila bajaba las escaleras hacia su oficina a las 9 hs y retornaba a las 17, cargado de libros y manuscritos. Organizaban frecuentes encuentros sociales en el hogar. Pequeñas reuniones divididas por tipos de relaciones: compañeros de trabajo, exiliados, militantes, académicos, mexicanos, extranjeros. Laurette es recordada como una cocinera exquisita. A menudo, Orfila la acompañaba en sus excursiones antropológicas.

El momento más feliz en las vidas de Séjourné y Orfila parece haber sido el otoño de 1965, en coincidencia con la dimisión de él como director del FCE, según expresa en algunas cartas. Se afianzaba la solidaridad en la pareja y entre afines, en la atmósfera de la Guerra Fría. Un ejército de quinientos intelectuales ratificó el mando de Orfila para proseguir, abrir una nueva editorial y profundizar las apuestas. Libre de ataduras institucionales, ya acogidos en una magnífica casa con jardín, ofrecida por Elena Poniatowska, Orfila se acercaba a los 70 años y renacía una vez más.

[38] Por ejemplo, según Martí Soler, Nilda tradujo del francés algunos textos de Laurette Séjourné, la segunda esposa de Orfila.

[39] Sobre la posible imprenta "del padre" y los posteriores emprendimientos comerciales y productivos desarrollados por Orfila como químico, he realizado varias indagaciones en La Plata, sin éxito.

[40] Datos disponibles en <www.laplata80.org.ar>.

[41] Del legajo de alumno del Colegio Nacional se desprende que la casa paterna estaba situada en la calle 12. En primer año se declara el nº 827 (entre la 48 y la 49); en cuarto, el nº 1171 (entre la 55 y la 56). En el acta de casamiento (1940), el domicilio de Orfila figura como de propiedad de Nilda y estaba situado en Diagonal 78 nº 814, entre las calles 9 y 10.

[42] En sus relatos de vida, Orfila se jactaba de que nunca había sido propietario de una residencia. La única propiedad que habría tenido fue un terreno de 300 m^2 que, en la juventud, le regalaron los padres de su socio de farmacia en el pueblo. En 1938, con la venta de ese terreno financió su viaje a Europa como corresponsal del diario La Vanguardia para registrar en el campo de batalla la Guerra Civil Española.

[43] Este testimonio forma parte de un documento denominado "Informe personal" que escribió Orfila en diciembre de 1979, posiblemente por algún pedido periodístico o como discurso para algún evento de reconocimiento.

[44] En esa cohorte ingresaron ciento noventa y dos alumnos, distribuidos en seis divisiones (UNLP, 1911). Desde 1885 el Colegio fue gratuito y con examen de ingreso.

[45] Desde 1907 hasta 1920, el director fue Donato González Litardo. Lo sucedió por dos años el reformista Luis Sommariva.

[46] Las universidades populares eran un tipo de proyección cívica de la militancia estudiantil internacionalista que se propagó por Occidente desde finales del siglo XIX. Para la época, el proyecto extensionista de los alumnos del Nacional de La Plata era una apuesta posible, esperable, entre alumnos con ideales republicanos. Al respecto, Melgar Bao (1999) asocia la diseminación de esta modalidad con los congresos internacionales de estudiantes.

[47] Atenea. Revista Bimestral de Letras, Artes y Filosofía fue dirigida por el poeta y profesor Rafael Alberto Arrieta. En ella colaboraron Héctor Ripa Alberti, Alberto Mendióroz, Luis Sommariva, Carlos Heras y Julio V. González. Dejó de publicarse hacia fines de 1919. En el primer número, de 1918, Alejandro Korn publicó su texto "Incipit Vita Nova", celebrado como primer pronunciamiento antipositivista del carismático psiquiatra. También aparecieron artículos de Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, Carlos O. Bunge, Enrique Banchs, Armando Donoso, Arturo Capdevila, Octavio Pinto, Raúl Orgaz, Baldomero Fernández Moreno, Rodolfo Rivarola. En su retrato del proyecto que dirigió, Arrieta (1963: 245) expone la conflictividad de las huelgas reformistas, el despertar político y social del clima circundante como causa necesaria del fin de Atenea: "La revista no hubiera podido conservar su fisonomía espiritual".

[48] Tatiana Coll, socióloga, es hija de una amiga íntima de Laurette Séjourné. Su padre murió joven y desde entonces ella pasó a ser, según su expresión, como una "hija adoptiva" del binomio Séjourné-Orfila.

[49] La crisis de la UNLP de finales de 1919 incluyó la acefalía de la presidencia, la toma del Museo de Ciencias Naturales y del rectorado, y la directa intervención del Poder Ejecutivo Nacional. Fue durante esta convulsión que los alumnos eligieron a Alejandro Korn y Carlos Spegazzini como sus provisorios candidatos normalizadores (Del Mazo, 1941: t. I). Entre la vasta bibliografía dedicada al reformismo, véase Ciria y Sanguinetti (2006).

[50] A partir de datos aportados por Luis Aznar, Carlos Rocca (1998) afirma que fue en La Colina, población rural entre General La Madrid y Coronel Suárez. Según Guillermo Schavelzon, en la zona de General Villegas.

[51] En 1921, la artista plástica Angelina Beloff (San Petersburgo, 1879 – Ciudad de México, 1969) se había separado del pintor Diego Rivera (su vínculo amoroso databa de 1909). Cuando Orfila lo conoció en el congreso, Rivera acababa de regresar a su país. Tiempo después, Beloff fue a vivir a la ciudad de México, donde formó parte del círculo de amigos de Orfila y Laurette Séjourné.

[52] Este tema es uno de los ejes de la tesis doctoral de Pablo Yankelevich (1996).

[53] La conferencia fue editada en La Plata en 1925, como primer capítulo de un

libro homónimo, por la editorial Estudiantina.

[54] Si bien los parientes de Satostegui afirman que en los años cuarenta existía “la fábrica de dulce de leche de Orfila”, dudan de si le pertenecía por completo o si era un accionista.

[55] El primer número, un tabloide de cuatro páginas publicado el 23 de diciembre de 1919, reseñó los sucesos de la toma del rectorado, el 5 de ese mes, así como la represión policial de la protesta que resultó en la reclusión de ochenta estudiantes. Entre ellos figuraba Orfila, como alumno de quinto año de química. Presentó una suerte de manifiesto sobre el nombre y el programa del grupo, con un discurso de sesgo reformista: “Convencidos de asistir a un momento de la vida social en que se revisan los valores y en que las viejas jerarquías caen con ruido, […] nos lanzamos a la lucha periodística como nos lanzamos a la huelga ayer. […] Renovación es nuestro símbolo, síntesis de múltiples elementos y hacia la renovación vamos con la frente alta y el corazón sereno”.

[56] Hacia 1924, Henríquez Ureña era secretario de Educación en Puebla. Estaba casado con Isabel Lombardo, hermana del gobernador Vicente Lombardo Toledano, y aquel año había nacido su hija Natacha. El renombre del intelectual dominicano, su brillantez y su perfil ético fueron un imán para los miembros de Renovación, quienes rápidamente lo sumaron a Korn padre como guía intelectual de Valoraciones. La actividad de Henríquez Ureña en La Plata atrajo a la ciudad a numerosos intelectuales radicados en Buenos Aires, entre quienes se destacó Alfonso Reyes en sus dos ciclos como embajador en la Argentina.

[57] Entre la extensa obra política fruto de ese encuentro, figuran las “Bases y fundamentos para una Ley de la Enseñanza Superior”, proyecto suscripto en 1932 por una veintena de representantes; entre ellos, Alejandro Korn, Pedro Verde Tello, José Ernesto Rozas y Aníbal Sánchez Reulet.

[58] La cultura puede funcionar para fracciones de élite excluidas del poder político, como taller de forja de legitimidad y de condiciones sociales para pretender triunfos políticos. La espera de 1918 a 1941 confirma que la acumulación política que permite la cultura suele ser en el largo plazo.

[59] Cálculo a partir de <es.wikipedia.org /wiki/Anexo: Cotización_histórica_de_ monedas_ de_ la _ Argentina>. Como parámetro

adicional, menciono que un libro del FCE como Historia institucional Argentina, de Carlos Sánchez Viamonte, tenía un precio de venta al público de $ 7 m/n.

[60] Delia Etcheverry prosiguió con tareas significativas en el ámbito editorial. Por indicación de Gregorio Weinberg, entre 1961 y 1966 dirigió la colección La escuela en el tiempo, en Eudeba. En 1968 fue contratada por la editorial Omega para dirigir una enciclopedia sobre educación y en 1970 fundó la revista Docencia, para la cual escribió numerosos artículos programáticos.

[61] La apertura de la sucursal de Lima (1961) fue promovida por la embajada de México y encauzada por la escritora Magda Portal, quien en los años cincuenta trabajaba como representante del FCE. Otra mujer, la poeta Blanca Varela, es reconocida como clave en la presencia del Fondo en Perú.

[62] Liuba Rusakova, la primera esposa de Victor Serge, era hija de anarquistas y fue taquígrafa de Lenin. En 1941, padre e hijos (Vladimir, nacido en Petrogrado en 1920, y Jeanine, a mediados de los años treinta, entre la persecución y el asilo) consiguieron visa para refugiarse en México; Liuba quedó confinada en un hospital psiquiátrico en Aix-en-Provence, donde murió poco después. Entre la copiosa bibliografía, véase Sontag (2004).

[63] Entrevista a Tatiana Coll, realizada en la ciudad de México, en febrero de 2007.

[64] Cosmogonía de Mesoamérica fue un libro póstumo de Séjourné. En una sentida nota de editor, Martí Soler reseña su vínculo de trabajo con ella y permite apreciar la singularidad de su modo de producción científico.

5. Un ejército de quinientos intelectuales funda Siglo XXI

Los hijos de Kafka, mi querido doctor, se han vengado de los hijos de Sánchez.

Carlos Fuentes, carta a Orfila, Roma, 16 de noviembre de 1965

A mi gran amigo difundidor de la cultura, de un amigo difusor de la guerrilla.

Ernesto Guevara, dedicatoria a Orfila en un ejemplar de La guerra de guerrillas, 26 de abril de 1960

Cinq cents personnes […] décidèrent […] fonder cette éditoriale [sic], que nous croyons deviendra, bientôt, une des entreprises les plus fortes et les plus intéressantes dans la langue espagnole.

Orfila, carta a los directivos de PUF, 20 de diciembre de 1965

“¡Dimitan al extranjero socialista de la dirección del Fondo!”

La primera publicación de Los hijos de Sánchez por el Fondo, en octubre de 1964, precipitó un cisma en la cultura mexicana. Para un sector de intelectuales ligados al poder, la etnografía de Oscar Lewis era una afrenta a la dignidad nacional. A la luz de las dominantes teorías sobre el cambio social, las vidas de los miembros de una familia “pobre” de la ciudad de México, la fuerza de sus persistentes conductas tradicionales mostraban fisuras en el desarrollo económico. Sus testimonios, impregnados de un lenguaje “obsceno y soez”, eran muy valorados por el antropólogo estadounidense, quien los interpretaba como signos de exclusión en una sociedad desigual y controlada por una política autoritaria. En febrero de 1965, Luis Cataño Morlet, prestigioso jurista y diplomático, encabezó el ataque contra el autor y el editor del Fondo, en una conferencia dictada en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE), a la que asistió Gustavo Díaz Ordaz, presidente de la República desde diciembre de 1964.[65] Bajo su mandato, el ala más conservadora del Partido Revolucionario Institucional (PRI) buscó clausurar el lugar de México como cuna de la ofensiva revolucionaria cubana y primer país en reconocer el gobierno de Dorticós. El affaire Orfila, tras su estigmatización como “extranjero comunista”, fue una de las primeras acciones de violencia estatal que anticiparon la “guerra sucia”, cuyo ápice fue marcado por la ya mencionada masacre de estudiantes en la Plaza de Tlatelolco, poco antes del inicio de los Juegos Olímpicos de 1968.

Quinientos intelectuales de todo el continente apoyaron a Orfila y lo estimularon para crear otra editorial: Siglo XXI. Más que la cifra, interesa su convergencia en torno a la figura de ese editor (AA.VV., 1993: 11 y 15). Esa internacional de intelectuales expresaba una historia de relaciones sociales tejidas –al menos desde mediados de los años cuarenta– durante la integración de luchas emprendidas en los distintos campos de poder nacionales en América Latina. Hacia la época de la dimisión de Orfila, la Revolución Cubana había demarcado más nítidamente los principios de acción y oposición entre todos los grupos enfrentados por el poder en gran parte de Occidente.

Para los agentes que promovieron los cambios de mando en el FCE, el

desplazamiento de Orfila era una condición para avanzar en un proceso de nacionalización y control ideológico sobre un centro de irradiación internacional de las grandezas culturales del país, el cual, sentían, había girado peligrosamente a la izquierda, a causa de la acción del editor argentino. Estos sucesos, encuadrados en un contexto de época marcado por lo que algunos autores denominan “la guerra fría cultural” (Stonor Saunders, 2001), repercutieron en América Latina entera. ¿Qué estructuras sociales y simbólicas atacó la intervención del Estado en el FCE? ¿Cuáles fueron sus objetivos y qué efectos produjo? ¿Cómo se explica una movilización de intelectuales tan espontánea y masiva en apoyo al editor extranjero y progresista? ¿Qué relaciones y apropiaciones del espacio intelectual internacional se observan en las disputas políticas al respecto?

Revolucionarios

A mediados de los años cincuenta, Orfila había sido uno de los primeros en recibir a Ernesto Guevara Lynch cuando este llegó a México. Su obsequio de El capital en edición del FCE es recordado como rito iniciático.[66] Orfila y Séjourné dieron apoyo material y logístico a los revolucionarios desde la primera hora, "desde el Moncada", como ya mencioné. Se sintieron parte de la Revolución Cubana, hecho que renovó sus energías vitales y centralizó sus intereses políticos e intelectuales de ahí en más.



Reunión de Orfila con el Che Guevara. La Habana, 1962.

Martí Soler retrató al FCE de los primeros años sesenta como un sitio de encuentro de la intelectualidad de izquierdas. Según Tatiana Coll,[67] Orfila era “un hombre muy abierto, muy inquieto, que tenía miles de contactos con muchísima gente”. También relató que los diarios de época nombraban al editor como uno de los individuos que, a las pocas semanas del triunfo revolucionario del 1º de enero de 1959, tomaron la embajada de Cuba en México para exigir la renuncia del representante batistiano y nombrar en su lugar a la exiliada Teté Casuso. Orfila era muy amigo de Raúl Roa, ministro de Relaciones Exteriores de Cuba entre 1959 y 1976, reconocido escritor antes de la Revolución y uno de sus principales cronistas.

Como vimos, el propio Osvaldo Dorticós visitó a Orfila en la editorial durante su primer viaje al exterior. La expresión de la simpatía de Arnaldo y Laurette por otros movimientos revolucionarios era refrenada por la visibilidad pública de ambos. Sin embargo, en su entorno y en la editorial hicieron lo posible para apoyar y cobijar a combatientes, exiliados, perseguidos políticos. Orfila no dudó en ofrecer un puesto en el departamento de ventas a Rodrigo Asturias, hijo del Premio Nobel guatemalteco, cuando tuvo que exiliarse como líder de la guerrilla centroamericana.

En aquellos tiempos de Guerra Fría, el editor dejó atrás la sobriedad en su exposición pública para expresar sus ideas sin tapujos, en dos artículos de su autoría publicados en La Gaceta. Se trató de una polémica con Franklin Publications Inc., un proyecto de desarrollo bibliográfico de origen estadounidense que el editor observaba como atropello por parte del imperialismo y de la Alianza para el Progreso sobre la industria editorial latinoamericana.

En octubre de 1961, representantes de dicha firma (“organismo educativo, no comercial”) realizaron una gira por la región para entablar acuerdos con grandes sellos y representantes del sector. Franklin estaba integrado por representantes de las mayores empresas editoriales y de dependencias del gobierno de los Estados Unidos. Divulgaba su misión como un aporte técnico-profesional y económico

para el desarrollo de los mercados del libro, y buscaba legitimar su obra con sus logros asiáticos.[68] Luego de recibirlos en el FCE y de leer los documentos internos de la Franklin, Orfila concluyó que detrás de la “cooperación” había un plan de colonización cultural. Lo que aportaba Franklin Publications, en última instancia, era un sistema de créditos a bajo interés para la traducción de autores estadounidenses:

Anotada la circunstancia de que este estudio se presentaba como un prolegómeno a la acción que habría de cumplirse para poner en marcha la Alianza para el Progreso, muchas mentes fantasiosas (y comerciales) imaginaron que parte de la promesa de los veinte mil millones de dólares que los latinoamericanos acogieron con lágrimas en los ojos en Punta del Este se volcaría sobre la sufrida industria editorial para hacerla tan “vigorosa y original” como lo desean ardientemente los editores y gobernantes de los Estados Unidos (Orfila, “Las verdaderas proporciones de una ‘Operación Libro’”, La Gaceta, enero de 1962).

Tres meses más tarde, La Gaceta divulgó una réplica de los directivos de Franklin Publications, que retrataba el “ataque amargo y sarcástico de una respetable fuente del sur de la frontera, el Doctor Orfila, un muy influyente editor de América Latina”, como “una muestra muy acentuada de orgullo nacional”.[69] En el mismo número de La Gaceta, Orfila cerró el diálogo con otro texto en que denunció: “Se puso el dedo en la llaga”. También exigió que los Estados Unidos franquearan su propio territorio para la extensa producción intelectual y editorial latinoamericana, condición para la “posibilidad de diálogo igualitario que abre los caminos de una colaboración libre y justa”.[70] Después de 1965, las declaraciones de Orfila en la prensa muchas veces rompieron la mesura de su distinguida postura, para protestar enfáticamente contra el imperialismo yanqui y la colonización del pensamiento de los escritores e investigadores del continente, impuesta sutilmente con becas y programas de financiamiento a la educación superior que llegaban desde el norte.

Los hijos de Sánchez

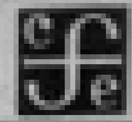
La excusa para iniciar el proceso de destitución de Orfila fue la publicación de Los hijos de Sánchez de Lewis. En la visión de algunos intelectuales, académicos, periodistas y políticos mexicanos, el libro ofendía su cultura al proponer una teoría sobre "la cultura de la pobreza", apoyada en testimonios plagados de un vocabulario "soez" respecto de la naturaleza de la política, la violencia y el desarrollo mexicanos. Las críticas al libro y a la actitud de Orfila al permitir su edición fueron el corolario de un contenido proceso de indignación de sectores culturales y políticos conservadores hacia ciertos libros publicados por iniciativa de Orfila. Este malestar se habría iniciado en abril de 1961, cuando apareció Escucha, yanqui del sociólogo Charles Wright Mills. En otras palabras, Los hijos de Sánchez fue el factor que colmó la paciencia de los intelectuales más conservadores ligados al poder. La reacción contra Orfila fue una embestida contra el extranjero que, encabezando una empresa apoyada por el Estado, promovía libros, si no revolucionarios, cuando menos críticos o "subversivos" para los estándares de una moral chovinista, occidental y cristiana. Los avatares de la edición del libro de Wright Mills permiten restituir la secuencia de algunos de los hechos y representaciones más significativos que desencadenaron el affaire Orfila.

Escucha, yanqui fue editado en los Estados Unidos en 1960 y un año después, por el FCE. ¿Por qué una edición de cuatro años de existencia se sumaría a los embates contra Orfila de 1965? El libro era el testimonio de un radical preocupado por caracterizar en Cuba las motivaciones y los objetivos de los revolucionarios. No era un estudio situado en México ni implicaba necesariamente un daño moral hacia la nacionalidad mexicana. Su mención en el episodio de "renuncia" de Orfila era una clara señal del control ideológico que los Estados Unidos aplicaban a la circulación de ideas "subversivas" gracias a la compleja red de subordinaciones y mediaciones con que la Alianza para el Progreso marcó su presencia en el escenario de la cultura impresa en América Latina.

Escucha, yanqui

Charles Wright Mills era profesor en la Universidad de Columbia y su obra era valorada como un contrapunto a la sociología de Chicago. Fue autor de un libro pionero sobre La élite del poder en los Estados Unidos. El FCE publicó su traducción en 1957, al año de su edición por Oxford University Press. Listen, Yankee fue escrito en 1960 y publicado por McGraw-Hill. No era un texto académico, sino testimonial, escrito como crónica de viaje a Río de Janeiro y México, decidido y realizado a poco de estallar la revolución en Cuba, ante la incapacidad de acompañar los intensos debates al respecto en América Latina.

COLECCION



tiempo PRESENTE

POPULAR

C. WRIGHT MILLS

ESCUCHA, YANQUI

3a. edición ampliada y actualizada con un apéndice 1961

Al llegar a la isla, el prestigio del autor y la valoración que allí tenía La élite del poder le permitieron entrevistar a la plana mayor del gobierno revolucionario, soldados, intelectuales, periodistas y profesores. El objetivo fue “presentar la voz del revolucionario cubano con la mayor claridad y fuerza posible”, echar luz sobre la desinformación de la opinión pública estadounidense y motivar la toma de conciencia de sus connacionales sobre las transformaciones del mundo por venir. “La voz de Cuba es hoy la voz del bloque de naciones hambrientas, y el revolucionario cubano habla ahora –con gran efectividad– en nombre de ese bloque. Lo que los cubanos dicen y hacen hoy lo dirán y harán mañana otros pueblos hambrientos de América Latina” (Wright Mills, 1963: 9).

Para las autoridades que promovieron la destitución de Orfila, Lewis y Wright Mills eran en extremo desviantes. Ese binomio de autores articulaba los argumentos nacionales e internacionales de una decisión política para orientar los rumbos de la cultura oficial mexicana. Podrían soportarse estudios críticos de autores latinoamericanos o europeos, pero no de gringos, con todo lo que significa esta categoría social en la historia política y cultural mexicana.

Escucha, yanqui inauguró la serie Tiempo Presente de la Colección Popular, junto con otros cuatro libros: El reto de África de Ndabaningi Sithole (pastor anglicano negro de Rodesia); Yugoslavia, democracia socialista de Jovan Djordjevich (profesor universitario y consejero de Estado), La China Popular y su economía de Trevor Hughes y D. Luard, y El Estado del futuro de Gunnar Myrdal. La serie se encuadraba en un nítido horizonte tercermundista. En abril de 1961, fue presentada en La Gaceta. La nota de portada estaba firmada por Wright Mills, cuya fascinación se afirmaba línea a línea:

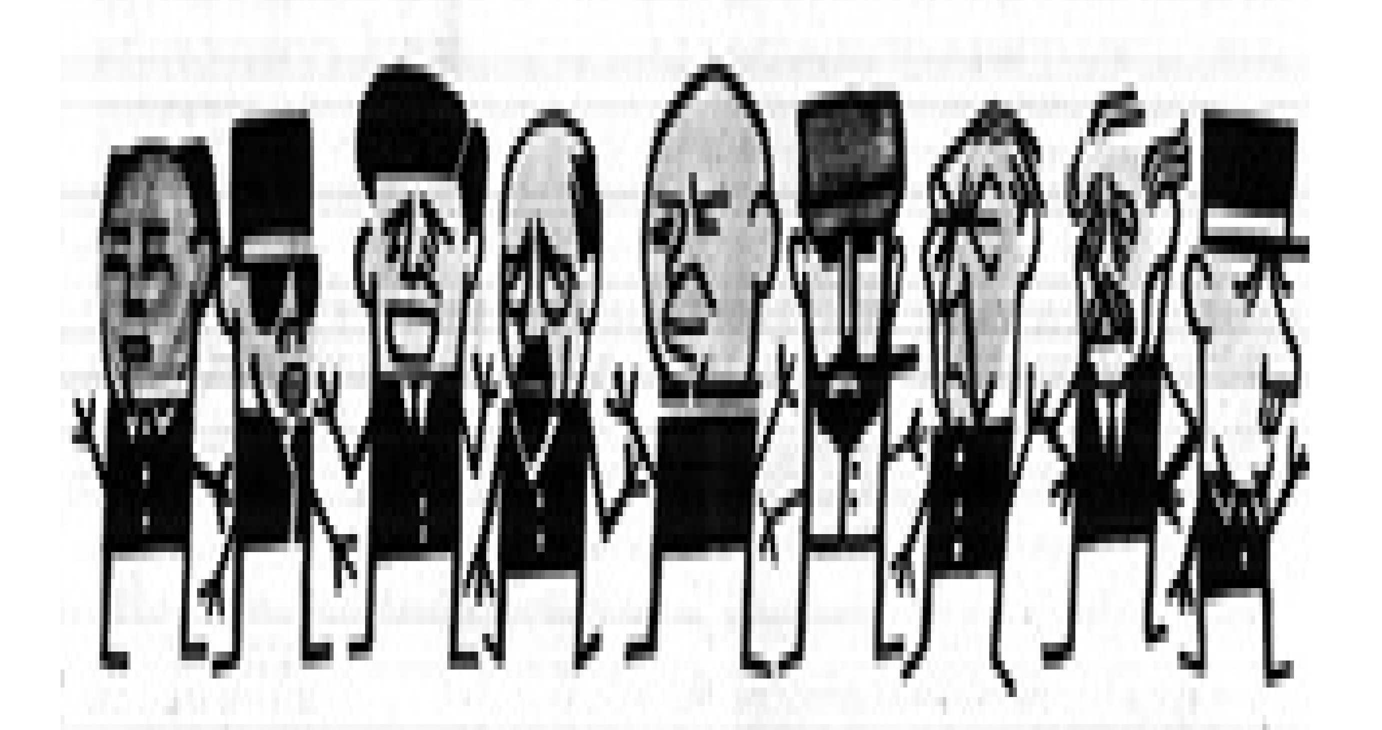
Lo que más me impresiona de las posibilidades culturales en Cuba es el deseo de aprender y la amplitud de criterio de muchos de los jóvenes que integran el gobierno revolucionario. […] En 20 años de enseñanza, de labor permanente como escritor y de viajes frecuentes, nunca había encontrado una pasión tan sostenida por el conocimiento ni una conciencia tan inteligente de lo que hace

falta estudiar.

Escucha, yanqui, además, sobresalía en Tiempo Presente por la consagración de su original lanzado en Nueva York el 28 de noviembre de 1960 (vendió 338.000 ejemplares en cuarenta días). La versión publicada por Orfila también fue un impresionante éxito: la primera edición, de abril de 1961, se agotó en un mes y la tercera, de agosto del mismo año, tuvo una tirada de 70.000 ejemplares. Esta última salió a la venta en simultáneo con otro libro de Wright Mills, La imaginación sociológica.[71]

Tiempo presente

POR LUIS WASHINGTON VITA



Dibujos de [illegible]

Publicidad de la colección Tiempo Presente aparecida en La Gaceta, septiembre de 1961.

En los primeros años sesenta, entre las notas de La Gaceta se destacaban las referidas a los dilemas políticos del Tercer Mundo, incluidos artículos o reseñas de académicos e intelectuales estadounidenses. Durante 1961, las páginas del diario privilegiaron la publicidad de la Colección Popular, y Escucha, yanqui y la obra de Wright Mills fueron objeto de varias reseñas y trabajos afines. Este ciclo se cerró hacia abril de 1962, cuando se anunció la muerte del sociólogo, a sus 46 años. En la semblanza, Mario Monteforte señaló:

Con Escucha, yanqui, por su alegato a favor de la justicia de la Revolución Cubana, Mills se incorpora a la familia de nuestros grandes panfletarios que en días de ira señalan culpables y esperanzas para el futuro de los pueblos oprimidos. […] Ya era difícil juzgar desde el punto de vista científico a ese militante de una solitaria ideología, a ese crítico despiadado de la sociedad que nosotros también resentimos (“Mario Monteforte Toledo: vida y muerte de Wright Mills”, La Gaceta, abril de 1962: 3; el destacado me pertenece).[72]

En 1961, el FCE también publicó en la sección Antropología un libro de Oscar Lewis, Antropología de la pobreza. Durante el proceso de la Procuraduría en su contra, Orfila recordó que esa publicación de Lewis se había decidido luego de compartir con el autor extensas sesiones de audición de los registros de campo y de corroborar la consagración de sus novedosas técnicas, como el a day in a life, en importantes foros internacionales de las ciencias sociales de la época. En la nota de portada del número de La Gaceta que anunciaba la publicación de esa traducción, aparecía una entrevista de Héctor Chávez donde Lewis exponía los objetivos de su trabajo:

Me propuse ofrecer un cuadro íntimo y objetivo de la vida diaria de cinco

familias mexicanas –originarias de un mismo pueblo del interior y migrantes a la ciudad de México–, cuatro de las cuales obtienen ingresos alarmantemente bajos. Me propuse asimismo contribuir a la comprensión de la pobreza en México de hoy día y, en tanto que los pobres de todo el mundo tienen algo en común, a la comprensión de la vida de la gente pobre en general.

En caja de grandes letras, los editores de La Gaceta resaltaron las consecuencias políticas de este estudio: “Aunque el bienestar de México ha aumentado, dice, su desigual distribución ha permitido que la disparidad entre los ingresos del rico y los del pobre sea aún más aguda que en épocas pasadas”. The Children of Sánchez. Autobiography of a Mexican Family había sido publicado por Random House de Nueva York en 1961. Su lanzamiento por el FCE fue en octubre de 1964 y, a juzgar por la aparición de una segunda edición en diciembre, el libro fue un éxito de ventas.

OSCAR LEWIS

Los hijos de Sánchez

Portada de Los hijos de Sánchez en versión castellana publicada por el Fondo, 1965.

Los hijos de Kafka

Para personas como Gustavo Díaz Ordaz (que se sumó al ataque público), el escritor y académico Salvador Azuela (posterior director del FCE) o Luis Cataño Morlet (juez del Tribunal Superior de Justicia de la capital, diplomático y presidente de la SMGE), Orfila era el eje de articulación de una extensa red cultural y política a ambas orillas del Atlántico, que aunaba a un segmento dominante de la intelectualidad progresista de posguerra. Un golpe en ese centro afectaría al conjunto. El 9 de febrero de 1965, Cataño Morlet condenó Los hijos de Sánchez como obra obscena y denigrante para el país, durante una conferencia dada en la SMGE, a la cual asistió Díaz Ordaz. Parte del auditorio apoyó sus críticas y, como resultado, se resolvió por votación que dicha institución movilizara acciones legales contra el autor y el editor.[73] Dos días después, la Procuraduría General comenzó a tomar declaraciones a los denunciantes y al director del FCE. La repercusión periodística ante estos hechos fue inmediata, pero el 6 de abril el Ministerio Público se abstuvo de iniciar acciones penales por considerar que no había delito que perseguir.[74]

Ante el revés judicial, la SMGE prosiguió con su plan de desplazamiento de Orfila por los canales de la alta política. El 7 de noviembre, el editor fue increpado por Jesús Rodríguez y Rodríguez, subsecretario de Hacienda de la nación, adonde habían citado al editor. En calidad de “miembro propietario” de la Junta de Gobierno del FCE, le solicitó la renuncia, aparentemente por su condición de extranjero.[75] Al día siguiente, el funcionario llegó a la editorial acompañado por “el licenciado” Salvador Azuela, el nuevo director de la casa editorial.

La actitud de Orfila fue de aplomo y mesura: se despidió de los funcionarios y empleados con palabras de gratitud, recorrió las instalaciones con Azuela y planificaron los plazos de su alejamiento, lo que incluía el abandono en veinticuatro horas del departamento que ocupaban el editor y su mujer en ese predio. Dentro de la empresa, el cambio de mando produjo indignación generalizada. Recuerda Martí Soler:

Fue de lo más dramático que he vivido en mi vida, un momento sorpresivo para nosotros. Orfila posiblemente lo sabía de un día o dos antes, no mucho más. Supo que lo iban a dimitir y nos llamó a todos. Estaba un representante de Hacienda y nos dijo que "Orfila va a dejar de ser desde ese momento el director", y que el señor Azuela pasaba a ser el nuevo director. Eso nos agarró a todos en frío… Y entonces empezó el escándalo periodístico. Varios empleados deciden boicotear el asunto y hacen que los echen. Uno de ellos, Jas Reuter, se instituye en nuestro líder. El día que el señor Azuela llegó al Fondo, hizo que cambiaran la cerradura de todas las puertas, de todas las dependencias, porque nos consideraba una pandilla de ladrones. Yo no me lo explico. Que tuviera diferencias desde el punto de vista político o lo que fuese, […] muy bien. Él mandó a hacer una auditoría de todo, y por supuesto no encontró nada. No sé quién le había metido esa idea en la cabeza.[76]

La tensión generada por numerosos empleados llevó a una seguidilla de despidos, para los cuales la empresa tuvo que utilizar un cuarto del presupuesto general anual de 1966 para las indemnizaciones.

Salvador Azuela era hijo del reconocido escritor Mariano Azuela,[77] lo que denota cierta cercanía con el FCE. Sostenía un estrecho vínculo con Gustavo Díaz Ordaz, al menos desde los años cuarenta, cuando este era senador y el escritor, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Este vínculo habría continuado en los años cincuenta, cuando el primero fue secretario de Gobernación y el segundo, director fundador del Instituto Nacional de Estudios sobre la Revolución Mexicana, donde realizó algunas tareas de edición.

Azuela no tardó en expresar su desacuerdo con la orientación cultural y política de la editorial. En octubre de 1966, renunciaron a la Junta de Gobierno los miembros fundadores que quedaban: Gonzalo Robles, Eduardo Villaseñor y Emigdio Martínez Adame. En diciembre de 1967, se alteró el estatuto del fideicomiso para posibilitar el control del FCE por parte del Ministerio de Hacienda, mediante un comité técnico compuesto por Jesús Rodríguez y Rodríguez, Salvador Azuela, Francisco Monteverde y Víctor Urquidi. El final del mandato de Azuela coincidió con un nuevo cambio en la presidencia de la nación: en 1970 asumió Luis Echeverría Álvarez y a fin de año el secretario de Hacienda Hugo Margáin designó a Antonio Carrillo Flores al frente del FCE.

Este buscó rescatar el proyecto originario y pidió el retorno de algunos de los fundadores. Sin embargo, su gestión duró apenas dieciocho meses. Se pretendió una “nacionalización” del catálogo, guiada por la creación de la colección Vida y Pensamiento de México.

Como vimos, el affaire Orfila fue un hito en la Guerra Fría y en la “guerra sucia” que caracterizaron al México de los años sesenta. A inicios de este milenio, fueron revelados los detalles de la Operación Litempo que la CIA había implementado en ese entonces, con el objetivo de reclutar a altos funcionarios mexicanos para la inteligencia estadounidense, contra los avances del comunismo. Este programa estuvo a cargo de Winston Scott, quien en 1956 reclutó a Emilio Bolaños, sobrino de Díaz Ordaz, quien pasó a ser clasificado como Litempo 1. Ese mismo año fue reclutado Gustavo Díaz Ordaz como Litempo 2. Tanto él como Luis Echeverría Álvarez (Litempo 8) colaboraron estrechamente con la central de inteligencia desde finales de los años cincuenta.[78]

Las expresiones de reprobación o apoyo a Orfila se extendieron hasta la llegada de Antonio Carrillo Flores. El escándalo dividía aguas en los ámbitos de la cultura y de la política. En 1967, por ejemplo, Orfila fue invitado por la Universidad de Chile para dinamizar un proyecto editorial similar a Eudeba. Allí conoció a Salvador Allende y su presencia tuvo una amplia repercusión, tanto por el relato de los sucesos del despido como por sus manifiestos alineamientos políticos y culturales. Sus declaraciones colmaron la indignación de Azuela:

La presentación del señor Arnaldo Orfila Reynal, argentino que se hizo presentar durante su gira como mártir de la libertad y perseguido político del gobierno de México, atacó a este y a la Junta de Gobierno, atribuyéndoles su cese al publicar Los hijos de Sánchez, lo que es una solemne mentira (declaraciones publicadas en La Prensa, México, 13 de octubre de 1967).

En un intento por atribuir la “dimisión” de Orfila a manejos de mala administración, Azuela hizo circular un comunicado de prensa fechado el 12 de octubre, con los resultados de un informe financiero que “había recibido la empresa en bancarrota”. Se adeudaban 2.536.000 pesos de compromisos sin

saldar y por derechos de autor. Asimismo, denunció las altas sumas de dinero gastadas en indemnizaciones a Orfila (560.000 pesos) y a otros diecinueve funcionarios, que recibían "retribuciones especiales". La nota, firmada por M. Mondragón, finalizaba en un tono moralizante, usual en esos trances:

El caso de Orfila, dicen varios literatos, es uno más de un extranjero que obtuvo pingües ganancias y sólo responde a la hospitalidad y generosidad de México con ingratitud. […] Los hechos concretos que señalo –dice el licenciado Azuela– revelan la veracidad y el valor civil de Orfila que, agresivo en América del Sur, en México se retracta y adula en público, mientras se embosca para atacar a mansalva. Con estos datos puede juzgarse la probidad de su conducta.[79]

El gobierno de Díaz Ordaz controló duramente la prensa y dominó importantes empresas periodísticas.[80] El tono de los embates contra Orfila parece corroborar esas batallas por la información; por ejemplo, en las páginas de El Sol de México, el 5 de enero de 1968 Bernardo Ponce escribía:

No podemos dejar de escribir sobre los esfuerzos editoriales que se continúan haciendo en México y, sobre todo, del lado del Fondo de Cultura Económica, la importantísima empresa […] que fue rescatada de las manos de un comunizante argentino –Orfila–, para ser dirigida […] por el licenciado Salvador Azuela, cuya honradez intelectual es bien conocida desde sus tiempos de estudiante y a lo largo de todo su fecundo vivir.

Los hijos de Orfila

El 7 de noviembre de 1965, al salir de la reunión con Rodríguez y Rodríguez, Orfila se encontró casualmente con el periodista Eduardo Deschamps. Le relató el episodio del despido y Deschamps lo dio a conocer en primera plana del diario Excelsior al día siguiente. La noticia corrió como reguero de pólvora. Al finalizar esa jornada, setenta amigos se dirigieron al departamento de Orfila y Séjourné; entre ellos, Elena Poniatowska, Fernando Benítez, Guillermo Haro, Jesús Silva Herzog y Pablo González Casanova. Acordaron allí un plan para fundar una nueva editorial, y Orfila calculó que para ello haría falta, al menos, un millón de pesos mexicanos. Se propuso armar una sociedad anónima con accionistas dispuestos a no reclamar dividendos y a reinvertir la ganancia en proyectos de edición. Quince días después, se organizó una cena en el Club Suizo; asistieron trescientas personas que pagaron sendos cien pesos. Los amigos argentinos juntaron dinero para que allí pudiera representarlos el historiador José Luis Romero. Tres meses más tarde, se creó formalmente la editorial Siglo XXI, nombre que reservaba previamente para un proyecto de revista que nunca salió a la luz. En cuestión de semanas, la red se amplió a cerca de seiscientos accionistas, con un capital inicial de US$ 250.000.

Pasadas veinticuatro horas del despido, la corriente de solidaridad con Orfila se articuló en una red epistolar que surcó el continente hacia el sur y cruzó el Atlántico para sumar a la comunidad de escritores latinoamericanos radicados en Europa. Carlos Fuentes le escribió a Orfila:

Gracias a nuestra amiga Nora Velasco y a un artículo […] en Excelsior, me entero hoy del atraco infame e infamante que acaba de cometerse en el Fondo. Quiero hacerle llegar de inmediato mi sentimiento de solidaridad con usted como persona, como amigo, como intelectual, mi solidaridad con la obra que usted ha realizado en nombre de […] cada uno de nosotros como escritores y en nombre de toda nuestra comunidad hispanoamericana –que en gran medida puede hoy poseer esos atributos de organismo cultural vivo gracias a […] que usted la cultivó, la reunió, le dio conciencia en mil ocasiones vivas–, indignación

por el procedimiento típicamente fascista que se usó para destituirlo, para negar –ingenua aunque tenebrosamente– el homenaje permanente que usted merece de parte de la cultura en lengua española, con un ruin y frío expediente burocrático, para advertir, en fin, que la independencia intelectual corre muy serios peligros en nuestro país. […] Los hijos de Kafka, mi querido doctor, se han vengado de los hijos de Sánchez.

No sabría insistir lo suficiente, en este momento, en la convicción que me acompaña al escribirle: la convicción de que los mejores, los auténticos intelectuales de América Latina y del mundo, están con usted y lo seguirán acompañando. […] Por favor, dígame cómo puedo ayudar; […] quiero que usted y todos nuestros amigos, los mejores y más leales, Fernando, Vicente, Elena, José Emilio, Julieta, Enrique, Víctor, Laurette, cuenten conmigo sin condiciones, sin consulta previa, permanentemente en todo lo necesario para ganar esta batalla (Roma, 16 de noviembre de 1965).

El mismo día, le escribió al mencionado Vicente para pedirle consejos a fin de sacar sus libros del FCE:

No quiero seguir ni un minuto más en esa Gestapo de la mediocridad que se ha instalado a la Hitler en el Fondo –y de cuya honorabilidad me permito […] dudar seriamente–. […] Para no continuar con lo del Fondo, que me hace hervir la sangre de furia, díganme si […] puedo mandarles opiniones de gente como Neruda, Asturias, Vargas Llosa, Cortázar, Alberti, etc., sobre Orfila. […] ¿Me equivoco al pensar que, a la mexicana, esta ha sido la respuesta, y la advertencia, de la clique Uruchurtu-Ortiz Mena por Los hijos de Sánchez?

Era tal la sintonía de Fuentes con el proyecto de Siglo XXI que el 2 de junio de 1966 le expresó a Orfila que Zona sagrada, su próxima novela para la editorial, sería una suerte de “antropología de la riqueza”:

Su marco social es el de la cultura de la abundancia en México, el otro lado de

“las cinco familias”, para seguir con la relación Lewis. Pero de allí parte a un mundo fantástico en el que la Actriz es Madre, Hechicera, Amante, Circe, Transfiguradora. El mundo de la Edad Media encuentra el mundo de Vogue Magazine. Los delfines de la generación posterior a Artemio Cruz entran a habitar el clima y las mansiones de Aura.

Fuentes, Pellicer, Rulfo, Carpentier y muchos otros se dispusieron a clausurar contratos con el FCE y depositar todas sus obras en Siglo XXI. Otros, como Vargas Llosa y Asturias, también propusieron pasarse al catálogo de Siglo XXI, desde sus editoriales argentinas. Esta carta blanca le hubiera permitido a Orfila monopolizar la edición del núcleo central de lo que fue considerado el boom de la nueva narrativa latinoamericana. Sin embargo, decidió que Siglo XXI no reeditara ninguna obra; sólo se dispuso a publicar libros en primera edición. Cada uno de los intelectuales que mostraron lealtad a Orfila fue sondeado para participar como buscador de novedades entre la vanguardia cultural y política europea y latinoamericana de esos años. Así lo comunicaba Orfila a Fuentes:

Desde ahora le otorgo el cargo honorífico de representante de Siglo XXI ante autores y escritores europeos que pueda usted encontrar. Como comprenderá, pienso presentar un plan editorial abarcando varias disciplinas y en literatura, por ahora, nos ceñiremos a lo latinoamericano de primera calidad. Dejaremos la literatura extranjera para los otros colegas; pero si encuentra usted títulos de libros que considere útil hacer traducir y difundir en nuestra lengua, mándeme las fichas bibliográficas o pídame las primeras opciones, desde ahora, a los editores que pueda visitar (9 de diciembre de 1965).

En cartas a otros escritores, Fuentes se presentaba como “consejero princeps de Orfila”. El 27 de junio de 1966, por ejemplo, Orfila le solicitó que se acercara a Claude Gallimard y a Ugné Karvelis, “quienes le habían ofrecido su mayor ayuda y simpatía a Siglo XXI”, y acelerara la contratación de Les mots et les choses de Michel Foucault, por el cual había pagado un adelanto de US$ 1000. Los mediadores vivieron el nuevo proyecto como una renovada fuente para sus proyectos creadores:

Más tarde, quisiera publicar con Siglo XXI un libro de ensayos. Ayúdeme a pensar en esto. Tengo tanta fe y entusiasmo en esa empresa, en lo que significa para México y para América Latina. Podríamos quizás pensar en dos volúmenes: uno de crítica literaria, viajes, crónicas; otro de artículos y ensayos políticos.

Los testimonios de Fuentes se entrelazarían con los de Cortázar (véase el capítulo 6), Carpentier, Paz, Asturias y "un ejército de intelectuales" que le manifestaron a Orfila, a través de centenares de cartas, que fue un catalizador para su autorrepresentación como comunidad intelectual y para la imaginación de "una cultura latinoamericana". Las editoriales "fuente" de las obras de mayor prestigio con las que Orfila hizo negocios desde el FCE también fueron objeto de un afanoso trabajo de contacto y atracción hacia los proyectos de Siglo XXI.

Mexique, decembre le 20, 1965

Messrs.
Presses Universitaires
de France
108, Boulevard Saint Germain
Paris, 6eme. France

Chers collegues:

Je désire vous informer que dépuis le 9 novembre p.p., j'ai quitté la direction du Fondo de Cultura Económica, apres avoir mantenu avec vous des relations cordiales pendant plus de 17 ans.

Par cette lettre je veux aussi vous communiquer que je viens d'occuper la direction generale d'une nouvelle grand editoriale qui, sous le titre de SIGLO XXI, Editores, S.A. a dejá commencé a fonctioner dans cette ville du Mexique.

Cinq cents personnes, parmi lesquelles se trouvent des intellectuels, ecrivants, professeurs universitaires journalistes, etc., déciderent, a l'occasion d'un acte d'homage qu'on m'a offért, de fonder cette éditoriale, que nous croyons deviendra, bientot une des enterprises les plus fortes et les plus interessantes dans la langue espagnole.

J'aimerais bien avoir le plaisir de recevoir le plus tot possible des nouvelles au sujet des ouvrages derniérment publiés et a publier par votre Maison, puisque nous désirons vivement maintenir avec vous des amples échanges éditoriaux.

En attendand vous nouvelles, veuillez, chers messieurs, recevoir mes salutations les plus distinguées.

ARNALDO ORFILA REYNAL
Directeur

Apartado postal 27-506
México, D.F. México

Carta en que Orfila anuncia al equipo de PUF la fundación de Siglo XXI, México, 20 de diciembre de 1965. En conversación con López López, el editor señalaba: “Planeamos la editorial con Laurette, mi mujer. […] Una máquina de escribir, papel, libros, catálogos de todas las editoriales y trabajamos el plan en ocho o diez días […] con las colecciones integradas”.

Una evidencia de que en el mundo editorial los agentes se guían antes por relaciones personales que por ecuaciones monetarias; de ahí en más, para Gallimard, Seuil, PUF y, obviamente, Maspero, Orfila pasó a ser el editor del mundo hispanohablante a quien primero comunicaban sus novedades para ofrecerle las primeras opciones de traducción al castellano. Literatura, política, ciencias sociales, todo se solapaba en el amanecer de Siglo XXI. Como veremos más adelante, con el paso del tiempo cada género halló su propio espacio en el catálogo. Lo esencial de las líneas editoriales que diseñó Siglo XXI puede ser anticipado sintéticamente en una justa descripción de Carlos Monsiváis:

En su etapa inicial Siglo XXI es la editorial que promueve algunas de las tendencias más notorias del período marcado por la Revolución Cubana, el nuevo pensamiento latinoamericano, el boom de la narrativa, el pasmo ante la teoría de la dependencia, el auge y el fracaso trágico de la guerrilla continental, la emergencia de la Teología de la Liberación, los nuevos métodos de enseñanza comunitaria, las revisiones del marxismo. Siglo XXI publica a Pablo González Casanova, Paulo Freire, Poulantzas, Lacan, Marta Harnecker, los revolucionarios centroamericanos, los clásicos del marxismo, la sociología argentina. […] Durante una década, los grupos y partidos de izquierda, las comunidades eclesiales de base, los estudiantes de ciencias sociales, los nacionalistas revolucionarios, los descontentos con las situaciones de miseria y explotación, acuden al acervo de Siglo XXI para informarse, para crearse un horizonte de expectativas revolucionarias, definir y redefinir el sentido de su acción (Monsiváis, 1993: 35).

En ese “clima de época” marcado por Cuba, Siglo XXI radicalizó la edición de

pensamiento político. Era “natural” que, a partir de entonces, el Che pasara a ser leído bajo este sello. Después de los diarios, en 1969 salieron los Escritos económicos y en 1977, El socialismo y el hombre nuevo, una edición de quinientas páginas preparada por José Aricó, el mentor de los Cuadernos de Pasado y Presente y otro editor argentino decisivo en las redes de Orfila. La nueva editorial, aunque no sea reconocida como literaria, dinamizó la circulación de obras señeras del boom literario y estuvo al frente en la publicación de la vanguardia académica de ambas orillas del Atlántico. Acción que, gracias a la singularidad de sus capitales de origen y al trabajo articulado en un triángulo de subsidiarias asentadas en México, Madrid y Buenos Aires, tuvo efectos en toda Iberoamérica. Dicha posición fue incontestable entre 1965 y 1976. Como típica expresión de una historia de este continente, Siglo XXI nació en reacción a un acto de violencia de Estado y fue seriamente dañada a fuerza de golpes y terrorismo de Estado.

[illegible]

[illegible]

Firma autógrafa de Orfila, tomada de una de sus cartas a Octavio Paz.

Fuente: Paz y Orfila (2005).

[65] Gustavo Díaz Ordaz nació en 1911 en Puebla, donde se graduó de abogado en 1937. Desde 1943, ocupó altos cargos políticos como diputado y senador nacional. Fue secretario de Gobernación durante la presidencia de Adolfo López Mateos (1958-1964). Inició su mandato presidencial el 1º de diciembre de 1964. Profundizó el desarrollo económico basado en el petróleo y la industrialización, y sostuvo actitudes beligerantes e intransigentes.

[66] "Por ejemplo, él contaba que el Che llegó a México a oscuras. Él lo recibió [en su casa] como argentino que era. […] Y él le regaló El capital" (entrevista a Martí Soler, realizada en febrero de 2007). Según Tatiana Coll, Guevara conoció a Orfila en 1955, posiblemente luego de derrocado el gobierno de Perón.

[67] Entrevistada en la ciudad de México, en febrero de 2007.

[68] Esta incluía la traducción de libros de autores estadounidenses a idiomas como el árabe, el bengalí o el indonesio, y la impresión de más de diecisiete millones de libros didácticos, especialmente en Afganistán, Irán y la República Árabe Unida (unión de Egipto y Siria).

[69] "Los programas de actividad para el extranjero y el orgullo nacional" y "La Franklin Publications contesta al Fondo de Cultura Económica", La Gaceta, mayo de 1962: 4.

[70] "Un diálogo fructífero entre los editores mexicanos y sus colegas de los Estados Unidos".

[71] Este libro incluía un prólogo del influyente sociólogo y divulgador Gino Germani. Al igual que La élite del poder (1959), La imaginación sociológica (1961) y Poder, política, pueblo (1964) aparecieron en la sección Sociología,

dirigida por Medina Echavarría.

[72] Allí se mencionaba: “Wright Mills en las oficinas de nuestra casa. Lo acompañan miembros de la Junta de Gobierno e intelectuales de prestigio” (el destacado me pertenece).

[73] Díaz Arciniega (1994: 141) defiende la idea de que la sustitución de Orfila por Azuela fue resultado de las críticas previas al FCE de personas como Luis Garrido (abogado, filósofo y rector de la Universidad Nacional Autónoma de México–UNAM entre 1948 y 1953) o José Chávez Morado (artista plástico reconocido como baluarte del arte figurativo de la Escuela Mexicana de Pintura) por la escasa edición de temas mexicanos.

[74] Tras el escándalo generado a lo largo de 1965 por la edición de Los hijos de Sánchez y luego de la dimisión de Orfila, este título pasó a ser editado por Joaquín Mortiz. El compromiso ideológico asumido por los editores de este sello fue manifiesto al anexar al libro los documentos generados por la Procuraduría de la República sobre el caso Lewis-Orfila. Esta rica documentación permite reconstruir los distintos avatares: los acontecimientos que desembocaron en el juicio, los argumentos de la querella y la defensa, las ideas y los condicionamientos desencadenados alrededor del affaire. En el presente capítulo, decidí recortar el análisis de esos hechos por cuestión de espacio.

[75] Hacia 1987, Orfila recordaba esa situación: “—Pues hemos pensado que se debería retirar. —¿Por qué? —contesto. —Bueno, porque es extranjero, es usted argentino.—Pero eso ya lo sabían cuando vine desde 1948 de Buenos Aires; pero oiga, yo soy de alma mexicana. […] Soy tan mexicano como usted” (López López, 1993: 61).

[76] Entrevista a Martí Soler, ya mencionada.

[77] Mariano Azuela, médico, participó en las luchas revolucionarias entre las huestes de Emiliano Zapata, vivencia en que se basa su novela Los de abajo (1916), que en 1958 el FCE reeditó en la Colección Popular. Con el paso de los años, devino el título de mayores ventas del sello (FCE, 1984: 124).

[78] Esta información fue revelada a partir de documentos desclasificados de la CIA en 2006, a pedido de la ONG Archivos para la Seguridad Nacional, y coincide con los resultados de la Fiscalía Especial para los Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp), creada durante el gobierno de

Vicente Fox (2000-2006; véase José Carreño, “Echeverría y Díaz Ordaz engañaron a la CIA”, El Universal, 19 de octubre de 2006). Philip Agee (1975) también analiza el vínculo de esos dos políticos con la CIA.

[79] Estas afirmaciones fueron reproducidas por numerosos medios. “Orfila Reynal ataca a nuestro gobierno”, publicaba El Redondel, el 22 de octubre de 1967. Ese mismo día, el diario Novedades concluía que lo más absurdo era que “los apátridas de la maffia [sic]” habían rendido a Orfila “un homenaje de ‘desagravio’”. Otras notas aparecieron en Excelsior (Manuel Mejido, 14 de octubre de 1967) y en las revistas Sucesos (11 de noviembre de 1967) y Gente (Antonio Estrada, 16 de noviembre de 1967).

[80] Según el periodista Jacobo Zabludovsky, quien en los años sesenta fue encargado del telenoticiero del Telesistema Mexicano (actual Televisa), en ese entonces el gobierno de Díaz Ordaz estableció un férreo control sobre la información que se transmitía por el país. Él mismo recibió una llamada telefónica del presidente para pedir explicaciones por el tenor de las noticias acerca de la masacre de estudiantes (“Nunca creí que hubiera conjura comunista en 68: Zabludovsky”, La Jornada, 28 de septiembre de 1998).

6. Historia de un Siglo

Una empresa cultural iberoamericana

La venta en un área tan grande como la de habla española y dividida en tantos países es quizás el problema más grave que tiene la actividad editorial.

Gonzalo Losada, en carta a Orfila, 7 de abril de 1966

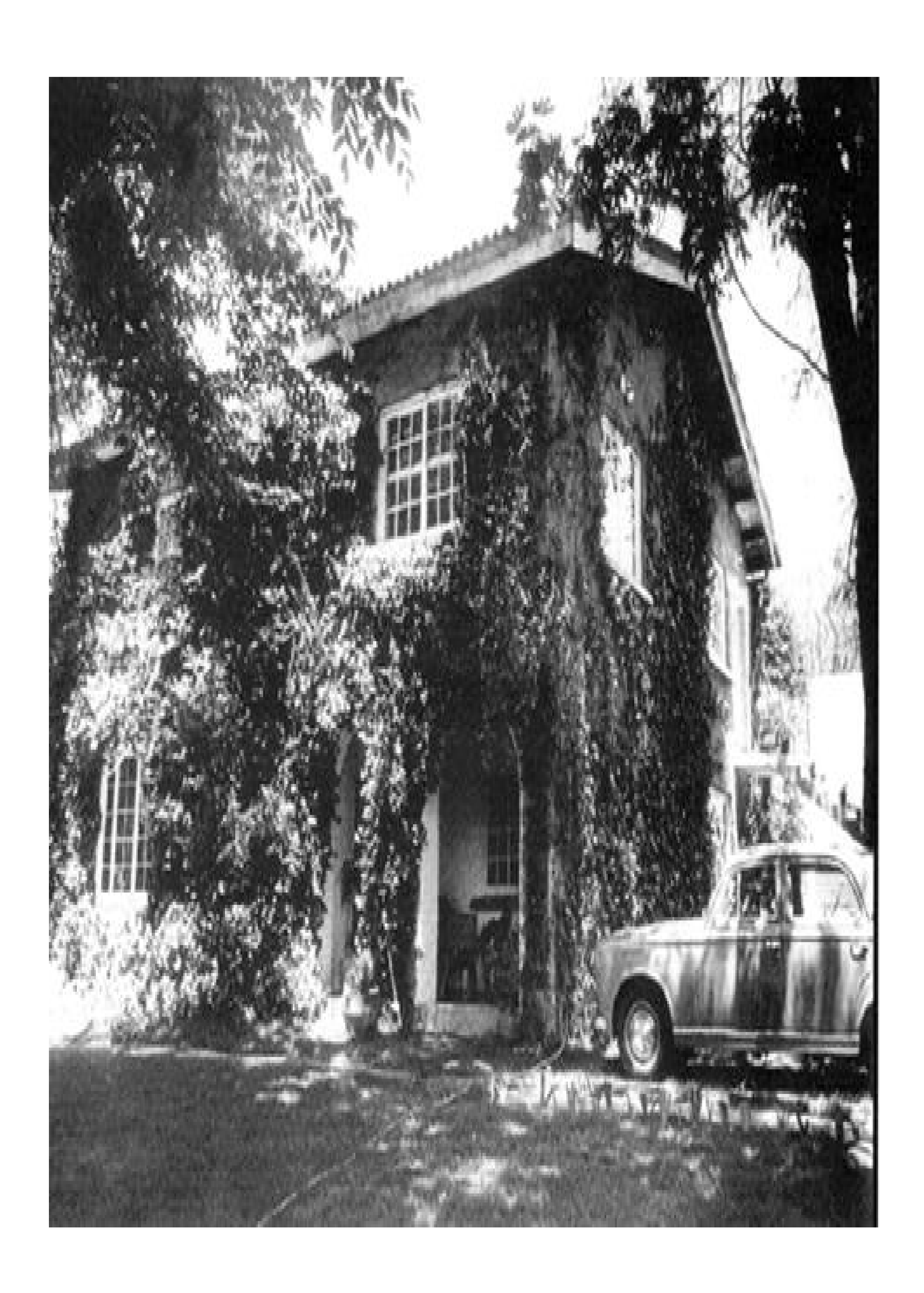
El mapa de nuestro continente se achica demasiado para nuestras relaciones editoriales. A la vista de todo esto, creo que será conveniente marchar pausadamente en proyectos editoriales en común, sobre los que habíamos hablado en Buenos Aires.

Orfila, en carta a Javier Pradera, 5 de noviembre de 1973

No depender de nadie. La felicidad que rodeó a Orfila y Séjourné tras su alejamiento del FCE correspondía a la sensación de libertad que daba el verse desligados de cualquier tipo de control superior, como la supervisión por una junta de gobierno; lisa y llanamente, por el Estado. Surgía del torrente de afecto y reconocimiento al editor: los centenares de cartas que recibió tras el escándalo parecen un corpus casi inmanejable para quien quiera interpretarlo. El intento permite reconstruir parcialmente el nuevo sistema de dependencias que envolvió a Orfila, modeló el perfil de Siglo XXI, su catálogo, y limitó los sueños de contribuir a la unidad y liberación de las culturas iberoamericanas. Para encauzar este objetivo, interpreto aquí los avatares del montaje de la organización transnacional de la empresa y la formación del catálogo. Como vimos, este era negociado a lo largo de la comunicación con intelectuales, y las estrategias eran debatidas con editores homólogos, aliados, de similares condiciones sociales, proyección y poder.

Orfila parece haber respondido a todas las cartas, aunque en función del disímil interés en asociar a los benefactores al nuevo proyecto. Se observa, así, de

quiénes el editor tomó “créditos” (blandos, simbólicos) que fueron devueltos con creces y en igual especie (no monetaria). Orfila dilapidó una enorme energía en el combate contra los desvíos de agentes que por momentos hacían valer su poder de incidencia en los rumbos de la editorial a partir de la “acumulación de acciones”, sin legitimidad o autorización colectiva. La supervivencia, reproducción y crisis de Siglo XXI resultaron de la combinatoria entre equilibrios y desequilibrios internos a la red de agentes de la editorial, mientras se avecinaban épocas de extrema violencia, política y económica, en todos los países del área cultural de Occidente.



Casa cedida a Orfila por Elena Poniatowska en 1966. Allí funcionó la primera sede de Siglo XXI. "Hay que hacer otra editorial, yo pongo mi casa, esquina de Morena y Gabriel Mancera."



Firma del acta que constituye la editorial Siglo XXI. México, 1966.

Una editorial de ultramar

Gonzalo Losada, con quien ya había colaborado durante los primeros años de Edhasa, fue uno de los editores a quienes Orfila recurrió. Dadas las circunstancias de su nacimiento en 1938, así como la tendencia de su catálogo, Losada (la principal editorial de literatura en castellano, con sucursales en cinco países) quedaba identificada como sello "republicano", aunque su director-fundador, extranjero en la Argentina, no tuviese una posición política tan clara como la de su par.

En noviembre de 1965, Losada fue uno más entre los amigos y colegas solidarios: envió un telegrama para expresar su "inconmovible admiración" por la "gigantesca obra realizada" por Orfila, "que honra a México y América". También quedó "a sus órdenes para cuanto pueda servirle". En una carta del 10 de enero de 1966, detalló su asombro por el atropello que había sufrido el socio de batallas editoriales y puso a disposición la acción gremial de la CAL, que por entonces presidía.

Renovación de los campos editoriales, pese a la violencia

¿Cómo pudo haberse hecho tanto en un contexto de tantas dificultades? Pese a los golpes de Estado en la Argentina, la censura y la ausencia de políticas de Estado, para el libro hubo una floreciente renovación en las tres plazas fuertes del área de edición en castellano. El lugar generado por Siglo XXI y las posibilidades para su diferenciación, para el reconocimiento simbólico y el éxito comercial de su producción se debieron a su posición en los distintos campos editoriales nacionales de finales de los años sesenta. La aparición de Joaquín Mortiz en 1963 y de Era en 1967 acompañó a Siglo XXI entre las nuevas alternativas culturales abiertas en México pese a la represión política de Díaz Ordaz.

En España, poco después de la fundación casi simultánea de Alianza y Siglo XXI, surgió Anagrama, de Jorge Herralde, con lo cual se presentaba una tríada de empresas culturales que sedimentaron muchas dimensiones de la “apertura” cultural negociada con el franquismo de finales de los años sesenta (Rojas Claros, 2013: cap. 4). En la Argentina, el golpe de Estado de 1966 marcó un quiebre en el proyecto innovador de Eudeba, pero no impidió que Boris Spivacow acentuara sus políticas intelectuales con la fundación del Centro Editor de América Latina (CEAL). Entretanto, el ámbito argentino sufrió la caída de grandes factorías como Kraft, Peuser y Fabril pero ganó otra respiración con Nueva Visión, Amorrortu, Tiempo Contemporáneo, Jorge Álvarez, Galerna y otras editoriales que canalizaron la efervescencia cultural y política de fuertes transformaciones en los modos de sentir, pensar y actuar.

El ideal del proyecto de Orfila –asesorado por Losada– consistía en abrir sucursales en la Argentina y en España, opción que demandaría altos costos. Sus dividendos retornarían a largo plazo, demorarían aún más tiempo que los primeros resultados por ventas de libros del sello. Pero a Orfila se le habían entregado US$ 250.000 que había que aplicar de manera inmediata, de modo que planificó una estrategia provisoria: valerse de una distribuidora internacional con un selecto catálogo de editoriales afines y sedes en las capitales argentina y española.

A pesar del prestigio y la consolidación de Editorial Losada, su mentor vivía atribulado por las dificultades para articular el espacio editorial iberoamericano, iba de crisis en crisis y necesitaba socios, al igual que Orfila. En las cartas de 1966, describió un panorama muy desalentador para el nuevo proyecto de su colega. Los libreros compraban directamente a las editoriales y la tendencia era evitar intermediaciones: “Lo que podría convenirles a ustedes es hacer una organización para la venta en México y servirse de viajantes para la venta en el exterior” (carta de Losada a Orfila, 12 de abril). Para la Argentina, Uruguay, Perú, Chile y Colombia, Losada ponía a disposición de Siglo XXI sus sucursales, red que estaba en crisis y consideraba “rémoras antes que un mediano negocio”. Inmune al desaliento de Losada, el 9 de mayo Orfila se explayó:

Con respecto a distribuidores y sucursales, yo había pensado que era posible el intentar una organización distribuidora internacional que permitiera dar impulso a la difusión de libros de un pequeño grupo de editoriales afines. Yo entiendo que si [esta] distribuidora […] manejara alrededor de un millar de títulos de calidad, podría efectuarse una tarea promocional que superara […] el trabajo dedicado a una menor cantidad de títulos. El servicio de viajantes por toda América, como usted lo dice, puede ser bien entendido si se logra esa participación de varias firmas en una organización controlada. Yo sé que los libros de usted, por ejemplo, no alcanzan en México la difusión que podrían tener, como tampoco los de Eudeba y de algunas otras editoriales argentinas y [de] España.

Esa propuesta surgió de algunos editores que eran accionistas de Siglo XXI. Orfila parecía dar cauce a un malestar general: la llegada a otros mercados del área iberoamericana, la sensación colectiva de que la unidad del continente simbólico era inalcanzable. Por delegación, aprovechaba uno de los créditos colectivos en él depositados como "un banquero cultural". Este tema expresa la movilización por parte de Orfila de su poder: un solvente capital de relaciones sociales y de prestigio internacional que habilitaban imaginar un territorio de trabajo en el cual sólo algunos, como Losada, podían aventurarse. Al prever un lento retorno de capital con la edición de libros (en el mejor de los escenarios, comenzaría a ser efectivo a mediados de 1967), la distribuidora permitiría contar con otro medio de acumulación e inversión: "Creo que es algo semejante a lo de la Alianza de Editores que han hecho Ortega, Guadarrama y otros en España y sobre la que usted me dice que hablará en próximo viaje".

En efecto, Losada estaba por volver a su país de nacimiento y le informaría a Orfila la situación allí. El objetivo central del viaje era evaluar la posibilidad de "establecer nuestra casa en España. […] Aquí en la Argentina la inflación y la devaluación monetaria son como un cáncer que lo devora todo". La carta-informe del 7 de julio es testimonio de las dificultades para lograr o sostener la proyección iberoamericana.

En España el panorama era igualmente desalentador. La censura no cedía. La Ley de Prensa e Imprenta estipulaba que, para instalar una editorial extranjera, el 50% del capital debía ser propiedad de españoles residentes en territorio nacional y el otro 50%, de españoles residentes en el extranjero. Inmunizado por

su propia autoridad, por su prestigio internacional, Losada hizo peticiones en altas esferas del gobierno franquista, en que aducía que en la Argentina había cuarenta o cincuenta editores de origen español que hacían sus negocios en igualdad de condiciones que los nacionales.

En cuanto al progreso económico de la península, hay que reconocer que es positivo y creciente (aumento del PIB al 7% anual desde hace 7 años). […] Al amparo de esta situación y con un mecenazgo "bancario" […] se ha formado, crecido y consolidado la industria editorial española, que es fruto de la protección del Estado y de las facilidades crediticias. […] Todo esto nos falta en la Argentina y la consecuencia natural es que, mientras que la industria editorial española […] va dominando […] los mercados americanos, la argentina se desintegra con la desaparición de empresas tan importantes como Kraft, Peuser, Del Atlántico, Fabril editora, […] y las que subsisten, salvo aquellas destinadas a los libros de enseñanza, languidecen y [van] perdiendo […] el pulso.

En síntesis, Losada sugería no arriesgar con sucursales. Con todo, Orfila no suspendió su anhelo, aunque conjugó los consejos y su sensibilidad como empresario para iniciar la distribuidora. Fueron decisivos el compromiso y la complicidad de los empleados del FCE en los distintos países, guiados por los gerentes –María Elena Satostegui en Buenos Aires y Javier Pradera en Madrid–, que corrieron riesgos y operaron con estratégicos actos encubiertos. Ambos quedaron unidos a Siglo XXI en los años subsiguientes. Era tal la confianza de Orfila en su ex esposa que en una carta de 1972 a Pradera, quien estaba en Frankfurt, lo felicitó por el trabajo en la feria alemana junto a la "gerente múltiple". A diferencia de Satostegui, quien siguió al frente de la sucursal argentina del FCE, Pradera pasó a trabajar como editor de Alianza, lo cual no le impidió actuar para implantar Siglo XXI de España y formar parte de su directorio, como el hombre de confianza de Orfila.

La labor de la sucursal española inició en 1967 como distribuidora, y en 1970 como editorial. La sucursal argentina lo hizo como distribuidora en 1967 y como editorial hacia 1971. Cada una era autónoma: construía su propio catálogo, reeditaba apenas los libros de las otras ramas que allí tuvieran mercado y cooperaba con ellas en proyectos conjuntos. Las diferencias entre las sedes se

diluían detrás del sello común. Más allá de la estructura transnacional, de las dificultades y los conflictos que implicaba coordinar un sistema con tres polos situados en países con tan disímiles condiciones de trabajo, para el lector "medio" Siglo XXI era una unidad. El librero también recibía un solo catálogo general. Veamos cómo se delineó este documento de identidad en los años en que aparecieron las colecciones que dejaron improntas indelebles para el reconocimiento de la editorial.

Catálogo 1967

Entre el catálogo editado en diciembre de 1967 y el de 1971, es posible comprender los pilares del sello en cuanto a capital simbólico acumulado y a rentabilidad económica de ciertas obras esenciales para el crecimiento empresarial. Veremos que, en el primer catálogo, ya estaba todo allí, como una muestra representativa de toda la cultura de una época, no sólo intelectual y política. El catálogo 1971 permite comprobar la jerarquización interna de la producción, la sedimentación de los proyectos y la irrupción de las sucursales española y argentina como centros de producción autónomos.

El catálogo 1967 era un folleto de seis páginas donde se anunciaban alrededor de ochenta títulos publicados y otros cuarenta en preparación. Como es usual, la lista de los libros editados está organizada por colecciones, según jerarquía de valor simbólico, autores por orden alfabético. Lo singular era que, entre paréntesis, se expresaba la cronología de aparición de cada título. El primero era Heráclito. Textos y problemas de su interpretación de Rodolfo Mondolfo. El catálogo también informa la geografía de la editorial. La sede mexicana era la casa alquilada a Elena Poniatowska. Se mencionaba una "sede" en la Argentina, situada en el 820 de la avenida Independencia. Luego figuraban "distribuidores exclusivos" en Venezuela (Ofidi), Chile (Editorial Universitaria de Chile) y España (Alianza).

Cuadro 6.1. Títulos representativos del catálogo de Siglo XXI, diciembre de 1967

Creación literaria	Miguel Ángel Asturias
Julio Cortázar	La vuelta al día en och
Fernando del Paso	José Trigo

Carlos Fuentes	Zona sagrada
Raúl Navarrete	Aquí, allá, en esos luga
Octavio Paz	Corriente alterna
Tomás Segovia	Anagnórisis
AA.VV.	Poesía en movimiento
Gabriel Zaid	La máquina de cantar
Teoría y Crítica	Louis Althusser
Michel Foucault	El nacimiento de la clí
Maurice Godelier	Racionalidad e irracion
Stephan Körner	Introducción a la filoso
José Medina Echavarría	Filosofía, educación y
Rodolfo Mondolfo	Heráclito. Textos y pro
Jean Pouillon y otros	Problemas del estructu
AA.VV.	Polémica sobre marxis
Sociología y política	Stokely Carmichael y
Marco A. Durán	El agrarismo mexicano
Erich Fromm y otros	La sociedad industrial
Kewes S. Karol	China: el otro comunis
Sociología y política	Kwame Nkrumah
AA.VV.	Estados Unidos frente
Peter Worsley	El Tercer Mundo. Una
Economía y demografía	Celso Furtado
Gonzalo Martner	Planificación y presupu
Héctor Soza Valderrama	Planificación del desar
AA.VV.	Bases para la planeació
AA.VV.	La brecha comercial y

Louis J. Zimmerman	Países pobres, países ri
AA.VV.	Bases para la planeacio
Psicología y educación	Roger Bastide
Josef Rattner	Psicología y psicopatol
Joaquín de la Torre	Pediatría accesible
Arquitectura y urbanismo	Emmanuel Besnard Be
Raymond López y otros	El porvenir de las ciud
Antropología y lingüística	Jules Henry
Bertil Malmberg	Los nuevos caminos de
AA.VV.	La escritura y la psicol
Historia y arqueología	Nelson Mandela
Laurette Séjourné	Arquitectura y pintura
Victor Serge	El año I de la Revoluci
Nueva ciencia, nueva técnica	John D. Carthy y Franc
El hombre y sus obras	Ezequiel Martínez Estr
Colección Mínima	Alejandro Aura, Leopo
Jorge Luis Borges, en diálogo con Georges Charbonnier	El escritor y su obra
Pierre Aigrain, en diálogo con Georges Charbonnier	El hombre de ciencia e
Colección Inicial	Vladimir Henzl
En distribución	Laurette Séjourné

En primer lugar aparece Creación literaria, que desarrolló un proyecto trunco en el FCE: una colección de escritores latinoamericanos. Siglo XXI tuvo la oportunidad de ser la editorial por excelencia del boom, si se toma en cuenta la carta blanca concedida por los principales autores de ese movimiento para que Orfila editara sus obras. Pero al menos dos factores lo impidieron. Uno fue el principio de publicar solamente obras inéditas, que Orfila siempre sostuvo. Además, por ética de oficio, el editor se inhibía de espigar fondos de obras de autores como Asturias en Losada o Cortázar en Sudamericana.

A Creación literaria le seguía Teoría y crítica, serie que buscaba orientar el pensamiento académico de la hora. Vemos allí dos títulos de autores europeos "latinoamericanizados" (Mondolfo y Medina Echavarría), de amplia consagración, junto a jóvenes autores franceses que marcaban la vanguardia internacional de la crítica estructuralista. Por esos años, Heráclito y José Trigo eran los títulos más apreciados por Orfila. Filosofía, educación y desarrollo era publicitado como "texto del Ilpes". Medina Echavarría y Francisco Giner de los Ríos, asesores de Orfila desde mucho tiempo atrás, despuntaban como líderes de las ciencias sociales latinoamericanas, irradiadas desde instituciones internacionales asentadas en Santiago de Chile (Sorá y Blanco, en prensa). En asociación con ellos, Siglo XXI pasó a editar casi todos los libros que hicieron a la teoría de la dependencia.

En el catálogo también figuraba El mundo del hombre, conjunto de colecciones: eran las de sociología, política y economía, disciplinas que por lo general eran percibidas como complementarias y expresaban la vanguardia intelectual de la época. La sección Economía y demografía se destacaba por la mayor cantidad de autores latinoamericanos. Las categorías axiales de los títulos eran planificación, desarrollo económico y social, dependencia, orden internacional desigual. Otros problemas de la época resaltan a lo largo de la serie: Tercer Mundo, poder negro, colonialismo, crisis mundial, pobreza, revolución.

La sección Psicología y educación señala otro importante filón de la renovación del conocimiento universitario modernizador, con títulos para el medio universitario y para el gran público: los temas involucrados concitaban el interés para la "vida moderna" de clases medias que desde los años cincuenta habían aumentado su poder de participación ciudadana en América Latina. También es relevante el lugar de la arquitectura, que por entonces era vista como una

disciplina social e imprescindible para la planificación política. La sección Historia y arqueología sumaba autores como Mandela, Séjourné y Serge, heterogeneidad que denota la intención de funcionar no sólo como una editorial académica sino como un sello para un público lector más extenso, que debía prepararse para los desafíos intelectuales y políticos de un “mundo contemporáneo” que no podía entenderse desgajado de ciertas tradiciones esenciales. La colección Nueva ciencia, nueva técnica extendía ese horizonte al sumar formas de conocimiento que eran consideradas vectores de transformación cultural, como la cibernética y la ciencia de la información. Las restantes colecciones se abrían aún más enfáticamente hacia el público lector general, con pequeños manuales, biografías, entrevistas.

Al igual que con el libro de Mondolfo, para Orfila era fundamental contar con otros títulos de intelectuales amigos y admirados, como Ezequiel Martínez Estrada. Luego aparecerían los de José Luis Romero, Sergio Bagú y otros afines. Esos autores garantizaban la continuidad de ideales y proyectos del editor.

Cuadro 6.2. Obras en preparación por Siglo XXI, diciembre de 1967 (selección)

Teoría y Crítica	Louis Althusser	Para
Antonio Gramsci	Antología	Prólo
Jean Piaget	Biología y conocimiento	
Lucien Sebag	Marxismo y estructuralismo	
William H. Walsh	Introducción a la filosofía de la historia	
Psicología y educación	Sigmund Freud–Lou Andreas-Salomé	Carta
Economía y demografía	Albert Hirschman	El co
Raúl Prebisch	Comercio y política internacional	Títul
Paul Sweezy y Paul Baran	El capital monopolista	1968
Sociología y política	Josué de Castro	Geog

	AA.VV.	Brasi
Antropología y lingüística	Émile Benveniste	Probl
Arquitectura y urbanismo	Michel Ragon y otros	Los v
Nueva ciencia, nueva técnica	V. Parin y Roman M. Baievsky	Intro
Historia y arqueología	Tulio Halperin Donghi	Histo
Carey McWilliams	Los hispanoamericanos de Estados Unidos	Apar
El hombre y sus obras	Konstantin Stanislavski	El ar
Creación literaria	Jorge Luis Borges	Nuev
Alejo Carpentier	El año 59	1968
Juan Rulfo	Los días sin floresta	No fu
	Mario Vargas Llosa	Relat
David Viñas	Los hombres de a caballo	1968
Inicial	Pablo González Casanova	Socio
Mínima	Margaret Randall	Los ‘
Enciclopedias	Jean Dauven (coord.)	Encic

Como resulta evidente, señalo apenas algunas tendencias del catálogo “general”. [81] Las lógicas de acumulación de las distintas secciones continuaban la tendencia ya expresada y se expandían en títulos que aseguraban el seguimiento de los paradigmas dominantes –el estructuralismo y el marxismo– en autores como Althusser. Economía y Demografía representaban sectores muy dinámicos entre la vanguardia académica latinoamericana, con autores centrales en la génesis de ese movimiento, como Hirschman y Prebisch. Benveniste significaba rigor científico y ampliación de las posibilidades analíticas en lingüística y antropología. La colección Creación literaria integraba a autores de la región con creciente reconocimiento internacional.

Poco después, se inició la edición de las obras completas de Alejo Carpentier y se atrajo a autores de prestigio y éxito comercial como Mario Benedetti, Eduardo Galeano y Ernesto Cardenal. El título de González Casanova entre las colecciones de gran difusión marca la homología con los grandes proyectos de Orfila en el FCE: Breviarios y Colección Popular, que se proponían una tarea de divulgación.

Catálogo 1971

Hacia 1971, la colección literaria, nuevamente en posición inicial, confirmaba la reunión de los autores más debatidos por la crítica, exponentes del boom. Se sumaron títulos de Fernando Alegría, Enrique Anderson Imbert y Mario Benedetti; otros como Último round de Julio Cortázar y Todos los gatos son pardos de Carlos Fuentes, o un poemario de Gabriel Zaid, quien también preparó el decisivo Ómnibus de poesía mexicana. Muchos títulos de Creación literaria ya habían tenido reediciones, índice de una sostenida demanda.

Teoría y crítica aumentaba su significación traduciendo a autores como Gramsci (Antología), Foucault (La arqueología del saber), Baudrillard (El sistema de los objetos) y Ricoeur (Freud: una interpretación de la cultura). Al igual que Creación literaria, esta colección granjeó importantes ventas y réditos económicos. La revolución teórica de Marx de Althusser, por ejemplo, llegó a la sexta reedición en 1971 y Para leer El capital, a la cuarta. Es interesante notar que entre los exponentes de esta colección, a Medina Echavarría y Mondolfo se sumaban Posdata de Octavio Paz y Producción, ciencia y sociedad de Jaime Labastida, actual director general de Siglo XXI. Los conceptos elementales del materialismo histórico de Marta Harnecker también demostró ser un gran éxito de librería.[82]

La sección Sociología y política ganó presencia, especialmente con autores latinoamericanos como Sergio Bagú, Rodolfo Stavenhagen, nuevos estudios del Ilpes y una colección por países (por ejemplo, Brasil hoy). Brasil aparece como tema importante, quizás por la acentuación de la violencia dictatorial tras el Ato Institucional nº 5 de 1969 y por el dinamismo de los exiliados presentes en Chile, desde donde se ligaban con Medina Echavarría y otros mediadores del catálogo. Pablo González Casanova se afirmaba en 1971 como autor de la Casa, con la tercera edición de Sociología de la explotación. Entre los clásicos extranjeros aparecían títulos de Marcuse, Wright Mills, Fromm, Horowitz y Poulantzas. Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales de Felipe Pardinas iba por la sexta edición y también pasaría a ser un duradero éxito de ventas. Del lado político, aparecían títulos del debate público como Conversación con Allende de Régis Debray.

En Economía y demografía creció la presencia del desarrollismo y la teoría de la dependencia. Así, Siglo XXI se consolidó como la casa editora de dichas corrientes y de los centros académicos internacionales de Santiago de Chile. En 1971 aparecieron Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes de Fernando H. Cardoso y Dependencia y desarrollo en América Latina de Cardoso y Enzo Faletto. Entre los brasileños también fueron publicados Octavio Ianni (Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina) y Hélio Jaguaribe, quien junto con Aldo Ferrer, Miguel S. Wionczek y Theotônio dos Santos firmaba La dependencia político-económica de América Latina. Casi todos los títulos de autores latinoamericanos tenían varias reimpresiones.

La colección de psicología, que hasta ese momento parecía poco dinámica, lanzó una apuesta de gran impacto: Lectura estructuralista de Freud, una selección de los Écrits de Jacques Lacan (más tarde, se completaría la traducción de los dos volúmenes del original y se adoptaría su título). En cuanto a Antropología y lingüística, su visibilidad aumentó considerablemente al editarse a Georges Dumézil y los dos tomos finales de las Mitológicas de Claude Lévi-Strauss. De este autor, el sello publicaría más adelante Antropología estructural II.[83] En esta colección también es importante la presencia de autores brasileños, con un título de Maria Isaura Pereira de Queiroz (Historia y etnología de los movimientos mesiánicos) y dos de Darcy Ribeiro (El dilema de América Latina y Fronteras indígenas de la civilización; años después la editorial publicó Los brasileños). La colección Historia y arqueología creció a buen ritmo, con predominio de títulos sobre América Latina de autores de países metropolitanos. A diferencia de la sociología, la economía, la antropología y la psicología, la historia quedaba en posición secundaria tras las modernas disciplinas exactas y humanísticas, las cuales ofrecían nuevas facetas para reflexionar sobre los problemas de un mundo en transformación.

Nueva ciencia, nueva técnica aumentó su caudal con títulos traducidos, entre los cuales pueden mencionarse dos trabajos de Claude Bataillon sobre México y tres títulos de Konrad Lorenz sobre instinto y conducta humana. El hombre y sus obras renovó su opción por libros de política y polémica: Las venas abiertas de América Latina de Eduardo Galeano, Cambão, la cara oculta de Brasil de Francisco Julião, El diario del Che en Bolivia, El pensamiento del Che Guevara de Michael Löwy y la segunda edición de Martí: el héroe y su acción revolucionaria de Martínez Estrada. Los títulos sobre arte de esta colección dieron lugar a una serie específica sobre cine y teatro (cuatro títulos traducidos).

La colección Mínima tuvo gran crecimiento y ratificó la importancia atribuida por Orfila a la formación del “público de masas”: esos libros tenían un precio de tapa tres veces menor que el estándar del resto de las colecciones. Algunos de sus títulos serían éxitos de venta como Biografía de un cimarrón de Miguel Barnet y Literatura en la revolución y revolución en la literatura, polémica entre Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa. También fue significativa la presencia de científicos sociales, con títulos “para abrir conciencia”: Luiz de Aguiar Costa Pinto con Nacionalismo y militarismo, Halperin Donghi con El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional, Aníbal Ponce con Humanismo y revolución, Héctor Silva Michelena con Universidad, dependencia y revolución, Augusto Salazar Bondy con ¿Existe una filosofía de nuestra América?, conversaciones de Lévi-Strauss con Charbonnier –en Arte, lenguaje y etnología– y Leopoldo Zea con La filosofía americana como filosofía sin más.

Cuadro 6.3. Cantidad de títulos publicados, catálogos de 1967 y de 1971

	Diciembre de 1967	Septiembre de 1971	Variaci
Creación literaria	9	31	244,44
Teoría y crítica	10	33	230
Sociología y política	7	36	414,28
Economía y demografía	12	45	275
Psicología y educación	9	24	166,66
Arquitectura y urbanismo	2	3	50
Antropología y lingüística	3	12	300
Historia y arqueología	7	19	171,42
Nueva ciencia, nueva técnica	4	20	400
El hombre y sus obras	3	18	500
Cine y teatro	–	4	–

Mínima	9	46	411,11
Varia	–	4	–
Total	75	295	353,4

En el catálogo 1971 se publicitaron los primeros títulos de Siglo XXI de España Editores. Luego de diecisiete, variados, sobresalían dos colecciones: Historia universal (“36 volúmenes de bolsillo”) e Historia de la filosofía (8 volúmenes). Luego seguirían colecciones similares, como Historia de las religiones. Entre otros diecisiete libros editados en España, se destacaba Problemas de investigación en sociología urbana de Manuel Castells. Carmelo Lisón Tolosana y Henri Lefebvre también fueron publicados.

En el mismo catálogo se anunciaba: “En agosto de 1971 quedó fundada Siglo XXI Argentina Editores S.A. Al coordinar su labor con las casas de México y España constituirá un puente entre los pueblos de habla española”. Se detallaban las obras en preparación por la nueva sucursal, que correspondían a libros originariamente proyectados por Signos (a la cual me refiero en el capítulo 8): Elementos fundamentales para la crítica de la economía política de Karl Marx, Escritos económicos del Che Guevara, De la gramatología de Jacques Derrida, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo de Maurice Dobb, Lo normal y lo patológico de Georges Canguilhem, Excedente económico e irracionalidad capitalista de Paul Baran y otros cinco títulos.

Al contrastar los dos catálogos, se observa continuidad en la acumulación de un plan de obras que pareció ya estructurado durante el primer año de funcionamiento de la editorial. La diferencia más notoria aparece hacia el final del catálogo 1971, cuando se menciona la producción diferenciada de Siglo XXI por las sucursales española y argentina.

En el equipo de la sede mexicana sobresalieron Martí Soler como gerente de producción, secundado por Eugenia Huerta, y Concepción Zea en la gerencia administrativa. Como veremos más adelante, lo que sintetizaba la diferencia de esta sede con respecto a las sucursales era el espacio excluyente ocupado por Orfila y Séjourné. La editorial era literalmente su casa y su labor en la selección de títulos era intensa, permanente.[84] Cada año viajaban a Cuba, la Argentina, Francia, España e Italia para encontrarse con autores del catálogo y editores aliados como François Maspero y Giangiacomo Feltrinelli (quien moriría en 1972). Los viajes, además, tenían la finalidad de planificar la extensión continental de Siglo XXI y articular la labor de las sucursales.

Siglo XXI de España: aportes y limitaciones en el centro de la tradición

Como ya mencioné, la piedra fundacional de Siglo XXI de España fue un acuerdo de mutua colaboración alcanzado con la editorial Alianza, creada al mismo tiempo que Siglo. El mediador fue Javier Pradera, militante e intelectual de izquierdas, amigo personal de Orfila y, hasta entonces, gerente de la sucursal ibérica del FCE.[85] Uno de los mentores y financistas de este proyecto fue José Ortega Spottorno, hijo de José Ortega y Gasset, quien hacia 1963 había refundado la Revista de Occidente.[86] Según Rojas Claros (2006: 68), esa publicación, junto con Cuadernos para el Diálogo y “la opusdeísta Atlántida, fueron elementos que dieron cierto reconocimiento internacional a los avances desarrollados por la política aperturista de Manuel Fraga”.

Mientras tanto, la edición española asistía a cerrados combates entre los sellos con fines políticos excluyentes –dispuestos a minar los pilares ideológicos del poder autoritario– y los guardianes de todo lo que en los tiempos de la Guerra Fría era Occidente. Ciencia Nueva, ZYX, Nova Terra, Edicions 62, Edicusa, por un lado, y por otro, la burocracia del régimen, que incesantemente perfeccionaba el aparato legislativo y represivo para cuidar del Index Librorum Prohibitorum y otras instituciones cuasimedievales, tan valoradas por el franquismo y los ideólogos del Opus Dei (Rojas Claros, 2013). Alfaguara (fundada en 1964), Alianza, Siglo XXI y luego Anagrama intervinieron en ese espacio de disputas simbólicas desde estructuras empresariales modernas, con otra clase de respaldos y recursos que a la larga les permitió producir efectos duraderos en los tortuosos caminos españoles hacia la democratización. Además, surgieron en los años en que la matrícula universitaria tuvo un crecimiento exponencial.[87]

Más allá del inicio “orteguiano”, Alianza nombró como editor a Javier Pradera, a quien, en el plano nacional, le resultaba un proyecto más atractivo que el del FCE y, en el de la militancia internacionalista, quedaba libre para sumarse al ejército de intelectuales primigenio. Con sus series de bolsillo, Alianza materializó la clase de revoluciones intelectuales y de mercado que este tipo de emprendimientos aspiraba imponer.

La distribuidora Siglo XXI comenzó a funcionar en 1967, dirigida por el mexicano Faustino Lastra, intelectual de izquierdas. Ante las trabas, los controles de sesgo policíaco y los magros resultados comerciales de la plaza española, al año siguiente Orfila encomendó a Pradera que diseñara un plan de ediciones. Este, con ética del oficio, insistía en que su colaboración tenía un límite, ya que era empleado de Alianza.[88] Aun así, honró su amistad al participar en el directorio de Siglo XXI de España, cuando en 1969 se constituyó como editorial. El inicio también estuvo marcado por el "ritual de comensales", en el que se recaudó alrededor de siete millones de pesetas (casi la mitad aportadas por el escritor Daniel Zarza).

El año 1969 marcó un ápice del terrorismo editorial de Estado en la península, cuando se prohibió la producción y circulación de libros sobre "literatura marxista de inspiración castrista, Mayo del 68, matanza de Tlatelolco, teología de la liberación, descolonización, Checoslovaquia" (Rojas Claros, 2006: 76).

El plan de obras comenzó a implementarse recién a finales de ese año, con activa participación de Javier Abásolo y Jesús Munárriz –quien había estado al frente del sello madrileño Ciencia Nueva– en la gerencia editorial. Juan Benet y José Luis López Aranguren fueron algunos de sus asesores. Con todo, no resultaba sencillo controlar los conflictos que impreaban en esa plaza, tema recurrente en la correspondencia entre Pradera y Orfila. En ese sentido, el trabajo de Lastra, Abásolo y Pradera se veía refrenado por las dificultades con Daniel Zarza, quien reclamó "voz y voto", apoyado en su caudal de acciones. "Javier se intentó largar hace un mes de S. XXI. […] Si no fuera por usted y por amigos como Lastra hace tiempo hubiera mandado a Daniel [Zarza] y a Siglo XXI de España al cuerno", relataba Pradera a Orfila en una carta del 19 de diciembre de 1968.

"¡Me importa un carajo el dinero y los dividendos!" Orfila, amigo y editor del Che

En noviembre de 1968, Pradera había viajado a Cuba para una exposición del libro español.[89] Había recibido quejas de Rolando Rodríguez, encargado del Instituto Cubano del Libro, por algunas cláusulas del contrato relativo a la

comercialización del diario del Che. Poco antes, Fidel Castro, Augusto Roa y familiares del líder guerrillero habían realizado un acto especial para entregar los manuscritos al editor argentino.


EL DIARIO DEL CHE
EN BOLIVIA
PRÓLOGO DE
FIDEL CASTRO
APÉNDICE CON
NUEVOS
DOCUMENTOS
XXI
EL HOMBRE
Y SUS OBRAS
2ª EDICION

“

Rolando está muy dolido con [usted] porque estima que su carta proponiéndole las rectificaciones contractuales era demasiado fenicia; piensa que Siglo XXI no es Porrúa ni González Porto y que él lo ha demostrado en el momento de darles a Vds. la edición del diario, lo que le ha costado un fuerte disgusto con ERA. Se considera incorrectamente tratado; y le echa la culpa del asunto a Daniel [Zarza]. […] Surge ahora otro problema: aunque Rolando ha aceptado todas las rectificaciones que Vd. proponía, y aunque estaría dispuesto a hacer otras más, siempre que el asunto no le fuera planteado de forma fenicia, parece que Daniel no quiere firmar el contrato.”

En su indignada respuesta, Orfila detalló todos los pasos y acuerdos mutuos en que se había negociado el contrato y por qué él (y no otros colegas mexicanos) había resultado el elegido para editar ese diario: “¿Quién que tenga una mediana buena disposición para juzgar sin prejuicios puede tacharme de ‘fenicio’ porque intento corregir defectos de un instrumento de trabajo que sé después provocarían molestias? […] Mi adhesión a la Revolución Cubana, mi solidaridad, mi respeto, no viene de ahora. Nació [del] Moncada, lo expresé con la ayuda material que pude, cuando estuvieron preparándose aquí en 1956; la seguí en todo momento y el 1º de enero de 1959 nos reunimos en la Embajada cubana para celebrar el triunfo (donde) estaban ausentes muchos camaradas y compañeros de ruta que […] ahora en [su] mayoría […] coincidieron para destruir o disminuir la hazaña y la figura del Che. […] Sé que puede decir que Siglo es una S.A., que soy accionista, pero los dividendos no han sido cobrados y se han reinvertido para aumentar el capital de trabajo. Y le juro que es verdad […] que me importa un carajo el dinero y los dividendos. No creo sea el caso de los otros editores, por amigos y progresistas que sean. Y si los cubanos me dieron una ayuda con el Diario, han contribuido a ayudar una obra que haré trabajar cada vez más en la línea que le interesa a la Revolución. Además […] el precio del Diario y el royalty del 15% lo fijaron a mi pedido los amigos de la Embajada. […] La Revolución Cubana es uno de los hechos que me dan más ánimo para vivir y actuar, y quiero que mi conducta se vea allí transparente. Ya es la una del 2 de enero y lo dejo”.[90]

Proseguía Pradera:

Una vez pasado el mal trago […] (me siento responsable del montaje de Siglo XXI en España y me mortifican mis errores de apreciación con respecto a Zarza, aunque sus tres millones sigan existiendo realmente), espero que nuestra correspondencia, aun en la “clandestinidad”, vuelva a la frecuencia de tiempos anteriores.



Orfila en la sede de Siglo XXI España, 1979. Lo acompañan Javier Pradera, Javier Abásolo y un periodista. Foto de Marisa Florez, El País de Madrid.

¿Cuál era, en definitiva, la importancia de España para los objetivos de Siglo XXI? Aparentemente, no fue "un buen mercado". De modo general, los altibajos en el comercio de libros en la península hicieron que allí predominaran objetivos exportadores. Mientras las ventas eran muy importantes en otros países, en España no cubrían las expectativas. En cartas al contador de la sucursal, Orfila hacía balances como un experto auditor de cuentas, con promedios de ventas por año, prorrateos en función de la cantidad de títulos en oferta por bocas de expendio y minucias de todo tipo:

Comparo la venta en España con la de los otros países latinoamericanos y con el total de nuestras ventas. En el primer período al que me estoy refiriendo (noviembre de 1968–octubre de 1969), las ventas en España significan 7,2% de nuestro total y en el segundo (noviembre de 1969–julio de 1970), el 4,1%. […] En países más pequeños y con menor tradición cultural están vendiendo en mayor proporción que [en] España. […] En orden decreciente: Argentina, Colombia, Chile, Perú, Uruguay, siguiendo España en sexto lugar, no muy lejos de Venezuela y Brasil.

Con todo, España dejó sus huellas como polo productor. El primer título que apareció fue Tribunal Russell. Sesiones de Estocolmo y Roskilde. La historia, disciplina casi ausente en el catálogo general de Siglo XXI, formó el núcleo del catálogo español, especialmente con la ya mencionada colección Historia universal, de origen francés. Esta significó un importante long seller consumido por públicos universitarios de Iberoamérica. Orfila celebró el lanzamiento de los primeros títulos:

Representa el más grande esfuerzo de inversión, es uno de los proyectos más

audaces que hemos iniciado. Las dificultades de la censura son lamentables y con ellas nos han fastidiado tanto en aspectos intelectuales como comerciales. [91]

Orfila aseguró la capacidad financiera para comprar derechos, traducir y lanzar las decenas de volúmenes del proyecto más audaz en los años sesenta. Puso todo su empeño para un aporte que, por ser enciclopédico, podía sortear la censura. Lastra y Munárriz querían ir “más allá”, y Pradera no ocultó que el deseo inicial era volverse “una editorial marxista-leninista, drástica y ortodoxa a ultranza”. [92] Pero Orfila, con su sensible pulso político y comercial, logró cautela. Según Rojas Claros (2006: 75), el ministro Fraga alertó sobre el peligro que podía representar la instalación del sello. El editor fue citado a una audiencia en que se comprometió a que toda la producción pasaría por la censura “voluntaria”. La represión ideológica habría sido implacable con los libros de sociología y política que predominaban en los catálogos de Siglo XXI en México y la Argentina. A pesar de eso, su par española editó textos arriesgados y cumplió funciones profesionales estratégicas. La posición europea era esencial para legitimar los proyectos latinoamericanos: la conexión de las tres ramas con los centros intelectuales metropolitanos.

En 1973 se fundó Siglo XXI de Catalunya–Les Punxes. Este último era el nombre de una distribuidora de “literatura progresista” que, a diferencia de las casas de la Argentina y España, presentó un plan para integrarse a la red comandada por Orfila.

▪

[81] Según observo en el capítulo 8, la fase de trabajo editorial en sentido estricto (preparación de obras, instancia previa a la publicación) es un momento de inestabilidad y negociación en que se despliegan ideas y prácticas luego invisibles o sublimadas cuando un objeto impreso cristaliza como producto de mercado.

[82] La primera edición apareció en 1969 y hasta 1994 tuvo cincuenta y nueve reimpresiones y algunas reediciones.

[83] Entre las apuestas de Siglo XXI, hubo títulos significativos de la antropología anglosajona: Edmund Leach, Mary Douglas, Edward Evans-Pritchard, Raymond Firth, Marvin Harris, Betty Meggers, Elmer Miller y Victor Turner. También obras de otros autores de lengua francesa, como Maurice Godelier, Luc de Heusch y Claude Meillassoux.

[84] Para privilegiar una visión transnacional, en esta y otras secciones del presente libro me restrinjo a un plano básico de datos pertinentes. Un panorama general de Siglo XXI en México consta en Nova Ramírez (2013).

[85] De abuelo y padre falangistas, asesinados durante la Guerra Civil, Javier Pradera fue un activo militante antifranquista, miembro del Partido Comunista. En 1955 pasó a la clandestinidad y fue arrestado tres veces. El nombramiento como gerente del FCE le llegó cuando ya había escrito, aunque no publicado, importantes textos sobre la transición política. Un año después, dejó el PC en protesta por las expulsiones de Fernando Claudín y Jorge Semprún. Hoy en día se lo considera una "eminencia" entre quienes abrieron los rumbos del proceso de redemocratización. Su renombre se forjó en las columnas políticas de El País, del cual fue miembro fundador.

[86] Años más tarde, Ortega Spottorno fue uno de los fundadores de El País y del Grupo Prisa. También fue senador por elección real en la Legislatura Constituyente que promulgó la Ley para la Reforma Política de 1977.

[87] Al igual que en el caso mexicano, sólo reseñamos el campo editorial español en los años sesenta y setenta. En esa historia riquísima, las acciones de editores como Jaime Salinas, Carlos Barral, Jorge Herralde o Esther Tusquets repercutieron en las luchas por la redemocratización del país. En los últimos tiempos han aparecido numerosos estudios acerca de ese período: véanse, entre otros, Muñoz Soro (2006), Martínez Martín (2015: caps. 11 y 12), Larraz (2014) y Vila-Sanjuán (2003).

[88] Por entonces estaba en auge la creación más preciada de Pradera: El libro de bolsillo de Alianza.

[89] El régimen de Franco no tuvo reparos en apoyar un plan de los editores: un préstamo de dos millones de dólares, pagaderos en cuatro años, a Cuba para comprar libros españoles. Esta práctica se empleó desde los años cincuenta y permitió la rápida recuperación de España como principal mercado productor de

libros en lengua castellana. La censura no interfería si el fin de la producción era el mercado exterior; según Rojas Claros (2006: 76), eso dio a Siglo XXI de España cierta ventaja.

[90] Carta de Orfila a Javier Pradera, 1º de enero de 1969.

[91] Carta de Orfila al ingeniero Pablo García Arenal, 2 de enero de 1971.

[92] “Siglo XXI cumple 35 años en España y mantiene su línea progresista y de izquierdas”, El País, 12 de junio de 2003.

7. La vuelta al libro en ochenta cartas

Cortázar, Orfila y el contrapunto editorial de la composición literaria

Cuando me la contaste en La Habana me gustó y la recordé unos días, pero después, en aquel fraternal pandemonio, el botón se me perdió a mi vez en alguna copa de añejo en la roca o en la sonrisa de alguna mulata de esas que todos sabemos. Quisiera no incurrir en demasiada fantasía, y por eso me bastará que me des los datos del incidente; muchas gracias.

Julio Cortázar, en carta a Orfila, Nueva Delhi, 9 de marzo de 1968

Historia del botón

El botón del overol que usaba el operario se desprendió; cayó sobre la offset y rompió un diente de la máquina. En el taller del señor Bickel sudaron dieciocho horas para arreglarla y lograr que La vuelta al día en ochenta mundos llegara al lector argentino junto con el pan dulce de la Navidad de 1967. La historia del botón flotó en el pensamiento de Cortázar, quien consideró que daba pie para un prólogo a la segunda edición. Un simple botón cifraba el surgimiento de una obra. Si pasaba a ser determinante en un prólogo era porque quizá funcionaba como sinécdoque de una obra muy existencial, casi autobiográfica o, al menos, en consonancia con el momento crítico y experimental que vivía el escritor.

El protagonista del hecho es un maquinista de imprenta; el narrador Cortázar, en feliz encadenamiento, une las distintas instancias (operario + responsable de la imprenta + Orfila + su propia figura o voz autoral) para ver en qué trances azarosos se cifran el destino de la escritura, las decisiones editoriales y la factura del objeto libro. Si en una época temprana el Cortázar poeta era entusiasta de los juegos del azar que Mallarmé había propuesto en un golpe de dados, aquí la exploración (ya en clave más patafísica) es en torno a un botón. Como historia también verniana, es una de las "vueltas" que aquí reconstruimos para conocer la génesis de un libro: en este caso, como en el de todos los autores, el creador no existe solo, sino en un sistema de relaciones entre personas de oficios y vidas diversas, distantes; clases de agentes entre los que están el editor, el impresor, el corrector, el diseñador y tantos otros que participan en la aparición de un libro. La historia del botón, al mismo tiempo, evidencia la incertidumbre del creador al ver que una obra "abierta" se proponía a los lectores. Cortázar tomó el incidente como excusa para dejar casi pendiente el final de un texto que parecía no tener uno posible.

Orfila le narró a Cortázar la dramática escena el 7 de enero de 1968, en La Habana. Allí se encontraron por primera vez desde que habían retomado una intensa relación epistolar a finales de 1965. El marco inmediato –esto es, pocos meses después de la muerte del Che– estuvo dado por el Congreso Cultural de La Habana–Reunión de Intelectuales de todo el Mundo sobre Problemas de Asia, África y América Latina. Los dos interlocutores eran fervientes embajadores

culturales de la Revolución. Nada de eso impidió que el editor y el autor dialogasen claramente sobre nuevos acuerdos “de mercado” para el libro ya impreso: escrito a mano y en papel membretado del congreso, hallé una suerte de preforma de contrato. Parece redactado por alguien que actuó como secretario de un acuerdo con seis cláusulas; el autor retendría el 100% de las regalías de los derechos de traducción que negociase por su cuenta y la editorial, el 20% en caso de ser la gestora. También se acordaron cambios para nuevas ediciones, como un prólogo y detalles de impresión.

El mayor éxito del editor quedó plasmado en la cuarta cláusula, que expresaba: “Cortázar promete entregar a Siglo XXI la primera opción de cualquier nuevo texto que produzca, siempre que no se vea obligado a entregarlo a Sudamericana de Buenos Aires”. Para esos casos, Siglo XXI solicitaría la exclusividad para las ediciones mexicanas, y se mencionaban posibles acuerdos para intermediar con España y sortear la censura franquista. En pleno boom, cada año aparecían nuevos libros de Cortázar (o sobre él).

Desde París, el autor pensaba en la universalidad de su obra. Para eso, era decisiva la cuestión de la venta de derechos y su valoración en otras lenguas. Ante ese desafío, Cortázar consideraba que su estilo era muy argentino y latinoamericano. Así, para las ediciones en otras lenguas se comprometió a escribir nuevos “capítulos” a fin de sustituir el 25% de los textos aparecidos en la versión castellana. Orfila no desperdiciaría tal excedente, de modo que creador y editor pensaron esas nuevas “vueltas” del libro como un cuaderno complementario del original. Esa reflexión conjunta insumió un año completo.

Creación y negocios no son realidades escindibles de la vida literaria. Representan dos caras de una moneda. Este signo se desdobla, en Orfila y Cortázar, en sus posiciones como revolucionarios y como profesionales de la cultura impresa.

Cartas para editar

Tomo este episodio como una vuelta a ochenta cartas entre Cortázar y Orfila escritas hasta 1970. El núcleo de esa correspondencia trata la ideación y el armado de dos de los libros que el autor de Rayuela publicó en Siglo XXI: La vuelta al día en ochenta mundos (1967) y Último round (1969). A la luz de los debates sobre la materialidad de la cultura escrita,[93] me interesa analizar la fuerza de la edición como inexorable presencia en la creación literaria; ese factor denegado por los escritores, que en eso parecían todavía apegados a siglos de "credo" o moral del genio creador. En una superposición de estratos que revela las coincidencias entre Orfila y Cortázar, protagonistas de cierta unificación simbólica latinoamericana, hallé estos documentos acerca de esos dos títulos.

En una y otra obra, el formato es raro. Su diseño, muy audaz, resulta en una intrincada composición textual-visual. En esto inciden también los vínculos con Julio Silva y el arte, la política, la edición y la geografía de América Latina en y desde París. El libro quiso ser una autobiografía que reflejara gustos, identidades, posicionamientos éticos y estéticos, pulsiones muy personales, pero narrados de forma indirecta, mediante citas y comentarios de otros escritores, referencias a artistas, boxeadores, músicos de jazz, cronopios y famas que aparecen en episodios heteróclitos e incluso absurdos como los ochenta acontecimientos que pueden darse un día en la vida. Es un conjunto de cuarenta y seis textos discontinuos, intervenido e imaginativamente extendido página a página por los dibujos y el arte gráfico de Silva.

El proyecto compositivo muestra a un autor inconforme con la reducción de sus mensajes al solo texto, en los formatos editoriales convencionales y gráficamente pobres, en los cuales habían aparecido hasta entonces sus libros. Voluntad –ya ensayada en Rayuela, que después de otros azares y múltiples obstáculos se había publicado en 1963– de ir más allá de los límites de la lectura lineal, de poner en escena un palimpsesto (que conjugase múltiples escrituras e invitase a otras tantas lecturas). Así, ese juego de conexiones aleatorias, idealmente infinitas, se proponía involucrar al lector ("lector macho", según esa novela previa), que podría sentirse protagonista de fantasías abiertas por textos e imágenes que, como divertimentos, se burlaran de la seriedad del arte y de la

literatura “canónicas”. Quizás eso ensayase una nueva variante de las formas en que Cortázar se sentía revolucionario, o al menos vanguardista, en gran diálogo con la lógica combinatoria de Oulipo y la experiencia patafísica. La vuelta al día… y Último round parecen objetos ideales para una indagación sobre el libro como artefacto, residuo o testimonio de cultura material, cosa pasible de compra (o regalo, transporte, erosión, lectura y tantas otras prácticas relacionables).

Pero retomemos la relación autor-editor en la gestación de los libros, es decir, antes de que estos salgan a superficie; lo que pasa en la cocina, el taller, la usina de las obras, antes de su llegada a las librerías, las bibliotecas –luego, las academias, los museos–, los lectores. El oficio de editor se define a partir del haz de relaciones que moviliza (entre escritor y revisor, entre diagramador e impresor, entre encargados de la publicidad y la comercialización, etc.) para que el texto de un autor se transforme en un libro, vendible, valorable. Por eso, un editor también puede ser conocido a partir de su correspondencia epistolar (por lo general, los autores están geográficamente alejados o el editor busca tratarlos a distancia). Los mensajes y las decisiones para atraer o rechazar propuestas de libros son innumerables. Como variación de este principio, de las primeras acciones de Orfila en Siglo XXI queda un sinfín de correspondencias a autores y amigos.

Julio Cortázar

LA VUELTA AL DIA EN OCHENTA MUNDOS

siglo veintiuno editores

Portada del libro collage La vuelta al día en ochenta mundos en su formato original.

La primera carta de la serie data del 9 de diciembre de 1965,[94] y comenta la embestida autoritaria con que habían querido derrumbarlo y la impresionante reacción de los amigos. El FCE era la usina de las letras mexicanas. En Siglo XXI, Orfila podría dar cauce a un proyecto acotado en el catálogo del Fondo: una colección de letras latinoamericanas. En palabras de Orfila, el proyecto de Siglo XXI era generalista –en la jerga de los editores– o enciclopedista: buscaba abarcar “las grandes líneas del pensamiento moderno de todas las disciplinas”.

En la primera misiva, lo decisivo es la intención de formar una comunidad de aliados, como precondición para reunir textos y construir el catálogo: “Quiero reiterarle que desde ahora lo contamos entre los nuestros y que, si tuviera algo inédito, bien fuese novela, ensayo, crítica –lo que usted quiera–, le agradeceré infinitamente me lo hiciera saber y me lo mandara, cuanto antes fuese posible”. Cortázar, al tanto del atropello y de la digna reacción de los amigos, por comentarios de Vargas Llosa y Carlos Fuentes, responde once días después desde París. Su primera afirmación adhiere al imperativo de la alianza: “Huelga decirle que me cuento plenamente entre los que admiran su labor editorial e intelectual, y que lamento no haber estado en México el 18 de noviembre, para sumarme a todos los amigos que lo rodearon para expresarle su afecto”. La segunda propone un aporte personal: “Si yo llego a escribir ese libro, es desde ahora suyo. Recuerdo haberle dicho que pensaba dedicar los meses de invierno a escribir”.

“Mi querido amigo”. Así comienza la respuesta de Orfila del 3 de marzo de 1966. A pesar de la demora invernal (del hemisferio norte), el objetivo es buscar que Cortázar figure entre los primeros autores de la nueva editorial, como marca de grandeza del proyecto. Orfila afirma la libertad que ahora tiene en un sello propio: puede publicar novelas de autores no sólo mexicanos. El 16 de ese mes, Cortázar le escribía desde Ginebra –adonde se desplazaba periódicamente para realizar trabajos como traductor– para reafirmar el deseo de estar en esa nueva inauguración. También

mi promesa de darle un libro. De alguna manera (la única que vale, en realidad) el libro está ya hecho en mi cabeza y en diversas regiones de mi cuerpo. Falta escribirlo, pero esta tarea se hará apenas haya terminado la novela que empecé en octubre y que quizás mencioné en mis cartas anteriores.[95] El libro que ya llamo “mexicano” será (y es ya) una labor paralela a este otro que debo terminar primero. Me gustaría poder escribir los dos a la vez, para que el paralelismo fuese total, pero una novela exige lo que exigen las mujeres: concentración. Y yo soy muy monógamo en literatura, es decir que espero terminar la novela hacia junio, y de inmediato empezaré a escribir el otro libro. […] Le repito que el libro será empezado este verano y que si así lo quiere Toth, dios del lenguaje y de la magia, Siglo XXI lo tendrá antes de fin de año.

En paralelo a la atracción de Cortázar, salían cartas de Orfila a Asturias, Fuentes, Foucault, Mondolfo, Lévi-Strauss, Furtado, Martínez Estrada.

La respuesta del editor es del 24 de marzo. Los textos de Cortázar en producción aún no tienen título y es confuso cuál de ellos se ofrecía a este editor: Orfila pensaba que aquella novela podría aparecer por Siglo XXI ese año y el otro libro a inicios del siguiente. Con sutileza, su intención era generar acuerdos y plazos de entrega, demandar datos y garantías para que el nombre del escritor funcionase cuanto antes en los engranajes de su proyecto:

Me gustaría que en pocas o muchas líneas, cuando tenga algunos minutos, me dijera cuál será la estructura del libro y su título, pues deseo anunciar las obras inmediatas que iremos publicando. […] P.D.: Le agradecería mucho si también me enviara una foto suya para nuestro archivo y publicidad.

Resulta importante pensar que editar es un arte decisivo en la formación de la esfera pública (Habermas, 1984, Anderson, 1993). En sus cartas, Orfila ofrece un ámbito para que Cortázar haga realidad un proyecto. Esto delinea la singularidad de los libros que en cierta medida idearon juntos, y también en colaboración con otros actores no necesariamente mencionados en el carteo.

El 10 de abril de 1966, el escritor responde con una carta que esboza los objetivos del libro:

Será un homenaje a Julio Verne: LA VUELTA AL DÍA EN OCHENTA MUNDOS. El título puede darle quizás una idea de lo que quiero hacer:[96] un viaje interior, un recuento de experiencias, un balance de vida. Nada de “diario de escritor”, género que me horroriza bastante. Más bien una especie de “almanaque” donde muy bien pueden alternarse los pasajes de tono personal con las recetas de cocina, las noticias policiales e incluso los “collages”, las fotografías y los horóscopos. Desde luego puede ocurrirme lo que tantas veces, y es que al comenzar la redacción del libro, el viento se ponga a soplar desde otro cuadrante y todos mis planes sean rápidamente sustituidos por otros. Pero algo sí puedo asegurar, y es que la estructura básica del libro seguirá siendo la que le esbozo, es decir, la de un “almanaque”.

Estamos en presencia de un caso límite que condensa las relaciones para comprender la normalidad de los casos (Pollak, 2006): un autor de trayectoria internacional y el editor de mayor renombre de América Latina. Las cartas también podrían ser un canal de permanentes malentendidos potenciales. En esa carta-proyecto, Cortázar aclara a Orfila que la novela que estaba finalizando era para Sudamericana, editorial en que había editado la totalidad de su obra, a excepción de algunos títulos como Los Reyes (Buenos Aires, Gulab y Aldabahor, 1949) y Final del juego (México, Los Presentes, 1956).[97] El autor es el nombre de su obra y demarca al editor hasta dónde puede avanzar, o junto a quiénes él existe en relaciones profesionales competitivas. “He visto a Carlos Fuentes y hemos hablado mucho de usted y de México. Y ahora me voy a mi ranchito provenzal”. Así termina esa carta que abunda en definiciones provisorias.

En cada intercambio, el editor propone y pide definiciones, plazos, compromisos y promesas. Orfila comprende que Cortázar no estará entre los diez primeros títulos con que la editorial se daría a conocer en agosto de 1966. Pero insiste en la autorización para comunicar la aparición de La vuelta al día…, en la segunda o tercera lista de novedades. Cortázar reafirma el título y avanza con los contornos de su proyecto, para controlar el azar (Foucault, 1970) de la dispersión de la noticia:

Creo que en ese libro habrá de todo, desde rapidísimas críticas o alusiones literarias hasta páginas de creación personal, secuencias y recurrencias, “cocina” del novelista y del cuentista, fragmentos significativos de otros libros míos que por razones diversas quedaron fuera de sus textos pero que quizás podrán divertir o iluminar a sus lectores, sin olvidar diversas incursiones en el terreno del humor, tan descuidado en nuestra América y tan necesario frente a la “seriedad” de cuello duro que, dicho sea de paso, me resultó siempre tan humorística entre nuestros próceres de las letras. (El ejemplo de Macedonio Fernández y de Borges en muchas páginas no ha sido suficiente en nuestras letras; haré lo que pueda por arreglar algo de mi cosecha). Todo esto va dicho con la reserva de que quizá, a la hora de escribir el libro (que en este momento se compone de dos enormes sobres llenos de papeles sueltos), su tono pueda cambiar sensiblemente; pero no creo que al punto de que esta presentación general pierda su sentido. [98]

Aparte de la filiación Macedonio-Borges, en la carta que Cortázar escribe el 31 de mayo afirma que considera a Fuentes y Vargas Llosa como “los dos grandes novelistas de este momento en nuestras tierras”. Asimismo, agrega que en las entrelíneas de su libro en proyecto hará algunos “desagravios y defensas muy necesarias: entre otros, de Felisberto Hernández y de José Lezama Lima, esos grandes desconocidos del público lector en general”.

El 29 de junio, Orfila le responde sin esconder su alegría por sumar un título suyo al catálogo en ciernes: “Será uno de nuestros grandes éxitos”. Le encanta el perfil propuesto, a empezar por esa “dosis de humorismo que actuaría seguramente como un tónico para nuestra América invadida de seriedad gorilística”. Anexa el contrato y despliega todo su arte de empresario cultural. Desde su seguridad de emigrados, los dos comentan la tristeza que da “el ver a nuestro pobre país en el día de hoy sumido en esa vergüenza que antes se llamaba centroamericana”. Orfila escribe sobre la próxima reunión en Buenos Aires para constituir la filial argentina de Siglo XXI, prevista para el 13 de julio, antes de que aparecieran libros mexicanos de la editorial en el mercado: “No sé si ahora el nuevo general permitirá que esta ‘internacional’ de la cultura pueda tomar cuerpo”. E informa el conjunto de pares con los que Cortázar hará sistema en el catálogo: Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias, Carlos Fuentes y Fernando del Paso, “un nuevo novelista mexicano, […] valor auténtico”.

El contrato, como es usual, se envía con mención de que el título de la obra es provisorio: en el primer artículo, se la menciona como “Novela (inédita) o ‘Collage’ (la vuelta al día en 80 mundos)”. La tercera cláusula establece que la primera edición podría ser de hasta 30.000 ejemplares. Sobre las regalías, el último artículo expresa que al autor corresponderán: “10% sobre el precio de venta de los primeros 30.000 ejemplares, 15% en los subsiguientes. Pago de 500 dólares al recibir el manuscrito a cuenta de dichas regalías”.

El 15 de julio, Cortázar responde que no tiene objeciones al contrato y avanza con las definiciones; en efecto, empieza a delinear y negociar las formas gráficas:

Como no he visto todavía ningún libro editado por Siglo XXI, ignoro las características gráficas que se aplicarán al mío. Dado su carácter de “divertimento” (muy serio de a ratos, se lo aseguro, pero con ese tono de humor y liviandad que debe tener un libro de este tipo para no volverse insoportable), yo he imaginado muchas veces la posibilidad de imprimirlo con algunas, digamos, travesuras. Como los pasajes que lo componen son en general breves (van de unas pocas líneas a tres o cuatro páginas, y en los casos en que un texto pase de las cuatro páginas, estará de todas maneras subdividido por subtítulos) se me había ocurrido que la impresión de pequeñas viñetas en el margen, entre pasaje y pasaje, o de algunos caprichos tipográficos, podría darle al conjunto un cierto y agradable aire de almanaque. Así, signos zodiacales, viñetas medievales o barrocas, signos orientales, etc. marcarían cada cambio de tema o de orientación, ventilando las páginas y dándole al volumen su verdadera atmósfera.

Ya me dirá usted si esto es viable. Por lo que toca a esas viñetas en sí, cuento en París con la valiosísima asistencia de un pintor amigo, Julio Silva, que ya me ha ayudado en la diagramación de un libro con textos en francés y litografías en color (hacia fin de año llegarán ejemplares a México y podrá usted verlo si quiere; es el típico libro para bibliófilos).[99] Es decir que yo podría, junto con los originales, entregar los pequeños dibujos o viñetas o signos de que le hablaba, y no habría más que prepararlos para la impresión.

Dígame por favor qué le parece esto. Si está de acuerdo, yo podré entonces “trabajar” en la diagramación de muchas páginas del libro a base de sangrados

diferentes, ciertos textos a doble columna, e incluso algunos (esto es una mera posibilidad) como en esos libros de Plantin donde el texto central, en letra grande, está enteramente rodeado por comentarios o notas en caracteres mucho más pequeños. Ya ve que en materia de diversiones no me faltan ganas; pero como sé que esto entraña un lado económico, me gustaría saber cuál es el límite que me fijan ustedes.

Cortázar solicita una libertad creativa que, para el editor, equivale a inversión económica. Días después (4 de agosto) Orfila le responde. Si bien concede esa libertad, será condicionada: "puede usted ir pensando en las travesuras de que me habla". También le informa que no quiere hacer ediciones costosas. El editor está decididamente situado en la tradición argentina del libro "barato" (Sorá, 2011a). Al igual que las políticas que en Buenos Aires concretaba por entonces Boris Spivacow (elegido por el propio Orfila para dar inicio a Eudeba, en 1957) en el CEAL, sus libros debían privilegiar las altas tiradas, el bajo costo, la masividad.

Como Cortázar no es cualquier autor, Orfila negocia, aunque sin renunciar a su política:

Los libros para bibliófilos, desde luego, a veces son interesantes, pero en esta primera etapa creo que no deberemos de encararlos. Pero lo que usted me propone es totalmente viable. […] El formato en el que presentaremos la serie de Creación literaria será de 18 × 10,5 centímetros, pero le repito, que podríamos darle un formato especial. […] Podemos hacer una cosa muy hermosa y original pero no en libro para bibliófilo, sino por el contrario, de gran difusión.

En su respuesta del 19 de agosto, Cortázar se apresura a concordar con la visión de Orfila sobre el privilegio de lo bonito para la gran difusión, no para el deleite elitista del bibliófilo.[100] En octubre, tras regresar a París y contar ya con buena parte del texto escrito, iniciaría el trabajo de diseño con Silva: le anticipa su gusto por los formatos 21 × 14 y 24 × 22 cm, y le anuncia a Orfila que en enero del año siguiente viajaría a La Habana para participar en las reuniones de Casa de las Américas, de la cual era asesor y en la que solía actuar como jurado.

Orfila le advierte que no le perdonaría que no aprovechara para visitarlo en México; Cortázar le responde que sería de incógnito: “Soy un solitario por naturaleza y un ‘salvaje’. Odio los banquetes de escritores, las conferencias y las mesas redondas o cuadradas; nada ha podido reemplazar todavía la charla mano a mano con uno o dos amigos, con una copa y un cigarro”.

La siguiente carta de Orfila se demora hasta el 21 de octubre de 1966. Estuvo ocupado en el lanzamiento de los primeros diez títulos del sello, ocurrido en una ceremonia en los jardines de la editorial, realizada el 1º de ese mes. Allí asistieron “quinientos amigos”. A veinte días de ese acontecimiento, le informa a Cortázar que el éxito de la empresa sería superior al esperado y que se permitió la “travesura” de anunciar La vuelta al día… entre los once títulos siguientes, es decir, entre los primeros veintiuno, que deberían aparecer en diciembre. Con toda su solvencia comercial, pide una página de presentación de la estructura del libro para publicarla como anuncio. Además, invita al autor a una reunión de escritores latinoamericanos que organizaba la editorial y le comenta que planeaba un viaje a Madrid y a París, hacia fin de año. Quizás en esa época Cortázar estuviera en camino al Caribe. Los amigos se cruzan y transportan noticias del conjunto: Carpentier iniciaría actividades en París como embajador cubano, Orfila habló de Cortázar con Asturias cuando este lo visitó en México, y así sucesivamente.

El 22 de octubre, Cortázar (que había “trabajado mucho”) da novedades del avance del manuscrito, que veía “con más claridad”. La presencia de Silva en el diseño del libro se vuelve constante. En esta carta, el autor es portavoz de dos preguntas del artista, para ajustar sus decisiones: en primer lugar, querían que les enviaran a París un catálogo de las tipografías con que trabajaban las imprentas en condiciones de hacer el libro. Por otro lado, si la impresión se haría en offset o en typo. El cronograma de entregas fue ajustado carta a carta. Cortázar preveía terminar el libro antes de su viaje a Cuba de fin de año (en esos dos meses de ausencia, dejaría el manuscrito a una dactilógrafa, para que lo pasase en limpio) y a su regreso lo revisaría, para entregarlo al cierre del primer trimestre de 1967. Así, ya salía del marco de los primeros veinte o treinta títulos de la marca Siglo XXI, cuando los “éxitos” conseguidos por la editorial no hacían tan imperiosa la rápida publicación de un Cortázar.

El 30 de octubre, Séjourné parte hacia París llevando los catálogos de tipografías de linotipo y de caja de dos imprentas: Editorial Fournier y Gráfica Panamericana. En carta del 29 de ese mes, Orfila reafirma su elección por “un

gran público” como opuesto al libro objeto de un lector aristocrático o burgués y ofrece usar papeles en distintos colores, inversión que permite la mayor libertad de creación posible para uno y otro Julio.

El intercambio se interrumpe a fines de octubre de 1966 y se reanuda el 22 de mayo de 1967, cuando Orfila –de regreso de un viaje por Sudamérica– escribe a Cortázar. Como había sido para Cosío en los primeros tiempos del FCE, conocer la recepción del público del Cono Sur (especialmente el argentino) permitía planificar la edición de libros en México o España (Sorá, 2010b). A pocos meses de existencia pública, Orfila expresa que “nuestra naciente Editorial –valga la modestia– tiene un prestigio desmesurado en los países que he visitado”. La mayor parte del tiempo estuvo en “nuestro Buenos Aires”. En el Instituto Di Tella de la calle Florida, Siglo XXI presentó los primeros treinta y cuatro títulos. El acto fue precedido por palabras de Rodolfo Mondolfo, autor del primer libro de la editorial. En ese acto, Orfila no ahorró energías para cautivar al público y a la crítica con su catálogo, al anunciar el libro de Cortázar en preparación. El eco de la gira le permitió asegurarse de que “su- nuestro libro” alcanzaría gran éxito.

Esa misma carta expresa la inquietud por “no fracasar en las fechas”. Para comprender la composición de un libro entre un autor y un editor situados a un lado y otro del Atlántico (antes de internet), es necesario imaginar un tempo marcado por numerosos envíos postales. Segmentos manuscritos, collages de textos e imágenes van hacia México mientras muestras de imprenta y galeradas llegan a Francia. Los métodos de correo son variados y nunca seguros. Los desplazamientos de Cortázar entre sus residencias de París y su “ranchito” en Vaucluse, entre estas y las ciudades adonde viaja por trabajo, entrecortan la creación y contribuyen a generar malestar o estados de tensión: que un paquete llegó a París y durante un mes y medio nadie pudo retirarlo, que otro se perdió y sólo pudo ser recuperado con largos trámites en aduanas, etc.

Las cartas revelan ansiedad, fatiga, entusiasmo, problemas. Entre mayo y octubre de 1967 se percibe tensión; es recurrente el tema del tiempo que “se pierde” por los percances del correo. En este lapso, el lenguaje es muy técnico. Los manuscritos de Cortázar eran pasados en limpio por una dactilógrafa; una vez llegados a México, se ponían en página y se realizaba una primera impresión de los distintos segmentos, que a su vez se enviaban a Francia. Allí, Silva integraba los dibujos, las fotografías y demás imágenes, y hacía un envío a México. Nueva impresión y correo a Francia para las pruebas finales.

No se preocupe por el hecho de que yo ande viajando por esta temporada, pues aparte de la corrección de las pruebas (cosa que haré apenas me las pase Silva), todo el trabajo le toca al otro Julio, o sea, terminar el montaje del libro con las últimas galeradas recibidas. Le repito que, cuando me fui de París, dejamos armado el libro, con excepción de los textos que nos faltaban recibir compuestos; es decir que la cosa ahora va a andar muy rápido. Pienso que Silva hará sus cosas en pocas horas más, que yo recibiré aquí el total, y luego de corregir las últimas pruebas sobre el libro ya armado, le enviaré por expreso la totalidad del libro. A ustedes les tocará entonces la gran tarea de la impresión. […] Confiamos pues en que el libro saldrá en julio.

Orfila trata a Cortázar a veces con complicidad de pares y otras, con la etiqueta que impone la autoridad del autor de renombre. Con un “me animo a la irreverencia de esta intervención”, comenta que el color marrón de la portada diseñada por Silva –con la idea de un aspecto verniano, antiguo– le parece “un poco triste” y esgrime su conocimiento de “la opinión técnica librera y editorial de los que la han visto”.

Para saber si sus libros se ajustan a las expectativas intelectuales, afectivas, estéticas vigentes entre públicos y libreros, un editor como Orfila envía observadores a las librerías. Es sensible a las transformaciones técnicas del mercado y a la diversidad de alternativas abiertas para vender bien, llegar al gran público, movilizar autores de impacto en el escenario intelectual y político.

En ese terreno, Cortázar parece una apuesta segura para intentar la simbiosis con el disco de audio, en sintonía con un llamamiento cada vez más sistemático de expansión de la literatura y sus mundos hacia el terreno público: “Lo han explotado ya, seguramente, con grabaciones de discos, con textos suyos leídos por usted, pero […] me animo a preguntarle si no sería interesante hacerlo ahora por nosotros”. Pocos meses antes, Cortázar había grabado un disco a pedido de la Universidad de México. Lo abrumaba la idea de grabar otro, aunque dejaba entrever que no se cerraba a la idea si el editor lo animaba.

En esa carta, Orfila también se aventura a solicitarle si podía darle su opinión sobre la novela Los hombres de a caballo, que David Viñas le había ofrecido en

Buenos Aires. Más allá de que Orfila sabía que los compromisos de Cortázar estaban con otros sellos (Sudamericana en primer lugar, Seix Barral en España, etc.), su propio estilo de editor-patriarca lo impulsaba a consolidar una comunidad de aliados a quienes ofrecía una Casa. Una vez ligados por lazos morales de diversa intensidad y tenor, los autores pasaban a colaborar con la editorial en distintas prácticas, como el consejo de autores y títulos que incluir o rechazar. Orfila no sabía que Cortázar había sido miembro del jurado que por unanimidad había premiado esa novela en Casa de las Américas. Con dos palabras, Cortázar dicta el ingreso de Viñas a un catálogo que en un año de existencia parecía ser el objeto de deseo de todo intelectual de vanguardia.

Hacia octubre de 1967, Cortázar recibió una blueprint (impresión provisoria) del libro y se regocijó. Por primera vez veía la totalidad, la unión de textos e imágenes: “El libro me parece magnífico. […] Lo encuentro divertido, movido, liviano; creo que el otro Julio y usted han hecho una maravilla de trabajo”. Los problemas técnicos no escapan a su escrutinio y más adelante señala una docena de erratas y pide que por favor se advierta a los impresores argentinos, en caso de que ya hayan enviado los “deep-etches”. Orfila había imaginado una presentación del libro en París y, como de costumbre, Cortázar rehúye esa propuesta, señalando que no descarta aducir viaje o enfermedad para ausentarse, ya que “toda idea de convertirme en el centro de un acto público me aterra más allá de lo racional; […] sólo por Cuba venzo el horror de subirme a un estrado o enfrentarme a más de tres personas”. Además, comenta a Orfila el eco europeo de las bellísimas ediciones de Siglo XXI.

Los tiempos del lanzamiento concentraban la atención. Había que buscar la época propicia de diciembre. El libro salió a las librerías en vísperas de la Navidad de 1967. En dos meses se habían vendido 3600 ejemplares en México e igual número en Buenos Aires. La distribución y las ventas eran más lentas en el resto del continente.[101] En abril ya no había ejemplares disponibles en Buenos Aires e inmediatamente se imprimió una “segunda edición”. Así se la denominó, a pesar de que la composición gráfica no cambió ni una coma. Ahora el editor era parcialmente “dueño del libro” y tomaba decisiones que a veces no trataba con el autor. El 15 de marzo de 1968, Orfila se excusó ante Cortázar, ya que era intención de los dos Julios introducir retoques, créditos de algunas imágenes, el mencionado prólogo, así como el editor aún dudaba en cambiar el color de la portada. Meses después de lanzado el título, la comunicación entre Orfila y Cortázar era continua y preservaba esa fuerte vibración creadora que se expandiría durante más de dos años. El libro dejó de mutar: sólo las ediciones

extranjeras tendrían otros textos; en Siglo XXI, el almanaque era un logro asegurado.



Composición gráfica de Julio Silva: su retrato figura junto al de otros tres “Julios en acción” (Verne, Cortázar, Laforgue), en un recorrido lúdico por distintas disciplinas (plástica, música, poesía, novela).

Saignon, 19 de agosto de 1966

Señor
Arnaldo Orfila Reynal
SIGLI XXI
MEXICO

Mi querido amigo:

Le agradezco mucho su carta tan cordial, y la libertad que me ofrece para planear el libro. Quiero decirle ante todo que comprendo perfectamente los problemas económicos que plantea toda edición un tanto "marginal", y que de ninguna manera quisiera crearle problemas de esa índole.

En otros términos, queda descartada toda idea de libro para bibliófilo, que por lo demás no se me había ocurrido nunca. Yo creo que podremos hacer un bonito libro que sea al mismo tiempo un libro de gran difusión.

Apenas vuelva a París en octubre, empezaré a trabajar en el aspecto gráfico con Julio Silva, del que creo haberle hablado en mi anterior. Por eso prefiero no referirme ahora a los diferentes formatos que me da Ud. a elegir; será mejor que Silva y yo veamos la fórmula más adecuada, pero huelga decirle que hay dos formatos (21 x 14 y 24 x 22)que son muy tentadores. Me alegro de poder partir eventualmente de esas bases para llegar a una conclusión positiva.

Queda entendido que contará usted con las viñetas y con el proyecto de diagramación. Incluso tan pronto Silva y yo hayamos fijado un plan, le enviaremos un proyecto que abarque unas pocas páginas para que me diga su opinión; creo que así ajustaremos rápidamente la cosa.

Acabo de aceptar un viaje a La Habana en enero. Creo que sabe Ud. que soy del consejo asesor de la Revista de la Casa de las Américas, que ha de reunirse en esa fecha; además los ayudaré como jurado en su concurso anual. Se lo digo porque bien podría ser que si arreglamos las cosas con tiempo, yo pudiera hacer un regreso "triangular" y pasarme unos pocos días en México; pero esto es apenas un primer deseo, y ya veremos qué ocurre. De todos modos pienso que quizá un contacto personal aceleraría los problemas de edición del libro, aparte del gusto de encontrarme con usted y con unos pocos amigos de allá. Digo unos pocos porque soy por naturaleza un solitario y un "salvaje", y si voy a México será de la manera más incógnita posible. Odio los banquetes de escritores, las conferencias y las mesas redondas o cuadradas; nada ha podido reemplazar todavía la charla mano a mano con uno o dos amigos, con una copa xx y un cigarrito.

Salgo pronto para Suiza, Italia y Austria, donde iré a ganar unos dólares después de 4 meses de no hacer nada (o sea de hacer lo que me gusta). Si tuviera que comunicarme alguna cosa, del 20 al 28 de septiembre puede escribirme a:Agence Internationale de l'Energie Atomique, Section de traduction espagnole, Kaertnerring, Vienne I. Luego me encontrará en mi casa de París.

Un gran abrazo de su amigo,

Julio Cortázar

Carta de Julio Cortázar a Orfila, Saignon, 19 de agosto de 1966.

Como vimos, Orfila publicitó el trabajo en relación con La vuelta al día… desde mediados de 1966. En un golpe de mercado, hacia mitad del año siguiente algunas editoriales extranjeras que competían por la obra de Cortázar comenzaron a solicitar las primeras opciones. Pero al cerrar la edición en castellano el autor pensó que las traducciones merecían otro texto. Las transformaciones textuales para las ediciones en otras lenguas se demoraron por la intensa actividad de Cortázar. En el primer semestre de 1968, este ("el más nómade de sus escritores", le dice a Orfila) viajó de Cuba a Teherán, de allí a Nueva Delhi y, una vez más, a Teherán.

Ya de retorno en París a mediados de 1968, Cortázar partió hacia Saignon y comenzó a transformar los apuntes de ideas sobre las nuevas vueltas de textos para las traducciones y el cuadernillo suplementario en castellano. Demostraba un estado de ferviente creatividad, que se enlazaba con alternativas de sus vivencias amorosas, que también comunicó a Orfila. En una carta le cuenta que la escritura no fluía de modo "natural", ya que atravesaba una crisis (sin explicitarla, deja entender que era conyugal, con Aurora Bernárdez) que le demandó a fondo sus "reservas morales y espirituales". Más adelante, al tratar sobre las negociaciones con Gallimard, menciona inevitablemente a la editora literaria Ugné Karvelis, "más que amiga" por esos días, nombre muy recurrente en las cartas posteriores.[102]

Cortázar demoró hasta septiembre para aclarar las erratas de la primera edición de La vuelta al día… y Orfila se vio forzado a autorizar la impresión de una tercera edición en Buenos Aires, otra vez sin retoques. Cada nueva edición era de 3000 ejemplares y el público argentino, el porcentaje mayor de lectores.[103] Recién en la cuarta, de octubre, se hicieron las pocas correcciones comunicadas por el autor. Entretanto, Silva criticaba la baja calidad del cartón de la portada de las primeras ediciones porteñas: en la visión del artista uruguayo, hacía falta subir el gramaje y usar una goma de base caucho de gran resistencia.[104]

LA VUELTA AL DIA EN OCHENTA MUNDOS

Pág. 33, 3a. línea desde arriba, debe decir <u>crochet</u> en lugar de <u>chochet</u>.

Pág. 43, 1a. " " " , debe decir <u>medio</u> en lugar de <u>mitad</u>.

Pág. 58, 1a. " " " , debe decir <u>vé</u> en lugar de <u>ve</u>.

Pág. 66, 3a. " " " , debe decir <u>chófer</u> en lugar de <u>chofer</u>.

Pág.104, última línea, cerrar las comillas.

Pág.147, 13a. línea desde abajo, debe decir <u>arias</u> en lugar de <u>airas</u>.

Pág.205, última línea, debe decir <u>hace</u> en lugar de <u>hacen</u>.

Arnaldo:

Te agrego las pocas correcciones que se pueden hacer al texto.

Correcciones al texto de La vuelta al día…, enviadas por Cortázar a Orfila desde Saignon, julio de 1968.

Con el libro en el mercado, los temas que ocupan la correspondencia son el ritmo de ventas, de reediciones, de reintegro de regalías, de venta de derechos en lengua extranjera. Tras el acuerdo de La Habana, Orfila apura a Cortázar para que cumpla con su compromiso de conseguir editores en Francia y los Estados Unidos. En Italia, su amigo Italo Calvino lo promovió en Einaudi, que ya había publicado otros títulos de Cortázar, pero la propuesta no avanzó porque el editor no quería las imágenes de Silva. Gallimard aceptaría engrosar la presencia del autor en su catálogo, pero debería hacer fila detrás de Historias de cronopios y de famas y otros dos títulos en traducción y composición. En España, el libro fue prohibido, con la excusa del tono de un poema. Con Barral, Orfila decidió hacer una edición en la que esas páginas quedarían en blanco, para irritar a los censores franquistas. Cortázar no fue consultado y se enojó.

París, 18 de septiembre / 1969

Querido Arnaldo:

Con un pie en la escalera del avión que me lleva a Viena (tengo que trabajar 2 semanas como revisor en el Organismo de Energía Atómica de las Naciones Unidas) te mando estas líneas para decirte:

1) Que el Patón y yo estamos a la espera de los blue prints del libro, prometidas para estos días por Toso.

2) Que las ediciones L'HERNE, de París, acaban de adquirir los derechos para LA VUELTA AL DÍA...

3) Que Uqué le escribe a Carmen Balcells para avisarle de esta cesión a fin de que no haga más gestiones en Francia.

Espero que la noticia te agrade. L'HERNE está muy "en bataille", tendré un excelente traductor, y creo que todo irá muy bien.

Apenas sepa más sobre Ultimo round, el Patón o yo te escribiremos.

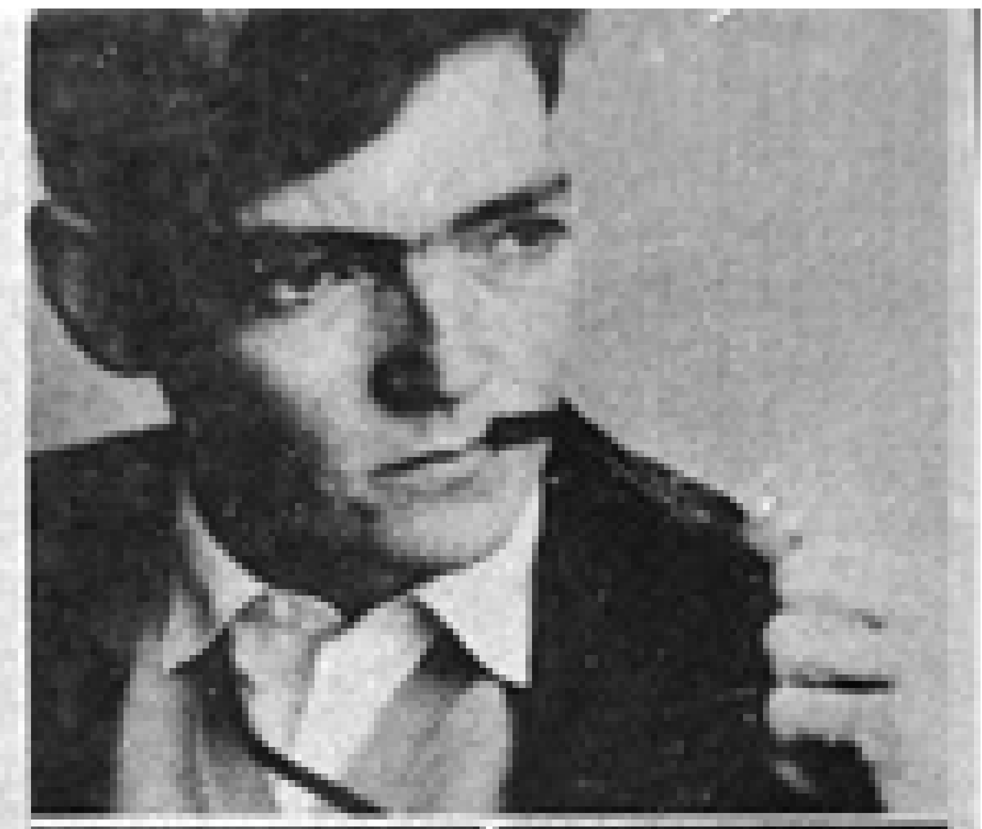
Un gran abrazo

Julio

Sigo esperando con ansias el primer ejemplar de

Desde París, Cortázar, sigue el proceso editorial y la gestión de derechos de La vuelta al día…. Carta a Orfila de 18 de septiembre de 1969.

A medida que sumaba nuevos episodios a su “almanaque”, el escritor notaba que un tono ajeno a su espíritu americano resultaría arbitrario o falso. Sin embargo, marcaba los textos menos “traducibles” que se reemplazarían en la “vuelta para extranjeros”. Al hacerlo, sentía una total continuidad con el libro ya editado por Siglo XXI; así, volvió a convocar a Silva como compañero de composición. El frenesí creativo de los dos Julios se extremó. A esta altura sabemos que esos textos sustitutivos o complementarios fueron suficientes para dar forma a una vuelta que cerró un proceso virtuoso: Último round.





LA VUELTA AL DÍA EN OCHENTA MUNDOS
JULIO CORTÁZAR

Solapa de La vuelta al día…

Al divino botón

En esta suerte de microhistoria, resulta elocuente la “libertad creadora” entre Cortázar y un promotor cultural y su empresa de vanguardia. Aquellos libros habrían sido quizá muy distintos si aparecían por Sudamericana. La relación autor-editor (crucial para el texto, su existencia misma y el libro público) conjugó la presencia de otras personas, estructuras y circunstancias:

Personas: Julio Silva y Ugné Karvelis. El artista uruguayo se había radicado en París dos años después que Cortázar. Eran muy amigos. Silva transitó con cierto reconocimiento en la escena artística de su época. Al advertir que su tocayo apenas figuraba mencionado en el colofón, Cortázar solicitó un contrato específico en la edición de Último round. Silva recuerda con intensidad sus colaboraciones con Cortázar y es el diseñador de la colección de la obra de Cortázar vigente hasta hace poco, editada por Alfaguara (Luna Chávez, 2008). La lituana Karvelis, exquisita y temida editora de literatura extranjera de Gallimard, se unió a Cortázar en 1967. Concomitante crisis con Aurora Bernárdez. En un cono de sombra quedan (para el público lector general) traductores, diagramadores, libreros, lectores y hasta un obrero gráfico o un botón que puso en jaque la producción industrial de la obra.

Estructuras: Los indicios relevados pueden complementarse con observaciones (a distintas escalas) propias de una sociología de la literatura renovada, que desplaza las oposiciones académicas interno-externo, micro-macro, cualitativo-cuantitativo.

Circunstancias: Los humores, los amores, los correos y también el dinero se mezclaron en determinadas dosis que decantaron en las formas de un libro que

también pudo haber merecido mejor suerte como hito en la obra de Cortázar. Flotan muchos interrogantes por resolver. Uno elemental es ¿por qué Cortázar no volvió a apostar en Siglo XXI?[105] ¿Los alejó la cuestión cubana? ¿Cuáles fueron los avatares de la valoración de La vuelta al día… y de Último round? ¿En qué medida las formas materiales de las ediciones incidieron en las apropiaciones, en especial por la crítica?

e un espejo
nisma joven

embargo, no
os. Prohibir
engendra la
obedecidas.
xistencia del
las revistas
ión de toda
nturas deja-
emente colo-
miten enton-
a ocasional,
nos estricta-
hijos tratan
deseos a tra-

madres pre-
carar la si-
rientemente
referidas de
a compra y
as dificulta-
quéllas sen-
stas la sien-
convencerse
erdad en la
puedan da-
os? Se pre-
ncia no será
Y además,
s de lo que
o no sentir
generación
libertad, que
yo consumo
Llegan así a
propios gus-
erso al del
n a sus hi-
s reglas: si
scuchas, te-
ras, pueden
ólicos, ¿por
; si ellos go-
edida, ¿por

trariaba simétricamente la de ellos. Conscientes de que los chicos prefieren lo "ameno" a lo "educativo" —conservamos aquí su propia terminología— levantaban el estandarte

Continúa pág. 21

Aviso de Último round publicado en Los Libros, nº 6, diciembre de 1969.

Como cierre de este capítulo, me tomo la libertad de utilizar la coda de la carta en la cual, el 15 de marzo de 1968, Orfila le cuenta a Cortázar la historia del botón: “P.S.: […] El pequeño relato de ‘el botón’ que te transmití en el maravilloso fárrago de La Habana no tendría mayor trascendencia si no se hilvanara con todo lo anterior”. El botón, al menos como historia, no devino prólogo, no está en el texto. Pero bien vale de muestra.

▪

[93] Dicho enfoque gana importancia –y remito a uno de los postulados de la sociología de los textos formulado por Don McKenzie (2005: 28-29)– porque si “el medio siempre afecta al mensaje”, son decisivos “la edición, el estudio histórico de cómo se han hecho y se han usado los libros y otros documentos”.

[94] La primera carta de esta serie. Ellos ya se escribían desde antes, a juzgar por referencias a proyectos pensados y no llevados a cabo, cuando Orfila dirigía el FCE.

[95] 62 Modelo para armar, que Sudamericana publicaría en Buenos Aires.

[96] En el texto introductorio del libro, único sin subtítulo, las primeras líneas reconocen “A mi tocayo [Silva] le debo el título de este libro”e inmediatamente presenta el objeto que lo anima, sus figuras inspiradoras: el jazz y Julio Verne (“y a Lester Young la libertad de alterarlo sin ofender la saga planetaria de Phileas Fogg. Una noche en que Lester llenaba de humo y lluvia la melodía de Three Little Words, sentí más que nunca lo que hace a los grandes del jazz, esa invención que sigue siendo fiel al tema que combate y transforma e irisa. […] Sucede además que por el jazz salgo siempre a lo abierto, me libro del cangrejo de lo idéntico para ganar esponja y simultaneidad porosa, una participación que en esa noche de Lester era un ir y venir de pedazos de estrellas” (Cortázar, 1967: 7).

[97] Con el paso del tiempo esos títulos se sumaron al catálogo de

Sudamericana.

[98] Carta de Cortázar a Orfila, Saignon, 31 de mayo de 1966. La improvisación y la diversión aparecen una y otra vez como motivos del texto: “Me divierte pensar este libro y algunos de sus previsibles efectos en la señora aludida, un poco como el cronopio Man Ray pensaba en su plancha con clavos y otros objetos padre” (Cortázar, 1967: 7). Y, pocas páginas después: “Una de las pruebas del subdesarrollo de nuestros países es la falta de naturalidad de sus escritores; la otra es la falta de humor, pues este no nace sin naturalidad. La suma de naturalidad y de humor es lo que en otras sociedades da al escritor su personería. […] Nosotros, tímidos productos de la autocensura y de la sonriente vigilancia de amigos y críticos, nos limitamos a escribir memorias vicarias. […] ¿Por qué no escribiría yo mis memorias ahora que empieza mi crepúsculo, que he terminado la jaula del obispo y que soy culpable de un montoncito de libros que dan algún derecho a la primera persona del singular?” (Cortázar, 1967: 13).

[99] Se trata de Les discours du Pince-Gueule, publicado en 1966 por Michel Cassé Éditeur. Fue el primer texto escrito y publicado en francés (ilustrado con litografías de Julio Silva) por Julio Cortázar.

[100] Sobre la oposición y complementariedad entre libros “baratos” y libros “de lujo” para bibliófilos, véase Sorá (2010a: cap. 7).

[101] La primera tirada de 12.000 ejemplares fue impresa mitad en México y mitad en Buenos Aires. Formato 23 × 24, 244 páginas ilustradas, tapa de cartón y encuadernación en pasta. En este formato se imprimieron siete “ediciones”, la última en 1986. Como si finalmente Orfila hubiera impuesto su decisión de hacer un libro “barato” para un público masivo, posteriormente La vuelta al día… fue editado en dos volúmenes de pequeño formato (9,5 × 19). Hasta 1992 se habían impreso veinticuatro ediciones. Un estudio de las variaciones entre ellas arrojaría interesantes indicios sobre la transformación de este libro en la obra del autor. No sólo por los sutiles o profundos cambios materiales que puedan observarse, sino por los desplazamientos de los contextos de uso en diferentes tiempos y lugares. En 2010, los lectores nos sorprendimos ante la aparición de ediciones “facsimilares de las primeras”, de La vuelta al día… y de Último round, por el sello RM. Siglo XXI igualmente mantiene en catálogo los dos títulos. Al cierre de este libro, México lanzó una nueva edición de los dos títulos, con significativos cambios en diseño, orden y disposición de textos e imágenes. La Argentina prepara una con levísimos retoques en la maqueta, para

mejorar la legibilidad y poner a punto imágenes (tapa, interiores).

[102] Casi en su totalidad, los mensajes son sobre temas editoriales. Sin embargo, el profesionalismo se expresa en un lenguaje de amistad y con observaciones no sólo literarias o librescas. Más allá de los saludos de cada uno a la mujer del otro, hay muy pocas frases acerca de sus compañeras. Como ya vimos, los dos mencionan intercambios con amigos comunes; la política –especialmente la latinoamericana– gana relieve. Cuba es “la cuestión suprema” que apoyar –como fiel soldado Orfila y con más reparos Cortázar, especialmente después del posicionamiento de Fidel con relación a Checoslovaquia y Hungría–. A mediados de 1968, comentan el Mayo francés y los movimientos juveniles en buena parte de Occidente.

[103] En mayo de 1968, Siglo XXI envió a Cortázar un giro de alrededor de US$ 1500 por la venta de 6329 ejemplares entre enero y marzo.

[104] Es notorio el contraste entre la complejidad de la diagramación y la muy baja calidad de papel, tapas y encuadernación de aquellas ediciones latinoamericanas. Por eso, se decidió imprimir Último round, en que las travesuras gráficas fueron aún más radicales, en Italia.

[105] Con excepción de Territorios, editado en 1978 por Siglo XXI, con diagramación de Silva, también en formato “no convencional” (23 × 19 cm).

8. Siglo XXI de Argentina

Signos de un pasado presente

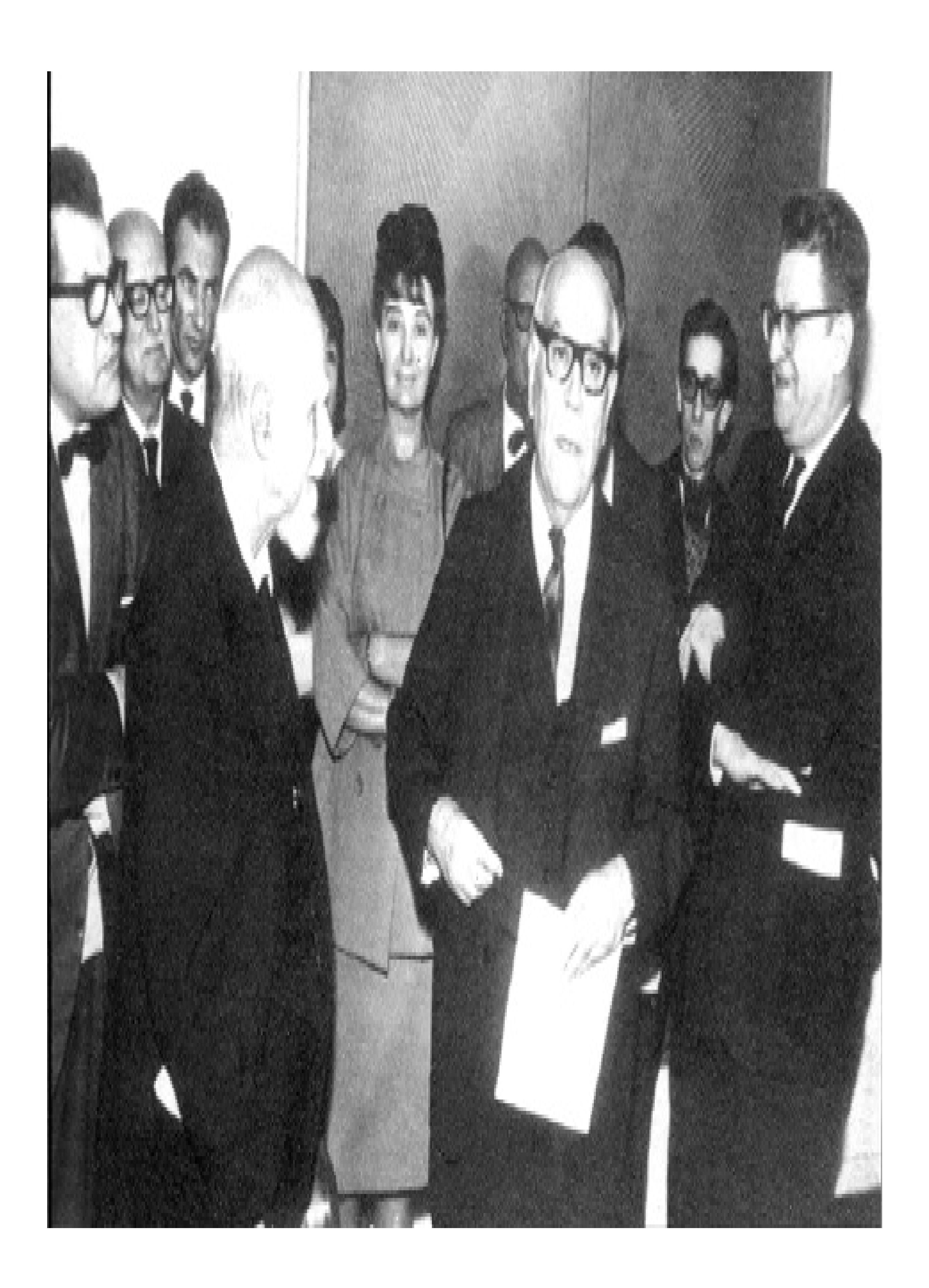
¿Qué conjugó el lado argentino de Siglo XXI? ¿Qué poderes y contradicciones manifestaba como variación dentro del conjunto? A pesar de la represión cultural bajo el gobierno de facto de Juan Carlos Onganía, la distribuidora en la Argentina fue formalmente inaugurada hacia finales de 1966, tras una ceremonia en que se presentó en el país la primera edición del sello, “el Heráclito” de Rodolfo Mondolfo. Para iniciar la actividad, se alquiló un depósito en la calle Tacuarí y tiempo después el local que el FCE había dejado vacante, en el nº 2064 de la avenida Córdoba, una evidencia más de la presencia de Satostegui en la logística para el despliegue de los proyectos de Orfila en tierras argentinas. El gerente de dicho emprendimiento comercial fue Vicente López Perea.

Aparte del alquiler del local, la única inversión desde México fue un stock de libros para que se iniciaran las ventas. Como en ese momento el catálogo contaba con pocos títulos, la labor de la rama argentina creció con la distribución de los libros de Alianza. Tras un año como gerente, López Perea fue sustituido por Norberto Pérez, subgerente de la sucursal del FCE, discípulo en el oficio de Satostegui y Orfila, casi un ahijado para esta pareja. Como siempre, la inflación, las restricciones al comercio exterior, los controles de divisas dificultaron mucho la operatividad en la Argentina. Una alternativa fue imprimir en el país algunos títulos con mercado, como los ya mencionados La vuelta al día en ochenta mundos de Julio Cortázar y Los hombres de a caballo de David Viñas. Los obstáculos alentaron a Orfila a transformar la distribuidora en editorial. La motivación decisiva se dio tras conocer en 1970 a un grupo de jóvenes académicos e intelectuales ya activos en el sello Signos. Luego de un acuerdo de fusión, Siglo XXI inició el trabajo como editorial en agosto de 1971.

Signos se había creado en 1969 con capitales de la familia de Enrique Tandeter, historiador que reunió en un proyecto de vanguardia académica a otros jóvenes de igual formación, como Juan Carlos Garavaglia y Alberto Díaz. A pocos meses de creada, esta editorial fue potenciada por la fusión con Pasado y Presente, editorial de origen cordobés liderada por José Aricó. Por esos años, Héctor Schmucler y Jorge Tula, dos miembros de Pasado y Presente, también se habían

radicado en Buenos Aires. Antes de su fusión con la distribuidora Siglo XXI, Signos había contratado títulos de Eric Hobsbawm (En torno a los orígenes de la revolución industrial), Jacques Derrida (De la gramatología), Georges Canguilhem (Lo normal y lo patológico), Gunder Frank (Capitalismo y subdesarrollo en América Latina), Stanley Moore (Crítica de la democracia capitalista) y los estudios sobre El capital de Maurice Dobb, Giulio Pietranera, Nicos Poulantzas, Vittorio Rieser y Rodolfo Banfi. Signos también había asumido la preparación de volúmenes pendientes de Cuadernos de Pasado y Presente.[106] Es importante anticipar que las cualidades innovadoras de Pasado y Presente hicieron que, tanto en Signos cuanto en Siglo XXI, perdurase como sello.

A fines de 1971, para demarcar la fundación de la editorial se replicó el ritual mexicano: una cena multitudinaria en que los comensales adquirían acciones “simbólicas”. El estatuto de Siglo XXI Argentina Editores S.A. recién se formalizó el 19 de octubre de 1972.



Presentación de Siglo XXI Editores en la Argentina, acto realizado en el Instituto Di Tella porteño. Entre otros, Orfila, José Babini, Rodolfo Mondolfo, María Elena Satostegui y Gregorio Weinberg, 1966.

¿Una empresa socialista?

La relación entre cultura y economía es elemental para comprender cualquier medio de producción de bienes simbólicos. En empresas como Siglo XXI, resulta preferible tener en cuenta una tríada en que la política adquiere gran peso específico. El acta constitutiva fue firmada en marzo de 1966. El a priori de que los accionistas no reclamarían dividendos y todas las ganancias se reinvertirían difícilmente tuvo un marco jurídico necesario. Fue un “pacto de caballeros” que, no sin dificultades –como vimos en el caso español–, se sostuvo a lo largo del tiempo, al menos mientras Orfila estuvo en pie. A diferencia de otras editoriales emblemáticas y “culturalmente” próximas como el CEAL, en Siglo XXI los testimonios afirman que se ganaba para llegar a fin de mes. No faltaba ni sobraba. Como profeta ejemplar, Orfila encarnaba un estilo de vida que hacía imperar en la empresa: austeridad, solidaridad, comunalización en ocho horas diarias de trabajo. En Buenos Aires, por ejemplo, la empresa pagaba el almuerzo a todos los trabajadores en un comedor cercano.

El carácter político de las ediciones se explicitó en otro axioma que Orfila también cuidó en extremo: “Declaran los comparecientes que, con el propósito de impulsar la cultura a través de una labor editorial, han convenido en constituir una sociedad anónima que se inspirará en los principios de libertad de pensamiento y de expresión, y dentro de la máxima excelencia y calidad intelectuales acogerá las corrientes del pensamiento y las tendencias de carácter científico y social; pero sin tomar parte en las actividades de grupos militantes en política, aun cuando tales actividades se apoyen en aquellas corrientes o tendencias” (el destacado me pertenece).

¿Liberalismo de pensamiento y socialismo organizacional? Hemos visto que,

globalmente, en el catálogo predominaron títulos a “la izquierda”. Para Orfila, la Revolución Cubana era un horizonte de acción político-cultural, sin embargo, el catálogo no puede reducirse al marxismo-leninismo, el castrismo, el guevarismo, etc. Como veremos en el caso de la revista Pasado y Presente, Orfila inhibió las posibilidades de que Siglo XXI fuera identificada con el predominio de algún grupo tipificado en ambientes políticos o intelectuales, como ocurrió con “los gramscianos argentinos”.

Las filiaciones políticas sí observaban cierto ordenamiento en los tres estamentos que conformaban la estructura de la empresa. En la división del trabajo había, en primer lugar, dos grupos: dirigentes y empleados. Los primeros, a su vez, se dividían en dos sectores: consejo de administración, formado por los accionistas, quienes nombraban al presidente de la empresa, y gerentes de las distintas secciones de trabajo cotidiano. La nómina de accionistas superaba los sesenta individuos. Entre los nombres del consejo sobresalían José Luis Romero, María Elena Satostegui, Leopoldo Portnoy, Mauricio Tenewicki, Alfredo Galletti, Sergio Bagú y Andrés López Accotto.[107] Más allá de la “cantidad de acciones”, Orfila obró de modo que se sumasen camaradas socialistas, gente de edad y con experiencias sociales y políticas más próximas a las de él. Encarnaban “el delgado hilo rojo” que ligaba la reforma con la revolución, caracterizado por Aricó en sus ensayos. Tenían a su cargo funciones de supervisión, auditoría, control. Romero fue el primer presidente del directorio. A los pocos meses fue sustituido por Portnoy, quien había ocupado cargos dirigentes en el PS y en los años cincuenta se había desplazado a organizaciones políticas más radicalizadas. Economista prestigioso, llegó a decano de la Facultad de Economía de la UBA.

Tandeter, pilar económico del breve proyecto de Signos y uno de los principales accionistas, fue nombrado gerente general, pero poco después –al profundizar su carrera académica, centrada en la historia colonial– fue sustituido por Schmucler. Garavaglia también se alejó del proyecto para continuar su formación académica en Europa. Aricó fue el gerente editorial; Tula, el jefe de correctores; Marcelo Díaz, el encargado de prensa, y Alberto Díaz, el gerente de ventas.[108] Entre ellos, Orfila cuidó que la gerencia administrativa fuera ocupada por Pérez, alguien a medio camino entre los agentes del consejo y de las gerencias. A diferencia de todos ellos, Pérez no portaba una titulación académica ni pretendió

liderazgo político alguno. Era un trabajador del ramo que conocía los pormenores de un oficio en torno al cual giraba su vida.

Desde el punto de vista de los gerentes, los miembros del consejo eran “viejos socialistas de moñito”, como Pérez se refería a ellos en las entrevistas. Portnoy y Pérez en la Argentina, así como Pradera y Lastra en España, eran guardianes de un orden inestable. Los jóvenes manifestaban esa posición y condición sociológica como si se sintieran protagonistas de ideas de liberación que podían no corresponder con la visión de Orfila y los suyos. El consejo era “los ojos de Orfila” en el país y pondría límites a los jóvenes en los puestos dirigentes, contagiados por un frenesí revolucionario sin precedentes que fue retratado por Schmucler, con referencias propias de inicios de la década de 1970:

Estábamos en una época dorada. Adonde ibas había cien tipos, todos te saludaban. Era la fiesta previa al derrumbe, pero era fiesta; era Salvador Allende en Chile. Todo creaba una atmósfera de entusiasmo y de una especie de libertad de creación; liberados ya de cierto maniqueísmo de la izquierda. Era izquierda pero libertaria; eran las revistas, Los Libros, Primera Plana. Nos unía cierto ideal o más bien un entusiasmo político cultural que se expandía para todos lados y abarcaba el humor. Era un momento de gran ebullición.[109]

Los jóvenes dirigentes de la editorial no querían perderse ningún festín intelectual; parecían empujados por la sensación de que podían ser la vanguardia de todo tipo de proyectos. Por ejemplo, si bien hacia 1973 Schmucler acentuó su papel de editor en Siglo XXI al dejar la dirección de la revista Los Libros, en paralelo ya había asumido la dirección del Departamento de Letras de la UBA, inició la revista Comunicación y Cultura junto con Armand Mattelart y se aproximó a Montoneros.[110] Siglo XXI era una marca y un centro de sociabilidad de izquierdas:

Toda la gente de izquierda circulaba por allí. José Luis Mangieri, Miguel Ángel Bustos, un poeta, que era un tipo remacanudo, del ERP. Nosotros estábamos en un montón de actividades intelectuales, muy cercanas a la política. Teníamos militancia política e intelectual… nadie era “trigo limpio” […] de Pasado y

Presente, ninguno estaba metido en organizaciones guerrilleras.[111]

Entre esos jóvenes predominaban el pensamiento marxista, las filiaciones socialistas revolucionarias y la "militancia intelectual". Entre los empleados, la dispersión de posicionamientos políticos era mayor: católicos tercermundistas, peronistas de todas las vertientes, militantes de organizaciones guerrilleras, jóvenes con militancia apenas estudiantil, etc. En tal escenario de mixturas y fluidez, Siglo XXI era el principal "ganapán", la actividad profesional más estable, donde se cumplían ocho horas de trabajo diario; era un espacio de mayor autonomía y estabilidad que los otros frentes de acción cultural, en el que además podían canalizar sus proyectos intelectuales "de fondo". A veces no era fácil negociar con Orfila y sus epígonos locales, pero el hecho de que entre ellos no se destacara alguien tan preponderante como el director general en el seno del grupo mexicano favoreció la creatividad y la audacia editorial. Según Alberto Díaz,

la casa argentina tenía un gran desarrollo en la parte editorial, intelectual; era más fuerte que la casa española y que la mexicana. Orfila trabajaba muy en solitario en México, editorialmente hablando. […] Acá debíamos ser unas cincuenta personas y allá, alrededor de noventa. […] Orfila tenía el gran apoyo de Concepción Zea, pero era más que nada en la parte administrativa. Él buscaba, aunque sobre todo le ofrecían. […] Tenía relación privilegiada con Maspero, con Feltrinelli y con un par de editores ingleses.[112]


El capital
KARL MARX
Libro primero
El proceso de producción del capital
VOLUMEN 1, "Mercancía y dinero"
"La transformación del dinero en capital" y "La producción de la plusvalía absoluta"

Siglo XXI de Argentina Editores anuncia el proyecto de nueva traducción de El capital de Karl Marx.

Fuente: Pasado y Presente, 2ª época, IV (1), abril-junio de 1973.

La sensación de que en la rama argentina había más dinamismo en la producción de novedades era compartida por Lastra, Tula, Pérez y otros. Los principales diseñadores del catálogo, Aricó y Schmucler, contaron con los aportes de la extensa red de académicos e intelectuales que trabajaban en Siglo XXI o con los que habían compartido anteriores aventuras de militancia cultural: Oscar del Barco, Juan Carlos Portantiero, Miguel Murmis, Juan Carlos Torre, Emilio de Ípola, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Ricardo Piglia, Nicolás Rosa y otros. Aricó concentraba su acción en la Biblioteca del pensamiento socialista y en los Cuadernos de Pasado y Presente. Estos proyectos dieron una insoslayable impronta al catálogo general del sello. En una época en que el marxismo era teoría e ideología dominante, aquellas apreciaciones se apoyaban en el extremo cuidado de Aricó, Murmis y el traductor Pedro Scaron en la preparación de las ediciones de El capital y los Grundrisse de Marx, en la difusión de marxistas italianos heterodoxos, títulos de autores clásicos y contemporáneos para afianzar las políticas intelectuales de la “nueva izquierda”. Pasado y Presente representaba el laboratorio donde se creaban aquellas bibliotecas: era una “editorial en la editorial”. Hasta su cierre en 1976, Siglo XXI de Argentina editó cuarenta volúmenes originales y cuarenta y una reimpresiones de sus Cuadernos.

Pese al apoyo a los proyectos del editor cordobés y a la parcial comunión de ideas, el platense puso límites a la intención de volver a editar la revista Pasado y Presente. Con la rebeldía propia de aquellos tiempos, en marzo y septiembre de 1973 “los jóvenes” volvieron a editarla. Según Pérez, “Orfila no quería porque le parecía que comprometía a la editorial políticamente, ya que era una revista de opinión”.[113] Aquella máxima estatutaria de evitar identificaciones con organizaciones políticas explica el principio de aquel disenso; con todo, el vínculo duró más de una década, en que Siglo XXI siguió figurando como distribuidor exclusivo de la publicación. Había una oposición entre el

antiperonismo intransigente de los viejos (de Orfila, aunque no de todos ellos) y las aproximaciones "críticas" de los jóvenes al peronismo (de Aricó, Schmucler y otros), como movimiento por el que ineludiblemente pasaría la revolución socialista. Según la interpretación retrospectiva de Aricó (su categoría, tomada acríticamente por muchos de los intérpretes de esa figura y de Pasado y Presente) sobre aquellos números de la revista y los posicionamientos del "grupo":

Los dos primeros años de SIGLO XXI Argentina Editores

Estos son algunos de sus

119 Títulos nuevos y 51 Reediciones

TEORIA
ALTHUSSER: La revolución teórica de Marx
BACHELARD: La formación del espíritu científico
BARTHES: El grado cero de la escritura y nuevos ensayos críticos
HARNECKER: Los conceptos elementales del materialismo histórico
KOFMAN: El nacimiento del arte

SOCIOLOGIA Y POLITICA
BAGU: Tiempo, realidad social y conocimiento
CANTON: Elecciones y partidos políticos en la Argentina
DUEJO: El capital monopolista y las contradicciones secundarias en la Argentina.
MURMIS Y PORTANTIERO: Estudios sobre los orígenes del peronismo.
PERALTA RAMOS: Etapas de acumulación y alianza de clases en la Argentina (1930-1970).
LESSER, PANAIA y SKUPCH: Estudios sobre los orígenes del peronismo / 2.
VARIOS AUTORES: Los cristianos y el socialismo. Primer encuentro latinoamericano.

CREACION LITERARIA
BIANCO: La pérdida del reino
BIANCO: Las ratas / Sombras suele vestir
SKARMETA: Tiro libre
ORTIZ: Tirapiedras

HISTORIA
DOBB: Estudios sobre el desarrollo del capitalismo
HALPERIN DONGHI: Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina.

CRITICA LITERARIA
JITRIK: El fuego de la especie.
TODOROV: Teoría de la literatura de los formalistas rusos

ECONOMIA
BARAN y SWEEZY: El capital monopolista
BRAUN: Comercio internacional e imperialismo
CASTRO y LESSA: Introducción a la economía
JORGE: Industria y concentración económica (1914-1945)
TESTA: Empresas multinacionales e imperialismo

EDUCACION
FREIRE: Pedagogía del oprimido / La educación como práctica de la libertad / Extensión o comunicación.

LINGÜISTICA
NETHOL (comp): Ferdinand de Saussure
GIRAUD: La semiología

PENSAMIENTO FUNDAMENTAL
DERRIDA: De la gramatología
MARX: El Capital, libro I, Capítulo VI (Inédito)
MARX: Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858
MARX: Miseria de la filosofía

PSICOLOGIA
GREEN, NASSIF y REBOUL: Objeto, castración y fantasía en el psicoanálisis
LECLAIRE: El objeto del psicoanálisis.
MILLER, LECLAIRE, MILNER y DURAUX: Significante y sutura en psicoanálisis

FILOSOFIA
CASALLA: Razón y liberación. Notas para una filosofía latinoamericana.
DUSSEL: Para una ética de la liberación latinoamericana
GARMENDIA y SCHNAITH: Thomas Hobbes y los orígenes del estado burgués

ARQUITECTURA Y URBANISMO
CASTELLS: Problemas de investigación en sociología urbana

EL HOMBRE Y SUS OBRAS
GUEVARA: El diario del Che en Bolivia
LOWY: El pensamiento del Che Guevara.

COMUNICACION DE MASA
DORFMAN Y MATTELART: Para leer al Pato Donald
MATTELART: Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites.
SOLANAS y GETINO: Cine, cultura y descolonización.
LENIN: La información de clase
BLOCK de BEHAR: El lenguaje de la publicidad

HUMOR
QUINO: A mí no me grite
SABAT: Al troesma con cariño

CUADERNOS DE PASADO Y PRESENTE
Acaban de aparecer:
Nº 41 - LUKACS: Revolución socialista y antiparlamentarismo.
Nº 42 - PANNEKOEK: Lenin filósofo.

siglo veintiuno argentina editores sa
Córdoba 2064
Tel. 45-7609/46-9059
Solicito catálogos e información periódica.
Nombre: ____________
Dirección: ____________
Localidad: ____________

siglo veintiuno editores, (méxico) / siglo veintiuno de españa
siglo veintiuno argentina

Tres empresas unidas en el proyecto editorial más significativo de nuestra lengua.

XXI SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES S.A. – Córdoba 2064 - Tel. 45-7609/46-9059

La sede argentina de Siglo XXI celebra sus dos años de trabajo editorial, mencionando publicaciones destacadas del grupo.

Fuente: Los Libros, 31, agosto-septiembre de 1973.

Partiendo de una crítica radical del vanguardismo izquierdizante y de los requerimientos de una "nueva oposición social" que fluía de una sociedad que marchaba a los tumbos, individualizamos en el interior del peronismo el "único proceso verdaderamente válido y significativo de agregación política revolucionaria y socialista" (Aricó, 2005: 105).

El viejo editor debe haber compartido con entusiasmo aquellas facetas de Pasado y Presente y de la Biblioteca del pensamiento socialista que renovaban sus creencias; reconocía las destrezas del joven. Más tarde, no dudó en cobijar a Aricó y a Tula en el exilio. Pensó, dicen varios testimonios, que Aricó podría ser su sucesor. Las fricciones aquí reseñadas se sostuvieron en una convivencia creativa y conflictiva, mientras hubo horizontes más poderosos que estrecharan el vínculo, y hasta que otros factores determinaron su separación.[114]

Schmucler también era parte del núcleo de Pasado y Presente. A diferencia de Aricó, su trabajo como editor influyó en todas las secciones del catálogo. Según Pérez, era el factotum: "'Toto' Schmucler recibía originales y autores todo el tiempo; leía y también salía a hacer visitas. Aricó coordinaba la producción y con él colaboraban Jorge Tula como corrector y Marta Castro como diagramadora". El gerente editorial se contactaba con sellos del exterior y seleccionaba obras que traducir. Su experiencia formativa en Francia acentuaba la centralidad de este país como fuente de muchos textos traducidos por Siglo XXI. Schmucler escribía generalmente los informes de lectura que el directorio luego evaluaba para decidir el plan de publicaciones. Entre muchos temas, libros, autores, introdujo a Barthes, director de su formación doctoral en París, y contrató Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos, antes de que el escritor paraguayo finalizara el manuscrito. Entre 1971 y 1976, Siglo XXI Argentina

contrató y editó ciento cincuenta y un títulos, de los cuales reimprimió ciento treinta y uno. Las tiradas iniciales eran de tres mil ejemplares por título. Esta sucursal sólo reimprimió veintinueve, lanzados por Siglo XXI de México y de España, evidencia de la autonomía entre sucursales y de las disímiles dinámicas de cada mercado.

Diferencias entre la Argentina y México, según Jorge Tula

“Me parece que acá [en la Argentina] estaba el grupo más dinámico. Había razones diversas; era un grupo de intelectuales importantes. En México, Orfila era una figura excluyente. Tenía su historia, que era irreprochable y una gran aptitud para comandar el mundo editorial, que era completamente distinto a lo que es hoy en día. Allá había compartimientos estancos. Los empleados del depósito eran empleados del depósito, los empleados administrativos eran empleados administrativos, en el departamento técnico había intelectuales, aunque no lo fueran en el sentido de tipos que escriben. Las relaciones eran respetuosas, pero distantes. Acá era una editorial en la que cada uno cumplía sus tareas, pero éramos muy amigos entre nosotros. […]

En México estaba Orfila, que era ‘el editor’, un tipo en que los emprendimientos editoriales se confundían con la persona. Orfila era un personaje excluyente, […] no era un personaje cualquiera. […] Era un tipo que tenía una dosis grande de vanidad, de creerse insustituible. Lo digo de buen tono: […] era un tipo que sabía advertir, olfatear a los jóvenes intelectuales y apostar en ellos; un tipo con criterios de calidad intelectual y de afinidad política. […]

Era también un gran paterfamilias. El tipo tenía una mirada finisecular [decimonónica] de las cosas. Creía y mostraba una ideología de época. Por ejemplo, para él, Siglo XXI no era una empresa o, si vos querés, era una empresa socialista, lo cual es un oxímoron. Él pensaba que éramos una familia, en que el padre, que era él, era muy bueno y muy querido por sus empleados. Cuando yo formé el sindicato acá y allá, él no lo quiso reconocer. Yo no lo consideraba un paterfamilias, sino la cabeza de una empresa. Era un tipo al cual podía decirle que no cuando pensaba que no. Don Arnaldo era un personaje formidable, pero

era un viejo con el cual nosotros discutíamos. Teníamos otra cultura política… y tuvimos encontronazos. Yo creo que a él le hacía bien… En México, cuando llegué quise cambiar las estructuras… Yo era amigo de todos. Charlaba, daba besos, hacía chistes, cerraba fuerte las puertas…

Éramos muy argentinos, en un país con una idiosincrasia distinta, de personas muy calladas… Era difícil saber lo que pensaban… No podías cagarte de risa de ellos como lo hacemos de nosotros mismos. Hablar mal de México en México era… A mis amigos mexicanos les caía bien y mal, porque en el fondo no soportaban que yo discutiera de igual a igual. Y les decía: 'Miren, yo soy más respetuoso de Don Arnaldo que ustedes'. En México, Arnaldo era una figura única. Para mí, fue el último gran editor" (entrevista realizada en Buenos Aires, el 29 de septiembre de 2005; los destacados me pertenecen).

En la faceta comercial, el éxito de la editorial en la Argentina a finales de los años sesenta ya era rotundo. Lo testimonia un intercambio epistolar entre Orfila y Boris Spivacow, director del CEAL, que amplió los innovadores métodos de producción y ventas de Eudeba.[115] En una carta del 30 de julio de 1969, Spivacow, como Losada, daba un amargo panorama de las dificultades:

Estoy envidioso pues, por lo menos en nuestro medio, la mayor parte de lo que se lee en materia de política, de actualidad, es de Siglo XXI. Espero que pronto podamos hacerle competencia, pero por ahora nos resignamos a admirar y a sufrir. En particular, quien más difunde en mi casa las obras de Siglo XXI es una cuñada mía que, para colmo, trabaja en el Centro Editor: carnudo y apaleado. Nosotros, en la parte de libros, todavía vamos muy mal. Publicamos muchísimo pero vendemos poco. Hemos tenido, sobre todo, muy poca suerte en el exterior y no hemos tenido dinero como para tomar algunas medidas que posiblemente hubieran podido remediar algo. Sin embargo, espero que muy pronto demos un gran salto. […] No sigo dándole la lata. Le mando los saludos más cordiales y los mejores augurios, a pesar de mi sufriente envidia.

Orfila le contestó el 19 de agosto, en tono igualmente crítico y jocoso. Interpretaba que el éxito de Siglo XXI se debía a la “tranquilidad” del clima político en México.[116] Sin embargo, el pronóstico positivo también incluía un comentario sobre contradicciones potenciales del crecimiento económico del proyecto:

Ahora estamos sufriendo las consecuencias del éxito: llevamos unos ciento cincuenta libros publicados (ya sé que para usted estas cifras son minúsculas) y tenemos publicadas o por aparecer en estos días 64 reediciones, lo que también sé que no le impresionará mucho, pero para los editores del altiplano son buenos récords.

Hacia el fin de la década, un 50% de las ediciones de Siglo XXI era reeditado. Sin embargo, Orfila decía a Spivacow que las malas costumbres de los libreros en América Latina recrudecía la renuencia de estos a pensar que los dólares debían cambiarse por libros. En el mismo tono jocoso del director del CEAL, Orfila señalaba:

Con todo, estoy muy contento y en ese su país vamos muy bien gracias a que existen señoras como su cuñada que saben dónde deben encontrar los mejores libros del mundo. […] Supongo que lo de su envidia es una de las formas diplomáticas para halagarme haciéndose el humilde (el destacado me pertenece).

Pérez también aportó su testimonio sobre el éxito meteórico de la sucursal argentina:

En avenida Córdoba duramos poco, porque Siglo XXI hizo una acumulación de capital impresionante. Los libros no salían de la imprenta y estaban vendidos. Era una cosa de locos. Por ejemplo, Marta Harnecker… Eran títulos que nos los sacaban de las manos. Y como la gente estaba muy vinculada a la universidad, todos los textos iban a las bibliografías de cátedras. De algunos libros nos venían a pedir las pruebas de imprenta, para usarlos en las carreras [universitarias]. Bajo la presidencia de Portnoy, que al igual que Orfila era un socialista de moñito, se compró el edificio de la calle Perú 952. Ahí teníamos gran amplitud. Se

trabajaba [a lo] loco, con muchos traductores y colaboradores externos para la composición de los libros, que no era tan fácil como ahora con las computadoras. Éramos unos cuarenta empleados. Impresión, encuadernación, composición se hacían afuera. Dentro de la editorial se revisaban los textos, se diseñaban libros, se hacían las tapas, teníamos una diagramadora… Era una verdadera fábrica (el destacado me pertenece).

SIGLO VEINTIUNO ARGENTINA EDITORES

NOVIEMBRE

Signos para un mundo que se piensa.

MEXICO
ESPAÑA
ARGENTINA | Gerencia y [illegible] Viamonte 1536/Piso 11/Tel. 40-9098 45-7609 Administración y ventas: Tacuarí 1271/Tel. 27-8840

KARL MARX

Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. (Grundrisse)

Un texto fundamental para comprender el proceso de elaboración de la crítica marxista de la economía política. A pesar de ser sólo un borrador, los **Grundrisse** —"ese monólogo interior que Marx instituye consigo mismo y con su tiempo"— resulta un libro más revelador y políticamente más avanzado que la **Contribución a la Crítica de la economía política** y que el libro I de **El Capital**. Escrito después de la derrota de 1848, los **Elementos fundamentales** muestra el máximo de conciencia de Marx sobre el pasaje político de la fuerza de trabajo a clase obrera.



JACQUES DERRIDA

De la gramatología.

Un vuelco radical en el estudio de la escritura, cuya situación de código segundo en relación al habla, ha condicionado todo el pensamiento occidental.

Benvenuto. Macadar, Reig. Real de Azúa. Rama. Martínez Moreno.

URUGUAY HOY

Al Uruguay contemporáneo se ha llegado luego de un camino que fue muy tranquilo y de fácil recorrido durante años, pero que se tornó dificultoso y lleno de altibajos en los días que corren.
En la conversión de aquella placidez a esta turbulencia, media una toma de conciencia y las dramáticas razones que condicionan ese cambio. Este libro refleja los elementos de ese tránsito que se destaca por las características particulares que adquiere y que, por lo mismo, suele escapar a los diagramas generales y a los esquemas cristalizados.

PAULO FREIRE

La educación como práctica de la libertad.

¿Qué significa educar, en medio de las agudas y dolorosas transformaciones que están viviendo nuestras sociedades latinoamericanas, en esta segunda mitad del siglo XX? Paulo Freire nos contesta diciendo que la educación verdadera es praxis, reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo.
La pedagogía de Paulo Freire es, por excelencia, una "pedagogía del oprimido". No postula, por lo tanto, modelos de adaptación, ni de transición, ni de "modernidad" de nuestras sociedades. Postula modelos de ruptura, de cambio, de transformación total.

NOE JITRIK

El fuego de la especie.

A través de textos particulares, se señalan las resonancias semánticas que adquieren seis destacados escritores de la historia de la literatura argentina: Echeverría, Hernández, Payró, Macedonio Fernández, Cortázar y Borges.

MAURICE DOBB

Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.

Un clásico en el estudio de los orígenes y las primeras etapas del capitalismo.

ERIC HOBSBAWM

En torno a los orígenes de la revolución industrial.



El gran mérito de este trabajo es haber visto que el problema más vivo de la actual historia económica consiste en ubicar su imagen de la corta duración en una perspectiva más amplia, relacionar los cambios coyunturales con los estructurales.

XXI siglo veintiuno argentina editores sa

EL PODER Y LA INDUSTRIA ANTES DE PERON

EDUARDO F. JORGE / Industria y concentración económica.

Un estudio de la dinámica del proceso industrial argentino desde principios de siglo hasta el peronismo, que contribuye a explicar la aparición de nuevas clases y fracciones de clases en el panorama nacional. El autor analiza las estrategias económicas planteadas para el país por distintos sectores —con especial referencia a la crisis de 1930— y la constante dependencia de los intereses de los capitales de Gran Bretaña, Estados Unidos y Europa continental. Un libro de tono polémico apoyado en información estadística, que indaga con enfoque original el desarrollo industrial y las fracturas internas de los grupos sociales en juego durante las primeras cuatro décadas de este siglo: condiciones que permiten comprender la historia política y social argentina de ese período, y que fundamentan el posterior desarrollo del movimiento peronista.

Anuncio de Siglo XXI en Los Libros, 23, noviembre de 1971.

La casa mexicana, la argentina y la española crecían a ritmo acelerado, aunque no como unidad, sino como tres entidades hermanadas. Orfila se refería al conjunto como “organización”, pero rechazaba la idea de “grupo editorial”. No existía un marco jurídico articulador. Más adelante, el vertiginoso crecimiento de las empresas, las dificultades de coordinación y comunicación, el disímil perfil de cada grupo y catálogo, las trabas jurídicas y económicas en cada país derivaron en la necesidad de formalizar Siglo XXI como “grupo editor”. El 20 de junio de 1975, en Madrid, se reunieron Lastra y García Arenal por la sucursal española, Portnoy y Orfila para firmar el acta de constitución de una sociedad anónima denominada Intersiglo XXI, de acuerdo con la legislación mexicana. Ello ordenaría los objetivos y las formas de trabajo en cada editorial y crearía condiciones para profundizar la proyección internacional de la marca, como se verificó a inicios de 1976 con la fundación de Siglo XXI de Colombia. Como carta de presentación de un grupo que así parecía potenciar las cualidades de cada parte, se organizó un “Concurso de los Siglos”, el Premio Ensayo Siglo XXI. El tema era “América Latina en su historia, en su economía, en su sociedad”. Según sus bases, el premio

tiende a llenar el vacío representado por la falta de apoyo que padecen los autores que centran su atención en la investigación y el examen de los problemas sociales y que se interesan por la solución de las contradicciones con las que se enfrenta un continente empeñado en la conquista de su independencia y de su identidad cultural.

Lo anterior demuestra que el tema de la unidad de la región se imponía como línea rectora de la filosofía de Siglo XXI: conocer los problemas para dar relieve a contradicciones y actuar en consecuencia. Por detrás de cada frase, un continente con realidades, condiciones de opresión y alternativas de liberación comunes. Para la economía de la época, el valor de los premios era considerable y expresaba el profesionalismo de la editorial: primer premio, US$ 5000;

segundo premio, US$ 2000, y tres terceros premios de US$ 1000. Todas esas obras serían publicadas. Para dinamizar la nueva etapa, hacia 1975 Orfila acentuó su presencia en Buenos Aires y planeó vivir un semestre por año en esta ciudad. Así, se iniciaron obras para construirle un pequeño departamento en la planta superior del edificio de Perú 952.

La editorial preparaba los festejos de su primera década de existencia. Había razones para sentir que el gran objetivo de unir al continente iberoamericano con libros que contribuyeran a una revolución de ideas con sentido político estaba encarrilado. Los avances eran consistentes, a pesar de que el continente se achicaba por las dictaduras militares que cerraban fronteras en países clave como Chile, Uruguay y Brasil. Pero esa marcha no pudo ser sostenida tras el inicio del golpe militar en la Argentina. Las fuerzas represivas del gobierno de facto rápidamente cayeron sobre la sucursal rioplatense.

Violencia de Estado… una vez más

El 2 de abril de 1976, apenas una semana después del golpe militar, el edificio de Siglo XXI Argentina Editores S.A. fue allanado por una patota de las fuerzas armadas o de seguridad. Transcurría por esos días la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. Ni las autoridades del evento ni las de la CAL "se dieron por enteradas"; nadie quiso o pudo emitir alguna voz o comunicado para denunciar el atropello. El operativo fue realizado al atardecer. Alberto Díaz y Tula fueron secuestrados en sus oficinas. El edificio fue clausurado y devuelto a la empresa el 19 de abril. Todo estaba revuelto. El grupo de tareas se había llevado máquinas de escribir y otros objetos, junto con documentación diversa, como fichas de accionistas, de profesores universitarios y legajos del personal. Semanas después, policías de la Seccional 9ª secuestraron un camión que salía del depósito de la calle Tacuarí. El 9 de febrero del año siguiente, el juez federal Guillermo Rivarola resolvió en la causa 8481, por supuesta infracción a la Ley 20.840 de 1974 (la cual, conforme a la doctrina de seguridad nacional, fijaba "penalidades para las actividades subversivas en todas sus manifestaciones"). No hubo imputados, el camión sería devuelto a los propietarios y hasta se retornarían a Siglo XXI "los textos secuestrados".

La causa resulta elocuente acerca de las condiciones represivas imperantes:

El funcionario Pedro Ramos, perteneciente a la Seccional 9ª, […] en circunstancias de recorrer el radio de la jurisdicción a cargo del móvil nº 209, observó que en un depósito de la editorial Siglo XXI se estaban cargando cajas de cartón que contenían libros, razón por la cual, luego de interrogar al camionero Ricardo Cancio, procedió a la apertura de una de las cajas, comprobando que tenían textos tales como El capital de Karl Marx, El Movimiento de Mayo o el comunismo utópico de Alain Touraine, Qué son las ligas agrarias de Francisco Ferrara. […]

Que en punto a resolver las presentes actuaciones, cabe consignar –agotada ya la investigación– que en los textos secuestrados campea, parcialmente cuando

menos, la terminología y problemática que identifica a las tendencias de corte marxista que han puesto sus miras en la República Argentina con el fin de que ingrese sin retorno al grupo de las naciones cautivas del comunismo, siendo factible de ser considerada, la literatura de ese tipo, como instrumento coadyuvante de la sutil infiltración intelectual y de la acción disolvente que en tal sentido se ha hecho presente en el país, disimulada al principio y desembozada en etapas muy recientes de la vida nacional, cuando penetrara con audacia en todos los sectores del quehacer argentino perturbando radicalmente el orden social. […]

Por ello, puesto que el peligro eventual que textos de ese estilo suponen para la salud de la Nación han de ser remediados en la actualidad en otras instancias al no existir tipos penales comprensivos de la conducta examinada.

No existían figuras jurídicas para la represión directa de la actividad de la editorial, más allá de algunos decretos de prohibición de muchos títulos del catálogo de Siglo XXI. Por ende, según el juez Rivarola, el remedio debía aplicarse “en otras instancias”. Durante ese tiempo oscuro, ante escribano público, las autoridades de facto quemaron libros editados por ese sello. Según la Memoria 1977 de Siglo XXI México, así desaparecieron 155 000 ejemplares del grupo. En diciembre de 1976, el Grupo de Tareas nº 3 elevó a la Secretaría de Inteligencia del Estado (Side) el “Informe especial de Inteligencia nº 5”, que detallaba: “Asunto: Editorial Siglo XXI Argentina Editores S.A.”, y llevaba el rótulo “Estrictamente secreto y confidencial”, que se repetía como encabezado en las ciento diez fojas del expediente. Este utiliza “la documentación incautada” en el allanamiento del 2 de abril de ese año.[117]

ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

G.T.3

INFORME ESPECIAL DE INTELIGENCIA Nº 5

ASUNTO: EDITORIAL SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES S.A.

1976

Portada del informe especial de “inteligencia” nº 5, “estrictamente secreto y confidencial”, sobre las actividades de Siglo XXI Argentina, 1976. Cuatro años después, Orfila comentaba: “No es extraño […] que en las zonas oscuras de nuestra América precisamente la palabra ‘cultura’ se entienda como sinónimo de ‘rebeldía’ o ‘agresión’; que el ‘libro’ sea instrumento que puede acercar a la cárcel o a la muerte”.

Fuente: Archivo Dipba.

El objetivo del informe era doble. Por un lado, celebrar la clausura de un centro difusor de ideas “subversivas”. En el folio 70, el documento expresa: “15 - ABR - 76 = El objetivo de esta bibliográfica [sic] es demostrar –en parte– la connivencia político ideológica de la Editorial Siglo XXI Argentina Editores S.A. con el marxismo-leninismo”. Por otro lado, se buscaba identificar a las personas de la editorial. Según Pérez y Schmucler, el comando tenía orden de captura de algunos empleados, como Silvia Elena Benseñor Borenstein, socióloga y militante de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), y Domingo Bresci, militante del movimiento de sacerdotes tercermundistas. Sobre Benseñor, el informe simplemente expresaba “desaparecida”; con relación a Bresci, “el causante fue trabajado, con el objetivo de determinar posibles domicilios, siendo el resultado del mismo negativo” (el destacado me pertenece). Con ese fin, se caracteriza la estructura de la empresa, el catálogo, los canales de difusión y las personas, diferenciadas jerárquicamente entre dirigentes y empleados. Este último tema ocupa ochenta páginas y despliega fichas de antecedentes y prontuario.

El informe inicia con seis páginas de “resultados” generales, a los que se arribó con el secuestro de documentos. Se completa con siete anexos, en los que se describen e interpretan: “I. La Biblioteca del pensamiento socialista; II. Síntesis de los acuerdos adoptados (Intersiglo); III. Personalidad de Arnaldo Orfila Reynal; IV. Poder de Siglo XXI de Argentina Editores en favor de Leopoldo Portnoy; V. Concurso de los Siglos; VI. Accionistas. Relación parcial; VII. Relación de empleados de Siglo XXI de Argentina Ed. SA”.



ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

G.T.3
Eq. 1 -DIC-76

INFORME ESPECIAL DE INTELIGENCIA

ASUNTO: EDITORIAL "SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES" S.A.

Del análisis de documentación incautada como asimismo de investigaciones efectuadas, se puede inferir que la Editorial "SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES" S.A. constituye un eslabón más -conjuntamente con "GALERNA"- de la infraestructura que el partido comunista controla, para la difusión de material de ideología marxista-leninista, en el cono sur de latinoamérica.

Mantiene como función fundamental, la centralización y difusión de obras consideradas como clásicos del pensamiento socialista, en su acepción más amplia, es decir, que intenta recuperar lo "positivo" de aquellas corrientes sobre las cuales cimentó sus bases el marxismo-leninismo, como ser: anarquismo; socialismo utópico; revisionismo; etc. (ANEXO I).

Se ha constituído en la punta de lanza y elemento generador de un campo de fuerzas alrededor de este polo, que el marxismo ha instrumentado en el Cono Sur Latinoamericano como un elemento más, que coadyuba -en una primera fase y respondiendo a lineamientos políticos-estratégicos preestablecidos- a la formación pre-política de las clases obreras y estudiantiles bajo la premisa del Materialismo Histórico.

La cobertura seleccionada en la incersión -amén de la presentación del producto (libros) al alcance de todo público (obras pequeñas) en lo que hace al costo- de obras técnicas y apolíticas, altamente apta para ser utilizadas en los centros educacionales. Este hecho, le permite sortear la caracterización o encuadramiento que las autoridades responsables, podrían hacer de ella.





ESTRICTAMENTE SECRETO Y CONFIDENCIAL

Con el objeto de una mejor distribución, en cuanto a juridicción (áreas) se refiere, ha instrumentado -según la estrategia de la Guerra Revolucionaria-, en principio, la formación, en distintos países, de Editoriales con la misma denominación y símbolo de identificación, para posteriormente, fundirla bajo la denominación de "INTERSIGLOS XXI". Esta central, tiene su asiento en México y su director es ARMANDO ORFILA REYNAL. (ANEXO II).

Para una mayor compresión e interpretación de lo indicado en párrafo anterior (distribución geográfica), se explicita lo siguiente:

1.- Area Europea

El responsable de la atención de este mercado es: "SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES" S.A., sita en Emilio Rubin 7 - Madrid - España, siendo su director ("Consejero Gerente") FAUSTINO LASTRA.

Para una mejor atención del mercado, tiene contrato firmado con las Editoriales:

a) "FRANCOSS MASPERO" - 1 place paul-painlevé París 5° - 633.4161 Francia.

b) "THOMAS Y CROWELL CO" - Londres - Inglaterra.

2.- Area Americana

En esta zona no existe una juridicción rígica, es decir, que tanto "SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES" S.A. como "SIGLO XXI EDITORES" S.A. (México) pueden satisfacer las necesidades de los países insertos en esta área.

La atención por cualquiera de ellos depende -en parte- de cual de los SIGLOS haya comprado los derechos de lengua castellana de la obra a distribuir.

No obstante ello, ambas editoriales, en forma recíproca, pueden utilizar -para una mejor distribución- la infraestructura que en su zona tenga montada la otra.

Ante la necesidad de otorgarle cierto viso de orgánica a esta distribución, han determinado:

Páginas del informe de “inteligencia” en que se describe un supuesto entramado internacional de subversión que involucraría a Siglo XXI y editoriales europeas.

Fuente: Archivo Dipba.

El texto busca confirmar lo que los agentes de las fuerzas de seguridad daban por sentado: la existencia de lo que consideraban una base operacional de suma importancia para “el comunismo internacional”. Tanto la premura en allanar la editorial como las interpretaciones de los agentes de inteligencia apuntaban no sólo a un eslabón más del marxismo, sino a una “punta de lanza y elemento generador de un campo de fuerzas alrededor de este polo que el marxismo ha instrumentado en el Cono Sur latinoamericano”. La expansión internacional de la empresa era vista como una estrategia típica de la guerra revolucionaria. Eso generaba que, en el expediente, se describieran en primer lugar supuestos centros de operación europeos (sede española, conexión con editoriales de ideología afín como el francés Maspero) y americanos (la sede mexicana operaría en América del Norte y Central, la sucursal argentina, en Sudamérica).

El informe redunda en algunas evidencias de mayor peso, que pretenden legitimar las aludidas conclusiones: la figura de Aricó, la Biblioteca del pensamiento socialista, “la absorción de algunos de los integrantes que en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba editaban la revista Pasado y Presente y que posteriormente se constituyó en Editorial de neto corte marxista”. Otros elementos esgrimidos se refieren a vinculaciones con Cuba. Norberto Frontini aparece en las primeras líneas de los antecedentes de Orfila, en cuanto el gerente general también había tenido contacto directo con Ernesto Guevara:

El causante mantiene comunicación directa con FRONTINI NORBERTO ARGENTINO (MI. 232.614 CI. 112.259), profesión abogado, quien está considerado como uno de los exponentes más destacados del sector intelectual del P.C. […] El causante ofició de enlace entre el Dr. Frontini Norberto

Argentino y el Canciller cubano Raúl Roa, quien ofició de anfitrión de Frontini en su visita a Cuba. (f. 84).

En el libro de MICHAELLOWY [sic] titulado El pensamiento del Che Guevara (p. 9) menciona que GUEVARA continuó y profundizó sus estudios marxistas, gracias a un amigo argentino, ARNALDO ORFILA REYNAL que era director de la principal editorial de México (Fondo de Cultura Económica) y que le prestó los tres tomos de El capital. En ese entonces Guevara se encontraba exiliado en ese país (f. 85).

El trabajo de inteligencia combinaba el prontuario policial, informes previos de otros sectores de "inteligencia", citas de algunos libros. Otros datos sobre Orfila fueron extraídos de la Revista Tricontinental (Cuba, nº 7, 1968). Entre los miembros del directorio, los antecedentes subrayaban la militancia reformista y en agrupaciones de izquierda. Entre los empleados, la militancia en organizaciones revolucionarias de la hora. "El plantel de directorio como asimismo todo el personal fue estudiado por este GRUTAR [grupo de tareas] simplemente porque tres de sus empleados se encontraban vinculados a elementos de las 'F.A.P.'" (f. 101). Esta fórmula se reitera una veintena de veces entre los antecedentes del "material humano".

Respecto de los miembros de la editorial, los agentes de seguridad distinguían dos grupos:

En el aspecto de personal (integrantes del directorio y del plantel de empleados) merece puntualizarse el nivel –según sus antecedentes– de compromisos, por parte de los primeros con la postura marxista-leninista y en los segundos, con grupos insurreccionales que polulan [sic] en el contexto nacional, tales como: "Junta de Coordinación Revolucionaria" (JCR); "Montoneros"; "Fuerzas Armadas Peronistas" (FAP) y "Movimiento de Sacerdotes del [sic] Tercer Mundo" (MSTM) (f. 6).

Del catálogo, el informe sólo describía la Biblioteca del pensamiento socialista, con detallada nómina de objetivos de la colección y los acuerdos de producción

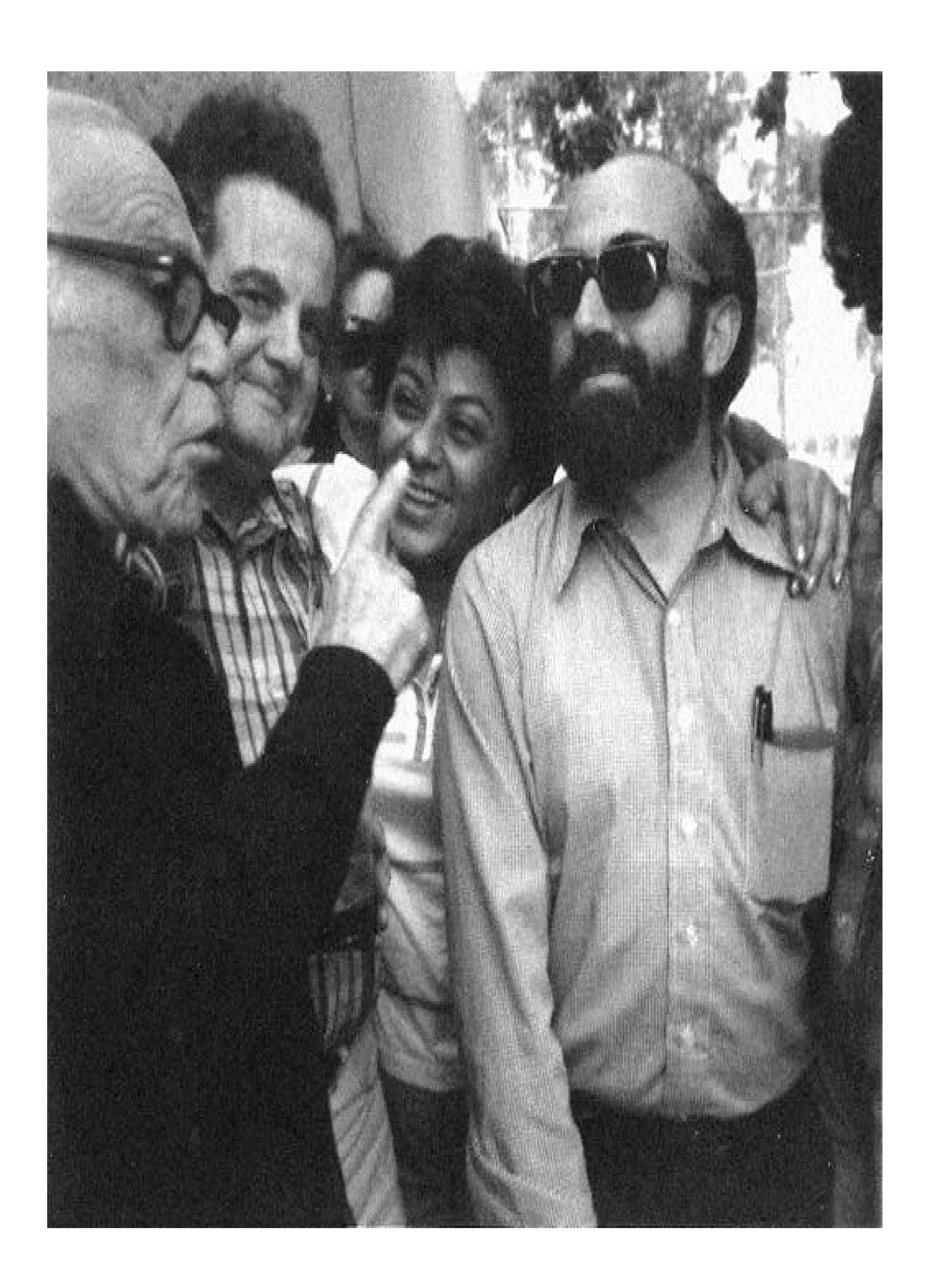
y difusión entre sucursales. Se enumeraban los cincuenta títulos publicados y en preparación como detallada evidencia de la filiación ideológica de Siglo XXI.

Portnoy y Tenewicki enviaron cartas al ministro del Interior Albano Harguindeguy y fueron recibidos por el conocido como “carnicero del [centro clandestino de detención, tortura y exterminio] Olimpo”, Guillermo Suárez Mason, jefe del Primer Cuerpo del ejército y coordinador de áreas de “inteligencia”. Su preocupación primaria era el paradero de Alberto Díaz y Tula. Al igual que los familiares de desaparecidos, recibieron en respuesta vanas promesas y pistas falsas.

Durante un año, directivos y gerentes creyeron que la editorial podía volver a funcionar. Desde México, Orfila quería evitar más riesgos. Alberto Díaz permanecía secuestrado; tras su liberación, en septiembre se exilió en Bogotá, junto con su mujer y sus dos hijos. Allí se sumó como subgerente de la sucursal de Siglo XXI, fundada ese año. Luego siguió hacia México, donde –luego de un breve paso por Siglo XXI– se hizo cargo de la sucursal de Alianza. Aricó, Tula (preso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional durante un año) y Schmucler también se exiliaron en México. Los dos primeros trabajaron en Siglo XXI, donde volvieron a editar los Cuadernos de Pasado y Presente y profundizaron la Biblioteca del pensamiento socialista.[118] Todos ellos regresaron a la Argentina después de 1983.

Marcelo Díaz y Pérez compraron el stock remanente de libros de Siglo XXI de Argentina y en 1979 montaron la distribuidora Catálogos.[119] En el país o en el exilio, gerentes y empleados sobrellevaron la dictadura con la expectativa de que la editorial fuera refundada cuando retornase la democracia. Pero eso fue refrenado por el inicio de un ciclo crítico en la sucursal mexicana, y en los contornos generales de la cultura, la política y la economía internacionales.

Siglo XXI recién volvió a instalarse en la Argentina a inicios del nuevo siglo, cuando Orfila ya no estaba y el conjunto se veía dividido entre españoles y mexicanos.



Orfila junto a Pancho Aricó, Concepción Zea y Martí Soler durante una fiesta del equipo de Siglo XXI. México, ca. 1982.

▪

[106] Diego García (2011) ha realizado un estudio del “momento editorial de Signos” con detallada reconstrucción del catálogo.

[107] Algunos integrantes del directorio ya habían tenido experiencias en el medio editorial, como Leopoldo Portnoy, quien a finales de los años cincuenta dirigía la editorial Etela S.R.L., ligada al PC.

[108] Entre los corredores de ventas en el interior del país se destacaba, una vez más, Alberto Burnichon, secundado en esa labor por Atilio López.

[109] Entrevista a Héctor Schmucler, realizada en Córdoba, el 28 de noviembre de 2002.

[110] “Yo en ese momento tenía cierta vinculación con Montoneros y a veces pienso que tal vez algún día me pedirán cuentas porque les regalé diez ejemplares del libro de Marta Harnecker y la dirección de Montoneros empezó a estudiarlo. A toda la locura que tenían desde antes agregaron esto, ¡el peor marxismo entró por ahí!”, señaló en la misma entrevista.

[111] Entrevista a Jorge Tula, realizada en Buenos Aires, el 29 de septiembre de 2005.

[112] Entrevista a Alberto Díaz, realizada en Buenos Aires, el 17 de agosto de 2005.

[113] Entrevista a Norberto Pérez, realizada en Buenos Aires, el 22 de agosto de 2005.

[114] “Pancho” Aricó (2005: cap. 3) fue un raro caso de intelectual que divulgó su causa revolucionaria con el estudio y difusión de un marxismo no ortodoxo desde la edición. Fue un notable intelectual y editor en partes iguales. Sobre esta cualidad, véanse Burgos (2004: cap. 3) y Cortés (2015).

[115] Sobre Spivacow y sus proyectos editoriales, véanse Maunás (1995), Bueno y Taroncher (2006) y Gociol (2010).

[116] Con todo, en México los productores culturales con reconocimiento ocupaban posiciones de élite en estructuras sociopolíticas muy disímiles a la tajante oposición entre Estado y productores culturales en la Argentina.

[117] Este documento puede consultarse en el archivo de la Dipba (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires), uno de los fondos del Centro de Documentación y Archivo de la Comisión por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires, sito en la ciudad de La Plata.

[118] En el momento de la clausura, Siglo XXI de Argentina tenía contratados veintinueve títulos y, en distintas etapas de producción, preparaba veinte Cuadernos de Pasado y Presente. Ese trabajo fue concluido de modo clandestino y enviado a México, donde se realizó la composición para imprenta.

[119] Catálogos fue abierta inicialmente como otro modo de garantizar la presencia de Siglo XXI en la Argentina, con títulos que pudieran sortear los peligros de la censura y la represión dictatoriales. Parte del equipo histórico la apoyó económicamente, aunque al poco tiempo se retiró de ese proyecto.

9. Fragmentos de Siglo

Estamos a la intemperie. La política, que está en ruptura con los intelectuales, ha llevado a que los intelectuales vean académicamente la política y a que los que hacen política tengan dificultades para entender las cosas. Y si vos no entendés las cosas, no podés transformarlas. Hay una zanja. Hasta que no se intente ese cruce, la política va a seguir en crisis.

Jorge Tula, entrevista realizada el 29 de septiembre de 2005

Como vimos, los años setenta marcaron el inicio del fin para el extenso ciclo de proyectos culturales y políticos que, desde la Reforma Universitaria, contribuyeron a la unidad simbólica de América Latina (y de Iberoamérica en sentido más laxo). Ya desde 1964 en Brasil, la violencia política y económica atacó en una escalada sin tregua esas iniciativas culturales. El golpe de Estado de 1976 en la Argentina significó un hito muy dañino para los proyectos articulados alrededor de Orfila. El viejo editor debió descartar la expectativa de regresar a su país y desde ahí orientar su tarea.

A las dictaduras siguieron las crisis de la deuda externa en todos los países de la región. A escala planetaria, la caída del Muro de Berlín fue una bisagra entre esa etapa y el Consenso de Washington; este último, como triunfo generalizado del neoliberalismo. Siglo XXI no salió indemne de dicho proceso global: pasó a sufrir problemas financieros. El catálogo parecía en crisis ante las nuevas modas intelectuales, que celebraban el fin de las ideologías. Entretanto, una noche de 1987, cuando con Laurette ingresaban al departamento tras cenar con Guadalupe Ortiz Elguea, el editor tropezó y se quebró el fémur. Fue el inicio de un año de reclusión, en que sufrió diez intervenciones quirúrgicas. Resignado, a los 90 años, Orfila comenzó a pensar en la herencia de su editorial, decisión clave que lo afligía pero que sabía inminente.



Despedida de Alberto Díaz (abajo a la derecha) organizada por el equipo de Siglo XXI en el restaurante Hipocampo. Ciudad de México, 1979.

El directorio delegó en Martí Soler la dirección general, de forma transitoria. Y en 1989 evaluó que Orfila, por su endeble estado de salud, ya no estaba en condiciones de continuar al frente de la Casa, de modo que lo nombró director general vitalicio y convocó una elección del nuevo gerente general. El elegido fue Jaime Labastida, poeta, filósofo, autor y accionista de la editorial: la persona indicada para enfrentar la tarea de proyectar cambios de rumbo, modernizar la empresa, sanearla y ajustar su perfil a las nuevas reglas del mercado internacional. Por un lado, se buscó profesionalizar la planta de empleados. Por el otro, se propuso actualizar el catálogo a la luz de temas y debates del momento.

Del otro lado del Atlántico, hacia 1992 la sucursal española, bajo la guía de Javier Abásolo, entró en un período de crisis que, dos años más tarde, desembocó en el retorno de Faustino Lastra como director.[120] Durante su gestión, Siglo XXI de España implementó un “plan de racionalización”, que entrañó una fuerte disminución de la planta de empleados y la desaceleración del ritmo de lanzamientos. Sin Orfila como activo unificador del conjunto, México y España diluyeron su vínculo.

La paradójica coexistencia de dos expresiones de Siglo XXI se materializó en la Argentina: en 2000, las Casas de España y de México abrieron cada una su propia sucursal en el país. La historia legitimaba ambas apuestas. En uno y otro caso daba la sensación de que los objetivos no llegarían a cumplirse del todo si no se renovaba la presencia de la editorial en todos los vértices de la geometría iberoamericana.

Tiempo y distancias

En 2000, en Buenos Aires comenzaron a funcionar la sucursal “mexicana”, que se denominó Siglo XXI Editores Argentina. y la “española”, que retuvo la marca Siglo XXI de Argentina Editores, aunque su nombre legal fue Siglo XXI Editora Iberoamericana S.A.[121] Por lo demás, esas nuevas fundaciones posibilitaron la reaparición de libros bajo un sello de prestigio en la historia cultural y política rioplatense. Los dos motivos no son necesariamente antitéticos.

Resulta llamativa la simultaneidad de los dos planes. Los primeros libros de Siglo XXI Iberoamericana, dirigida por Norberto Pérez, fueron lanzados en diciembre de 2000. Impulsado por la matriz mexicana, el trabajo de Siglo XXI Editores Argentina comenzó en octubre del mismo año y su presentación en sociedad se realizó en abril del siguiente, al lanzarse la reedición de Latinoamérica: las ciudades y las ideas de José Luis Romero. Para poner en funcionamiento este proyecto, Labastida eligió como director en Buenos Aires a Carlos Díaz, sociólogo, que al iniciarse el nuevo ciclo tenía tan sólo 25 años. En el mundo del libro, su experiencia laboral se había iniciado como empleado en la librería Gandhi porteña. Su trayectoria, sin embargo, no deja de vincularse con la vieja Casa: Carlos es hijo de Alberto Díaz, uno de los referentes de la editorial de los años setenta.



Inauguración de la sede de Siglo XXI Editores Argentina en el barrio porteño de Palermo, 24 de abril de 2009. Carlos Díaz (director editorial), junto a Ruy Pérez Tamayo (presidente del Consejo de Administración), Jaime Labastida (director general), los auditores Graciela Gulino y Horacio Brihet y Alberto Moles (vicepresidente).

Fuente: Nuestro Siglo, 1 (1), México, verano de 2009.

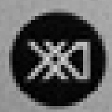
Si bien en la Argentina cada Siglo XXI inicialmente distribuyó libros del catálogo de su casa matriz, esta actividad se vio obstaculizada por la situación económica nacional. Más adelante, al igual que en épocas pasadas, cada sucursal tuvo autonomía para desarrollar proyectos de edición. En los dos casos, se preservaron líneas del sello primigenio: ciencias sociales y humanas ante todo, con predominio de autores argentinos por sobre los extranjeros, problemas sociales de la hora (análisis de coyuntura económica, política y social), divulgación cultural y científica, y, en menor medida, narrativa.

Según decía Orfila, “todo está en el catálogo” (Díaz y Dujovne, 2006). De hecho, este es el documento de identidad de una editorial, resume logros y limitaciones, expresa diferencias y poderes relativos de todo tipo.

HUGO
ACHUGAR

FALSAS MEMORIAS

BLANCA LUZ BRUM



SIGLO VEINTIUNO DE ARGENTINA EDITORES

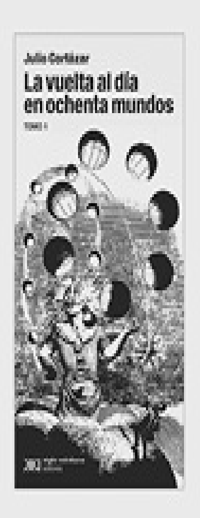
Portada de Falsas memorias. Blanca Luz Brum, ficción histórica (2000) del uruguayo Hugo Achugar, uno de los libros iniciales de Siglo XXI Iberoamericana.

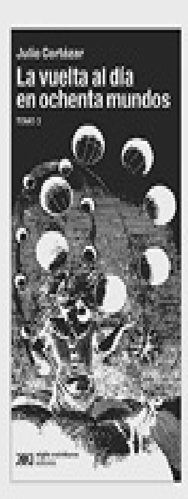
En cuanto a títulos y autores, no bien las dos Siglo XXI reaparecieron en la Argentina, todo apuntaba hacia cierta contigüidad de temáticas, de reconocimiento de los autores editados, de prestigio potencial equivalente. Sin embargo, con el paso de los años, la suerte de las dos editoriales fue dispar. Siglo XXI Iberoamericana salió al mercado con la novela Detrás del vidrio de Sergio Schmucler, hijo de Héctor, y con una ficción histórica sobre Blanca Luz Brum (Falsas memorias) de Hugo Achugar, reconocido investigador uruguayo. Abrió un considerable espacio para debates de política exterior argentina, especialmente en temáticas ligadas al Mercosur y América Latina. Julio Berlinski y Eric Calcagno (padre e hijo) eran autores de varios títulos. Muchos volúmenes en estas áreas son compilaciones de autores varios y coediciones; por ejemplo, con el Instituto Di Tella. La crítica al neoliberalismo y la globalización aparecía como uno de los temas preponderantes. También se observaban títulos de autores con tránsito en el campo del poder, como Néstor Stancanelli (economía política e integración regional), Juan Carlos Tedesco y Alieto Guadagni (educación).

En el área de ciencias sociales, Siglo XXI Iberoamericana publicó libros de reconocidos investigadores: entre otros, Fernando Devoto, Silvia Sigal y Juan Carlos Torre, director de la colección Historia y política. También, de jóvenes historiadores como Roy Hora, Hernán Otero, Silvia Lázaro, Hernán Camarero y Leandro Losada. Algunos de los extranjeros de gran prestigio que aparecen en este catálogo son Jean Baudrillard, Zygmunt Bauman y Robert Castel, con un título cada uno (pero es importante señalar que no fueron producciones locales, sino reimpresiones de libros contratados por la sede madrileña). En cuanto a traducciones, Iberoamericana priorizó a autores que estudiaron diversas temáticas sobre la Argentina o América Latina. Los únicos autores con más de un título editado por este sello fueron los ya mencionados Berlinski y Guadagni, más Carlos Iñíguez Piñeiro (historia intelectual y política), Alberto Cognigni (humor) y Bernardo Sorj, sociólogo de Río de Janeiro nacido en la Argentina. Sin embargo, Iberoamericana no era asociable a la construcción de “obras de

autor”.

En paralelo, Norberto Pérez sostenía Distribuidora Catálogos, empresa que también editaba libros. Este doble frente limitaba la energía, el tiempo y las posibilidades de dedicación completa a la reflexión del plan de cada una. Y se evidenció en un bajo ritmo de lanzamientos anuales: entre 2001 y 2011 el promedio de novedades por año fue de diez títulos. En el aspecto gráfico, sus series muestran una gran dispersión de formas. Al sumar la baja exposición por publicidad, concluyo que Iberoamericana no sostuvo una presencia constante y creciente en el mercado, ni un trabajo uniforme para canalizar el reconocimiento de la red de asesores, directores de colección y autores como el valor inercial del sello. Luego de que Siglo XXI de España fuera adquirida por el Grupo Akal en 2010, la rama argentina lanzó sus últimos títulos a mediados del año siguiente, y en 2012 fue liquidada.





julio cortázar
la vuelta al día en ochenta mundos
Esta obra, el gran libro moderno de Cortázar, puede leerse como un *collage*: un conjunto de invenciones, homenajes, digresiones y retratos que vuelven el mundo irremediablemente cortazariano.
Vol. 1, 192 pp. | vol. 2, 200 pp. | 19 x 9 cm
ISBN 978-987-629-104-0 | 2009 | 4ª reimpr. 2014





julio cortázar
último round
Uno de los libros más personales de Cortázar, en el que podemos vislumbrar sus gustos, sus referencias culturales, sus apuestas políticas, y también redescubrir su talento como genuino hacedor de cuentos y de mundos literarios.
Vol. 1, 296 pp. | vol. 2, 288 pp. | 19 x 9 cm
ISBN 978-987-629-105-7 | 2009 | 1ª reimpr. 2014

biblioteca clásica de siglo veintiuno





jacques lacan
escritos 1 y 2
Estudiosos de diversas áreas siguen encontrando en los *Escritos* de Lacan la clave de un pensamiento siempre heterodoxo, que permite abordar temas centrales como el lenguaje, el lugar del sujeto y lo social. Siglo XXI presenta esta nueva edición, revisada y corregida, de una obra de gran vitalidad y actualidad.
Vol. 1, 492 pp. | 23 x 16 cm
ISBN 978-987-629-003-6 | 2002
2008 | 4ª reimpr. 2014 | Traducción: Tomás Segovia
Vol. 2, 392 pp. | 23 x 16 cm
ISBN 978-987-629-004-3 | 2002
2008 | 4ª reimpr. 2015 | Traducción: Tomás Segovia

Páginas del catálogo general 2015 de Siglo XXI Editores Argentina.

En ese mismo período (2001-2011), Siglo XXI Editores publicó el triple de títulos. El catálogo general de abril de 2015 permite observar la consolidación del proyecto que coincide con celebraciones: "50 años de historia; 15 años en Argentina".

El diseño gráfico reproduce las líneas de la colección de mayor prestigio de la editorial: Biblioteca clásica, centrada en las humanidades. El cuadro de las páginas siguientes permite objetivar colecciones, disciplinas y autores.

Cuadro 9.1. Catálogo 2015 de Siglo XXI Editores Argentina, títulos publicados, por secciones

Colección
Ciencia que ladra… Abarca dos series: Clásica y Mayor. Director: Diego Golom
Sociología y política Incluye tres series: Educación y sociedad (director: Emilio
Singular
Metamorfosis Director: Carlos Altamirano
Mínima
Biblioteca Eduardo Galeano
Julio Cortázar
Biblioteca clásica de Siglo XXI
Derecho y política Directores: Roberto Gargarella y Paola Bergallo
Arte y pensamiento Directora: Andrea Giunta

Biblioteca Básica de Historia Director: Luis Alberto Romero
Historia y cultura Director: Luis Alberto Romero Incluye la serie El pasado pres
Antropológicas Director: Alejandro Grimson
Economía política argentina Director: Eduardo Basualdo
Biblioteca del pensamiento socialista Director: Horacio Tarcus
Ciencias sociales
Revistas culturales (distribución)

Consolidación del catálogo significa estabilización de colecciones y definición de líneas de crecimiento a lo largo de los años. En este caso, además muestra claras marcas diferenciales en relación con el catálogo tradicional de Siglo XXI y en oposición a los concurrentes inmediatos. Si aún en 2006 se diferenciaban segmentos de psicología, lingüística y educación, en 2015 esas disciplinas quedan englobadas en otras rúbricas y se reafirma la centralidad de la historia.[122]

En suma, el catálogo 2015 confirma la imagen usual de Siglo XXI como editorial de ciencias sociales y humanas, con significativa presencia de investigaciones de autores argentinos y extranjeros. Sin embargo, en sus primeras páginas aparece una de las más importantes colecciones de divulgación científica en lengua castellana, Ciencia que ladra….[123] Dirigida por Diego Golombek –doctor en Biología, docente e investigador de Conicet, gran divulgador científico–, se centra en las ciencias exactas y naturales y es la que cuenta con mayor cantidad de títulos. Sus textos –especialmente, de autores argentinos– se identifican por un estilo accesible que apela al ingenio y al humor. Como notorios exponentes de su serie Clásica, los cinco volúmenes de Matemática, ¿estás ahí? de Adrián Paenza son un gran éxito de Siglo XXI, con más de un millón de ejemplares vendidos. La serie Mayor propone libros más extensos y especializados; predominan obras traducidas, como tres títulos de Stanislas Dehaene, profesor de Psicología Cognitiva Experimental en el Collège de France. La originalidad del proyecto hizo que siguiera cruzando fronteras para sumar la publicación sostenida de autores mexicanos.

Le sigue Sociología y política, nombre que preserva el de una de las principales colecciones de la editorial primigenia. También confirman esa importancia el volumen de títulos y la mayor cantidad de traducciones, sólo superada por la Biblioteca clásica. Esta colección incluye tres series: Rumbos teóricos, Educación y sociedad y Nueva sociología argentina, dirigidas, respectivamente, por Gabriel Kessler, Emilio Tenti Fanfani y Claudio Benzecry. Entre los autores argentinos, hay gran presencia de Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti y Oscar Terán. Si se suman a la importancia que para esta editorial tienen la obra de Carlos Altamirano y la de Adrián Gorelik, se reconoce que allí confluyó el grupo que conformaba la revista cultural Punto de Vista (publicación que, hasta su cierre en 2008, fue distribuida por Siglo XXI). Y si integramos a este análisis los títulos de Elías Palti y Alejandro Blanco, observamos que Siglo XXI también se liga

estrechamente al Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, el cual edita la revista Prismas.

En las páginas siguientes del catálogo, aparece la colección Singular, que también privilegia libros de autores de amplio reconocimiento sobre temas diversos, tratados de manera sintética, sin despliegue erudito, es decir, orientados a un público amplio. Participan nombres representativos de la editorial, como Alejandro Grimson con su serie sobre mitomanías argentinas, Luis Alberto Romero (La larga crisis argentina), Horacio Verbitsky (Cuentas pendientes) o Edgardo Castro (Diccionario Foucault). También marcan presencia Alberto Manguel (Una historia de la lectura) o Thomas Piketty (La crisis del capital en el siglo XXI). Saferstein (2016) indaga esta colección. Un perfil similar se reconoce en la renovada Mínima, núcleo de libros breves de “autores de la Casa” como Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo o Roberto Gargarella. También reúne traducciones de títulos de Marc Augé o Alain Badiou. Entre Mínima y Singular, colecciones “generales”, el catálogo presenta Metamorfosis, dirigida por Carlos Altamirano, con un perfil más enfocado en el lector universitario. Junto a investigadores argentinos de asentada trayectoria (José Aricó, Emilio de Ípola, Adrián Gorelik, Elías Palti, etc.), Metamorfosis se abre a la producción de jóvenes como Soledad Quereilhac o Alejandro Dujovne.


Las venas abiertas de América Latina
Eduardo Galeano


Las venas abiertas de América Latina
Eduardo Galeano


Las venas abiertas de América Latina
Eduardo Galeano


EDUARDO GALEANO
LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Sucesivas ediciones de Las venas abiertas de América Latina, clásico de Eduardo Galeano publicado por Siglo XXI en la Argentina. Las tres primeras corresponden a la década de 1970; la última, a la actual Biblioteca Eduardo Galeano.

El núcleo identitario de una editorial suele figurar en el centro del catálogo (Sorá, 2010: cap. 3). Eso se nota en el caso de dos secciones. Primero, la correspondiente a un género que, como vimos, fue de gran significación en los origenes de Siglo XXI: la literatura latinoamericana, que actualmente se limita a dos autores, Eduardo Galeano –formando una Biblioteca o colección de autor– y Julio Cortázar, de quien la editorial continúa la edición de La vuelta al día en ochenta mundos y Último round, en dos volumenes por título, versión vigente desde 1972. Segundo, la ya mencionada Biblioteca clásica de Siglo XXI, presentada como el conjunto de “libros emblemáticos de la editorial”. En abril de 2015 la integraban traducciones de trece autores considerados “referentes imprescindibles en el campo de las humanidades y las ciencias sociales”. Por cantidad de títulos, los más representados eran Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Roland Barthes, Paulo Freire, Tzvetan Todorov y Jacques Lacan. Lo significativo de este conjunto es el carácter de emblemas de un pasado reinterpretado. Cuando una editorial sufre crisis como las vivenciadas por Siglo XXI durante la década de 1990, en la mayoría de los casos hay una migración de los autores de mayor prestigio y rentabilidad hacia los sellos más poderosos de la hora.

La colección Derecho y política, dirigida por Roberto Gargarella y Paola Bergallo, reúne estudios sobre el derecho desde perspectivas que se nutren de la filosofía política, las doctrinas penales, el constitucionalismo y la teoría crítica, así como títulos que se proponen intervenir en debates significativos en la esfera pública. Sigue la colección Arte y Pensamiento, dirigida por Andrea Giunta, renombrada historiadora del arte y curadora. En 2015 había publicado libros de críticos y artistas latinoamericanos como Nelly Richard, León Ferrari y Raúl Antelo, junto a otros de la propia Giunta.

Los dos segmentos dedicados a la historia están dirigidos por Luis Alberto Romero. La Biblioteca Básica de Historia ofrece panoramas generales según

períodos o temas: las culturas aborígenes argentinas y latinoamericanas, los procesos políticos y sociales, las ideas o la economía. Los autores, de marcado reconocimiento académico, son casi todos argentinos. Historia y cultura reúne estudios monográficos y más especializados sobre una pluralidad de asuntos: educación, política, vida urbana, intelectuales, etc. Entre los autores argentinos, esta colección consagra la obra de dos historiadores que también son emblemas de Siglo XXI: José Luis Romero y Tulio Halperin Donghi. Aparecen estudios de investigadores de nueva generación y un significativo conjunto de traducciones de autores como Edward P. Thompson, Maurice Agulhon, Edmund Morgan o Pierre Rosanvallon. La serie El pasado presente abarca un notable segmento de investigaciones acerca de la historia reciente argentina.[124]

La economía, disciplina muy presente en el catálogo de los años fundacionales de Siglo XXI, figura hacia el final del catálogo. Además de una serie de tres traducciones, abarca a Economía política argentina, dirigida por Eduardo Basualdo, con libros en que su nombre se alterna con el de Daniel Azpiazu. Poco más adelante, la Biblioteca del pensamiento socialista presenta El capital de Karl Marx, junto con la Antología de este autor organizada por Horacio Tarcus – iniciativa que significó la primera edición en esa serie después de muy largos años sin novedades–, más la célebre Antología de Antonio Gramsci al cuidado de Manuel Sacristán.

En una visión panorámica de los agentes clave en el catálogo 2015 se nota, a escala nacional, muy escasa presencia de nombres del interior del país. A escala internacional, hay una conexión privilegiada con el campo académico francés. El perfil de los directores de colección ofrece un cuadro sintético de la red de vínculos académicos predominantes.

Cuadro 9.2. Principales redes académicas en que participa Siglo XXI

Director de colección o serie	Grado académico	Rang
Diego Golombek (1964)	Doctor en Biología (UBA)	Invest
Emilio Tenti Fanfani (1945)	Doctor en Ciencias Políticas (Sciences Po)	Invest

Gabriel Kessler (1964)	Doctor en Sociología (EHESS)	Inves
Claudio Benzecry (1971)	Doctor en Sociología (NYU)	
Carlos Altamirano (1939)	Profesor en Letras (UBA)	Inves
Roberto Gargarella (1964)	Doctor en Derecho (UBA)	Inves
Paola Bergallo (1972)	Doctora en Derecho (Stanford)	Inves
Andrea Giunta (1960)	Doctora en Historia del Arte (UBA)	Inves
Luis Alberto Romero (1944)	Profesor de Historia (UBA)	Inves
Alejandro Grimson (1968)	Doctor en Antropología (Brasilia)	Inves

El Conicet en investigación y las universidades nacionales de Buenos Aires, San Martín y Quilmes en enseñanza predominan en las filiaciones institucionales de los directores de colección. Tres de ellos nacieron antes de 1945, los demás en las décadas de 1960 o 1970. Estos indicadores también son predominantes en la constelación de autores argentinos.

Para concluir esta interpretación, la ilustración de cubierta, de autoría de Sebastián Dufour, nos aporta un sutil signo sobre el cual he reflexionado en otros estudios (Sorá, 1998 y 2010a): la Casa.

El predio que desde 2009 ocupa Siglo XXI Editores cifra la historia, los logros, las elecciones intelectuales del actual catálogo. Al igual que muchos centros de producción cultural de la ciudad de Buenos Aires, la editorial se mudó del Centro al barrio de Palermo, que desde los años noventa no cesa de atraer a proyectos dinámicos de la escena artística e intelectual porteña. Allí el sello sigue cultivando un factor decisivo en la génesis del proyecto: un esprit maison, que se confirma en los actos de presentación de libros, eventos culturales y la ya tradicional fiesta de fin de año, un encuentro informal que congrega al equipo, los autores, los colaboradores externos, y también a escritores, periodistas, colegas y amigos de la Casa.



Ilustración de tapa del catálogo 2015 de Siglo XXI Argentina, original de Sebastián Dufour.

El peso de la herencia

La observación etnográfica de las oficinas de ambas empresas transmite una imagen indirecta pero eficaz para ampliar la interpretación de las razones prácticas y simbólicas que orientan la composición de los catálogos. El edificio de Siglo XXI Iberoamericana era una vieja casa de dos plantas en el centro de Buenos Aires, cercana a la intersección entre las avenidas Independencia y Entre Ríos. La editorial ocupaba el primer piso y la distribuidora Catálogos, la planta baja. A diferencia de esta, la planta alta no había sido reciclada. En parte por eso, la editorial tenía una "atmósfera" de hogar o de club social antes que de oficinas diferenciadas por una clara división del trabajo. Cada sala estaba abarrotada de papeles y material diverso, lo cual creaba una sensación de desorden y poca luminosidad; al mismo tiempo, se percibía una intensa sociabilidad entre los pocos empleados, facilitada por la interconexión entre los ambientes. Todas las salas daban al hall de entrada y a la escalera.

Como el director trabajaba con las puertas abiertas, él en persona recibía a quienes llegaban. Su oficina era pequeña, con una ventana que daba a la calle. Pérez –robusto y de barba densa– vestía informalmente, usaba una gorra y no dejaba de fumar. Las entrevistas transcurrían en un clima de café. Su escritorio era muy estrecho y estaba ocupado por una computadora y varios originales apilados; lo flanqueaban dos bibliotecas: una con las nuevas ediciones de Iberoamericana y de Catálogos, y la otra, con los títulos más preciados de una selección personal: libros de historia argentina, de historia cultural y de política general, de escritores amigos, y trabajos ligados a los proyectos de Siglo XXI en los años setenta.

En una pared de la oficina había un póster de Cortázar. En otra –cerca del escritorio, al alcance de la mano– colgaban tiras cómicas de diario, pegadas con cinta adhesiva, así como fotos de su familia y de Orfila y Satostegui, sus maestros en la edición y el comercio de libros. Con ellos había empezado a trabajar en 1947, cuando a sus 12 o 13 años había ingresado al FCE como cadete, vacante publicada en un anuncio del diario La Nación:

Éramos muy pocos. El gerente, que era Orfila, un jefe de expedición o de bodega, un par de empleados y una contadora, María Elena Satostegui, […] que fue una mujer con la que teníamos mucho afecto. Fuimos compañeros de trabajo mucho tiempo, y me enseñó muchas cosas.[125]

María Elena no tuvo hijos y, al morir, legó a Norberto un departamento en Mar del Plata y un Volkswagen “escarabajo”. Orfila, por su parte, afirmaba que nadie había trabajado tanto tiempo junto a él como Pérez. Como con Séjourné tampoco habían tenido hijos, los dos dejaron en testamento sobres con dinero para personas queridas (entre ellas, Norberto). Al hablar, el director miraba las fotos con intenso afecto; así, el presente se ligaba a un pasado que guiaba, enseñaba y también prendía, tomaba y posesionaba (Bourdieu, 1980); su destino parecía tributario de la vinculación personal con los fundadores de una Casa.

No volví a encontrarme con Pérez después de nuestros diálogos en 2005.[126] En internet ya no existen sitios que se refieran a Siglo XXI Iberoamericana, sino apenas algunas listas de libros y los edictos de liquidación.

Desafíos del editor contemporáneo

En el momento de realizar el trabajo de campo, Siglo XXI Editores Argentina tenía su sede en el centro de Buenos Aires (Tucumán 1621), en un departamento de un edificio de elegante estilo art déco, bien conservado. En 2005, sus doce empleados fijos trabajaban en un espacio sobrio y luminoso, pintado de blanco, con lujosa boiserie restaurada. Sobre esa estructura arquitectónica se asentó una decoración contemporánea y casi en continuidad estética con el diseño gráfico de los libros y con el habitus o estilo personal del editor. En cada ambiente había objetos de arte y el material de trabajo se disponía de un modo ordenado, privilegiando las actividades del presente. La comunicación del visitante con el editor era indirecta, ya que requería anunciarse previamente.

Una secretaria me acompañó al despacho de Carlos Díaz, amplio, luminoso, con un llamativo sofá rojo para recibir visitas; estaba hacia el fondo del departamento. El editor charlaba desde su mesa de trabajo, también muy amplia, donde antes que los manuscritos parecían prevalecer los libros (muchos de ellos en lenguas extranjeras, en evaluación para gestionar eventualmente los derechos de publicación). Además, eran visibles revistas y folletos del sistema de comunicación entre profesionales del mercado internacional. En la biblioteca de su sala, Carlos Díaz privilegiaba el fondo de la nueva editorial, con varios ejemplares por título: unos para obsequiar, otros como archivo. El conjunto revelaba la unidad de diseño buscada por entonces, más en ruptura que en continuidad con la imagen gráfica de Siglo XXI en los años setenta. A simple vista, en esas oficinas no había marcas materiales de la historia más mediata.

Así, Siglo XXI ligada a España y Norberto Pérez se debían a un pasado del cual se consideraban guardianes y prevalente sobre las presiones de las reglas del mercado editorial internacional. Siglo XXI ligada a México, tanto como Carlos Díaz, proyectan la expresión de las propiedades de las empresas y los editores innovadores. En este caso, la tradición no pasaba indiferente, pero estaba adaptada a las nuevas prescripciones del mercado editorial. Para demostrarlo, me interesan los modos en que Díaz interpreta sus acciones y apuestas profesionales:

—*¿Cuál fue tu estrategia para actualizar el catálogo de Siglo XXI?*

—Cuando abrimos, tuve muy claro que había dos proyectos posibles: uno, la editorial local, de nicho, que pensase sólo en la Argentina; otro, la editorial con proyección, que trascendiese las fronteras del país. Si hubiese fundado la editorial "Carlos Díaz", tal vez habría optado por el primer modelo, porque es la forma usual de empezar. Pero al tratarse de Siglo XXI, que siempre tuvo una vocación latinoamericana, había que dar las dos batallas, armar los dos frentes. Y también, como hizo Siglo XXI desde sus comienzos, encarar una opción simple y efectiva: traducir lo mejor del pensamiento central, europeo en especial. Entonces, para presentarnos, el primer año y medio publicamos a autores argentinos o del Cono Sur. De ahí en más, teníamos una red con la cual sostener contrataciones más ambiciosas, que requieren el pago de anticipos, afrontar traducciones, entre otros factores. Por eso, empecé a viajar: es importante tener contacto con editores y agentes extranjeros.

—*¿Qué garantiza la relación cara a cara?*

—Por ejemplo, Seuil tiene un libro de Bourdieu que busca vender al mundo árabe, a Corea, a China (con sus distintos idiomas), a América Latina, a España, Brasil, Portugal, Canadá… La persona encargada de esas operaciones tiene que tomar muchas decisiones y no tiene por qué conocer bien todos esos mercados. Si te conoce personalmente y conoce tu catálogo, podés llegar a obtener una preferencia. Por lo general, los libros importantes se ofrecen automáticamente a editores de España para que también los distribuyan en América Latina. En el caso de los agentes, es importante que tengan en claro qué publicás, porque ellos son representantes de veinte editoriales, que a su vez publican doscientos libros por año. Por supuesto, vos no podés manejar toda esa información; entonces, si editoriales y agentes saben que te interesa determinada línea, te hacen ofertas que suelen ser interesantes, y a veces aciertan.[127]

Carlos Díaz toma en consideración la historia, en cuanto al fondo editorial y a las representaciones sobre el sello. Eso acota los sentidos de las acciones del presente, como la reproducción de una "vocación latinoamericana" que significa

ir más allá de las fronteras nacionales, y orienta la obtención de beneficios económicos como fin subordinado a un sistema de elecciones simbólicas. Así, imbricado al primero, se despliega otro plano, en que se deciden los modos de gestión de las relaciones internacionales, en un mercado editorial no homogéneo.

Ese espacio ordenado, jerárquico, no resulta igual de accesible para cualquier editor. La incidencia de un actor dependerá de dónde esté asentado, de la posición relativa de su empresa en el campo correspondiente y de los capitales y las disposiciones que es capaz de movilizar para buscar recursos y obtener beneficios de productos que se ofertan. Carlos Díaz sabe que no está precisamente en pie de igualdad con España; pero la "vocación latinoamericana" lo impulsa a construir un catálogo que trascienda la demanda de las comunidades intelectuales y de lectores de la Argentina: "Yo no puedo competir con Paidós, pero puedo sacarle un libro por algún motivo excepcional. De igual a igual, no puedo competir".[128]

Veamos un ejemplo afín. Siglo XXI tradujo por primera vez a Barthes a inicios de los años setenta. En 2001 Seuil ofreció a Paidós Ibérica la venta de derechos de tres volúmenes que reúnen seminarios y cursos del semiólogo francés en el Collège de France. Siglo XXI México intervino en la puja y obtuvo los derechos para la edición castellana. El cuidado de la edición se realizó en la Argentina; así, Carlos convocó a un brillante equipo, encabezado por Beatriz Sarlo, destacada difusora de la obra de Barthes. Los tres volúmenes, traducidos por Patricia Willson, contaron con respectivos estudios preliminares de la propia Sarlo, Alan Pauls y Nicolás Rosa. Significó una apuesta audaz, en sintonía con el estilo histórico del sello, pero en tiempos de mercados culturales muy distintos. A pesar de las dificultades para obtener opciones de títulos de autores extranjeros codiciados, año tras año Siglo XXI Editores Argentina logra adquisiciones que, todavía con cierto ingrediente de hazaña, se explican por los efectos simbólicos y económicos asociables al prestigio profesional acumulado por el sello y por su director.

Por el contrario, consultado sobre sus relaciones con el exterior, Norberto Pérez relataba que España controlaba todo: la comercialización hacia otros mercados nacionales tanto como la contratación de títulos. Así, notamos que en Iberoamericana las traducciones se limitaban a autores brasileños o a investigadores anglosajones que indagaron temas argentinos.

Para ganar una subasta en el mercado internacional, hay que aprender e

incorporar ciertos esquemas de percepción y apreciación. Una de las paradojas de la globalización del mundo editorial es la vigencia de formas de socialización y sociabilidad profesionales que podemos caracterizar como antiguas e invariables. Una de ellas es la eficacia de las ferias y salones como rituales de reproducción de relaciones cara a cara, personalizadas, que aumentan las posibilidades de comprar derechos de traducción y edición. Otra es la formación del oficio de editor como un arte para el cual no se exige la obtención de grados académicos. Veamos la articulación de estas propiedades generales en la trayectoria de Carlos Díaz:

—*¿Vos habías tenido experiencias previas en el mundo editorial?*

—Tuve dos fuentes de formación: una es mi padre. Yo nunca pensé que iba a trabajar en esto, ni tenía ganas. Pero me di cuenta de que, sin saberlo, había aprendido mucho de este oficio, por él. Después, de los 20 a los 25 años, trabajé en la librería Gandhi, en la época de oro, cuando por allí pasaban todos los intelectuales y artistas de Buenos Aires; a la Gandhi incluso venía gente de los países limítrofes. Me formé con muy buenos libreros (en una época sin computadoras). Los vendedores éramos estudiantes, tipos inquietos, todos veníamos de familias en las que se leía y se discutía mucho. A la librería iban nuestros profesores y les recomendábamos la novedad de tal o cual autor. Así, conocíamos las editoriales españolas, los catálogos de cada una.

En 2002, Díaz fue invitado a la Feria de Frankfurt por la cámara alemana de editores y libreros que se encarga de las relaciones internacionales, la AUM GmbH. Cada año esta última otorga una beca a unas treinta editoriales “culturales” de los cinco continentes, que se perfilan como promisorias en sus mercados de origen. El objetivo de los organizadores es socializar a los novatos en la organización de relaciones internacionales. Durante la feria, preparan agendas según las líneas de interés de cada agente. Los invitados se sienten privilegiados; con esto, Frankfurt transmite disposiciones colectivas durables:

Cada vez es más importante el networking. Yo fui invitado a Frankfurt y el gran objetivo de los organizadores son las redes que se crean entre los jóvenes

editores. Programan todo tipo de actividades. Cada tanto hay cenas y reencuentros. Así, conocés a los nuevos y terminás haciendo negocios con esa gente. O cuando vos tenés un libro y pensás que en Suiza puede interesar, tenés tu contacto suizo.

En esa primera visita a Frankfurt, Carlos llevó material de Siglo XXI (Sorá, 2003b). El segundo año fue por su cuenta y, ya relativamente familiarizado con ese circuito de sociabilidad y de negocios, vio las novedades disponibles en la arena internacional y las evaluó para el catálogo. En lo sucesivo, conoció otras plazas centrales del mercado, que también ofrecen recursos para formar editores del mundo entero. En la Feria de Londres, por ejemplo, el British Council otorga un premio anual al mejor editor joven; en su edición 2007, Carlos fue finalista. Dos años antes, había realizado una residencia en París gracias a una invitación del Bureau International de l'Édition Française.

Ya en 2004, un grupo de editores argentinos había fundado Letras Argentinas, un "club de venta de derechos de autores" del país. En su publicidad, se presentaba como una respuesta a las crisis del mercado interno y a la situación cada vez más dominada de las editoriales y la producción cultural argentina en el escenario internacional:

Muchos autores argentinos suelen tener grandes dificultades para hacer conocer sus obras más allá de las fronteras de su país y, sobre todo, más allá del idioma español. La posibilidad de que los libros argentinos sean traducidos a otras lenguas es cada vez más lejana.[129]

El club permitía generar departamentos de venta de derechos, algo que las editoriales medianas o pequeñas no podían planificar. La "vocación por la cultura nacional"[130] les permitió obtener un subsidio del gobierno de la ciudad de Buenos Aires y presentarse en Frankfurt 2005. Esa vez pudieron ir a vender sus libros, no sólo a comprar derechos. Carlos Díaz también participó en grupos de editores independientes que comenzaban a dar respuesta a las restricciones impuestas por los grandes grupos transnacionales. En paralelo, y desde 2001, trabajó como consejero en la CAL (en esos años la histórica asociación gremial

nucleaba a las editoriales medianas y pequeñas).

El catálogo actual –con obras de pensamiento social y político de alta calidad, raigambre académica y proyección iberoamericana– logra continuidad con la editorial del pasado. Eso supone un proceso virtuoso si consideramos que las ciencias sociales –pese a sus mayores niveles de profesionalización, institucionalización e internacionalización– perdieron gran parte de la influencia política y cultural que tuvieron en los años sesenta y setenta del siglo pasado. En la época presente, en que el libro y la edición se ven jaqueados por la concentración financiera y el desaliento a la compra y lectura de obras de largo aliento, Siglo XXI Editores Argentina puede explicar el lugar de la cultura en la política para comprender el mundo e incidir en su transformación, como sugiere el epígrafe de este capítulo.

Por lo demás, la editorial continúa fiel a su política editorial y comercial: best sellers de calidad (en continuidad con antecedentes de su propia historia) y las primeras obras de valiosos investigadores jóvenes conviven en su catálogo y vuelven sustentable el proyecto. Carlos Díaz menciona además que un caso como la obra de Adrián Paenza

marcó un antes y un después, permitió experimentar la forma de explotar un éxito comercial. Aprendimos muchísimo. Un par de años después, otro gran hito fue la recuperación de la obra de Galeano, nos encontró con más herramientas. […]

Siglo XXI tiene una cosa muy particular: como desde su origen fue un proyecto político-cultural, siempre reinvirtió lo que generó y expandió su equipo, sus colecciones. En ese mismo sentido, con el trabajo de todos esos años, compramos esta casa. […]

Está todo funcionando: tenemos nuestra propia casa, tenemos donde caernos muertos, tenemos nuestro catálogo, nuestros libros (entrevista de Daniela Szpilbarg; el destacado me pertenece).

Todas las empresas culturales que logran beneficios económicos razonables se exponen al riesgo de distorsionar el proyecto de origen. No hay una fórmula que

indique cómo actuar. La editorial, que había comenzado con tres personas "todoterreno", diecisiete años después cuenta con un equipo de veinte profesionales de gran experiencia, con una nítida diferenciación de áreas y de gerencias. Su producción anual ronda los cuarenta y cinco títulos.

Así, la Casa da orden a la acumulación económica, sintetiza un valioso capital de relaciones sociales que administra un patrimonio de capitales simbólicos; en suma, actualiza logros, ideales y mitos de la era Orfila Reynal. En el vértice argentino de esta cultura impresa –sin otro vínculo que el que sostiene con la casa matriz en México–, su historia sostiene un sentido pleno para continuar pensando cómo actuar en un presente siempre crítico.

▪

[120] Algunas referencias a la crisis de la filial española aparecieron en una nota de Xavier Moret, publicada en El País el 14 de enero de 1993; crisis que el título resaltaba sin ambages: "El lento declive de Siglo XXI".

[121] Para simplificar la lectura, en el texto utilizaré Siglo XXI Iberoamericana (o, sin más, Iberoamericana) para referirme a este sello.

[122] Al cierre de este libro, Siglo XXI está preparando los primeros títulos de la colección Educación que aprende, dirigida por Melina Furman, destacada investigadora que estudia la formación del pensamiento científico desde el nivel inicial hasta el universitario, con énfasis en la capacitación docente y la mejora escolar.

[123] En este sentido, podemos tener en cuenta las palabras de Carlos Díaz: "Históricamente, nuestros lectores eran académicos y estudiantes universitarios, pero queremos llegar también a un público no especializado, más amplio" ("Primer título de la editorial Siglo XXI en Argentina", Clarín, 26 de julio de 2001).

[124] Historia y cultura concluyó en 2016, y en 2017 se lanzó una nueva serie: Hacer Historia, a cargo de un comité integrado por Lila Caimari, Vera Carnovale, Roy Hora, Sylvia Saítta, Marcela Ternavasio y el equipo editorial de Siglo XXI.

[125] Entrevista a Norberto Pérez, realizada en Buenos Aires, el 22 de agosto de

2005.

[126] Pérez falleció el 12 de abril de 2013.

[127] Entrevista a Carlos Díaz, realizada el 2 de febrero de 2006.

[128] Paidós, prestigiosa editorial de ciencias sociales y humanas, surgió en Buenos Aires en 1945 y en 2001 fue adquirida por el grupo Planeta. Sobre la historia de esta editorial y específicamente de la colección Sociología y Psicología que allí dirigió Gino Germani, véase Blanco (2006).

[129] Hoja suelta de difusión del grupo, distribuida en un encuentro sobre edición independiente realizado en el Centro Cultural Rojas de la UBA en agosto de 2004.

[130] “Convencidos de que lectores de todo el mundo recibirán estos libros con entusiasmo, decidimos sumar esfuerzos para acercarnos a los editores internacionales interesados en traducir y publicar libros de autores argentinos” (“Catálogo 2005/2006 Letras Argentinas”, Buenos Aires, 2005: 2).

Conclusión

El 1º de enero de 1945, en un modesto local en avenida Independencia 802 de la ciudad de Buenos Aires, la inauguración de la sucursal del FCE en la Argentina simbolizó una instancia clave para la integración del espacio editorial iberoamericano. Antes de eso, impresos y otros bienes simbólicos iban y venían entre Europa y América, entre colonias, entre naciones. Pero era un comercio de "intelectuales y libreros", empujado por fuerzas individuales y dispersas, dominables por emporios culturales. Aquí hablo de una nueva profesión: los editores de libros, agentes muy distintos que iban a imponer nuevas reglas para los juegos de la cultura escrita; para las formas, los ritmos y límites de la producción, distribución y consumos de libros. Estos especialistas pasaron a ser el núcleo de las relaciones entre escritores y lectores, los directos interesados en la imaginación y estabilización de los mercados del sector. Reseño la configuración gradual de mercados de libros nacionales que en algunos países de América Latina (en especial, la Argentina y México), en esa época, definieron sus fronteras, los bordes de sus intereses, sus políticas y sus poderes específicos. Antes, aún tenían un formato de corte colonial, descentrado, centrífugo, previo a cierta "sociedad de naciones" editoras.

Esa sucursal, que había impulsado Daniel Cosío Villegas, era conocida como la Casa de México. Espasa-Calpe, El Ateneo, Losada eran empresas (española la primera, de españoles en la Argentina las otras dos) que ya habían fundado sucursales en otros mercados. Pero la del FCE se montó en el momento exacto en que se imbricaron dos procesos: uno relativo a la definición de los contornos del editor como oficio diferenciado, y otro, a la internacionalización de los mercados. Estas instituciones económicas –insisto– estaban articuladas, pero no integradas en un espacio común, con sendas duraderas, transitadas por un afianzado grupo de productores de libros en competición. La diferenciación y la integración fueron paulatinas, en un proceso evolutivo que tuvo en 1945 un umbral nítido.

Durante ese período, en la correspondencia generada desde su posición de editor, Cosío transmitía una ansiedad asociable al poder: si le salían bien las cosas, iba a

ser un prócer de la cultura de su país, tal vez de Iberoamérica. La Argentina, en el otro extremo, no pasaba por un momento que él pudiera interpretar como republicano en lo político; pero la guerra la reveló como una potencia cultural. Allí había una pujante industria de bienes simbólicos, con corporaciones, públicos e instituciones diversificados. La Cámara Argentina del Libro había sido fundada en 1936, cuando se editaron apenas ochocientos veintitrés títulos (CAL, 1944). En abril de 1943, año en que la producción se elevó a casi cinco mil, esa entidad realizó en Buenos Aires la Primera Feria del Libro Argentino. El evento duró el mes completo y asistieron dos millones de personas, alrededor del 70% de los habitantes de la ciudad. Según las estadísticas del correo, en 1942 la Argentina había exportado cien mil "sacos" de libros a los países americanos y a España, equivalentes a más de tres toneladas de impresos, o diez millones de ejemplares. México había sido el principal mercado importador, con un registro de 23.830 "sacos". La Argentina podía "inundar a México con su producción", y este podía aprovechar la oportunidad para proponer una asociación.

La Casa de México en Buenos Aires también fue el lugar donde se anudaron las trayectorias de Cosío y Orfila. Esa es otra escena clave de una época en que se acumularon condiciones, energías, capitales e ilusiones para llegar a la consolidación del americanismo, a la integración de sistemas de pensamiento y mercados de bienes simbólicos que lógicamente se encaminaban hacia Europa a través de España. Recordemos que en 1945 se realizó en Santiago de Chile, y por primera vez, el congreso latinoamericano de editores (que al año siguiente se celebró en Buenos Aires).

Pero ese proceso integrador nunca cristalizó en una asociación o práctica regular que institucionalizara los ideales empresariales transnacionales de ese momento febril. Poco pudo hacer el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc), una agencia fundada por la Unesco en Bogotá en 1971, y de imperceptible presencia en el desarrollo de los mercados editoriales de la región. Las tormentas políticas y económicas que en ciclos cortos siempre asolaron a los países del continente por sus posiciones en la división internacional del trabajo son apenas una mínima expresión de los obstáculos para la generación o el sostén de políticas culturales internacionales, regionales, de largo aliento. Esa fragilidad aún hoy fomenta divisiones y es aprovechada por los grandes mercaderes metropolitanos. Google, Amazon, con sus nuevas versiones del mito de la biblioteca sin muros, no están hechas con afán análogo a los analizados en este estudio. Convendrá proseguir investigaciones de fondo; por ejemplo, las iniciadas en la Argentina por jóvenes

como Elizabeth Hutnik (2013), Daniela Szpilbarg (2015) o Ezequiel Saferstein (2016), hasta comprobar qué cambios pueden verificarse en relación con la historia narrada en este libro.

Si la unidad del espacio editorial iberoamericano no cuajó en instituciones públicas o corporativas, lo más incisivo, estable, poderoso, creativo (por ende, explicativo) reside en los proyectos de editoriales singulares o de acotados emprendimientos colectivos que buscaron la integración cultural transnacional. Estos agentes desconfiaban de la plenitud de los mercados, de los Estados, de las culturas oficiales; era lógico que su acción se realizase "desde la izquierda". Esta cualidad militante alcanzó su ápice con Siglo XXI, un sello particular que no sólo prolongó lo que había logrado el FCE en términos de pilar de la integración cultural iberoamericana, sino que lo hizo con conciencia crítica de que en los Estados burgueses de nuestras repúblicas se yerguen barreras que también deberían caer para fundar nuevos contratos sociales y colectivizar la cultura.

Referencias bibliográficas

Fuentes

AA.VV. (1963), Universidad "nueva" y ámbitos culturales platenses, La Plata, UNLP, Departamento de Letras, FaHCE.

AA.VV. (1993), Arnaldo Orfila Reynal. La pasión por los libros, edición homenaje, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.

Acevedo Escobedo, Antonio (1962), "El desarrollo editorial", en AA.VV., México. Cincuenta años de Revolución, t. IV, México, FCE.

Álvarez, Gonzalo (2015), "Los cincuenta y nueve días que proyectaron sesenta años de edición universitaria", en G. Álvarez, A. Archain y C. Díaz, Un editor de tres siglos. La vida y los libros de Arnaldo Orfila Reynal, Buenos Aires, Eudeba.

Aricó, José (1973), "La crisis de julio y sus consecuencias políticas", Pasado y Presente, 2-3, julio-diciembre.

— (2005), La cola del diablo, Buenos Aires, Siglo XXI; reed.: 2014.

Arrieta, Rafael Alberto (1963), "La asociación de ex alumnos del Colegio Nacional y su revista Atenea", en AA.VV. (1963).

Aub, Max (1980), “Los españoles del Fondo”, en FCE (1980).

Aznar, Luis (1963), “Valoraciones, órgano del Grupo de Estudiantes ‘Renovación’”, en AA.VV. (1963).

Bataillon, Marcel (1980), “Biblioteca Americana”, en FCE (1980).

Cámara Argentina del Libro (1944), Boletín de la Primera Feria del Libro Argentino, Buenos Aires, CAL.

Cândido de Mello e Souza, António (1991), “Ontem e hoje. Palavras inaugurais na sede da Filial Brasileira em 21 de junho”, San Pablo, FCE, folleto [ed. cast.: “Fondo de Cultura Económica Brasil”, La Gaceta del Fondo de Cultura Económica, 265, 1993: 54-55].

Chumacero, Alí (1980), “Breve historia”, en FCE (1980).

Cortázar, Julio (1967), La vuelta al día en ochenta mundos, México, Siglo XXI.

Cosío Villegas, Daniel (1922), Miniaturas mexicanas, México, CVLTVRA.

— (1966), Ensayos y notas I, México, Hermes.

— (1976), Memorias, México, Joaquín Mortiz–SEP.

Crespi, María y María Herrero (2000), “Índice general y estudio de Valoraciones. Revista Bimensual de Humanidades, Crítica y Polémica (1923-1928)”, La Plata, mimeo.

Del Mazo, Gabriel (1941), La Reforma Universitaria, 3 vols., La Plata, Centro de Estudiantes de Ingeniería.

De Sagastizábal, Leandro (1995), La edición de libros en Argentina. Una empresa de cultura, Buenos Aires, Eudeba.

Díaz Arciniega, Víctor (1994), Historia de la Casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1994), México, FCE.

Fondo de Cultura Económica [FCE] (1980), Libro conmemorativo del 45 aniversario, México, FCE.

— (1984), Libro conmemorativo del primer medio siglo del Fondo de Cultura Económica, México, FCE.

Galletti, Alfredo (1963), “Alejandro Korn y su ciudad”, en AA.VV. (1963).

Gálvez Cancino, Alejandro (1994), “Alejandro [sic] Orfila Reynal. Un promotor cultural”, Todo es Historia, 320: 76-81.

Gómez Carrillo, Enrique (1963), “El Oxford argentino”, en AA.VV. (1963).

González y González, Luis (2000), “Daniel Cosío Villegas: Caballero Águila de la Revolución”, en De maestros y colegas, t. XVI de sus Obras completas, México, Clío.

Hallewell, Laurence (1985), O Livro no Brasil. Sua história, San Pablo, Edusp–Quiroz.

Henríquez Ureña, Pedro (1992), La utopía de América, Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Korn, Guillermo (1963), “El teatro del Grupo Renovación”, en AA.VV. (1963).

Krause, Denis (1963), “Cuando mi generación se formaba”, en AA.VV. (1963).

Krauze, Enrique (1984), “El Fondo y Don Daniel”, en FCE (1984).

— (2007), Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual, México, Tusquets.

Lago Carballo, Antonio y Nicanor Gómez Villegas (2007), Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975), Buenos Aires, FCE.

López López, Alejandro (1993), “Conversaciones con Don Arnaldo Orfila Reynal”, en AA.VV. (1993).

Luna Chávez, Marisol (2008), “Papeles, trazos y testimonios. Entrevista con Julio Silva”, Revista de la Universidad de México, 51: 49-56.

Martínez Estrada, Ezequiel (1959), “El Fondo, instituto editorial de instrucción superior y popular”, La Gaceta del Fondo de Cultura Económica, V (61): 1.

Maunás, Delia (1995), Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino, Buenos Aires, Colihue.

Monsiváis, Carlos (1993), “Arnaldo Orfila y la ampliación del lectorado”, en AA.VV. (1993).

Orfila Reynal, Arnaldo (1938), “Las reformas culturales de la España en guerra”, Revista Socialista, IX (105): 100-110.

— (1948), “El socialismo y la cultura popular”, Anuario Socialista 1948: 63-68.

Orzali, Ignacio (1893), La Prensa Argentina, Buenos Aires, Peuser.

Paz, Octavio y Arnaldo Orfila (2005), Cartas cruzadas, México, Siglo XXI.

Picón-Salas, Mariano (1980), “Tierra Firme”, en FCE (1980).

Ricci, Tarizio (2000), Colegio Nacional Rafael Hernández y sus clases en la época de oro, La Plata, ed. de autor.

Rivera, Jorge B. (1985), “El escritor y la industria cultural”, Capítulo, 3ª ed., Buenos Aires, CEAL.

Rocca, Carlos (1998), Homenaje al Dr. Arnaldo Orfila Reynal líder de la Reforma universitaria y organizador de la Universidad Popular Alejandro Korn, de La Plata. 9 de julio de 1897–14 de enero de 1998, folleto, La Plata, UPAK.

Schavelzon, Guillermo (1998), “Arnaldo Orfila: conversación en La Habana”, Nexos, 242.

Sontag, Susan (2004), “Unextinguished (The case for Victor Serge)”, introducción a The Case of Comrade Tulayev, Nueva York, NYRB Classics.

Torres Vargas, Georgina (1995), La Universidad en sus publicaciones. Historia y perspectivas, México, UNAM.

Universidad Nacional de La Plata [UNLP] (1911-1915), Memorias, Buenos Aires, Coni.

Weidhaas, Peter (2007), See You in Frankfurt! Life at the Helm of the Largest Book Fair in the World, Nueva York, Locus.

Weinberg, Gregorio (2006), El libro en la cultura latinoamericana, Buenos Aires, FCE.

Wright Mills, Charles (1961), Escucha, yanqui, México, FCE.

Material analítico

Agee, Philip (1975), Inside the Company. CIA Diary, Nueva York, Penguin.

Anderson, Benedict (1993), Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, México, FCE.

Anderson, Danny (1996) “Creating cultural prestige. Editorial Joaquín Mortiz”, Latin American Research Review, 13 (2): 3-41.

Biagini, Hugo (comp., 2001), La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930, La Plata, EdUNLP.

Blanco, Alejandro (2006), Razón y modernidad, Buenos Aires, Siglo XXI.

Botrel, Jean-François (2003), “Gaspar y Roig et le rêve américain des éditeurs espagnols (1845-1861)”, en AA.VV., Des moulins à papier aux bibliothèques. Le livre dans la France mériodionale et l’Europe méditerranéenne (XVIe-XXe siècles), Montpellier, Université Paul Valéry.

Bourdieu, Pierre (1967), “Campo intelectual y proyecto creador”, en Jean Pouillon y otros, Problemas del estructuralismo, México, Siglo XXI.

— (1977), “La production de la croyance. Contribution à une économie des biens symboliques”, Actes de la Recherche en Sciences Sociales, 13: 3-43 [ed. cast.: “La producción de la creencia. Contribución a una economía de los bienes simbólicos”, en El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010].

— (1980), “Le mort saisit le vif. Les rélations entre l’histoire réifiée et l’histoire incorporée”, Actes de la Recherche en Sciences Sociales, 32-33: 3-14.

Bueno, Mónica y Miguel Ángel Taroncher (2006), Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia, Buenos Aires, Siglo XXI.

Burgos, Raúl (2004), Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente, Buenos Aires, Siglo XXI.

Casanova, Pascale (2001), La república mundial de las letras, Barcelona, Anagrama.

Castañeda, Carmen (coord., 2002), Del autor al lector. Historia del libro en México, México, CIESA.

Cervantes, Freja y Pedro Valero Puertas (2016), La colección CVLTVRA y los fundamentos de la edición mexicana moderna (1916-1923), México, Juan Pablos–Secretaría de Cultura.

Chartier, Roger (1995), Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII, Barcelona, Gedisa.

— (1992), L’ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIVe et XVIIIe siècle, Aix-en-Provence, Alinea.

Ciria, Alberto y Horacio Sanguinetti (2006 [1968]), La Reforma Universitaria (1918-2006), Santa Fe, UNL.

Cortés, Martín (2015), Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual, Buenos Aires, Siglo XXI.

Darnton, Robert (2008), Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución, Buenos Aires, FCE.

De Diego, José Luis (2009), “Cortázar y sus editores”, Orbis Tertius, XIV (15), La Plata.

Dezalay, Yves y Bryant Garth (2016), Sociología de la internacionalización, Villa María, Eduvim.

Díaz, Carlos y Alejandro Dujovne (2006), “‘Todo está en el catálogo’. Notas sobre Arnaldo Orfila Reynal y Siglo XXI”, La Biblioteca, 4-5: 490-500.

Díez-Canedo, Aurora (2015), “Joaquín Mortiz. Un canon para la literatura mexicana del siglo XX”, en R. Macciucci (dir.), Diálogos Transatlánticos. Memoria del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas

Contemporáneas, vol. I, al cuidado de N. Corbellini, La Plata, FaHCE–UNLP, disponible en <congresoespanyola.fahce.unlp.edu.ar>.

Elias, Norbert (1989), El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, México, FCE.

— (1991), Mozart. Sociología de un genio, Barcelona, Península.

Foucault, Michel (1970), L’ordre du discours, París, Gallimard [ed. cast.: El orden del discurso, Buenos Aires, Tusquets, 2005].

— (1990), ¿Qué es un autor?, Madrid, Júcar.

García, Diego (2011), “Signos. Notas sobre un momento editorial”, Políticas de la Memoria, 10-12: 149-157.

Garciadiego, Javier (2001), “Daniel Cosío Villegas y la modernización de la historiografía mexicana”, Boletín Editorial, El Colegio de México, 93: 3-10.

— (2016), El Fondo, la Casa y la introducción del pensamiento moderno en México, México, FCE.

Garcia-Parpet, Marie-France, Romain Lecler y Gustavo Sorá (2015), “Foires, salons et marchés internationaux. Circulation des biens symboliques et mondialisation des places marchandes”, en J. Siméant y otros (comps.), Faire des sciences sociales de l’international, París, CNRS.

Gociol, Judith (2010), Boris Spivacow. El señor editor de América Latina, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Goody, Jack (1977), The Domestication of Sauvage Mind, Cambridge, Cambridge University Press.

Goody, Jack y Ian Watt (1996), “Las consecuencias de la palabra escrita”, en J. Goody, Cultura escrita en sociedades tradicionales, Barcelona, Gedisa.

Graciano, Osvaldo (1999), “Entre cultura y política: la Universidad Popular Alejandro Korn, 1937-1950”, Trabajos y Comunicaciones, 2ª época, 25: 71-119.

— (2003), “Intelectuales, ciencia y política en la Argentina neoconservadora. La experiencia de los universitarios socialistas”, Estudios Interdisciplinarios de América Latina, 14 (2): 51-70.

Habermas, Jürgen (1984), Mudança estrutural da esfera pública. Investigações quanto a uma categoria da sociedade burguesa, Río de Janeiro, Tempo Brasileiro.

Hobsbawn, Eric y Terence Ranger (eds., 1984), A invenção das tradições, Río de Janeiro, Paz e Terra [ed. cast.: La invención de la tradición, Barcelona, Crítica, 2002].

Hutnik, Elizabeth (2013), La industria editorial argentina en el Siglo XXI: los desafíos de las nuevas tecnologías en la producción y recepción, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Buenos Aires, UBA.

Jurt, Joseph (2014), Naciones literarias, Villa María, Eduvim.

Larraz, Fernando (2014), Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo, Gijón, Trea.

Martínez Martín, Jesús (dir., 2015), Historia de la edición en España 1939-1975, Madrid, Marcial Pons.

Mauss, Marcel (1991 [1971]), “Essai sur le don. Forme et raison de l’échange dans les sociétés archaïques”, Sociologie et Anthropologie, París, PUF [ed. cast.: Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas, Buenos Aires, Katz, 2009].

McKenzie, Don (2005 [1999]), Bibliografía y sociología de los textos, Madrid, Akal.

Melgar Bao, Ricardo (1999), “Las universidades populares en América Latina 1810-1925”, Córdoba, UNC.

Meyer, Jean (2000), “México: revolución y reconstrucción en los años veinte”, en Leslie Bethell (ed.), Historia de América Latina, vol. 9, Barcelona, Crítica.

Meyer, Lorenzo (2001), “El estudio del poder y el poder del estudio: Daniel Cosío Villegas”, Boletín Editorial, El Colegio de México, 93: 20-24.

Miceli, Sérgio (2003), Nacional estrangeiro. História social e cultural do modernismo artístico em São Paulo, San Pablo, Companhia das Letras.

Millán, José Antonio (2015), “Separados por un mismo idioma: el mercado del libro en español”, Letras Libres, junio, disponible en <www.letraslibres.com>.

Mollier, Jean-Yves (2004), L’argent et les lettres. Histoire du capitalisme éditorial, París, Fayard.

Muñoz Soro, Javier (2006), Cuadernos para el diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo, Madrid, Marcial Pons.

Murillo Sandoval, Juan David (2016), “Entre o industrial e o intelectual: Os livros nas Exposições Universais e o campo gráfico Latino-Americano”, Livro. Revista do Núcleo de Estudos do Livro e da Edição 5: 29-45

Myers, Jorge (2006), “Los senderos de la ‘utopía de América’. Tres itinerarios y una encrucijada en la construcción de una formación cultural transregional”, mimeo.

Nova Ramírez, Víctor Erwin (2013), Arnaldo Orfila Reynal. El editor que marcó los cánones de la edición latinoamericana, tesis de maestría en Historiografía, México, UAM.

Pollak, Michael (1987), “Max Weber: éléments pour une biographie socio-intelectuelle”, París, EHESS, mimeo.

— (2006), Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades sobre situaciones límite, La Plata, Al Margen.

Rojas Claros, Francisco (2006), “Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años sesenta”, Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, 5: 59-80.

— (2013), Dirigismo cultural y disidencia editorial en España (1962-1973), Alicante, Universidad de Alicante.

Saferstein, Ezequiel (2016), “La década publicada”. Los best sellers políticos y sus editores: producción de libros, difusión de temas e intervención pública en el mercado editorial argentino (2003-2015), tesis de doctorado en sociología, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Sahlins, Marshall (2008 [1987]), Islas de historia. La muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia, Barcelona, Gedisa.

Sapiro, Gisèle (dir., 2009), Les contradictions de la globalisation éditoriale, París, Nouveau Monde.

— (2013), “Le champ est-il national? La théorie de la différenciation sociale au prisme de l’histoire globale”, Actes de la Recherche en Sciences Sociales, 200: 70-85.

Soler, Martí (1993), “Un hombre con vocación”, en AA.VV. (1993).

Sorá, Carlos (2012), “En defensa del laicismo. La Reforma Educativa ante los tribunales bonaerenses, 1937-1948”, en F. Jumar y J. Mallo (comps.), Raíces y alas, La Plata, FaHCE–Edulp.

Sorá, Gustavo (1997), “Tempo e distâncias na produção editorial de literatura”, Mana. Estudos de Antropología Social, 3 (2): 151-181.

— (1999), “La Maison et l’Entreprise. José Olympio et l’évolution de l’édition brésilienne”, Actes de la Recherche en Sciences Sociales, 126-127: 90-102.

— (2001), “Una batalla por lo universal. Sociología y literatura en la edición y recepción de Casa Grande & Senzala de Gilberto Freyre”, Prismas. Revista de Historia Intelectual, 5: 233-254.

— (2003a), Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas, Buenos Aires, Del Zorzal.

— (2003b), “Una aproximación etnográfica al mundo editorial. Frankfurt y otras aduanas culturales entre Argentina y Brasil”, Cuadernos de Antropología Social, 15: 127-148.

— (2004), “Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico”, en F. Neiburg y M. Plotkin (comps.), Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina, Buenos Aires, Paidós.

— (2009), “Des éclats du Siècle. Unité et désintégration dans l’édition hispano-américaine en sciences sociales”, en G. Sapiro (dir., 2009).

— (2010a), Brasilianas. José Olympio e a gênese do mercado editorial brasileiro, San Pablo, Edusp.

— (2010b), “Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en tierra firme”, en Carlos Altamirano (dir.), Historia de los intelectuales en América Latina, vol. 2, Buenos Aires, Katz.

— (2010c), “Traducir la nación. Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino”, Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, 21 (1): 77-99.

— (2011a), “El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano”, Políticas de la Memoria, 11: 125-145.

— (2011b), “Édition et politique. Guerre froide dans la culture latinoaméricaine des années 60”, en C. Hauser y otros (eds., 2012), La diplomatie par le livre. Réseaux et circulation internationale de l’imprimé de 1880 à nos jours, París, Nouveau Monde.

Sorá, Gustavo y Alejandro Blanco (en prensa), “Unity and fragmentation in the social sciences in Latin America”, en J. Heilbron, G. Sorá y T. Boncourt (eds.), The Social and Human Sciences in a Global Perspective, vol. 2, Londres, Palgrave-MacMillan.

Steger, Hanns-Albert (1995), “El Colegio de México y la experiencia del exilio”, Cuadernos Americanos. Nueva Época, 50: 137-153.

Stonor Saunders, Frances (2001), La CIA y la guerra fría cultural, Madrid, Debate.

Suárez de la Torre, Laura (coord., 2001), Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860), México, Instituto Mora-UNAM.

Szpilbarg, Daniela (2015), Las tramas de la edición mundializada. Transformaciones y horizontes del campo editorial en Argentina (1998-2013), tesis de doctorado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, UBA.

Tarcus, Horacio (2007), Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos, Buenos Aires, Siglo XXI; ed. revisada y ampliada, 2013.

Thiesse, Anne-Marie (2010 [1999]), La creación de las identidades nacionales. Europa: siglos XVIII-XX, Madrid, Ézaro.

Vila-Sanjuán, Sergio (2003), Autores y editores en la España democrática, Barcelona, Destino.

Weber, Max (1985 [1921]), La política como vocación, en Ensayos de sociología contemporánea I, Barcelona, Planeta-De Agostini.

Weinberg, Liliana (1995), “Cuadernos Americanos: entre la memoria y la imaginación”, Cuadernos Americanos, Nueva Época, 50: 13-22.

Yankelevich, Pablo (1996), La revolución propagandizada. Imagen y proyección de la Revolución Mexicana en Argentina, 1910-1930, tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM.

Zaid, Gabriel (comp., 1985), Daniel Cosío Villegas. Imprenta y vida pública, México, FCE.

Agradecimientos

Agradezco a quienes, como Pablo Patrizzi y Osvaldo Graciano, colaboraron en el rastreo de fuentes de información primaria; ojalá pudiera mencionarlos a todos. También a los funcionarios del FCE y de Siglo XXI en México, en cuyos archivos descubrí los principales datos utilizados. En el ámbito académico, debería nombrar a muchos colegas y amigos; para evitar omisiones injustas en este reconocimiento, lo haré en persona.

A fines de octubre de 2017, termino este libro en La Plata, ciudad de Orfila y mía, en casa de mis padres. Aquí creo ver de otro modo a mi abuelo José Ernesto Rozas, compañero de Orfila en el socialismo de los años treinta, y por sobre todo a mi papá Gabriel, reformista militante, quien habría disfrutado leer estas historias. Gracias a toda mi familia por su permanente apoyo. Allá en Cabana, Córdoba, están mis hijos Valentín y Mora, expectantes: este trabajo que tomó tanto tiempo ya se publica. Mariana, mi apasionada compañera, fue el principal estímulo para “ser editado”.